

UNA NOVIA PARA EL MILLONARIO

CATIELE OLIVEIRA



UNA NOVIA PARA EL MILLONARIO



CATIELE OLIVEIRA

ABRIL 2025 © CATIELE OLIVEIRA

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma alguna ni por ningún medio, incluidos el fotocopiado, la grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito de este autor, excepto en el caso de citas breves incluidas en reseñas críticas y otros usos no comerciales permitidos por la ley de propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares, empresas, acontecimientos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

Autora: Catiele Oliveira

Revisión: Gabriela Lobato

Maquetación: Catiele Oliveira

Traducción 2025: Cora Zad

Resumen

SINOPSIS

Notas del autor

Dedicación

Prólogo

LA GRAN EXPECTACIÓN: ¡LANZAMIENTO DE LA AMPLIACIÓN DEL HOTEL

DARRELL PALACE!

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

LA FUGA DE LA NOVIA: ¡MISTERIO EN EL ALTAR EN SEATTLE!

Capítulo 10

Capítulo XI

Capítulo 12

¿HA ENCONTRADO EL AMOR EL MAGNATE SOLITARIO?

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

REYERTA A PLENA LUZ DEL DÍA: ¡UN MULTIMILLONARIO SOLITARIO SE PELEA POR UNA MUJER!

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

ESCÁNDALO EN CIERNES: ¡EL ARROGANTE HEREDERO DETENIDO EN UNA REYERTA EN UN PUB!

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

MISTERIO EN SEATTLE: ¿QUÉ FUE DE LOS TRES HERMANOS MULTIMILLONARIOS?

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

EL MAGNATE SOLITARIO Y LA PELIRROJA MISTERIOSA: ¡ROMANCE EN UN BAILE DE GALA!

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

¡BOMBA! ¡EL MAGNATE SOLITARIO VA A SER PAPÁ!

Capítulo 51

Capítulo 52

LA BODA DEL AÑO: ¡DETALLES EXCLUSIVOS DE LA BODA ÍNTIMA ENTRE EL MAGNATE SOLITARIO Y SU PELIRROJA!

Capítulo 53

Capítulo 54

LA PEQUEÑA HEREDERA HA LLEGADO: ¡HA NACIDO AURORA DARRELL CON NOMBRE DE PRINCESA!

Epílogo

HOLA, SEATTLE, ¡BUENOS DÍAS! ¡LLEGA UNA NUEVA TEMPORADA DE COTILLEOS!

Escena extra 1

Escena extra 2

Escena extra 3

Escena extra 4

Escena extra 5

Escena extra 6

El libro de Ethan — próximamente. Aquí hay un pequeño *spoiler*:

El libro de Aidan — próximamente. Aquí hay un pequeño *spoiler*:

Gracias

Sobre el autor

SINOPSIS

Adrian Darrell es un multimillonario de éxito, pero tras la fachada de poder y riqueza, lleva las cicatrices de un pasado que le enseñó que el amor y la confianza son ilusiones. Centrado únicamente en su carrera, su vida cambia cuando una novia a la fuga aparece en su camino, desafiando su determinación de permanecer distante. El deseo que siente por Flora es innegable, pero teme que abrir su corazón pueda traerle más dolor que alegría.

Flora, una joven normal y corriente, ha visto cómo sus sueños se desmoronaban tras una traición devastadora. Buscando refugio,

se encuentra en brazos de Adrián, un hombre misterioso y atractivo que le hace cuestionarse todo lo que pensaba sobre el amor. Aunque sabe que involucrarse con él es arriesgado, la conexión entre ambos es intensa e irresistible.

A medida que sus destinos se entrelazan, se embarcan en un viaje de autodescubrimiento y redescubrimiento del amor. Sin embargo, los secretos del pasado y el miedo al compromiso amenazan con separar lo que podría ser una pasión que cambiaría sus vidas.

Una novia para el magnate solitario es una apasionante historia sobre el amor, la superación y el valor de volver a confiar. Sumérgete en un romance que promete calentarte el corazón.

Notas del autor

Queridos lectores,

Con gran entusiasmo presento esta nueva versión de mi libro, antes titulado *El hombre de oro.* Tras una cuidadosa revisión y reescritura, he añadido escenas adicionales que profundizan aún más en la narración, haciendo aflorar las emociones y los conflictos internos de los personajes.

En este libro, seguimos el viaje de un hombre escéptico sobre el amor y una mujer que sueña con casarse. A lo largo de la historia,

sus caminos se cruzan, desafiando sus creencias y revelando profundas verdades sobre el amor y el compromiso.

Este es mi primer libro traducido al español. Agradezco mucho su interés en leerlo. Les ruego me disculpen si encuentran algún error. Muchas gracias.

Espero que te sientas atraído por esta nueva narración y que te haga reflexionar sobre lo que realmente significa amar y ser amado. Gracias por embarcarte en este viaje conmigo.

Con afecto,

Catiele Oliveira

Dedicación

Dedico este libro a todos los que creen en el poder del amor y de los sueños. Que cada página inspire esperanza y nuevas posibilidades.

Prólogo

Era la primera vez que asistía a un funeral y todo me parecía muy extraño. El aire era pesado y el llanto de la gente que nos rodeaba me confundía. A algunos no los había visto nunca y no sabía si eran amigos de mamá o de papá.

Aidan estaba en el regazo de mi abuela, con la mirada perdida, casi como si no entendiera nada de lo que estaba pasando. Ethan, mi hermano pequeño, me agarraba la mano con fuerza, como si temiera que fuera a desaparecer. Me miró con los ojos enrojecidos por el llanto y me preguntó si mamá iba a volver algún día.

Me cogió por sorpresa. Sabía que la verdad era dolorosa: nuestra madre nunca volvería, y nuestro padre tampoco. Me dolía el corazón.

El abuelo me apretó la mano, y su tacto era firme pero también triste. Entonces alguien dijo que era la hora. ¿La hora de qué? El llanto de la abuela aumentó y todo se aclaró. Era la hora de la despedida. Era la primera vez que veía cómo enterraban un ataúd. Incliné la cabeza y vi cómo el abuelo echaba un puñado de arena. Se dio la vuelta, como para huir del dolor. Cada grano parecía llevarse un trocito de nuestra familia.

Nadie dijo nada cuando el cura empezó a rezar. Su voz sonaba distante, como si estuviera soñando. Aidan se quedó callado, pero Ethan lloró aún más.

— Deja de llorar, vámonos a casa", le murmuré a mi hermano, tratando de ser fuerte. Me abrazó con fuerza, y eso me dio un poco de valor. — Siempre estaré contigo, Ethan. Los tres, tú, Aidan y yo, para siempre. Nunca te dejaré, hermano.

Me lo prometí a mí misma, incluso cuando sólo tenía doce años. Esa promesa era muy importante. Quería que Ethan supiera que nunca más tendría que llorar por haber sido abandonado. Yo sería su refugio, su protector. Sabía que tendríamos que ser fuertes juntos, afrontar todo esto día a día.

LA GRAN EXPECTACIÓN:

¡LANZAMIENTO DE LA AMPLIACIÓN

DEL HOTEL DARRELL PALACE!

Por Miss J

Hola, queridos lectores. Estoy aquí, zumbando de emoción, porque está a punto de celebrarse uno de los acontecimientos más esperados del año: ¡la tan esperada ampliación del emblemático Hotel Darrell Palace! ¡Y con ello llega una avalancha de cotilleos que estoy deseando compartir con todos vosotros!

Este lanzamiento no es sólo una mejora de uno de los lugares más lujosos de Seattle; es una oportunidad para que la élite se reúna y, por supuesto, para que florezcan el drama y la intriga. ¿Qué se traen entre manos los Darrell? Nuevos e impresionantes espacios, experiencias exclusivas y quizás incluso una sorpresa que dejará a todos sin aliento.

Me hace especial ilusión saber quién asistirá a esta glamurosa celebración. ¿Qué planes tienen nuestros queridos multimillonarios? ¿Se formarán nuevos romances bajo las relucientes lámparas de araña? ¿O podrían resurgir viejas rivalidades en medio del glamour y la sofisticación?

Y, por supuesto, no podemos olvidar el impacto que esta expansión tendrá en la ciudad. ¿Cómo afectará a la dinámica de la alta sociedad de Seattle? Miss J estará atenta a cada detalle, lista para

captar cada susurro y cada mirada significativa que se produzca durante el evento.

¡Prepárense, mis amores! La inauguración del hotel Darrell Palace promete ser un espectáculo digno de nuestros mejores cotilleos, y yo estaré aquí, lista para contároslo todo. Estad atentos, porque la temporada de revelaciones no ha hecho más que empezar, ¡y cada nueva historia será más emocionante que la anterior!

Capítulo 1

No eran más de las once de la mañana y la sensación de que ya había trabajado todo el día me perseguía. El malestar y el cansancio se acumulaban y, por un momento, me pregunté si Aidan, mi hermano pequeño, tenía razón al burlarse de mí por hacerme viejo. Aunque utiliza su tono infantil para irritarme, la idea de tomarme un descanso de todo se hacía cada vez más tentadora.

A veces me gustaría tirarlo todo por la borda y vivir un minuto de la vida intrascendente que lleva mi hermano...

Pero no puedo.

Una risa cínica escapa de mis labios mientras finjo estar prestando atención a una reunión innecesaria sobre los gastos de Darrell Construction en la ampliación del Darrell Palace. Un chico nervioso explica cómo se ha invertido el dinero —¿o tal vez despilfarrado? — en costosos azulejos y ornamentos decorativos.

Tengo ganas de bostezar.

Hasta que no vea que el dinero llega en forma de beneficios, seguiré pensando que una inversión de esta envergadura para el emplazamiento de Seattle es un despilfarro. Ethan fue incisivo al pedir que se aceptara su proyecto para la ampliación, llamado Torre 2. No suelo asumir este tipo de responsabilidades, pero en cualquier caso, acepté que también sería mi responsabilidad si el negocio fracasaba.

Aunque Ethan es el jefe de la cadena hotelera Darrell Group y está muy implicado en el éxito que ha alcanzado la unidad desde que se hizo cargo de ella, no está por encima de mi supervisión. Aunque sea mi hermano, nunca me haría cargo de un negocio que no tuviera al menos posibilidades de funcionar. Confiar en su visión me tranquiliza un poco.

El chico de finanzas plantea una pregunta sobre el desperdicio de material y el almacenamiento inadecuado, lo que por fin llama mi atención. Miro fijamente a los demás empleados de que hay en la sala hasta que veo la cara del ingeniero responsable del proyecto.

— ¿Qué tienes que decir al respecto? — pregunto, intentando mantener un tono despreocupado, pero la ira empieza a burbujear en mi interior. No soporto la idea de que algo se me vaya de las

manos. Sólo a mí, que más de una vez me han llamado controladora y obsesiva.

— No tengo ni idea de lo que se dijo aquí... — Responde, con cara de confusión.

— ¿A qué te refieres? ¿No eres tú el responsable del trabajo? — interrumpo, con una irritación evidente en la voz.

Odio las excusas. Si alguien no sabe hacer su trabajo, no debería estar ahí. La incompetencia es una de las cosas que más me molestan.

— No del todo...

Una carcajada incrédula escapó de mis labios mientras soltaba una larga bocanada de aire, obligándole a callarse.

— ¿Adele? — grité, y la mención de su nombre hizo saltar a la mujer del asiento delantero.

Sería gracioso si no estuviera tan enfadado.

Es una de las responsables de la obra.

— "Esto se resolverá inmediatamente", dice con firmeza, sin vacilar, lo que me hace callar por un momento.

El chico de las finanzas parece contento.

¿Es nuevo o es que nunca le había prestado atención? Continúa con su presentación basada en hojas de cálculo y sus aburridas diapositivas, y estoy deseando que termine.

El ambiente en la sala se aligera un poco cuando alguien felicita al chico, pero él parece esperar que el reconocimiento venga

de mí. Noto sus ojos ansiosos mientras apaga el portátil, su sonrisa un poco exagerada.

De niña, cuando fui a vivir con mis abuelos, aprendí que esperar reconocimiento puede ser frustrante. Mi abuelo siempre fue un hombre fuerte que pensaba que lo menos que podíamos hacer era cumplir con nuestras obligaciones, ya fueran en la escuela o en casa. Hacer la cama, recoger los juguetes y sacar buenas notas eran lo básico.

Esperar aplausos por algo que se ha contratado y pagado es inocencia. El chico no ha hecho nada más allá de lo que se esperaba. Eso es lo mínimo.

Es suficiente por hoy — decido mentalmente.

Me levanto, me abrocho el botón de la americana y me siguen miradas ansiosas mientras me preparo para salir.

— Estoy esperando a que se resuelva este inconveniente, Adele. — Le advierto, y veo que su cuerpo se pone rígido al mirarme.

— "Sí, señor", responde, y yo casi pongo los ojos en blanco, luchando contra mis impulsos.

— Buenas tardes a todos.

Me dirijo hacia el ascensor, deseando silencio y un vaso de agua fría. Por el camino, oigo la risa divertida de alguien a quien he echado de menos durante la aburrida reunión. Casi puedo apretarle el cuello cuando veo a Olivia sentada en el borde de su mesa, riéndose de algo que dice la chica.

— ¡Hola, jefe! — Me saluda antes de que pueda decir nada.

Pero Olivia no se mueve. Sigue con su sonrisa divertida, y ahora sé que se ríe de mí.

— Srta. Shelby, su habitación.

Oigo otra carcajada cuando paso junto a ella sin decir palabra y entro en su despacho, al final del pasillo.

El local ha sido redecorado y refleja su personalidad. Los coloridos cojines del sofá del rincón destacan sobre el ambiente gris y azul oscuro que domina el resto del edificio. La decoración de la empresa es fría e impersonal, perfecta para un lugar de trabajo que hace hincapié en el orden y la excelencia. Pero aquí, en el despacho de mi director financiero, es diferente.

Me siento en la silla frente a su escritorio y la veo pasar junto a mí, tomando asiento.

— ¿A qué debo la visita? — pregunta, con esa sonrisa de suficiencia que siempre la acompaña. ¿Cuántos años han pasado? ¿Seis, quizá siete? Y siempre parece imperturbable.

Olivia fue una de nuestras pocas aprendices que llegó hasta aquí. Formamos una sólida base de trabajo y no tengo nada que reprocharle. Se merece estar donde está.

— Enviaste a tu chico de los recados a la reunión. — digo, permitiéndome por fin una sonrisa.

Se le escapa una carcajada, divertida por mi frustración.

— Es genial, ¿verdad? Tan desesperado por llamar la atención y presumir de su trabajo. Realmente necesitaba un descanso de él, y

ahora que ha llegado mi hora de comer, podré escapar de su jovial excitación durante un rato. Este día es una montaña rusa.

Casi puedo odiarla un poco más cuando me doy cuenta de que ha conseguido exactamente lo que quería: hacerme pasar el peor rato de mi día.

— Curioso", digo, con el cinismo evidente en mi voz. — "Necesito que llames a Ethan y que los dos vigiléis de cerca esa obra. El plazo vence el 15 de septiembre y no voy a darles ni un día más a esos incompetentes.

La cara de Olivia no tiembla como la de Adele. No le asusta lo que digo y no le preocupa desagradarme.

— Tu "pequeño pavo real" realmente te afectó, ¿eh? — comenta con un brillo travieso en los ojos.

— ¿Pavo real? — pregunto arqueando las cejas.

— Vamos, te lo diré en el almuerzo.

Le dirijo una mirada desafiante y acabo aceptando, sabiendo que tendré al menos una hora de relax para aliviar el caótico estrés de la semana.

Capítulo 2

Siento que me arde la cara por varios sitios; creo que nunca me había sentido tan avergonzada en mi vida. No es solo por las preguntas embarazosas que me hacen mis hermanas, sino porque me siento como una niña tonta al responderlas.

Es casi un "no" a todo.

"¿Alguna vez te ha sujetado en un coche?" **No.**

"¿Y en un ascensor?" **No.**

"¿Alguna vez has estado involucrado en algo en público?" **No.**

"¿Alguna vez te ha tocado de una manera que no sabías que podías soportar?" **No.**

"¿Alguna vez te ha hecho tener un momento intenso dos veces seguidas?" **No.**

"¿Ya te tiene allí?"

Miro fijamente a Felicia, mordiéndome con fuerza el labio inferior. Su cara de sorpresa me hace sonrojar aún más.

— Dios, eso es absurdo... No sabes lo indignado que estoy. — Tu exclamación me hace cerrar los ojos un poco más.

Sujetando con fuerza la copa de vino entre los dedos, como si fuera un escudo, pienso que, con lo avergonzada que estoy, el frágil objeto podría resbalárseme de la mano y hacerse añicos en el suelo. Tal vez el suelo se abra en un agujero interminable para reparar mi bochorno.

Dentro de una semana, espero que mi respuesta sea un gran "sí" a la mayoría de las preguntas de mis hermanas. Sin embargo, ahora me miran como si fuera un animal exótico en un zoo.

— ¿Estás segura de que quieres casarte con este hombre? — me pregunta Fiona.

Mi hermana mediana esconde una risa traviesa en los labios y me pincha con sus dedos largos y juiciosos.

¿Seguro? Por supuesto.

Soñé con este día durante toda mi adolescencia, suspiré miles de veces haciendo listas de invitados para bodas imaginarias. Tenía mi vestido planeado en mi cabeza antes incluso de pensar en salir con alguien. Soy la mayor casamentera que conozco, la reina de las

listas y las agendas. Mi carpeta del instituto ha sido mi almanaque de bodas desde que tengo uso de razón.

Conozco todas las decoraciones de moda para todos los tipos y gustos, así como las combinaciones ideales para cada estación. No sé exactamente cuándo empezó mi obsesión por las bodas, pero recuerdo que, a los doce años, ya cambiaba las salidas con mis amigas del colegio para ver programas sobre novias y tartas de boda. Me encantaba todo lo relacionado con el tema. El año pasado planeé la boda de mi mejor amiga; suspiraba ante cada detalle, pensando en el momento que sería el mío. Por aquel entonces, ni siquiera había soñado con conocer a Edward, mi prometido, y no pensaba que estaría tan cerca de dar el sí quiero en el altar.

Crecí esperando a mi príncipe azul, la boda de mis sueños, una casa preciosa y unos hijos encantadores que completaran la

familia perfecta que quería tener. La carrera, el trabajo y el éxito, se los dejé a mis dos hermanas; ¡lo que de verdad quería era casarme!

— Deja de ser malo, ella nunca ha sido más feliz. Sólo que no puedo decir que sea por las razones correctas...

— Es por las razones correctas. — Se lo aseguro.

— Querida, pareces más feliz planeando tu boda que pasando tiempo con tu prometido. Estamos aquí contigo a estas horas de la noche, en pleno viernes, cuando deberías estar con él", dice Fiona, con tono desafiante.

Felicia aprieta los labios y me mira con expresión preocupada. Siento que se me calienta la cara mientras me encojo en el sillón, nerviosa. La preocupación en sus caras me inquieta y no sé qué decir para calmarlas.

— Somos diferentes, Faith. Edward respetó mi decisión de esperar. Es un hombre con sus propios deseos, y nosotros solo estamos construyendo algo significativo juntos —respondo, intentando mantener la compostura.

— Creo que es bonito casarse con una virgen, pero estamos en el siglo XXI. Me temo que has idealizado tanto el matrimonio que no te das cuenta de que estás cometiendo un error", insiste mi hermana, su tono ahora es una mezcla de preocupación y franqueza.

— ¿Crees que estoy cometiendo un error?

La inseguridad siempre ha formado parte de lo que soy. Nunca quise que mi vida se viera como un romance tópico, pero crecí rodeada de dos hermanas que parecían tenerlo todo. Son casi gemelas, con un año de diferencia que nunca las ha separado.

De las tres, yo era la guapa; mis hermanas, las guapas. Mis padres dejaron clara la diferencia entre nosotras, una diferencia que nos mantuvo separadas durante mucho tiempo. Ya tenían dos hijas perfectas, y la tercera, que ni siquiera estaba planeada, parecía más bien un recordatorio de que yo era la rara. La guapa, pero nunca la guapa. La educada, pero nunca la divertida. La estudiosa, pero nunca la orgullosa. Así que no fue difícil aislarme. Mientras ellos empezaban a salir, yo me refugiaba en los libros románticos, soñando con ser la protagonista.

Cuando se fueron a la universidad, pensé que por fin tendría la atención de mis padres, pero pronto descubrieron que pasaba demasiado tiempo en casa y decidieron que necesitaba un trabajo a tiempo parcial. Una nueva capa de presión.

— Ven aquí", me llama Fiona, acercándome a ella.

Felicia me sujeta el vaso mientras Fiona me arrastra hacia un enorme espejo que hay en la pared del dormitorio. Cuando miro mi reflejo, me doy cuenta de lo roja que estoy.

Fiona alarga la mano y abre los dos primeros botones de mi camisa, dejando ver un poco del encaje de mi sujetador blanco.

— Eres preciosa. No puedo entender cómo un chico puede salir contigo durante casi un año y no aprovechar cada oportunidad", dice Fiona, con los ojos fijos en mí, mientras Felicia, a mi lado, asiente con la cabeza.

Suspiro pesadamente, una mezcla de incomodidad y gratitud.

He cambiado mucho en los últimos tres años. Les doy las gracias por animarme a hacer ejercicio, lo que me ha hecho florecer de una forma que nunca imaginé. He perdido algunos kilos que

había acumulado desde la adolescencia, y quizá eso haya atraído a más pretendientes, incluido Edward.

Fiona me deshace el moño desordenado del pelo, dejando que los ondulados mechones rojos caigan sobre mis hombros. Felicia me echa la camisa hacia atrás, pegándola aún más a mi cuerpo.

— Tienes que verte como realmente eres. Tienes un cuerpo que cualquiera admiraría, esa melena pelirroja que te hace estar tan guapa. Mira qué bien te queda la cintura con algo más ceñido. Ya es hora de que lleves ropa que te favorezca", dice Felicia, con un brillo de determinación en los ojos.

Ahora me sonrojo aún más, sintiendo una mezcla de vergüenza y empoderamiento. Siempre intentan levantarme, pero es difícil aceptar que me vean así.

— "Mira, aprovecha que te has tomado unas copas de vino y la noche está tranquila. Hazte un favor, entra en la habitación de tu hombre y sólo sal cuando te haga sentir increíble", sugiere Fiona con una sonrisa pícara.

— ¡Fiona! — exclamé, escandalizada, llevándome la mano a la boca.

Siempre ha sido la más atrevida de los tres, pero no puedo evitar sentir un escalofrío en el estómago ante la idea.

— Tiene razón. ¡Vas a cumplir 25 años! No quiero que tus únicos buenos recuerdos sean tu marido y tus hijos. Disfruta de tu juventud", te anima Felicia.

Las dos se acercan a mí y yo intento dar unos pasos hacia atrás, tratando de escapar, pero es inútil. Fiona me alcanza antes de

que tenga tiempo de esconderme y me abre otro botón de la blusa, mientras Felicia me revuelve el pelo y me aprieta las mejillas.

— Ahora estás guapa y segura de ti misma. Ve a seducir a tu hombre, chica. Vuelve aquí sólo cuando te haga sentir algo especial", ordena Fiona, con un brillo travieso en los ojos.

— No voy a hacerle eso. Hoy no. — Mi voz es un susurro, casi un gemido.

— ¡No necesitas nada demasiado intenso! — me reprocha Fê, empujándome hacia la puerta. — ¡Disfrútalo! Me encantaría tener esta oportunidad, pero no la tengo. Sí la tienes, ¡así que vete!

Dios, ¿en qué están pensando?

Mis hermanas me empujan fuera de la habitación y cierran la puerta de un portazo. Intento girar el picaporte para volver a entrar,

pero ya sé que la han cerrado con llave. Discutir sería una pérdida de tiempo.

Inhalo profundamente, tratando de encontrar el valor. Camino vacilante, mis pies apenas me obedecen. En un intento de distraerme, miro alrededor de la casa de mis futuros suegros. Es increíble cómo está decorada, y no pude negarme cuando mi suegra se ofreció a decorar nuestro piso en Nueva York. El diseño es magnífico y estoy deseando mudarme.

Dios, ¡me voy a casar de verdad! Empiezo a asimilar la realidad mientras desciendo lentamente los escalones.

Como me imaginaba, todo está en silencio, con sólo unas tenues luces encendidas en el piso de abajo. Edward debe de estar en la casa de la piscina, que está al otro lado de la casa principal.

Siempre se quedaba allí cuando venía de la universidad a visitar a sus padres.

En cuanto salgo de casa por la puerta trasera, me encuentro con la enorme piscina. Hace viento y agradezco mentalmente que Edward no quiera vivir en Seattle. No sé si podría acostumbrarme a una ciudad tan fría, siendo una chica que prefiere el calor. Acepté celebrar la boda aquí, cerca de sus amigos y familiares, no sería justo hacer que todos viajaran a Nueva York para una ceremonia pequeña.

Estoy casi en la puerta de Edward cuando oigo risas en el interior, seguidas de una petición de silencio. La voz femenina ríe un poco más, antes de apagarse poco a poco.

Todo mi cuerpo se congela.

Es una risa femenina.

No puedo moverme; tengo los pies paralizados a pocos centímetros de la puerta, mi respiración acelerada me impide oír el diálogo en voz baja que procede del interior. Me obligo a actuar, decido si caminar hacia la puerta o volver inmediatamente al dormitorio, pero el sonido que sigue me paraliza.

Gemidos.

Como si una fuerte campana sonara en mi mente, mis piernas se mueven y me aproximo, pegando la oreja a la puerta. El pánico se agita en mi interior, un torbellino de emociones.

Edward me está engañando.

La ola de desesperación me golpea con fuerza. Mi cuerpo tiembla, me arden las fosas nasales y sé exactamente lo que está a

punto de ocurrir: lágrimas. Con un valor que nunca imaginé tener, me dirijo a una ventana lateral, rezando por equivocarme. La confirmación llega cuando, a través del hueco de la cortina, puedo verlos.

¡Caramba!

Edward tiene los ojos cerrados, se le escapan gemidos de los labios, mientras una mujer, de espaldas a mí, está arrodillada entre sus piernas... La realidad de lo que estoy viendo es insoportable. La mujer es... Ni siquiera puedo articularlo, pero la verdad se está revelando.

El mundo se derrumba sobre mi cabeza. Cuando el dolor se hace insoportable, me tambaleo hacia atrás, huyendo.

Capítulo 3

UNA SEMANA DESPUÉS

"¿No te quedas?" El tono acusador no me molesta, ni tampoco las miradas resentidas que recibo mientras me bajo la cremallera del pantalón.

— No empieces con eso, es todo lo que tengo que decir.

En menos de dos minutos, estoy vestido y listo para salir. La mujer que me observa como si fuera un libro de difícil lectura se acerca, envuelta en una sábana, como si fuera necesario ocultar su cuerpo.

Antes de que se acerque lo suficiente como para tocarme, cojo el sobre de papel marrón que tengo sobre la mesa y se lo

tiendo. Sus ojos, ahora curiosos, se iluminan ante el gesto. No la juzgo; el dinero siempre ha desempeñado un papel en las relaciones humanas. Para los dos, éste era un acuerdo claro: un intercambio mutuo de placer por una suma generosa, un recordatorio de que había algo más.

— ¿Cuándo vas a volver? — La ansiedad de su pregunta me hace dudar. Su interés parece más profundo que el económico. Ya te has quedado demasiado tiempo —me advierte mi instinto, y me doy cuenta de que no se trata sólo de mi estancia de hoy. Me he quedado demasiado tiempo con ella.

Me gusta la sensación de familiaridad; practicar sexo con una pareja fija ofrece una calidad de conexión que las relaciones ocasionales no consiguen. Sin embargo, sé que es hora de cambiar. Me recuerda que pronto tendré que volver a salir de caza...

Vicenciana. La palabra cruza mi mente mientras miro fijamente el rostro ansioso de la mujer que tengo delante. Si esta pregunta hubiera surgido hace dos meses, cuando la conocí en el club, quizá no estaríamos aquí ahora.

— ¿Hay algo que no entiendas de nuestro acuerdo? — La impaciencia cruza mis labios y me doy cuenta de que mis palabras han alcanzado su objetivo.

— No.

— En resumen: tú recibes el dinero y yo el sexo, pero nada de esto equivale a una relación. Tu firma está en el contrato.

— Lo sé... Lo siento, Adrian, yo no...

— No tienes por qué hacerlo", le interrumpí.

Creo que ya se ha dado cuenta de que nuestro tiempo juntos ha terminado. No me despido ni nada parecido; no tengo tiempo para eso. He tenido un día agotador y sólo quería un momento de descanso antes de pasar a la siguiente cita. Pero resulta que acabo de ultimar un problema que pronto me estallaría en la cara.

Cuando atravieso la puerta de la habitación del hotel, encuentro a Tyler y Garrett de pie como dos estatuas junto a la entrada.

— Ese contrato ha sido cancelado. Resuélvemelo. No quiero que esta situación me cause problemas en el futuro. — Tyler asiente, y no necesito más palabras para saber que hará lo que sea necesario.

Camino hacia la salida, con Garrett siguiéndome. Cualquiera que me conozca diría que soy un hombre de negocios solitario. He oído esa frase un millón de veces, mientras mi familia me presiona para que me case y le dé bisnietos a mi abuela antes de que se vaya. No veo que eso vaya a ocurrir. Me gusta el estilo de vida que llevo; incluso cuando estoy con una pareja durante un tiempo, se trata más de comodidad y sentido práctico que de sentimientos.

En mi mundo, los que sienten demasiado pierden demasiado. De niña aprendí que nos lo pueden quitar todo en un abrir y cerrar de ojos. La idea de hacerme vulnerable al abandono me angustia, se me forma un nudo en el estómago.

Antes de darme cuenta, estoy sentada en el coche, con Garrett al volante.

Es casi sutil, pero puedo ver el todoterreno que nos sigue, sabiendo que es el refuerzo. Pongo los ojos en blanco; no soy tan ingenua como para pensar que la seguridad extra de los dos últimos años no es necesaria, sobre todo cuando la mitad de Seattle me teme y la otra me odia. Sin embargo, no me gusta la idea de que tanta gente lo sepa casi todo sobre mí.

— ¿Directo al Palace o al piso? — pregunta Garrett con cautela, como si supiera que no puedo soportar más la noche.

Me duele el peso sobre los hombros.

— No, a casa.

Si no fuera por mis obligaciones, me iría directamente a la cama, pero sé que tengo compromisos que cumplir. Por fin se ha terminado la ampliación del hotel, y la fiesta que organizó mi

hermano para la inauguración fue demasiado extravagante como para que no se dieran cuenta de que yo no estaba allí. Lo sé porque Garrett se empeñó en encender su teléfono móvil, retransmitiendo en directo desde la entrada del hotel, donde se extiende una larga alfombra roja y desfilan los invitados VIP.

Le prometí a Ethan que iría, pero nada en el mundo me haría pasar por esas cámaras que captan la vida de otras personas.

— Olvida el plan original; acabemos de una vez. — Le hago una señal con la mano para que dé la vuelta y regrese a la ciudad.

Como si intuyera que no pasaría entre los flashes de la alfombra roja, Garrett se dirige a la entrada de personal y aparca en mi espacio.

No suelo pasar mucho tiempo en el Palace, pero tengo mi suite para las veces que quiero quedarme más tiempo del necesario en el centro de la ciudad. Me dirijo hacia el ascensor que nos lleva a la zona reservada para invitados especiales; la gente influyente suele alquilar pisos de lujo en este bloque cuando desea más intimidad durante su estancia.

Garrett me sigue en cuanto abro la puerta, con la chaqueta de la cena en la mano.

— Revisaré el perímetro mientras te preparas. ¿Cuánto tardarás?

— Veinte minutos como máximo, se lo advierto.

Una ducha rápida es todo lo que necesito para sentirme mejor después de un día agotador. Cuando salgo, ya llevo puesto el

traje que mi hermano envió a mi secretaria hace horas, siguiendo al pie de la letra el tema de la fiesta. La pajarita me aprieta el cuello; es imposible no sentirse como un payaso de circo.

Mientras me voy, veo que Tyler ya ha ocupado su puesto junto a Garrett. Lleva un año con nosotros, es un ex soldado que luchó junto a mi principal guardia de seguridad en el ejército, y viene muy recomendado. Es tan discreto como letal.

— ¿Todo en orden, Tyler? — pregunto mientras caminamos hacia el anexo de la Torre 2.

— Un poco de llanto, pero no pasa nada. Está mejor con el regalo que le dejaste.

No hay diversión en su tono, pero suelto una risa hueca. Nada que el dinero no pueda resolver, vuelvo a pensar esa noche.

Cuando por fin llego al vestíbulo central de la Torre 2, donde se celebra la que sé que será la mayor fiesta del año, me encuentro con caras conocidas entre los invitados. Estrecho la mano de algunos de los socios y otros clientes que han pasado por la empresa. A estas alturas, sé que Garrett y Tyler están haciendo lo que mejor saben hacer: mezclarse, observar desde la distancia y dejarme espacio.

Mis ojos recorren la sala buscando a alguien de mi familia, y pronto veo a mi abuelo rodeado de amigos, con Ethan a su lado.

— Ah, está aquí — mi hermano es el primero en fijarse en mí.

Al parecer, yo era el tema de conversación entre los hombres reunidos.

— Aquí está el hombre del año. Estaba felicitando a tu abuelo por su portada de Forbes.

Un hombre me tiende la mano y se la estrecho. Se parece a mi abuelo y me doy cuenta de que son viejos conocidos.

Es la primera vez que aparezco en la lista de los 10 hombres más influyentes del mundo; hasta el año pasado, ocupaba el vigésimo primer puesto en la lista de los mayores de 30 años.

— El año que viene será el turno de Ethan. Estoy seguro de que se hablará mucho de él después de esta noche", comenta otro hombre del círculo.

Mi hermano está a punto de responder cuando el presentador se acerca al micrófono para anunciar las atracciones de la noche.

Pensé que llegaría temprano, pero parece que llegaron tarde.

— Ah, la atracción inaugural está a punto de comenzar. La Compañía de Ballet de Seattle nos honrará con su actuación. Espero que disfruten de la velada, caballeros.

Mi hermano se dirige a los hombres antes de apartarme.

— ¿Dónde está Aidan?

Al apartar la vista de mi abuelo y sus amigos, oigo la pregunta nerviosa de Ethan.

— No tengo ni idea.

Una arruga de preocupación se forma en la expresión de mi hermano mediano. No consigo calmarle, ya que las luces se apagan justo en ese momento. El sonido de la orquesta inicia la melodía de la representación de ballet.

Impaciente, espero, sintiendo ya pena por haber venido. Algo me dice que va a ser una noche larga.

Capítulo 4

FLORA PELLEFRINO

DÍA DE LA BODA

Todo duele.

Me duelen los ojos.

Me duele el estómago.

Me arde el esófago.

No hay parte de mi cuerpo que no esté temblando ahora mismo. Me siento mal y tengo miedo de volver a vomitar, pero como no tengo nada en el estómago, sé que solo será bilis.

Mis amigos me rodean y me dicen que es normal estar nerviosa. Mi madre me coge de la mano para consolarme y eso me hace sentir aún peor. Es la primera vez en mi vida que se muestra orgullosa y cariñosa conmigo. Pero, al mismo tiempo, siento que eso no hace más que intensificar mi angustia. Es como si, al mostrarme un poco de amor, me estuviera atrapando en un destino que no deseo. Es la primera vez que estoy delante de mis hermanas, haciendo algo que ellas aún no han hecho: casarse. ¿Y qué significa eso, en realidad? ¿Un paso hacia la felicidad o un salto hacia la soledad?

Se me escapa una carcajada sin gracia, llamando innecesariamente la atención. Agradezco mentalmente que solo estemos mamá y yo en la habitación. Mis hermanas ya se han ido en

el coche de delante a la iglesia y yo estoy aquí, paralizada en un momento que debería ser mágico, pero que parece una trampa.

¿Cuándo el momento con el que más soñaba se convirtió en mi peor pesadilla?

Cada vez que cierro los ojos, oigo las risas y los susurros de Edward y su amante la semana pasada. Esa escena se repite en mi mente como una película que no puedo parar. No sé cómo he sobrevivido desde entonces. La vergüenza me consume, mezclada con sentimientos que nunca antes había experimentado. ¿Por qué no pude ver? ¿Por qué no fui más fuerte?

¿Qué he hecho mal? Esta pregunta resuena en mi mente a cada momento, mientras considero la posibilidad de huir y no volver la vista atrás, pero oigo a todo el mundo a mi alrededor hablar de lo

felices que son todos con esta unión. ¿Qué es esta felicidad que parece tan lejana, tan ajena?

Anoche, Edward me regaló un ramo de doscientas rosas rojas y una pulsera con un colgante de diamantes. Consiguió mirarme a los ojos y decirme lo mucho que me quería, mientras a mí se me saltaban las lágrimas. Todos pensaban que estaba emocionada, pero lo único que sentía era una pena creciente, un dolor insoportable, como si me estuvieran estrujando el corazón. Si supieran que cada rosa era una puñalada, cada palabra una mentira.

— ¿Estás preparado? — La voz de mi padre llenó la habitación, interrumpiendo mis oscuros pensamientos.

Me quedé mirándole unos segundos, apartando la vista de mi reflejo en el espejo. Su sonrisa de satisfacción era inmensa; quizá

estaba encantado. Yo también debería estarlo, pero lo único que siento es un inmenso peso sobre los hombros y un revoltijo en el estómago que me vuelve loca de ansiedad. Siento que estoy a punto de desmoronarme.

Me miré por última vez antes de marcharme. El vestido que soñé ha perdido su gracia, como si cada costura hubiera sido hecha con tristeza. El peinado que tardé horas en hacerme ya no tiene la belleza que vi el día de las pruebas. Al menos la maquilladora hizo un gran trabajo tapando las ojeras, pero ni siquiera eso puede ocultar la desesperación que siento.

— Vámonos.

Mi tono revelaba impaciencia por acabar de una vez, pero también un profundo dolor.

Pasé toda la semana debatiéndome entre desenmascarar a Edward o fingir que nada de eso era real. También podría desaparecer sin dar explicaciones, pero imaginar la vergüenza que les causaría a mis padres me hace daño. Parte de la razón por la que voy a decir que sí tiene que ver con las expectativas que siempre he intentado cumplir para ganarme su aprobación . Ahora, mientras mi padre me ayuda a subir al lujoso coche que me llevará a la iglesia, sólo puedo pensar que si les decepciono ahora, podría perder la familia que tengo para siempre. Y esa idea es aterradora.

— El nerviosismo se acabará cuando digas que sí. — dice mi madre, como si pudiera entender mi espíritu.

Pero no soy una novia cualquiera. Soy alguien rota, llena de dudas.

Mis sueños han muerto. Edward los enterró tan profundo que ahora me siento como una tonta. Una completa idiota que pensó que la amaba lo suficiente como para hacerlo esperar... Qué tonta fui, mientras él disfrutaba con otras. No soy tan ingenua como para pensar que ésta era la primera vez. Por fin me doy cuenta de que ningún hombre esperaría al matrimonio para intimar. Siento que me consume una ira feroz, pero al mismo tiempo, una tristeza abrumadora.

¡Estúpido! Mi mente resuena en protesta; esto es culpa mía. Si no hubiera estado tan desesperada por atención y amor, no me habría engañado ante mis ojos. Pensó que yo era fácil de manipular y no me di cuenta. Ahora me siento como una marioneta, controlada por un destino que nunca elegí.

Apenas me di cuenta cuando el coche se detuvo y mi madre me apretó la mano, tratando de advertirme. La noche se presentaba preciosa y, según las previsiones meteorológicas, sin lluvia. Debería estar de celebración, ya que había elegido una recepción al aire libre para dar la bienvenida a mis invitados. Los invitados... Parientes y amigos que han venido de muy lejos, y todo lo que siento es vergüenza de estar a punto de representar una mentira. Una farsa.

Fuera del coche, un borrón de fotógrafos me ciega. Veo a mis hermanas esperándome, mientras el oficiante anuncia que la ceremonia está a punto de comenzar. Mi madre me besa en la frente y se une al padre de Edward. Lo que no sabe es que se me parte el corazón.

Trago saliva, intentando respirar hondo, y acepto el ramo que Felicia me entrega. Los ayudantes de Anna, mi ceremonialista y

principal compañera en este sueño, me ajustan el vestido y el largo velo. Sólo quiero que todo acabe pronto, pero entonces recuerdo que aún queda la fiesta...

Dios mío.

La luna de miel...

¿Qué voy a hacer?

El nerviosismo aumenta significativamente cuando mis hermanas —mis damas— hacen su entrada.

— Eres la siguiente, Flora. — me informa Anna, y cada una de sus palabras es como un golpe en mi pecho.

Siento que la desesperación se apodera de mí. La respiración entrecortada se apodera de mí, como si mis pulmones dejaran de contraerse y se me cerrara la garganta. Agarro con fuerza la mano

de mi padre y veo su mirada llena de preocupación. ¿Cómo puedo hacerle esto? ¿Cómo puedo defraudarle así?

— No voy a conseguirlo... — Susurro, tan bajito que no sé si me han oído, pero la verdad es que no puedo. No puedo seguir adelante.

Mi cuerpo tiembla violentamente y vuelven las ganas de vomitar.

— Es la hora. — La orden de Anna me llega, pero no puedo mover los pies. Siento que mi padre me aprieta la mano y me mira preocupado.

Debería estar radiante de felicidad, pero mientras caminamos, siento que voy camino de la horca. Cuando me entregan a él, mi mundo se derrumba.

— Te ves hermosa. — Tus palabras suenan artificiales.

Todo es falso.

¿Siempre ha sido así o acabo de darme cuenta? Y la amarga pregunta se repite: ¿por qué estaba tan ciego?

Edward tiene una sonrisa en la cara, pero parece tan distante. Cuando me coge del brazo, sus manos están frías. No digo nada; no podría aunque quisiera. Los flashes y el murmullo de las voces me rodean mientras nos arrodillamos en el genuflexo. Incluso había idealizado esto en mi mente infantil, pero ahora se convierte en un momento vacío de significado.

El sacerdote comienza su sermón, pero siento que voy a desmayarme en cualquier momento. Desvío la mirada hacia el traidor mientras nuestro celebrante habla de lealtad. El rostro de

Edward me sonríe, y mi corazón se aprieta, con un peso insoportable. Este será mi futuro, y no puedo soportar la idea.

Si digo que sí aquí, este será mi futuro. Nunca podré volver a casarme por la iglesia; pronto me divorciaré, si es que decido hacerlo. No puedo decir que le he perdonado por lo que veo en sus ojos: no hay arrepentimiento. Si no le hubiera visto aquella noche, tal vez nunca me habría enterado.

Me siento tan mal que se me saltan las lágrimas sin darme cuenta. Este hombre no vale nada; esta constatación es más dolorosa de lo que imaginaba. Creé un prometido perfecto, me lo hice a mí misma y ahora estoy pagando el precio. Él no me merece.

No se merece mi sacrificio, no se merece que diga que sí ante Dios, no se merece que tire mis sueños a la basura por su culpa.

Aunque nunca me case, al menos no cargaré con el remordimiento de haberme unido a un traidor.

— Me traicionaste... — Las palabras escapan de mi boca sin control, un susurro indignado lleno de ira y dolor.

Los ojos oscuros de Edward parpadean en mi dirección, su cara es pura confusión. No puede responderme porque el cura nos pide que nos levantemos. Me coge de la mano y tiro con tanta fuerza que no reacciona. El corazón se me acelera cuando el cura le pregunta si acepta casarse conmigo por su propia voluntad.

Siento que voy a desmayarme en cualquier momento. La voz de Edward dice que sí, pero no oigo nada más a mi alrededor. Estoy atrapada en mi propia angustia.

— Es por tu propia voluntad que tú, Flora, aceptas a Edward como tu esposo...

El resto se convierte en un discurso que pasa desapercibido. Me llevo las manos a la cabeza y tiro de las pinzas que sujetan mi velo. Veo el pánico en los ojos del cura y de Edward.

— ¿Flora? — Su murmullo me alerta, pero no hay retorno.

Mi cabeza se siente más ligera sin el velo que he arrastrado sobre ella. Qué tontería... Me vestí como una princesa para un hombre que no lo merece. Siento que cada lágrima que cae es una parte de mí que estoy recuperando.

— No, no quería sonar tan estridente. — No quería que mi voz sonara tan estridente, pero por primera vez en mi vida, me

estaba poniendo a mí primero. Por primera vez, estaba haciendo lo que era mejor para mí. Y eso es liberador, a pesar de todo el dolor.

Solo puedo ver la sorpresa en la cara de Edward antes de que coja mi vestido y eche a correr.

Oigo el murmullo que se convierte en clamor en la iglesia, oigo voces que me llaman, pero no tengo ni idea de quiénes son. Tal vez todos ellos.

Uno de los fotógrafos intenta retenerme cuando me acerco a los escalones de salida, pero tiro tan fuerte de mi brazo que no tiene ninguna posibilidad.

En la calle hay un revoltijo de coches parados. Es viernes y la ajetreada ciudad parece haberse detenido mientras corro, oyendo gritos detrás de mí.

Cuando miro, veo a mi padre y quizá a mi madre detrás de él. Un pánico insoportable se apodera de mí. Es entonces cuando hago algo desesperado: golpeo un coche que está parado justo delante de mí en un semáforo en rojo. Las ventanillas oscuras no me permiten ver quién va dentro, pero ese todoterreno negro es el coche más cercano, la única posibilidad de escapar.

Mi corazón se acelera tanto que parece que va a explotar. Golpeo con fuerza, los golpes en el cristal resuenan en mi desesperación, mientras miro a mi padre, que está a punto de alcanzarme. La imagen de él persiguiéndome es una mezcla de amor y dolor, y siento que estoy a punto de romperme. Lo que viene a continuación sucede en un instante: las puertas se abren y alguien desde el asiento trasero tira de mí con fuerza.

Un grito sube por mi garganta, pero no sale. Oigo la última llamada de mi padre, su voz llena de preocupación y confusión, y es como si una parte de mí estuviera atrapada fuera con él. El coche arranca y, a medida que la ciudad se aleja, siento que una parte de mí también se aleja: la parte que aún tenía esperanza, que soñaba con un futuro.

Cuando por fin me salvo de la vergüenza que me rodeaba, la presión se disuelve y lo único que puedo hacer es llorar. Las lágrimas corren por mi rostro, un río de dolor, miedo y alivio. La desesperación que me había estado consumiendo se convierte ahora en llanto incontrolado, y siento como si todas las emociones que he estado conteniendo explotaran.

Es como si el mundo que me rodea hubiera desaparecido y yo estuviera sola, por fin libre, pero al mismo tiempo profundamente

herida. Mi cuerpo se estremece, y el llanto se convierte en un lamento por todo lo que he perdido, por todo lo que soñé y ahora sé que ya no será.

El todoterreno acelera y, mientras veo las luces de la ciudad pasar por la ventanilla, me doy cuenta de que mi vida ha dado un giro que nunca imaginé. Y en el fondo, una vocecita esperanzada me susurra que tal vez, solo tal vez, este sea el comienzo de algo nuevo.

Capítulo 5

Basta con ver esta representación de ballet para darse cuenta de que no soporto ni cinco minutos más de esta tortura: los cumplidos ensayados, el tono adulador que embota los sentidos, las peticiones de favores inoportunas... Todo es como una tormenta de irritación mezclada con agotamiento, el resultado de un día insoportable.

La organización del evento es impecable, al igual que la primera actuación de la noche. Puedo ver que mi hermano se ha dedicado a cada detalle, y en este momento de claridad, me doy

cuenta de que mi presencia aquí es completamente innecesaria. Un peso que no debería llevar.

— ¿La fiesta acaba de empezar y ya te vas? Puedes ser más antisocial que nuestro abuelo —dice Ethan, con un tono de aguda desaprobación.

Pero, ¿qué sabe él? Su abuelo está allí, charlando abiertamente, riendo con Olivia en brazos, alabando a su nieta como si fuera un premio. ¿Antisocial? No, eso no es ser antisocial; es simplemente estar harto.

No necesito decir nada para que Ethan sepa que no cambiaré de opinión.

— Espera al menos diez o veinte minutos. Aidan llegará pronto y necesitamos las fotos", insiste.

Una voz femenina resopla justo detrás de mí, cortando mi descontento.

— Un dulce regalo para sus pensamientos.

No necesito girarme para saber quién es: Isabelle. La mujer que me mantuvo cautivo durante más de tres meses y que parece haber decidido convertirse en una sombra. Incluso años después, sigue aferrada a mí como una garrapata.

— No me gustan los dulces", respondo, tratando de repeler su presencia.

Cuando me doy la vuelta, su sonrisa libertina no hace más que aumentar mi frustración. Las cosas acabaron mal entre nosotros, como yo sabía que acabarían. Ella quería más de lo que yo

podía darle, y fue entonces cuando me di cuenta de que involucrarme con mujeres de nuestro círculo social era un error.

— Hacía mucho tiempo que no te veía. Es un milagro que estés aquí", dice con ironía.

Ojalá pudiera decir lo mismo de ella, pero no puedo. Ignoro la provocación.

Si pudiera, la despreciaría. Pero como nieta de uno de los mejores amigos de mi abuelo, sé que no es una opción. Mi abuela me reprendería si Isabelle se quejara de algo. No es que le tenga miedo, pero no quiero disgustar a una mujer tan buena. Ya tiene que preocuparse por Aidan todos los días.

Así que opto por la política de buena vecindad.

— ¿Cómo estás, Isabelle?

Intercambiamos dos besos en la mejilla, como viejos amigos que se odian cordialmente. Mi deseo de escapar de esta fiesta crece por momentos.

— Lo estoy haciendo muy bien, ¿no? ¿Dónde está tu cita?

— Fue a hacer lo que hacen las mujeres cuando van al baño.

— Mentiroso — se ríe, divertida. — Vi cuando llegaste solo.

Una risa forzada se escapa de mis labios mientras busco algo para librarme de ella. Desde que la conocí, cuando aún era un niño, siempre ha sido así: pegajosa, posesiva, excesiva. Siempre marca su territorio donde yo estoy, y cuando me voy, encuentra la manera de subirse a mi coche, exigiendo que la lleve.

Esta noche, sin embargo, será diferente. Me libraré de ella antes de que te des cuenta.

— Me has pillado. Me avergonzaba decir que se había metido conmigo. Desafortunadamente, tu madre cayó enferma y necesitó cuidados.

— Finjamos que me lo creo...

— Lo digo en serio. ¿Recuerdas que solías decirme que no tenía corazón? Pues resulta que sí lo tengo. — Chispas aparecen en tus ojos mientras escuchas.

Vacila y yo me contengo para no soltar una carcajada de triunfo. Nunca revelé que tenía a alguien, y mucho menos que tenía corazón. Ahora se debate entre creerme o dejarse engañar.

— ¿Quién es ella? ¿La conozco?

La exageración me irrita. La furia y los celos desbordan de Isabelle, y sus palabras son venenosas. Antes de que pueda

responder, Aidan aparece detrás de ella, con su sonrisa bastarda en la cara. Hace un gesto loco con los dedos hacia mí, señal inequívoca de que Isabelle se está volviendo loca.

Se da la vuelta, pero no ve el desafío de mi hermano.

— Por fin estás aquí. Tenemos diez minutos para las fotos que quiere Ethan y luego tengo que irme —digo, dirigiendo mis palabras a Aidan, que parece captar mi deseo de deshacerme de ella. — Ha sido un placer volver a verte, Isabelle.

— Hola y adiós", dice Aidan, pasando junto a ella.

Mi hermano me pasa los brazos por los hombros y me aparta de Isabelle, sin dejarle espacio para reaccionar. Le agradezco mentalmente la huida. Por fin he conseguido escapar.

Los momentos siguientes son un mero cumplimiento del deber. Sonrío tristemente ante las fotos familiares que pronto aparecerán en los periódicos y en la página web del hotel. Tras cumplir con mi obligación, abrazo a mi abuela y le prometo que vendré a comer el domingo. Sólo así me dejará marchar.

A las ocho y media salgo del salón de la Torre 2, rodeado de mis fieles escuderos. En cuanto llego al coche, ya me estoy quitando la chaqueta de esmoquin y tirando de la maldita pajarita, que me aprieta como un collar insoportable. Una oleada de alivio me invade cuando me deshago de ella y me acomodo en el asiento trasero del todoterreno.

Garrett conduce a casa y yo doy gracias a todos los dioses porque este día por fin llega a su fin. Pronto me distraigo con algunas citas en la agenda de mi móvil. Confirmo las citas de hoy y

cancelo las del fin de semana. No tengo ninguna posibilidad de trabajar ni un minuto en los próximos días. Mi energía se ha agotado esta semana y lo único que quiero es darme una ducha, dormir más de ocho horas seguidas, pasar todo el día sin hacer nada en casa y quizá encontrar algo de diversión por la noche.

Perdida en mis pensamientos, tardo un rato en darme cuenta de que los dos hombres del asiento delantero están comentando algo fuera. Estamos parados en el semáforo y mis guardias de seguridad miran algo detrás de nosotros. Antes de que pueda inclinarme para comprobarlo, un fuerte ruido resuena contra mi ventanilla.

"¿Qué cojones?", grita conmocionada mi mente mientras observo la escena que tengo ante mí.

— ¿Eres una maldita novia? — pregunto rápidamente. Oigo que sí.

Golpea el cristal, gritando para que abramos.

— Quienquiera que venga detrás de ella va a alcanzarla", dice Tyler, concentrado en el espejo retrovisor.

Sin pensarlo dos veces, una urgencia me consume. Algo en la desesperación de la chica me produce escalofríos. Intento alejar los recuerdos perturbadores, relegándolos a un segundo plano.

— Abierto.

Una simple orden basta para desbloquear la puerta.

Todo sucede en un torbellino. Empujo la puerta, tirando de ella hacia dentro, y al instante siguiente aparece la luz verde. Garrett

sale a toda velocidad antes de que pueda cerrarla, sujetando a la chica mientras maldice, sabiendo que parte de su vestido sobresale.

Es la situación más surrealista de mi vida, pero no tengo tiempo para pensar en ello. Está llorando, un torrente de desesperación.

El silencio en el coche es incómodo; somos tres hombres completamente perdidos, sin saber qué hacer. Intento tocarle el hombro, pero ella retrocede, su angustia no disminuye ni un centímetro. Tyler me ofrece una caja de pañuelos de la guantera. Se la ofrezco, temeroso de su reacción.

No me mira cuando acepta.

Su llanto no cesa. Veo la mirada preocupada de Garrett por el retrovisor. Si yo soy una maniática del control, él es diez veces peor.

Aunque la chica parece frágil, él no aparta la mirada de la novia fugitiva. En cuanto a mí, eso no me importa. Lo único que me importa ahora es cómo va a lidiar con esta tormenta que la trajo hasta nosotros.

Capítulo 6

Todo mi cuerpo se estremece con un llanto convulsivo. Me arden las fosas nasales y sé que tengo la nariz taponada. Acepto la estúpida caja de pañuelos que me tiende el hombre que está a mi lado, pero no levanto la cabeza para mirarle. Apenas puedo mirarme a mí misma.

¡Me metí en el coche de un desconocido! Como si huir de mi propia boda no fuera suficiente, ahora me llevan a un lugar desconocido. Se me forma un nudo en la garganta y la sensación de derrota me consume, como si me hundiera en un abismo sin fin.

La vergüenza me abruma. Lo que todos deben estar diciendo de mí... ¡Dios! Soy una vergüenza andante. Felicia y Fiona son las

únicas que creo que no me juzgarían con tanta sed, pero ni siquiera quiero dirigirme a ellas. ¿Qué les diría? ¿Cómo explicaría lo inexplicable?

Cuando el vehículo para mi cuerpo se tensa. Espero a que los hombres a mi alrededor hagan algo. ¡Dios mío! Me he metido en un coche con tres hombres, como si mi destino no fuera ya lo bastante cruel. Oigo cómo se abren las puertas, pero no me muevo ni dejo de llorar.

— ¿En qué puedo ayudarle? — pregunta el hombre que está a mi lado.

Un escalofrío de miedo me recorre la espalda al oír su voz, un timbre fuerte que me asusta. Le oigo resoplar y, con un ruido, sé

que ha abierto la puerta de su lado. Los segundos pasan, parecen una eternidad, hasta que se abre mi puerta.

— Mi nombre es Adrian... Adrian Darrell.

Adrian... El nombre resuena en mi mente, como un hechizo que me atrae. Me sorbo los mocos y sigo sujetándome la cara entre las manos, consciente de que, cuando se levante, seré un desastre de rímel emborronado y ojos hinchados. La vergüenza me palpita en la cara, me arde en la garganta y me llega al estómago.

Nunca me había sentido tan nerviosa en mi vida. Enfrentarme a Adrian se convierte en un reto aún más desalentador que huir de la iglesia llena de conocidos y de un prometido infiel.

Sé que no puedo esconderme para siempre. Con un esfuerzo, levanto la cabeza y uso un pañuelo de papel para limpiarme los

mocos antes de enfrentarme a él. ¿Qué podría ser más humillante que este momento? Desde luego, nada. Pero cuando por fin miro en su dirección, me sorprendo: es sorprendentemente guapo, una presencia que capta la atención. Sus profundos ojos verdes parecen brillar con una intensidad casi hipnótica. Su sonrisa es cautivadora, revela una confianza que no puedo ignorar.

Como si no pudiera ser peor, no hay un solo defecto en su rostro. Sus rasgos están tan bien definidos que parecen haber sido esculpidos con precisión. ¿Y yo? Soy la imagen misma del horror. Una marioneta destrozada, contemplando la realidad que siempre he anhelado: un hombre que atrae con su fuerza y su encanto, pero no es lo que yo imaginaba. Es el tipo de hombre que provoca una mezcla de fascinación y miedo, un enigma que intriga y asusta.

La cara se me calienta aún más y sé que me ruborizo estúpidamente, como si la vergüenza me hubiera enredado en sus garras. El contraste entre su belleza y mi desgracia me golpea como un puñetazo en las tripas. ¿Por qué, en toda esta confusión, tiene que ser tan... magnético?

Parece impaciente y me tiende la mano. Ahora me doy cuenta de que sigo llorando y no le he dado una respuesta. Me tiemblan las piernas cuando acepto su mano y salgo del coche con su ayuda. Estoy hecha un desastre con el pelo revuelto y un vestido blanco demasiado grande, medio dentro del coche, medio fuera.

— ¿Tienes un nombre? — Su voz es más suave ahora, pero sigue teniendo un peso que me hace dudar.

Asiento con la cabeza, temiendo que si empiezo a hablar empiece a llorar copiosamente otra vez. Adrian inspira con calma y asiente con la cabeza. Saco mi vestido del coche para que pueda cerrar la puerta y me enfrento a los otros dos hombres, que parecen un muro de músculos. Vestidos igual, imagino que trabajan para él.

Miro a mi alrededor y veo que estamos en un garaje, rodeados de coches aparcados... Coches muy caros. Vuelvo a mirar a Adrián y tengo una visión más amplia de él. Es imponente, tan alto que debe de rozar los dos metros. Lleva el pelo perfectamente alineado en un corte corto, y una curiosa seriedad en el rostro no hace sino aumentar su presencia.

Siempre he sido una admiradora de los hombres guapos, pero lo que veo en Adrian trasciende eso. No encaja en las narrativas que solía conocer; es intrigante, casi como el protagonista de una novela

oscura que guarda secretos en sus ojos. ¿Qué debo hacer ahora? En medio de mi agonía, se forma un pensamiento inoportuno: tal vez, sólo tal vez, él sea el escape que nunca supe que necesitaba.

La cara se me calienta aún más y me doy cuenta de que me estoy sonrojando estúpidamente.

— Bueno, ya que no voy a tener nombre, subamos antes de que aparezca algún vecino y me haga una pregunta embarazosa.

¿Arriba? Mi instinto de supervivencia grita en mi interior. Intenta tirarme de la mano y dudo. No puedo estar sola con tres hombres... ¡Nunca he estado sola con mi prometido! El hombre con el que me iba a casar.

El miedo me consume cuando me mira, como si supiera exactamente lo que pasa por mi cabeza. Adrian suelta su mano de la

mía y automáticamente siento un escalofrío que no esperaba. Su mano era cálida, reconfortante.

— Estoy tratando de ayudarla, señora. ¿Puedo llevarla a algún sitio? ¿Necesita que le preste un teléfono? ¿Dónde vive?

Las preguntas me confunden.

— Nueva York.

Mi voz sale en un chillido bajo. Sus ojos se abren con sorpresa y le veo soltar todo el aire que estaba conteniendo. Está impaciente, y eso me avergüenza aún más.

— ¿Hay algún sitio donde alojarse en la ciudad?

Lo niego con vehemencia. No tengo documentos, no llevo la cartera ni el móvil, no tengo ni idea de adónde ir y nunca he deseado tanto desaparecer en toda mi vida.

— ¿Quieres llamar a alguien? — pregunta finalmente.

Me muerdo el labio inferior, pensando. Llame a quien llame, sé que oiré gritos de reproche e incluso palabrotas. No, no quiero llamar a nadie.

Suspira y me tiende el móvil, pero le miro con desconfianza. Sus ojos verde oscuro me fulminan, insistiendo en que lo coja.

— La contraseña es 092127. Quiero que la guardes y llames a quien quieras, cuando quieras. La cosa es que no podemos quedarnos aquí, o te llevo a algún sitio o subes tú.

Una de sus cejas se arquea, esperando una respuesta.

Miro el dispositivo que tengo en la mano, vacilante. Deslizo la pantalla de bloqueo e introduzco la contraseña. La pantalla se ilumina con la pantalla de inicio. El fondo de pantalla tiene un

logotipo que dice "Darrell Group". ¿Es un hombre de negocios? La duda fluye por mi mente.

Bloqueo el aparato y mis ojos se encuentran con los suyos, que siguen esperando una respuesta. Debería estar agradecida a este hombre; no ha hecho nada para que le mire con recelo, pero no le conozco. Quizá la chica que era hace una semana le habría seguido la corriente de buena gana, pero la mujer en la que me he convertido —al descubrir que la vida que llevaba era una farsa— sabe muy bien que los hombres son mentirosos y manipuladores.

No confiaré en nadie más; así me ahorraré dolor y decepciones.

Decido tomar la delantera. Paso junto a él y sus guardias de seguridad, siguiendo un camino que intuyo es hacia el ascensor. Las

señales indican que debo seguir recto. Oigo murmullos detrás de mí. Me arde la espalda porque sé que me están mirando, pero no digo nada.

El vestido que costó miles de dólares se arrastra por el suelo sucio, manchando mi sueño, mostrando lo patética que soy por haber esperado tanto tiempo a alguien que no me ha mostrado más que ingratitud y falta de respeto.

Mientras pulso el botón para llamar al ascensor, siento que el teléfono vibra en mis manos. Mis ojos siguen la pantalla y leo el mensaje que ha llegado:

Isabelle: "Encantada de volver a verte, preciosa".

Releo las palabras y vuelvo a sentir el familiar dolor de estómago. Lo ignoro y subo al ascensor.

Sorprendido, veo que sólo Adrian se dirige a la cabina de acero. Sus empleados se despiden con la mano y la puerta se cierra tras nosotros.

Capítulo 7

Podría haberla llevado al hotel; era lo mínimo que Garrett y Tyler esperaban de mí. Pero algo dentro de mí me detuvo. Lo que era una sorpresa para los demás también lo era para mí. Utilicé un tono de voz que no me salía de forma natural, intentando que no se me notara la maniática del control que llevaba dentro, respirando hondo para no dejarme llevar por la situación.

Sus dudas eran comprensibles, al igual que sus temores. Sólo cuando le entregué mi teléfono móvil vi que su expresión se relajaba. Pude ver el asombro en los ojos de Garrett, pero no había elección. Si no, no habría venido.

La chica está hecha un desastre. Su pelo, que debería lucir espléndido, está ahora en rizos desordenados sobre su hombro. Su maquillaje, destrozado por el llanto, no borra la belleza que aún emana de ella. El vestido de novia, delicado y encantador, la hace vulnerable, como un personaje de cuento que se ha perdido en su propia historia.

Nunca he estado tan cerca de una novia. Ella encarna todo lo que una novia debe ser, y debe estar radiante al salir de la iglesia. ¿Pero qué salió mal? ¿Una inquietante declaración en ? ¿O simplemente se arrepintió, abandonando a un novio devastado?

Si estuviera en el altar, el dolor sería insoportable. Ésta es la prueba viviente de por qué prefiero las relaciones líquidas a las que sólo traen desamor. Las personas son volubles, crueles, infieles; no merecen tener el control sobre nuestros sentimientos. La chica que

tengo al lado, con su actitud derrotada, es un retrato de la fragilidad. Y es difícil no sentir una conexión con su dolor, pero esa conexión también me aterroriza.

Antes de seguirla al ascensor, le pedí a Garrett que le buscara ropa adecuada. Nadie respondió, y preferí creer que no estaban tan conmocionados.

Ahora, mientras tecleo el código para entrar en mi piso, me doy cuenta de que todo esto pone en tela de juicio mi conducta. La única mujer que entra libremente aquí es mi abuela, y eso dice mucho de mi estilo de vida.

Y, sin embargo, aquí estoy, con una desconocida que observa cada detalle de mi salón como si estuviera evaluando una propiedad.

— Es hermoso aquí... — Dice, sorprendiéndome.

Ahora parece más tranquila; pensé que nunca dejaría de llorar. La veo equilibrarse, quitarse sus altísimos tacones. Estoy segura de que no miden más de 1,60 cm. Parece mucho más relajada y deja los zapatos plateados en un rincón cerca del sofá.

— Bonito, cómodo, tranquilo... También me gusta el hecho de que no hay vecinos.

Asiente en silencio, admirando los objetos decorativos que ha elegido mi arquitecto. Todo en tonos grises y blancos. Vivir aquí tiene todo tipo de ventajas: la ubicación está cerca de la oficina, es un edificio seguro con un piso por planta. Cuando vi que el ático estaba en venta, no pude dejar pasar la oportunidad.

— Le he pedido a Garrett que te traiga ropa limpia, pero sé que debes estar ansiosa por darte una ducha y quitarte ese vestido.

Parece pesado.

Tengo ganas de acercarme, tocar la tela, ofrecerle ayuda... Pero sé que lo que más quiere ahora es espacio, y no quiero invadirlo.

La chica, cuyo nombre aún no sé, no me contesta, pero asiente con la cabeza, con cara de vergüenza. Suelto un largo suspiro y le hago señas para que me siga. Sé que me sigue, subiendo los escalones detrás de mí, pero no le ofrezco ayuda.

— Un momento.

Entro rápidamente en mi habitación; ella se queda de pie en la puerta, observándolo todo con curiosidad. Busco en el armario un pantalón de franela a cuadros con cintura elástica y una camisa blanca de algodón.

Cuando vuelvo, veo la curiosidad en sus ojos. Le indico la puerta contigua a la mía y la abro para que entre. No invado su espacio; sé que puedo resultar intimidante y no quiero que eso ocurra ahora.

Rápidamente recoge su ropa, y cuando la pongo hacia ella, le digo:

— En el cuarto de baño encontrarás todo lo que necesitas. Hay toallas limpias en el armario, un cepillo de dientes sellado en el cajón. Así como champú y todo lo demás. Siéntete como en casa.

Ella asiente y yo cierro la puerta. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo tensa que estaba. Yo también necesito una ducha; tal vez pueda hacerme a la idea.

No sé si tiene hambre, pero cuando me doy cuenta, ya he puesto la mesa para cenar. Son casi las diez de la noche y me muero de hambre. Tarda más de lo que pensaba y me pregunto si algo habrá ido mal.

Después de ducharme, me pongo la ropa más cómoda que encuentro: una sudadera gris y una camisa de manga corta. El lado controlador de mí que insiste en que todo debe hacerse a tu manera es fuerte, pero intento no ceder a esta presión.

Cuando decido levantarlo para comprobarlo, siento que el aroma del hinojo invade mi nariz. No miro atrás, pero sé que ahora la habitación está llena del aroma de mi champú. He llenado las habitaciones del piso con este único aroma, como si quisiera controlar incluso eso. Como ya he dicho, soy una maniática del control, y eso no me molesta.

No me había dado cuenta de que reaccionaría como un perro olfateador ante su olor. Aprieto los puños y pongo mi mejor cara de póquer antes de darme la vuelta.

— ¿Te sientes mejor? — la pregunta suena a obligación.

La visión que tengo ante mí es deslumbrante. Su pelo mojado está suelto, ahora de un tono rojo más oscuro, como un fuego que incendia la habitación. Es la imagen de la perfección: un rostro sin maquillaje, ojos hinchados, orificios nasales rojos. Incluso con ropa desproporcionada, es imposible no verla hermosa. Apartar la mirada de sus ojos verdes es un reto; hay una profundidad en ellos que me fascina de una manera que no esperaba sentir.

Siento una satisfacción inesperada cuando la veo con mi ropa. La idea de que algo que ya me he puesto toque ahora su piel es

embriagadora, una conexión que no puedo ignorar. Cada detalle de ella, desde la forma en que su pelo rojo cae suavemente sobre sus hombros hasta el leve temblor de sus labios, me atrae como una marea, me arrastra a un territorio emocional que siempre he mantenido a distancia.

— Mucho mejor. Dignidad restaurada, como diría mi hermana.

Esboza una sonrisa, pero la falta de humor genuino es evidente. Mi teléfono móvil está en su mano, y esta pequeña elección de permanecer conectado me da una sensación de control, aunque sé que, si quisiera, podría hacer que ella no tuviera ninguna posibilidad de pedir ayuda.

— ¿Tienes hambre?

Recibo silencio mientras señalo hacia el balcón, donde la ciudad se extiende ante nosotros. La lasaña humeante sobre la mesa, la vajilla y la botella de vino: todo precintado, todo bajo mi control. Dada su desconfianza, dudo que se atreva a beber.

— No tengo hambre.

— Seguro que cambias de opinión cuando lo pruebes. Probablemente no has comido nada hoy, ¿verdad?

Me siento a la mesa, sabiendo que necesito comer algo o me desmayaré. La veo entrecerrar los ojos a través de su visión periférica, pero finjo no darme cuenta y me concentro en la comida. Me sirvo, consciente de que en algún momento cederá.

Abro el vino y lleno sólo mi copa, dándole a ella el poder de elección.

— ¿Cómo sabes que no he comido nada?

Como un gato desconfiado, se acerca. Sus ojos brillan de curiosidad; primero, observa la vista de Seattle, y un brillo de entusiasmo aparece en su rostro, pero dura poco. Luego intenta leerme la mente mientras se sienta.

No le hago frente mientras me como una generosa porción, dejando escapar un gemido displicente.

— Eso está muy bien... — Digo, sin querer parecer interesado, pero la verdad es que estoy completamente absorbido por ella.

Me mira con desconfianza, pero cuando vuelve a servirme, me doy cuenta de que se ha rendido. Sonrío... ¡mierda! Vuelvo a

sonreír. No soy de los que sonríen como idiotas, pero de momento me ha pillado.

— Está muy bueno... — admite mientras abre una botella de agua, la cautela evidente en cada movimiento.

Se sirve a sí misma, y no me sorprende su vacilación. Hay en ella una transparencia que la distingue de la gente que conozco desde hace años, una vulnerabilidad que me intriga.

— ¿Vas a decirme tu nombre o es un secreto?

Utilizo un tono jocoso, intentando que no se cierre en banda, pero necesito un nombre para la belleza que tengo delante.

— ¿Me vas a contestar cómo sabías que no comía?

— Una novia que huye de su propia boda no ha tenido un día fácil. Es lógico que no tenga apetito.

Deja caer los cubiertos sobre el plato y se queda pensativa. Creo que la he presionado demasiado, pero luego vuelve a comer.

— Flora... Flora Pellegrino.

Flora...

El nombre fluye de mis labios como una canción. Es perfectamente como ella, evoca imágenes de flores y de su rara belleza pelirroja, que parece quemada y vibrante, como un fuego que no puedo controlar.

— Bueno, Flora, ¿estás preparada para contarnos lo que ha pasado?

Capítulo 8

Cuando el agua cayó con fuerza bajo mi cuerpo, gemí. Al principio, sentí como si me hubieran dado una paliza. Luego me sentí tan bien que me permití quedarme más tiempo del necesario. No es que no necesitara una ducha larga; realmente necesitaba deshacerme de toda la laca y el maquillaje que eran más desastrosos de lo que había imaginado.

Estaba destrozado.

El hombre debía de tener mucha compasión para traer a una loca a su casa, dejarla ducharse en su impecable cuarto de baño e incluso darle su ropa para que se la pusiera. Nunca me había sentido tan cuidada en mi vida, ni siquiera con Edward, a quien había

entregado toda mi necesidad y creía que era el chico perfecto para mí. Menos de una hora con un completo desconocido y me doy cuenta de que el prometido que me tocó no era más que un imbécil corriente. No por encima de la media, pero normal.

Resopla. ¿Te das cuenta ahora, tonta? Me río amargamente cuando me siento lo bastante limpia y espero que no le parezca mal que haya utilizado todo lo que tenía a mi disposición. Necesitaba lavarme el pelo y he utilizado el desodorante en aerosol que había en el armario del baño. También me lavé los dientes para amplificar la sensación de limpieza.

Cuando estuve seco en toallas que se sentían como abrazos cálidos, eché un buen vistazo a la ropa del hombre y supe que era eso o su albornoz. Los pantalones se abombaron y los doblé todo lo que pude en la cintura para no correr sobre mis propios pies. La

camisa olía muy bien; no era sólo a detergente y suavizante. También había otro aroma.

Por extraño que parezca, nunca me he sentido tan cómodo en mi vida.

Sentada allí ahora, frente a él mientras le escucho preguntar por mi historia, me pregunto si tendré el valor de contarla. Al menos para contarla sin llorar.

— Iba a casarme... — Como si no fuera un hecho lógico, te lo digo. Y tengo toda tu atención.

— Lo he visto.

— Pero descubrí que Edward no era el hombre que yo creía.

La amargura de mi voz limita cualquier desarrollo de la historia. Quizás no estoy preparado para contarte los detalles. Me

angustia ver que tus ojos me miran con ternura. No quiero tu compasión.

Me siento una completa fracasada. Hay un hombre guapísimo delante de mí y lo único que consigo despertar en él es lástima.

Me arden de nuevo las fosas nasales, pero no sé si me quedan lágrimas.

— Y te engañó. — Como si no fuera gran cosa, Adrian me sorprende diciendo.

Decir su nombre, incluso en mis pensamientos, me da una sensación de intimidad que no me gusta.

— ¿Es tan obvio?

— Todas las historias tristes entre parejas siempre empiezan así. Los seres humanos hacen eso, Flora. Mienten, engañan y luego

nos culpan de sus errores.

El disgusto en su voz me pilla desprevenido. Adrian dejó los cubiertos en la mesa y se bebió el vino por primera vez aquella noche. Cuando me senté, pensé que la mejor opción era alejarme del alcohol. Ahora me doy cuenta de que necesito un poco o no podré soportarlo.

Parece completamente sorprendido cuando lleno mi vaso.

— A ti también te traicionaron. — Te lo digo, tanto dolor sólo puede venir de eso.

— Nunca.

Dejo escapar una carcajada. ¿Nunca? He encontrado a alguien más inocente que yo, entonces.

— ¿Lo es? ¿Y cómo puedes estar tan seguro? — El cinismo escapa de mis labios sin control.

Es el turno de Adrian de reírse.

— Simple. Nunca le he dado a nadie ese poder. Nunca he salido con nadie, ni me he comprometido ni me he casado, Flora. Soy una eterna virgen de las citas.

Sus palabras me golpearon con fuerza, desestabilizándome.

— ¿Así que tenemos un hombre *anti—romance* aquí?

— Si quieres llamarlo así... — Adrian se encoge de hombros.

Dios mío. No podría ser más opuesto a mí si quisiera. Mientras el hombre que tenía delante parecía escéptico en tantos aspectos, yo era el novelista que había hecho de su vida un cuento de hadas mal calculado.

El hombre ni siquiera debería creer en Dios.

Luce perfecto en su gloria. No necesito ser muy listo para saber que es un niño rico. ¡Dios, tiene seguridad! Y como si ser con el bolsillo lleno de dinero no fuera suficiente, tiene una cara preciosa y seguro que su antirromanticismo no le impide extender su virilidad por todas partes. Al fin y al cabo, a Isabelle le encantó volver a verle.

Tuve que obligarme a no desbloquear su móvil y ver sus mensajes con Isabelle. Pero eso no es asunto mío.

— ¿Y tú eres novelista? — me preguntó cuando guardé silencio demasiado tiempo.

Mi cara se pone roja. ¿Es tan obvio lo patético que soy?

— Lo era. Ahora, por mi propio bien, necesito volver a ser virgen en las citas y todo eso.

Me mira fijamente y vuelvo a ver esa mirada, la lástima.

Tomo un gran sorbo de vino y quiero decirle que no tiene por qué sentirlo. Estaré bien. Conseguiré un trabajo decente, me centraré en cosas mejores que el matrimonio y los hombres mentirosos. Seguiré una carrera, me forjaré mi independencia ahora que sé que ya no puedo enfrentarme a mis padres ni volver a su casa.

El mundo se derrumbó bajo mi casa y no me di cuenta del peso que tendría que soportar. Al menos me quedaré aquí esta noche. No me echará, ¿verdad? Espero que no. Realmente necesito un techo esta noche.

— Lo siento. — Al final me echa encima su lástima.

— Probablemente te estés riendo de mí por dentro. Si me conocieras desde hace una semana, habrías intentado romper mis sueños, al menos mis hermanas.

Adrián arquea una ceja en mi dirección y su semblante se cierra.

— No me divierte el sufrimiento ajeno. Sé que debe doler descubrir que el hombre que amas no es tan digno de tu amor.

Su tono es tan serio que me desestabiliza como la mantequilla.

Pierdo el aliento durante unos segundos, porque aunque no es un tipo romántico, es un hombre que valora los sentimientos humanos. Y eso es más de lo que esperaba de él.

Uy, espera. Estoy siendo injusta. El hombre me trajo a tu casa y está siendo un perfecto caballero. Tal vez yo...

No, no voy a darle ningún crédito.

¡Dios! Ha pasado una semana desde que me rompí la cara con un hombre y aquí estoy haciéndolo de nuevo, creyendo que he encontrado a alguien diferente.

— Mi sueño era casarme...

Ni siquiera me doy cuenta de que me he confesado, pero tengo la sensación de que en cuanto le diga lo tonta que soy, se echará atrás y se revelará.

Aquí, frente a mí, hay un hombre atento a lo que digo, un hombre que ya ha dicho que tiene horror a las relaciones. Escucha en silencio y no me interrumpe en ningún momento.

— Le conté cada detalle. Cómo planeé cada movimiento ese día. Él lo sabía todo y no le importaba ser un imbécil de todos modos. Casi cometo el peor error de mi vida y casi tiro mi sueño por la borda por él.

Tiré mi sueño, eso es lo que dije. En el presente.

Veo que Adrian aparta el cuerpo cuando oye esa palabra. Prácticamente empuja su silla hacia atrás y no dice nada.

Mejor así, creo. Casarme era mi sueño, ahora no creo que vuelva a entrar en una iglesia.

— Así que brindemos por tu momento de claridad para salir del mayor lío en el que te has podido meter. Con el tiempo, te darás cuenta de que no has perdido nada y, sin duda, cambiarás tu concepto del matrimonio y del amor.

Levantó su copa en mi dirección y brindamos en silencio. La forma en que dijo "amor" al final de la frase me pilló desprevenida. De repente, quiero saber qué pasó para que estuvieras tan dolida y resentida, pero algo me dice que no me dirás nada y no tendré tiempo de ganarme tu confianza y averiguarlo. Mañana necesito encontrar un lugar donde ir y encarrilar mi vida, pero no sé por dónde empezar.

El hombre que tengo delante me mira como si quisiera desvelar mis mayores secretos. Poco sabe él que todo lo que tiene que averiguar sobre mí es que fui una adolescente idiota que soñaba con el hombre perfecto y con ser la feliz ama de casa. No hay nada interesante en mí y, cuando se dé cuenta, su mirada curiosa desaparecerá para siempre.

Capítulo 9

Esta mujer me intriga de una manera que no puedo explicar. La sinceridad de sus ojos me produce escalofríos; tiene los ojos más dulces y tristes que he visto nunca. Es un fuerte contraste entre la vulnerabilidad que emana y la fuerza que siento en su presencia. Se ofreció a mover la mesa, ignorando mi advertencia de que lo haría ella misma. Aquí estoy, haciendo sitio para los platos en la lavadora, como si fuera lo más natural del mundo.

— Aún no te he dado las gracias por ayudarme. No sé qué habría sido de mí sin tu ayuda.

Flora es un misterio que quiero desvelar. Su cara se sonroja cuando la miro, y hace lo que espero: aparta la mirada. La

educación que recibí de mi abuela me dice que debo ser amable, y esta desconocida me provoca una atracción inesperada. Un sentimiento que no forma parte de mi vocabulario, pero que está ahí, sutil.

— ¿Sabe ya lo que va a hacer?

Su cuerpo se encoge al negarlo, un gesto sutil que parece indicar un intento de protegerse. No estoy seguro de lo que espero oír de ella; de hecho, ni siquiera sé por qué me estoy implicando tanto. Hacer esta excepción por Flora es algo que nunca haría con nadie, y me hace desconfiar. El impulso de ser un refugio, incluso uno temporal, es desconcertante. Sé que esto puede tener consecuencias imprevistas, pero hay algo en ella que me atrae de un modo inesperado, desafiando la lógica que siempre he seguido. La

verdad es que, por mucho que lo intente, no puedo ignorar la fragilidad que desprende.

Desde que esa mujer golpeó salvajemente la ventanilla de mi coche, mi cordura se ha evaporado.

— Debería hacerle saber a alguien que estás a salvo.

Se hace el silencio entre nosotros y nos miramos fijamente. Trato de ser educado, pero la forma en que se encoge me hace querer protegerla. ¿Qué es lo que pasa? Soy un hombre que está solo, en compañía de la mujer más hermosa y vulnerable que se ha cruzado en mi camino.

— Puedes quedarte aquí todo el tiempo que necesites.

No reconozco el tono de mi voz al susurrarlo. Me invade un impulso protector, aunque no la conozco. Flora parecía confusa, pero

un aspecto de ella me atrae irresistiblemente.

— Me da mucha vergüenza. Te agradezco lo que haces por mí, quizá debería pedir ayuda a una de mis hermanas y volver a casa.

— ¿De vuelta a Nueva York?

Su cuerpo vuelve a encogerse y suspiro. Me preocupa. ¿Qué tiene de especial esta mujer para que quiera proteger su fragilidad?

— ¿Cuántos años tienes, Flora?

— Cumpliré 23 el mes que viene.

¿Tan joven y ya desesperada por una boda? Nunca he pensado en una para mí. La verdad es que no me interesa el compromiso y sólo quiero acumular experiencias. Pero Flora no es

esa mujer. Es una soñadora, con ojos tímidos y labios que me hacen preguntarme a qué saben.

— ¿Y tú?

Mi silencio parece avergonzarla. Al mismo tiempo, siento el impulso de querer consolarla, pero eso sería inapropiado. Todo lo que se me pasa por la cabeza se vuelve inapropiado cuando descubro su edad.

— Siete meses para los 33.

Diez años de diferencia entre nosotros. Diez largos años que me hacen estar seguro de que esta mujer no tiene ni un tercio de mi experiencia.

Consigo arrancarle una carcajada y veo que sus hombros se relajan. Algo dentro de mí se retuerce y, por un momento, olvido mis

propios sentimientos de escepticismo. ¿Qué está pasando?

— Necesitas descansar. Vamos a conocernos mejor mañana. Llama a alguien de confianza y hazle saber que estás bien; si fueras uno de mis hermanos, me moriría por saber dónde te has metido.

Vuelve a sonrojarse al darse cuenta de la preocupación que debe sentir su familia. Esto me afecta más de lo que esperaba.

— Tienes razón. Llamaré a mi hermana.

Asiento con la cabeza y le dejo paso. Me gustaría ser un mosquito y escuchar su cháchara, pero cuando la veo coger el móvil de la mesa del balcón y desearme buenas noches, sé que va a enfrentarse a sus propios demonios.

La miro subir hasta que desaparece en el segundo piso, y dejo escapar el aire que retenía en el pecho. Como si adivinara que

estoy sola, oigo abrirse la puerta y me encaro con Garrett, que lleva una pequeña maleta en las manos.

— ¿Va todo bien por aquí? — Su tono es de pura sospecha. — ¿Va a ser una de tus chicas?

Suelto una carcajada, ignorándole a propósito. Mi guarda de seguridad sigue a la defensiva, preocupado por el extraño que hay en mi casa.

— ¿Has averiguado lo que necesito saber?

Veo cómo se le ilumina la cara y asiente, saca un sobre del bolsillo de su americana y me lo tiende.

— Tan fácil como quitarle un caramelo a un niño. ¿Cuánto tiempo se quedará?

Si me pregunta esto, es porque la estancia de la mujer arriba es segura. Mi mente paranoica puede descansar un rato.

— Lo sabrás cuando yo lo sepa. ¿Tienes todo lo que pueda necesitar?

— Eso espero. ¿Te ha devuelto el móvil?

Volvió el asombro que vi en su cara cuando me vio entregarle el aparato.

— Todavía no... pero no te preocupes. Mañana o pasado mañana, ella me lo dará por su propia voluntad.

Como si lo tuviera todo calculado, observo cómo el silencio y la desconfianza fluyen de Garrett mientras me permito reír de nuevo. Él parece saber que mi cacería ha comenzado antes de que yo me dé cuenta, pero es una cacería imposible. Aun así, mi lado egoísta y

demente no me permite desprenderme de ese pensamiento. Si puedo doblegarla a mi voluntad... olvidará cualquier decepción que haya sufrido. Sólo tiene que permitirlo. ¿Pero es eso lo que quiero? ¿La sensación de control sólo porque es una mujer soñadora?

— Podría decir que es una idea estúpida, pero no me harías caso, así que voy a preparar un contrato preliminar.

Garrett conoce facetas mías que ni siquiera mi familia conoce. Asiento, respetando su opinión, pero desestimando su preocupación. Sé lo que hago, conozco el terreno que piso, y cualquier señal de peligro me convendría huir tan rápido que ni siquiera se daría cuenta de adónde he ido.

Cuando me despedí de Garrett, subí las escaleras vacilante, llevando la pequeña maleta. Me detuve frente a la puerta de la

habitación que ella ocupa y me quedé en silencio, esperando oír algún sonido, pero nada se movía en la habitación. Dejé la maleta apoyada en la puerta, llamé dos veces y esperé en silencio a que se abriera.

Llevaba el móvil pegado a la oreja y la cara húmeda de lágrimas.

"La ropa que le prometí", dije en un susurro, y ella asintió, mirando la maleta. El rápido movimiento de sacar el objeto y cerrar la puerta me dejó sin palabras. Oí el sonido de la llave girando y supe que la había cerrado.

Demonios... sería una larga noche.

LA FUGA DE LA NOVIA: ¡MISTERIO EN EL ALTAR EN SEATTLE!

Por Miss J

Queridos lectores, ¡la ciudad de Seattle nunca ha visto nada igual!

En lo que se suponía que iba a ser una ceremonia glamurosa, la novia simplemente... se escapó en el momento más crucial: ¡cuando era el momento de dar el "sí, quiero"!

Imagínense la escena: la famosa iglesia en el centro, decorada con flores exuberantes y llena de invitados ansiosos, todos listos para

celebrar el amor entre los llamados tortolitos. Pero cuando el cura le preguntó si aceptaba, en lugar de un "sí" radiante, lo que oímos fue el sonido de sus pasos alejándose rápidamente. Y en un acto de pura audacia, la novia corrió hacia el altar, ¡dejando a todos atónitos!

Todas las miradas se volvieron hacia la puerta y, en un instante, ella desapareció en la calle. Los testigos afirman que, en un abrir y cerrar de ojos, la novia que huía saltó a un coche desconocido que la esperaba en la esquina, un vehículo oscuro que desapareció en la bruma antes de que nadie pudiera reaccionar.

¿Qué motivó semejante acto? ¿Qué llevó a esta joven a abandonar no sólo a su prometido, sino una vida que parecía perfecta? Mientras la ciudad bullía con la energía de la noche, la pregunta que resonaba

era: ¿qué pasa por el corazón de una novia que decide dejarlo todo en mitad de la ceremonia?

La ciudad bulle de teorías y especulaciones. Algunos dicen que la esperaba un amor secreto, mientras que otros hablan de una crisis personal que la llevó a buscarse una nueva vida. Lo que sí sabemos es que la historia de la novia que huyó en plena ceremonia no ha hecho más que empezar, y *Miss J* está aquí para traerte todos los detalles picantes de este drama que promete sacudir Seattle.

Permanece atento, porque esta historia está lejos de terminar, y los giros y sorpresas te mantendrán enganchado a las actualizaciones.

Capítulo 10

Mis planes de la noche anterior no incluían levantarme a las ocho de la mañana y deambular como un alma perdida por el piso de abajo. No oía ningún ruido procedente de su habitación, y eso me ponía nervioso, no saber si estaba dormida o se había marchado sin que la vieran. ¿Haría eso? El nerviosismo no me gustaba. Saber que algo no iba según lo previsto destruía mi idea de un día relajado.

A las nueve y media de la mañana, me tomé mi segunda taza mediana de café. Era mucha cafeína para alguien que había planeado un fin de semana tranquilo y más de ocho horas de sueño. ¡Puff! Si había dormido tres horas seguidas, era mucho. El sonido del

interfono interrumpió mis pensamientos y mi sistema se puso en marcha.

¿Quién será? Las únicas personas que me visitan son un pequeño grupo: mis hermanos y mi abuela. Cuando descuelgo el auricular y pregunto qué pasa, oigo a mi conserje decirme que tengo visita.

Felicia Pellegrino. La mención de su nombre capta toda mi atención, pues oigo al hombre añadir que ha venido a ver a su hermana. La dejo pasar y vuelvo a la habitación, ansiosa. Si su hermana está aquí, significa que Flora también.

Es cuestión de medio minuto que aparezca al final de la escalera. Aspiro a la visión perfecta de la mujer que ayer parecía desolada, ahora vestida con vaqueros, una blusa de mangas color

crema y su precioso pelo recogido en un moño desordenado. Sus ojos brillantes se cruzan con los míos y, antes de que ninguno de los dos pueda decir nada, vuelve a sonar el timbre. La expectativa de una conversación fluye entre nosotros, pero el aire está lleno de incertidumbre.

— ¿Crees que puedo...? — Comienza vacilante.

— Sí, claro. Puedes ir allí", respondo, señalando hacia la puerta de entrada, incapaz de apartar la mirada de su rostro.

Da un paso vacilante, como para asegurarse de que no la estoy apresurando. Flora está atrapada en un conflicto interno entre volver a su vida o quedarse aquí, donde algo la atrae. Siento que, de algún modo, mi presencia tiene peso.

Pero antes de que pueda perderme en mis pensamientos, la puerta se abre y entra Felicia, haciendo que Flora dé un paso atrás, sorprendida.

— Hola, Flora. — dice Felicia, con una sonrisa que brilla como un rayo de sol en una mañana nublada. Parece tan segura de sí misma, como si no tuviera preocupaciones en el mundo.

Flora intenta corresponderle, pero su sonrisa es tímida e insegura. La tensión en el aire es palpable, como un hilo a punto de romperse.

— Yo... no sabía que venías", dice Flora, con voz grave.

— Casi me matas de preocupación, chica. — El enfado de Felicia no me sorprende. Debería irme para dejar sitio, pero me veo

como un mero espectador de este emotivo reencuentro entre hermanas.

— Ya te dije ayer que estaba bien. — responde Flora, con la voz un poco temblorosa. — No se lo dijiste a nadie, ¿verdad?

Felicia entra en escena como un huracán, con una mirada desconfiada que observa todo a su alrededor y una expresión seria. Casi me hace reír, con la postura de una leona dispuesta a proteger a su presa.

— Soy Adrian. — Me gustaría presentarme.

— El príncipe azul que salvó ayer a mi pobre hermana. — Su sarcasmo fluye con naturalidad.

Se inclina, me tiende la mano y yo se la estrecho, aunque no me considero un príncipe. Tras una noche intentando olvidar a Flora,

ahora acepto cualquier título que me relacione con ella.

Felicia me observa con una desconfianza que refleja la mía. Es altiva y feroz, totalmente distinta de su pequeña y tímida hermana. La diferencia entre ellas es notable: Felicia, rubia y de ojos oscuros, y Flora, con su intenso pelo rojo y verde.

— Sólo Adrian. — Digo, tratando de interrumpir su análisis.

Felicia no se inmuta.

— Tienes que llamar a nuestra madre y decirle que estás bien. Le prometí que no se lo diría hasta que viera su estado con mis propios ojos. Pero... Mirándola, puedo ver que está bien.

La última frase la hace mirar a Flora, que se estremece al oírla. La veo poner los ojos en blanco antes de corregir a su hermana.

— Lo siento, Adrian. A pesar de las apariencias, fue muy educada. — A Flora se le escapa la vergüenza. — Cuando me des mi móvil, llamaré a todos los que necesiten saber que estoy bien.

Me siento un poco voyeur, así que salgo al balcón, ignorando la mesa puesta para desayunar. ¿Cuándo me convertí en un tipo que se preocupa por las comidas de los demás? Probablemente desde ayer, y no me gusta esa respuesta.

Todavía oigo discutir a las hermanas hasta que una de ellas me llama.

— ¿Puede quedarse aquí uno o dos días más? No podría sacar su maleta de la casa de ese miserable idiota, eso plantearía demasiadas preguntas sobre el paradero de la novia desaparecida.

Felicia está realmente preocupada y Flora permanece en silencio a su lado.

— ¿También vive en Nueva York? — Ignoro la pregunta y formulo otra.

— Sí. — La voz de Flora es sólo un chillido.

Veo cómo se posiciona en inferioridad con respecto a su hermana, como si no pudiera responder por sí misma.

— Así que tal vez debería quedarse más de un día o dos. ¿Cómo reaccionó?

Ambos parecen sorprendidos por la pregunta.

— No es bueno. Definitivamente no parece el mismo tipo de antes, está como loco buscándola. Ha suscitado muchas dudas sobre la existencia de otro tipo en la historia, y si descubren que ella está

aquí... — Felicia vacila, lanzando una mirada significativa a Flora. — Dios mío, la novia virgen se está quedando con un guapo y... ¿Debo suponer que está soltero?

"¿Novia virgen?" El rostro de Flora se vuelve carmesí. Sus grandes ojos expresan la conmoción de la revelación.

La situación parece complicarse por momentos.

— ¿Por qué me avergüenzas así? — pregunta Flora, ofendida.

Intenta alejarse, pero su hermana la retiene.

— Te estoy defendiendo. Te dije que le pasaba algo.

— Hablemos de ello más tarde, Felicia. — insiste Flora, intentando desviar la atención.

— No. Es mejor que él sepa de una vez por todas que eres una chica especial que ha esperado toda su vida a un hombre

especial. No quiero que tenga pensamientos equivocados sobre ti o que piense que eres vulnerable y te conviertas en un blanco fácil.

La asertividad de Felicia es impresionante. Su mirada me recorre y siento una ligera vergüenza. No sabía que Flora era virgen; su inocencia me hace querer protegerla.

— Deberías irte, Felicia. No te preocupes por mi equipaje, es sólo ropa. Todo lo que necesito está aquí y te agradezco que lo hayas traído.

La hermana parecía confusa, pero Flora se alejó rápidamente, dejándome a solas con Felicia.

— Recibí el mensaje. No hay por qué preocuparse. Si buscas mi nombre en Google, sabrás dónde encontrarme a mí y a toda mi familia, así que no te preocupes. Ella está a salvo conmigo.

No quiero parecer arrogante, sólo necesito que entienda que no le haré daño a su hermana. No puedo negar que Flora me atrae, pero sólo físicamente. Ahora que ha salido a la luz un dato crucial, me doy cuenta de que no quiero conocerla más de lo que ya la conozco. La idea de cazarla se vuelve obsoleta en un segundo.

Es virgen y eso conlleva mucho peso y responsabilidades que no me puedo permitir.

Felicia asiente, pero no dice nada antes de marcharse.



Flora Pellegrino

Capítulo XI

La ansiedad se convierte en un nudo apretado en el estómago cuando oigo la voz de mi madre al otro lado de la línea, su llanto convulso resonando como un grito desesperado. Su alivio parece un eco de lo que sentí la noche anterior, cuando compartí con Felicia el motivo de mi huida. El pánico en sus ojos cuando se dio cuenta de dónde estaba me recordó que no estaba sola, pero la culpa que sentía no hizo más que aumentar.

— Realmente me has avergonzado. Estoy aquí de pie sin saber dónde meter la cara mientras tu padre recoge nuestras pertenencias. Flora, ¿por qué nos has hecho esto?

Cada palabra suya es una cuchilla que corta mi corazón con precisión. El llanto persistente de mi madre me hace temblar, y la conexión del móvil se convierte en un cordón umbilical que me une a un mundo que intento dejar atrás. Mi plan inicial era aceptar el matrimonio y luego pedir la anulación, pero me doy cuenta de que al decir "sí" abriría la puerta a una avalancha de juicios y consejos que no tengo fuerzas para soportar.

— Perdóname, mamá. No podía seguir con una mentira. Dios sabe que sería infeliz en este matrimonio. Y tú también lo sabes, mamá.

Quiero que lo entienda, pero las palabras se pierden en mi garganta.

— Fuiste egoísta. — La acusación es como un puñetazo en las tripas. — Todos los hombres engañan, Flora. Si esperas encontrar un hombre que sepa comportarse, quítate esa idea de la cabeza.

— Así que me voy a vivir solo.

— ¡Claro que querrá! ¿De verdad crees que algún hombre querrá casarse contigo cuando sepa lo que le has hecho a Edward? Está devastado; nadie se merece eso.

Es un golpe que me pega fuerte. Se me revuelve el estómago y no sé si es hambre, gastritis o la abrumadora presión del estrés acumulado. Con cada palabra que dice, el dolor aumenta. No debería haber llamado. No importa cómo me encuentre después de todo, ella sólo se preocupa de sí misma y de la vergüenza que siente por mi culpa.

— Voy a colgar, mamá. Si quieres que Edward sepa que estoy bien y que no pienso volver, haz lo que creas mejor.

El silencio que sigue es ensordecedor, y la sensación de alivio es casi inmediata. Desconecto la llamada, pero el peso de la conversación sigue oprimiéndome. El móvil sobre la mesa parpadea con llamadas en espera de Edward y decenas de mensajes sin leer, como si quisiera arrastrarme de nuevo a una pesadilla de la que quiero escapar desesperadamente.

La vergüenza que Felicia me ha hecho sentir, combinada con las duras palabras de mi madre, se convierte en una carga insoportable. Me tumbo en la cama, agotada, cerrando los ojos con la esperanza de que al despertar todo no sea más que un mal sueño. La semana ha sido un infierno, entre ataques de ansiedad y falta de sueño, mi mente está hecha trizas.

Cuando por fin bajo a buscarlo, son casi las dos de la tarde. La casa es enorme y fría, y la idea de perderme me inquieta. Sigo el camino que ya conozco, con los pies pesados y la mente nublada.

Sentado en la encimera de la cocina, Adrian parece ajeno a todo lo que me rodea mientras juguetea con su plato, completamente absorto. Se me pasa por la cabeza una idea audaz: él ha descubierto algo íntimo en mí, así que quizá yo debería hacer lo mismo.

La curiosidad me consume y, con renovada determinación, formulo la pregunta:

— ¿Cuándo perdiste la virginidad?

Adrián, que sigue mirando su plato, parece sorprendido. Su reacción es instantánea, y siento una mezcla de nerviosismo y

adrenalina por mi atrevimiento.

— ¿Cómo?

— Sabes algo íntimo de mí, así que es justo que yo sepa de ti.

La risa que suelta me sonroja y, cuando se levanta y tira el plato al fregadero, la tensión se intensifica. Me entran ganas de dar un paso atrás y disculparme, pero me resisto. No puedo ceder.

— Si quieres avergonzarme, lo estás haciendo mal. De lejos, hablar y tener sexo son dos de las cosas que más disfruto.

Finjo indiferencia, pero lo cierto es que mi cuerpo responde a cada una de sus palabras. Nunca un hombre me había mirado con tanta confianza, como si el tema fuera sencillo y estuviera libre de tabúes.

— ¿Cuántos años tiene? — pregunto, intentando mantener la compostura, pero la expectación es palpable.

— Quince.

La revelación me golpeó como un rayo. ¿Quince años? Era sólo una niña cuando tuvo su primera experiencia.

— Eso no es lo suficientemente íntimo. No te importa decirlo. Puedo sentir cómo vibra tu orgullo por este logro tan temprano — replico, con un sarcasmo que se escapa involuntariamente.

— Me parece justo. Pero debo recordarte que no fui yo quien expuso tu secreto. Sólo era un oyente curioso.

— Curioso, por supuesto. He visto cómo se te iluminaban los ojos ante la posibilidad de que fuera verdad. No mientas, ese no es tu estilo.

Se establece entre nosotros un silencio confortable y la química empieza a vibrar. Se cruza de brazos, una sonrisa pícara se dibuja en su rostro y la tensión crece, como un hilo a punto de romperse. Su forma de moverse es hipnotizante; es increíblemente atractivo, y su forma de vestir, con sus vaqueros desgastados y su camisa verde oscuro, acentúa su irresistible encanto.

— Tienes razón, Flora. Mi estilo es más bien "tómalo y déjalo". Tengo muchos defectos, pero no soy un mentiroso.

— Si el sexo no te avergüenza, entonces dime ¿por qué eres tan reacio a las relaciones? ¿Alguna vez has estado enamorado, Adrian?

La sombra que atraviesa sus ojos revela que he tocado un nervio. Arruga la nariz, como si la pregunta fuera una ofensa, y me

doy cuenta de que estoy hurgando en una herida. Adrian parece a punto de gruñir, de apartarme de este delicado territorio.

— Me apasionan muchas cosas: los coches clásicos, la velocidad, mi yate, el buen whisky, el sexo de calidad. Pero nunca he sido tan tonto como para enamorarme de una mujer.

— Quizá aún no has encontrado a la mujer adecuada", replico rápidamente, tratando de provocarle.

— He conocido a muchas mujeres. Como dije... quince años, Flora. Si no ha pasado ya, sé que nunca pasará.

Me impresiona la seguridad de sus palabras. La forma en que sus ojos me miran es sobrecogedora, casi como si me estuviera desnudando. Un escalofrío me recorre la espalda y siento cómo

crece la tensión en el aire, densa y palpable. Me pilla desprevenida, apenas puedo disimular cómo me conmueve su presencia.

— ¿Y usted? ¿Cuántas veces te has enamorado?

La pregunta me coge por sorpresa. Busco en mi memoria los momentos en que mi corazón se aceleró como ahora. Recuerdo las manos sudorosas, el nerviosismo, el calor subiendo a mi cara. Mordiéndome el interior de la mejilla, me pregunto si alguna vez Edward me habrá dejado tan inquieta como Adrian. Si hubiera sido sincera, habría dicho que desde ayer, cuando le vi por primera vez en medio de mi desesperación, sentí como si algo profundo me hubiera tomado por asalto.

— He soñado toda mi vida con la pasión voluptuosa, pero nunca la he vivido.

Para mi sorpresa, Adrián avanza hacia mí. Sus pasos son lentos, casi depredadores, como los de un felino que se acerca a su presa. Se detiene a unos centímetros de mí, y la intensidad de su mirada sugiere que tiene mucho que decir.

— Cuando te toquen en todos los lugares adecuados en el momento justo, te darás cuenta de que la pasión no es un sentimiento romántico. Se trata de lujuria, Flora.

En ese momento, todo a mi alrededor parece paralizarse. La tensión entre nosotros es eléctrica, y cuando estira la mano para acariciarme la cara con los nudillos, siento que se me acelera el corazón. Cierra los ojos, como si se dejara sentir, pero en un segundo su mano ya no está en mi cara. El ambiente es tan intenso que me asusta.

— Me cambiaré y luego saldremos.

¿Irme? La idea me hace dudar, pero su presencia me aturde de un modo que no esperaba. Asiento con la cabeza y, cuando sale de la cocina, por fin puedo respirar. La mezcla de adrenalina y confusión aún resuena en mi interior, haciéndome pensar en lo que está por venir.

Para mi sorpresa, cuando me abre la puerta del coche, no hay seguridad alrededor. Adrian se sienta en el asiento del conductor, y la transformación es casi surrealista. Ya no es aquel hombre sexy que casi me inmoviliza contra la pared de la cocina, sino una versión diferente de sí mismo, con gafas de sol que ocultan sus ojos y un aire despreocupado mientras tararea la canción que resuena en la radio.

Siento una creciente inquietud en el pecho, observando mi propia ropa mientras él parece un auténtico chico malo, impecable con sus vaqueros ajustados, su camisa y su cazadora de cuero. Una parte de mí se siente atraída, pero la otra está insegura.

— ¿Vamos a...? — La curiosidad me consume.

Apenas he tenido ocasión de explorar Seattle, mi llegada el jueves pasado estuvo marcada por una avalancha de detalles de la boda, y el shock de ver a mi prometido con otra persona el viernes me hizo encerrarme aún más. Ahora, las bulliciosas calles al atardecer revelan una ciudad palpitante que apenas conozco.

— Darte de comer. — La respuesta de Adrian es casual, pero la determinación en su voz deja claro que no está bromeando.

Podría interrogarle, pero parece tan relajado que no quiero alterarle con mis inseguridades. El coche serpentea por unas cuantas curvas hasta entrar en un aparcamiento subterráneo, donde el ambiente se vuelve más privado e íntimo.

— No te preocupes, aquí no conocerás a nadie que no quieras ver. — La forma en que lo dice me hace sentir un poco más tranquila, aunque sigue habiendo nerviosismo en el ambiente.

Antes de que pueda abrir la puerta, él lo hace por mí y, al salir, la sensación de sus cálidas manos en mi espalda me produce un escalofrío. En cuanto empezamos a andar, la presión de su mano me entumece, como si estuviera a punto de desmoronarme bajo su presencia.

— ¿Dónde estamos? — pregunto, tratando de ocultar el torbellino de emociones que hierve en mi interior.

— Darrell Palace. Conozcamos el nuevo restaurante que ha abierto en la Torre 2.

— ¿Torre 2? — La pregunta se escapa, inútil, mientras la conexión se forma en mi mente. El nombre de Darrell por fin tiene sentido. Recuerdo la cadena de hoteles de lujo, una de las más prestigiosas, y me mareo un poco. La despedida de soltera de mi mejor amiga Melanie fue en uno de sus spas de Nueva York. Una experiencia increíble, pero ahora me pregunto si pertenezco a ese lugar.

Subimos en el ascensor, y la ansiedad se convierte en una mezcla de excitación y aprensión cuando salimos a una planta que

parece destinada a huéspedes de élite. La realidad de que estoy a punto de entrar en un restaurante que destila sofisticación me hace sentir fuera de lugar.

— Ayer se inauguró la ampliación del hotel. La Torre 2 es la nueva opción de ocio y alojamiento de lujo de nuestro hotel. — nos informa Adrián, como si cada palabra fuera una demostración de su orgullo.

— Me siento estúpido por relacionar ahora tu apellido con... todo esto.

Entramos en un entorno elegantemente decorado, y la opulencia de los lugares que nos rodean intensifica la sensación de inadecuación. Miro mi sencilla ropa y me siento como si estuviera

vestida para una fiesta de cumpleaños y no para una cita en el Darrell Palace. Cuando imaginaba a mi príncipe azul, nunca era rico.

— No seas así. — La voz de Adrian me saca de mi aturdimiento. Me acerca la silla para que me siente e intento disimular mi incomodidad.

— ¿Cómo? — respondo, un poco a la defensiva.

— Como si yo fuera un playboy esnob por mi apellido.

El apellido y todo el dinero que conlleva. Me entra un escalofrío en el estómago imaginando lo que pasaría si investigara un poco sobre él. Lo último que puedo decir es que no es un snob; es poderoso, egocéntrico y emana una sexualidad que me enciende. Adrian es un enigma que me fascina, pero también me intimida de un modo que nunca imaginé.

El sumiller se acerca, y cuando se presenta y nos entrega la carta de vinos, la acepto con manos temblorosas, casi incapaz de mantener la compostura. El ambiente es pequeño, casi privado, pero la atención de los demás clientes parece centrarse en nosotros, como si formáramos parte de un espectáculo.

Adrian descarta el menú y, con la confianza de un hombre acostumbrado a conseguir lo que quiere, pide todo, desde el entrante hasta el postre, mientras yo le observo en silencio. Hay un aura de control a su alrededor que es casi hipnotizante.

Cuando llega el vino, Adrian pide toda la botella, y su forma de hablar da la impresión de que el momento es tan casual como un paseo por el parque, como si estuviera en casa en cualquier lugar que eligiera.

— ¿Vas a contarme ahora toda tu historia? — La curiosidad en su voz me sorprende, pero la invitación es irresistible.

— ¿Versión abreviada o extendida? — pregunto, intentando romper el hielo.

— Ampliado.

El brillo de sus ojos oscuros se hace más intenso, como si se estuviera preparando para una revelación. En silencio, coloca sus manos sobre las mías sobre la mesa, y la conexión que sentimos es instantánea. Siento que el corazón se me acelera cuando su presencia me envuelve.

— Quiero saberlo todo sobre ti.

Resoplo, intentando organizar mis pensamientos. La sensación de ser vulnerable delante de él es aterradora y

emocionante a la vez.

— Estaba tranquilamente sentada en mi rincón, disfrutando de mi apacible vida, cuando Melanie y su marido decidieron organizarme una cita a ciegas.

— ¿Es Melanie tu amiga? — pregunta, con un genuino interés innegable en su voz.

— El mejor. En fin, Edward era el nuevo socio de la oficina donde trabajaba su marido, y parecía ser perfecto para mí, según ellos. Y, lo creas o no, realmente pensé que lo era.

Adrian asiente y toma un sorbo de vino, y yo le sigo, necesitando un sorbo para calmar las emociones que se agitan en mi interior.

— Así que tuvimos una cita tras otra y, antes de que me diera cuenta, estaba contando todos mis sueños de la infancia: conocer a un hombre increíble, casarme, tener hijos, etc.

— Uh... ¿Niños también? El paquete completo.

— Sí, todo el paquete. Siempre he querido una familia, y ahora veo que solo refleja mi deseo de ser amada por mis padres, como lo son mis hermanas.

Siento un nudo en la garganta al abrirme así, pero la mirada de Adrián parece alentadora, casi como si quisiera comprender la esencia de lo que soy.

— ¿Cuánto tardó en salir el tema del matrimonio? — pregunta, y la tensión crece entre nosotros.

— Siete meses. — La vergüenza me hace sonrojar, y noto que sus ojos verdes se abren de par en par, sorprendidos. — Muy rápido, lo sé..., pero parecía que el tema de la virginidad se interponía en nuestro camino, y él no es más que un caballero dispuesto a respetar mi deseo de casarme virgen.

Justo entonces, Adrian tose y mi corazón se acelera de nuevo. Me siento patética. Casi puedo oír la voz crítica de Fiona, mi hermana, cuestionando si realmente quería casarme con una virgen. Es como si su sentido crítico se hubiera colado también en su mente.

Al diablo con la virginidad, creo. Pasé años esperando que fuera un momento mágico, cuando en realidad sobrestimé lo que eran las relaciones amorosas y el sexo.

— La boda se planeó en unos tres meses por su insistencia. Pensé que estaba tan enamorado que no podía esperar...

— Ni siquiera sé cómo ha podido esperar diez meses. — Parece realmente perplejo.

— No se lo esperaría. — La afirmación parece un hecho, no una pregunta.

— La respetaría más que a nada. ¿Sinceramente? Sería el mayor acto de resistencia de mi vida. Cuando dices esperar hasta el matrimonio, te refieres a la penetración, ¿no? Todavía podríamos hacer otras cosas...

Lo que sugiere es atrevido, y su forma de hablar deja claro que la conversación podría dar un giro inesperado. Mi corazón se

acelera y, en medio de la tensión palpable, me doy cuenta de que, lleve esto a donde lleve, no puedo apartar los ojos de él.

Capítulo 12

No quería que pareciera tan avergonzada por mi pregunta; es difícil entender cómo alguien de casi veintitrés años puede seguir teniendo sueños tan infantiles. Todo en Flora me tiene enganchado, como un adicto esperando el siguiente golpe, ansioso por cualquier gesto que me ofrezca. Acepto cada suspiro, cada movimiento, y sus mejillas se vuelven de un color encendido cuando la vergüenza la golpea, un espectáculo que me desconcierta. Es alarmante darme cuenta de la dirección de mis pensamientos, como si ella fuera un enigma que estoy desesperado por desentrañar, y me atrae de una manera que no puedo ignorar.

— Sí, podríamos. Nunca he ido más allá de unos besos, pero...

Mierda.

La vacilación en su voz me produce una sensación intensa. Me he pasado el día intentando convencerme de que solo era la novedad de tener a alguien diferente en casa.

Triste error...

Sólo soy un hombre vulnerable frente a una mujer que no tiene ni idea del efecto que produce en mí.

— Este hombre es un santo.

¿De verdad? ¿Pasó casi un año con ella y no se acercó? O ella está mintiendo, o él es un completo idiota.

— Es un mentiroso. ¡Qué bueno! Si lo hubiera hecho, ahora me sentiría peor.

Si hay un dios en el cielo, le estoy dando las gracias ahora mismo. No quiero que sepa que, en el fondo, me alivia que no haya actuado como ella se merece. Tal vez ese hombre ni siquiera sabe cómo quiere ser tratada una mujer como ella.

Flora aún no lo sabe, pero todos sus sueños de juventud se desmoronarán cuando pruebe lo que está empezando a surgir entre nosotros.

— ¿Ya has llegado, Flora? — Las palabras escapan de mi boca, cogiéndola por sorpresa.

En un instante, sólo soy un hombre abrumado por la curiosidad, imaginando su belleza de un modo más profundo, contemplando la posibilidad de explorar cada matiz de su esencia.

— ¡Adrián! — Una mezcla de vergüenza y sorpresa ilumina su rostro.

— ¿Alguna vez alguien te ha hecho sentir placer? — Reformulo la pregunta, consciente de la intensidad de lo que estoy sugiriendo.

Su nerviosismo es palpable; vacía enseguida su copa de vino, evitando mi mirada penetrante.

— Puedo hacerlo yo misma. — Su tono, antes suave, revela ahora una capa de orgullo.

Siento la tensión en el aire, una especie de malestar que nos rodea. Lo comprendo, pero no puedo sustraerme a la necesidad de descubrir sus reacciones, de comprender lo que pasa por su mente. El deseo que siento por ella es cada vez mayor. Ayer fingía sentirme

atraído por la inocencia que mostraba; hoy, sus mejillas sonrojadas y su mirada avergonzada de revelan una complejidad que va más allá de la superficie, como si una fuerza oculta estuviera al acecho.

Es fascinante ver cómo, incluso sin darse cuenta, desprende una energía que me provoca. La forma en que se pasa la lengua por los labios rosados, mordiéndoselos lentamente, es una invitación silenciosa, una danza de seducción que se despliega entre nosotros.

— Este es un baile para dos, precioso. Algo me dice que una vez que lo descubras, no querrás parar.

Flora permanece en silencio, meditando mis palabras. La tensión que flota entre nosotros se convierte en una mezcla de expectación y nerviosismo. La dejo sola, dejando que el ambiente la envuelva. Mientras tanto, empezamos a comer en silencio. Ella

parece disfrutar de los sabores de la comida, haciendo sutiles cumplidos sobre el condimento, como si estos pequeños intercambios fueran una forma de conectar, incluso sin palabras.

Me deleito con la imagen emocionada de Flora mientras disfruta incluso de la mousse de chocolate más común del mundo, elevada ahora a la categoría de especial del chef. El sofisticado nombre del menú la hace sonreír, y yo no puedo evitar sentirme encantado.

Mientras busco algo de lo que hablar, me interrumpe el teléfono móvil vibrando en mi bolsillo. Antes de cogerlo, recuerdo la forma avergonzada en que me dio las gracias antes de irnos por prestarle mi teléfono.

Isabelle: "¿No te gustó verme ayer?"

Leí el mensaje dos veces, incrédula. ¿Cómo puede seguir insistiendo en aparecer en la vida de alguien que claramente la odia? Seguro que Flora vio el mensaje. Bloqueo la pantalla y vuelvo a centrarme en la silenciosa mujer que tengo delante.

— ¿Ocurre algo? — pregunta con cara de curiosidad.

— Ninguna. — Yo contestaré. — ¿Te gustó el restaurante?

— Sí, puedes dejar mis felicitaciones al chef y al propietario.

Suelto una carcajada, encantada con su sentido del humor.

— Le diré a mi hermano que la Torre 2 está definitivamente aprobada, aunque no haya probado las nuevas piscinas climatizadas ni disfrutado del spa.

— ¿Tu hermano es tu jefe?

— Es el director general de las cadenas hoteleras de nuestra empresa y se ocupa personalmente de este hotel.

Me doy cuenta de que Flora siente curiosidad, pero mantiene una conversación ligera, evitando preguntas invasivas.

— ¿Cuántas sois? Crecí con dos hermanas mayores, y era una auténtica locura tener a tantas mujeres en casa durante las vacaciones.

Me intrigan tu infancia y tu adolescencia, pero sé que yo también tengo que compartirlas, de lo contrario corro el riesgo de no obtener respuestas a mis propias preguntas.

— Somos tres. Yo soy el mayor, luego están Ethan y Aidan, el más joven. Él tiene 23 años y parece estar al final de la adolescencia.

— Ah, por eso eres tan serio... El hermano mayor que lleva el mundo a sus espaldas. ¿Es natural o se ha moldeado con el tiempo?

— ¿Qué es eso? — pregunto, observando cómo se sirve más vino.

— Esta manía de controlarlo todo. Nunca imaginaste que serías el subordinado de alguien. Seguro que eres el jefe de jefes.

Me río de su conclusión prematura sobre mí, y no puedo negar que tiene razón. No soy el jefe porque sea un hombre seguro; soy el jefe simplemente porque tuve la mala suerte de nacer el primero. Ser el jefe conlleva responsabilidades que me gustaría delegar, pero cada día que pasa me resulta imposible.

Me encanta mi vida y no puedo ser hipócrita cuando me quejo de ella. Aunque valoro mucho los privilegios que me

proporciona el dinero, sé que trabajo duro para alcanzar el éxito que tengo. Mi abuelo, Nathanael Darrell, era un hombre estricto, nacido en Paterson, Nueva Jersey. Empezó a trabajar a una edad temprana, ayudando a su padre con la cosecha de maíz a los nueve años. De él aprendió todo lo relacionado con la producción de alimentos y acabó transmitiendo estos conocimientos a su hijo, que llegó a mí.

Tomé el relevo de mi abuelo cuando era muy joven. Mi infancia se basó en dos cosas: estudio y trabajo. Él daba prioridad a la educación, y eso me llevó a ser el primero de mi clase, tanto en el colegio como en la universidad. Cuando me licencié, estaba preparado para hacerme cargo del negocio familiar... hasta que decidí seguir mi propio camino.

— El Grupo Darrell es un conglomerado con diversas áreas, desde la producción de alimentos y el comercio hasta la

construcción, los hoteles, los complejos turísticos y la tecnología. Estamos implicados en todo lo que te pones, comes, bebes y usas. Yo soy el responsable de dirigir este imperio, pero tengo muchos empleados eficientes a mi lado. Mi hermano es uno de ellos.

— Vaya, no esperaba todo eso. ¿Y Aidan? ¿No está involucrado en el negocio familiar?

— Aidan parece estar aprovechando al máximo sus privilegios como hijo menor. Para algunos, la vida puede ser como unas vacaciones eternas, sin ataduras.

— ¿Te miman mucho tus padres?

Ahí lo tienes... la razón por la que no me gustan las conversaciones sobre la intimidad. Preguntas que seguramente generarán más preguntas que no estaré dispuesto a responder.

— Nuestros padres murieron cuando éramos niños, y nuestros abuelos desempeñaron ese papel. No hay por qué preocuparse, todos estamos bien.

Flora abre y cierra la boca, asintiendo antes de caer en un silencio incómodo.

Pido la cuenta, dándome cuenta de que ya hemos pasado demasiado tiempo aquí. No quiero que me vea ningún conocido que se atreva a acercarse y tenga que presentarle.

— Parece que Aidan tiene suerte. Empecé a trabajar a los quince porque mi madre pensaba que era un incordio en casa.

No había esperado aquella respuesta, ni el resentimiento que emanaba de ella. Flora apartó la mirada, mostrándose distante mientras yo pagaba la cuenta. Durante el viaje de vuelta a casa, no

dijo ni una palabra. Cuando llegamos, me agradeció brevemente mi amabilidad —sus palabras— y se fue a su habitación, dejándome solo con una sensación de abandono que no había experimentado desde la infancia.

¿HA ENCONTRADO EL AMOR EL MAGNATE SOLITARIO?

Por Miss J

Mis queridos lectores, agárrense a sus sillas, ¡porque el cotilleo de la semana está más caliente que un café recién hecho! El multimillonario conocido como el "Magnate Solitario" fue pillado en un sorprendente momento en el restaurante del renombrado Darrell Palace, y la gran pregunta es: ¿ha encontrado por fin a alguien el corazón de este misterioso hombre?

El magnate, cuya fortuna es casi tan vasta como su misterio, fue visto cenando con una enigmática pelirroja que, según las fuentes, es tan atractiva como intrigante. La pareja parecía ajena al mundo que les rodeaba, envuelta en risas y conversaciones que despertaron la curiosidad de todos los presentes. Los curiosos no podían evitar seguir todos los movimientos del magnate, un hombre que suele evitar los focos y vive rodeado de un aire de secretismo.

La identidad de la pelirroja sigue siendo un misterio, pero algunos dicen que podría ser una artista local, una audaz empresaria o incluso una figura de la alta sociedad. Lo que importa es que, mientras la ciudad bulle de especulaciones, el magnate solitario de parece haber encontrado a alguien que le arranca una sonrisa genuina, algo poco frecuente en su vida tan privada.

Pero, ¿qué ha podido provocar este inesperado encuentro? ¿Será que el magnate, conocido por su aversión a las relaciones públicas, ha decidido por fin abrir su corazón? ¿O fue sólo un momento pasajero, una chispa en medio de su solitaria vida cotidiana?

Los habituales del Darrell Palace quedaron encantados con la escena, y las redes sociales ya bullen con teorías y comentarios. Al fin y al cabo, ¿quién no querría ver a este poderoso magnate, tras su fachada fría y calculadora, entregándose al amor?

Una cosa es segura: Miss J está buscando respuestas y promete traerte todas las novedades sobre este posible romance. Después de todo, si el Magnate Solitario ha encontrado el amor, ¡podría ser el giro que todos estábamos esperando! Estad atentos, porque esta historia aún tiene mucho que desvelar.

Capítulo 13

Flora Pellegrino, nacida el 25 de octubre de 1996, está a pocas semanas de cumplir 23 años. Se licenció con honores en Literatura Inglesa por la Universidad de Nueva York a los 20 años. Hojeando el informe que recibí, no encontré antecedentes penales, multas de tráfico ni ningún escándalo a su nombre. Sólo un dato que me intriga: la mujer que me fascina profundamente trabajó como profesora de ballet para niños en una academia de arte llamada Milla Martin. La imagen de ella como bailarina me sorprende, no la había imaginado en ese papel.

Dios, no sé nada de ella.

Este informe preliminar fue entregado por Garrett hace dos noches, cuando Flora entró en mi vida de forma inesperada. El documento menciona que ella no tiene trabajo y vive con sus padres en Chelsea, Nueva York. No hay mucho que hacer en la vida de la chica. Busqué su nombre en Google, pero no encontré absolutamente nada. Ni siquiera una red social.

Escondí la carpeta en el fondo del cajón de mi despacho antes de salir, comprobando mi reflejo en el espejo. ¿Soy demasiado serio para una comida familiar? El domingo siempre ha sido mi día favorito de la semana, un momento de descanso y relajación, el único día en que mi abuelo no me exigía nada "adulto". Crecí disfrutando de los domingos normales, comiendo con mi familia. Al llegar a la edad adulta, estos encuentros se hicieron cada vez más

raros, pero le había prometido a mi abuela que hoy estaría con ella. Una promesa es una deuda.

Cuando llamé a la puerta de la habitación de Flora, el corazón se me aceleró. Intenté convencerme de que la había invitado porque no quería que se quedara sola en mi piso, pero en el fondo sabía que no era más que una mentira que me había inventado para no reflexionar sobre el extraño deseo que sentía de estar cerca de ella. Quería creer que todo era sólo una atracción física, pero algo más profundo me atraía. Cuando la vi vistiendo sólo mi camisa blanca, casi me desmayo. Tardé medio minuto en articular lo que quería decirle: "Voy a comer con mi abuela y me gustaría que vinieras". La cara de Flora expresaba pura confusión cuando escuchó mi propuesta. Quise explicarle que eso sería mucho más chocante para mi familia, pero no tuve valor.

Pensé en cancelar con mi abuela, pero imaginé su voz triste, tratando de entender por qué una vez más no podía estar allí. En lugar de eso, opté por enviar mensajes, con la esperanza de que mis hermanos no estuvieran allí, disminuyendo mi vergüenza.

Aidan: "¡Voy para allá!"

Ethan: "¿Dónde estás? Estoy en casa".

Como si supieran lo que pasaba dentro de mí, las respuestas llegaron casi simultáneamente. Nunca he llevado a una mujer a casa, ni siquiera he presentado a una novia, y ahora estoy a punto de llevar a una mujer que conocí hace sólo dos días, y que todavía está huyendo de su matrimonio.

Cuando aparece Flora, me reconforta verla. Estoy completamente perdido; sólo puedo pensar en lo guapa que está

con un vestido largo de flores de , con su pelo rojo enmarcándole la cara. Ella no tiene ni idea del efecto que produce en mí.

— Me alegro de que Felicia consiguiera traer mis cosas anoche. ¿Tengo buen aspecto? — Tu inseguridad es palpable.

Recuerdo la breve aparición de su hermana, cargada con una enorme maleta, mientras dejaba las pertenencias de Flora y pedía el vestido de novia que le habían regalado su ex suegra y su madre.

— Estás muy guapa. — Mi respuesta parece calmarla y una tímida sonrisa aparece en su rostro, calentando mi ego.

Mientras bajamos en el ascensor, le comunico a Garrett que nos vamos, asegurándome de que nos acompañe desde la distancia. Me doy cuenta de lo intimidada que estaba Flora por la presencia de

mis guardias de seguridad el viernes, y desde entonces intento darle espacio.

Ahora estamos en el todoterreno, de camino a casa de mis abuelos, que está muy lejos de la ciudad. El trayecto dura casi treinta minutos, y eso me obliga a cuidar de mí mismo... y de ella. El coche está equipado con un moderno sistema de seguridad, lo que me da una sensación de alivio, sabiendo que no puede pasar nada mientras estemos juntos.

Quiero protegerla, y eso no me sorprende. Estoy obsesionado con la seguridad de mi familia, la que convenció a mi imprudente hermano para que contratara a un guardaespaldas. Me digo a mí mismo que lo haría por cualquier mujer que estuviera a mi lado.

— *Mentiroso.* — Mi conciencia me acusa. *¿Y la mujer que abandonaste en el hotel el viernes?* Agarro con fuerza el volante mientras recuerdo. No sé nada de ella, si está viva o si se recuperó después de que la abandonara, tras acusarla de ser pegajosa e interesada.

Lanzo una mirada preocupada a Flora mientras conduzco en silencio hacia la casa de mis abuelos. Una vez más, me convenzo de que lo haría por cualquiera. A cualquiera le preguntaría al menos tres veces si lleva bien abrochado el cinturón de seguridad, igual que hice con ella antes de salir del garaje.

Parece completamente cómoda mientras controla la radio, eligiendo música suave. Mira las opciones de temperatura del aire acondicionado, confundida por la *pantalla táctil*.

— Toma. — Le indico la opción con el dedo y ella sonríe, como un niño que descubre un juguete nuevo.

La creciente intimidad entre nosotros me hace temer cómo será el final de esta extraña experiencia. Flora está a mi lado, tarareando una melodía desconocida mientras entro en la urbanización cerrada donde viven mis abuelos.

Cuando aparco delante de la casa, veo que Aidan ya ha llegado y que el coche de Ethan también está allí.

— Deberíamos ponernos de acuerdo sobre qué decir. — El tono de su voz es inseguro.

La mujer que antes sonreía ahora parece menos alegre. Tiene los hombros caídos y mira hacia la fachada de la casa de mis abuelos.

— ¿Cómo son? — Pregunta.

— Más gente corriente de lo que te imaginas. Mi abuela te hará sentir como en casa, Aidan intentará avergonzarme, lo que imagino que te hará sonreír... Ethan...

Ethan. ¿Cómo puedo explicar que mi hermano mediano se le parece más de lo que puedo mencionar? El hermano inseguro y cerrado que se ha pasado la vida demostrando su valía entre Aidan y yo. Siento una punzada de culpabilidad al verlo esforzarse tanto, como si necesitara ser perfecto para ganarse nuestra aprobación.

— Ethan es un poco reservado. Su naturaleza es desconfiada, pero sé que puedes ganártelo. — Lograste conquistarme, Flora. Has hecho algo imposible.

Quiero asegurarle que no hay razón para tener miedo, pero no encuentro las palabras sin revelar más de lo que quiero.

— ¿Y tu abuelo? — La ansiedad fluye por sus labios mientras me mira.

Quiero decirte que es una caja de sorpresas, pero sé que esa respuesta no te tranquilizará.

— Mi abuelo es alguien a quien tú y yo no debemos temer, sino respetar. Dale espacio y te sorprenderá.

Cuando bajo y le abro la puerta, me siento culpable por no haberle dicho que iba a traer a alguien. Es injusto para Flora, igual que sé que hará que mi familia esté ansiosa por saber más de ella.

— Pero no hablemos de la boda. — Digo mientras entramos.

El largo jardín hasta la puerta principal nos da unos segundos para respirar.

— ¿Y qué vamos a decir?

Es demasiado tarde para contestar. La puerta se abre delante de nosotros sin que tengamos que llamar. Angelina, el ama de llaves de mi abuela y la responsable de enseñarme a manejarme en la cocina, nos da la bienvenida.

— Angie, me alegro de volver a verte. — Me da un abrazo rápido. — Esta es Flora.

Sólo Flora. Ningún adjetivo acompaña a su nombre.

Veo que mi chica tímida duda entre darle la mano o abrazarla, pero Angie tira de ella para abrazarla y ambas se ríen de su

vergüenza. Por dentro sonrío al considerarla "mi chica", pero por fuera no me esmero en aclarar si es una amiga o algo más.

— Tu abuela te espera ansiosa. Dame tu americana y ve a verla. — Tu petición es una orden.

Mientras me alejo, acerco a Flora a mi lado, dejando que mi mano descanse suavemente en el centro de su espalda. Me gusta la sensación de cercanía; ambos estamos a punto de enfrentarnos a mi familia, pero sorprendentemente todo el nerviosismo se desvanece.

Capítulo 14

Que Dios me coja en brazos, creo que me voy a desmayar. Esa es la sensación que me invade cuando Adrian me coge de la mano y me presenta a su primer pariente en el camino. Aidan, un chico rubio, es unos veinte centímetros más bajo que su hermano, pero mucho más grande que yo. Sus ojos azules, tan diferentes de los de Adrian, brillan con una sonrisa casi maligna. Le doy la mano y, de repente, me abraza.

— Aidan.

La llamada suena como una advertencia, y el chico me suelta rápidamente.

— Es un placer indescriptible conocerte, Flora Pellegrino. — A pesar de que sus palabras van dirigidas a mí, los ojos curiosos de Aidan permanecen fijos en su hermano, como si quisiera descifrar lo que ocurre entre nosotros.

Se miran fijamente durante unos segundos antes de que Aidan vuelva a centrar su atención en mí.

— ¡Ethan, nuestro hermano ha llegado!

Siento que sólo quiere presumir de que su hermano ha traído a alguien. En ese momento, me siento como si estuviera en una entrevista de trabajo, bajo la atenta mirada de un reclutador de que está analizando si realmente merezco este trabajo. Y el trabajo en cuestión es el puesto de acompañante del hermano mayor.

El otro hermano, Ethan, ya está en la habitación. Si Aidan tiene una sonrisa traviesa, Ethan es pura crítica, evaluándome con una expresión que mezcla sorpresa y sospecha.

— Esta es Flora Pellegrino, la novia de Adrian.

¡Joder! Nunca me han gustado las palabrotas, pero esta palabra es la única que tiene sentido. Miro fijamente a Adrian, que parece a punto de desmayarse a mi lado. Ninguno de los dos dice nada mientras el hermano mediano me tiende la mano.

— Novia, ¿eh? — La palabra se le escapa de los labios, muy lejos del hombre que Adrián describió. Se ríe, lo que no hace más que empeorar la situación, ya que parece divertirse a costa del hermano que tengo al lado, que, en cualquier momento, podría intentar algo con él.

— De hecho...

— No te preocupes por nosotros, estamos jodidamente contentos de saber que nuestro hermano no es célibe o asexual, no sé. — me interrumpe Aidan. — O gay, pero en ese caso no tengo nada en contra.

— ¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

Quiero gritar que no estamos juntos, pero Adrian me rodea la cintura con la mano, y si antes sentía que me iba a desmayar, ahora lo tengo claro. Me acerca, como reclamándome, alejándome de Ethan. Sólo ahora me doy cuenta de que mis manos siguen entre las de Ethan, y siento como si gruñera en silencio a los demás hombres de la sala, que retroceden involuntariamente.

Apenas puedo definir lo que siento cuando todo mi cuerpo tiembla ante el toque posesivo de un hombre que destila poder y masculinidad. Justo en ese momento, la habitación se llena con la llegada de un par de señores, que imagino que son sus abuelos.

— Adrian trajo a su novia, abuelo.

— ¿Quieres poner eso en una valla publicitaria, gilipollas? — La pregunta de Adrián, en voz baja, resuena en mi oído.

Va a ser un largo almuerzo... No debería haber venido. Cuando recibí su invitación, me dio vergüenza decir que no. Estaba haciendo tanto por mí y parecía que realmente quería que fuera con él. Ahora sé que debería haber dicho que no.

A Aidan le divierte la confusión de Adrian. La señora, la primera en fijarse en mí, se ilumina con una sonrisa tan dulce que

me hace sentir mal por haber tenido que engañarla. A mi lado, Adrian me agarra por la cintura.

— ¡Oh, qué hermoso! Mira, Natanael, he vivido para ver este momento. Por fin, uno de vosotros me va a dar bisnietos.

¿Bisnietos? Dios mío, si antes tenía dudas, ahora estoy segura de que nunca trajo a nadie a casa. Resoplo cuando veo que se acerca lo suficiente para estrecharme en un abrazo.

— No la cojas como si fuera sólo tuya. No vamos a morderla. ¿Cómo te llamas, cariño?

— Flora.

— Flora es un nombre precioso. ¿Cómo has conseguido ganarte el corazón de mi niño gruñón?

Los demás hermanos se ríen de nuestra conversación y el ambiente empieza a suavizarse. Detrás de ella está el abuelo de Adrian, que se me queda mirando, con los labios apretados en una línea recta. Su mujer me coge del brazo y me lleva a sentarme en el sofá del enorme salón.

— Es una historia divertida. — Por fin consigo decir algo, y obtengo una sonrisa de ella.

Los preciosos ojos verdes del abuelo me miran fijamente, como si tuvieran miedo de lo que voy a decir. Mordiendo el interior de mi mejilla, me sorprende la respuesta que se me escapa:

— Caminaba por la calle cuando me fijé en una boda que se celebraba en una iglesia del centro. Desde lejos, la novia parecía tan guapa que no pude evitar entrar y robármela para mí.

La abuela suelta una risita de sorpresa ante la broma de Adrian, mientras yo cruzo las piernas, escuchando la verdad a medias. A estas alturas, todos los Darrell están sentados a nuestro alrededor en el sofá, pero mi "novio" está a mi lado. Tu abuelo no ha dicho ni una palabra hasta ahora.

— ¿Cuánto tiempo lleváis juntos? — pregunta Ethan.

Tres días y no estamos juntos, me digo. Pero permanezco en silencio, mirando fijamente a Adrian. Tú empezaste esta mentira, así que asúmelo.

— Unos meses.

— ¿Meses? — Aidan parece a punto de caerse de espaldas, tan sorprendido.

— ¡Una boda en camino! ¡Nunca he sido tan feliz! — declara emocionada la abuela que está a mi lado.

Dios... ¿Por qué el hombre que odia las relaciones inventó una para su familia?

— No te emociones demasiado, Elise. Dice que es una aventura. Si le asfixias, podría romper con la chica guapa hoy mismo. ¿Por qué no almorzamos y le damos un respiro a la pareja?

Le doy las gracias mentalmente y me entran ganas de abrazar a Natanael. Me siento tan aliviada cuando todos están de acuerdo y, aunque no me preguntan nada más, la suave mano de la abuela de Adrian permanece en mi brazo mientras me conduce hacia donde se servirá el almuerzo. Si sobrevivo hasta el final del día, puedo considerarme más afortunada de lo que he sido en toda mi vida.

———

Sentado en un cómodo sillón frente a la enorme piscina de la zona de ocio de la casa de la abuela de Adrián, observo la interacción casi infantil entre él y sus hermanos de , que se turnan para jugar al billar. El hombre tenía razón cuando me dijo que su familia era más sencilla de lo que yo imaginaba. Realmente lo eran; la abuela me contó detalles de la infancia de los chicos, y cada vez me sentía más familiarizado con ellos. Las historias eran increíbles, y las fotos que me enseñó, adorables.

Volvía a tener razón cuando decía que su hermano pequeño intentaría avergonzarlo, mientras su hermano mediano me observaba con ojo analítico. Todo el tiempo, sentía los ojos curiosos de Ethan sobre mí, el excesivo encanto de Aidan y la cálida mano de Adrian sosteniendo la mía, tratando de tranquilizarme.

— Creo que la última vez que lo vi así de tranquilo fue antes de que murieran sus padres. — Oigo una voz grave a mi lado.

Estaba sola, admirando a los hermanos, cuando el silencioso abuelo de Adrian ocupó el sillón reclinable a mi lado. Aquella confesión me golpeó tan fuerte que me entraron ganas de abrazar al hombre que había estado en mis pensamientos.

— Parece llevar el mundo a cuestas todo el tiempo... Es difícil verle vulnerable. — Al darse cuenta de mi silencio, el hombre continúa. — Hagas lo que hagas, sigue adelante. Tenía miedo de que, después de todo lo que ha pasado, nunca viviera una vida normal. No sabes lo feliz que me hace saber que estás en su vida.

Las lágrimas amenazan con brotar de los ojos del hombre serio que tengo al lado. Antes de que puedan caer, las enjuga

rápidamente y me ofrece una sonrisa sincera. Fue la primera vez que me di cuenta de que los problemas emocionales de Adrian eran más complejos de lo que había imaginado.

Capítulo 15

— Linda, ¿sabes jugar al billar? — pregunta Aidan por tercera vez.

Flora, que estaba hablando con mi abuelo, ladea la mirada en nuestra dirección y mueve la cabeza de un lado a otro, meditando la pregunta.

Mi hermano, con sus burlas, parece decidido a molestarme.

Dejo que mi mirada se fije en él, expresando una clara desaprobación, pero, como era de esperar, no le importa.

— Puedo enseñarte, nena. Ven aquí.

— Te estás pasando, Aidan.

Aviso por segunda vez hoy.

Mi hermano levanta las manos hacia el cielo como diciendo "yo no hago nada", pero la mirada descarada me llega a mí.

Observo en silencio el movimiento avergonzado de Flora.

Sus mejillas están sonrojadas, un delicado tono de rubor que contrasta con la tensión de la situación cuando mi hermano, siempre bromista, le tiende el bate de . La suave luz de la habitación resalta el brillo de sus ojos nerviosos, mientras Ethan observa la escena con una sonrisa divertida en los labios, disfrutando claramente de la incomodidad que se desarrolla ante nosotros.

— Tienes las pelotas azules. Te dejaré jugar primero, ¿quieres que te enseñe *a cogerla*?

El doble sentido escapa de los labios de Aidan mientras se deleita con la situación, dejando escapar una risa traviesa.

— Estás exagerando, Aidan —digo, intentando mantener la seriedad en mi voz, aunque la tensión en el aire es palpable—. Es la segunda vez hoy que tengo que recordarte que tus payasadas tienen un límite.

Mi hermano levanta las manos en un gesto inocente, como diciendo "no soy yo", pero su mirada descarada se vuelve hacia mí, provocando una mezcla de frustración y determinación.

— Toma, cariño. Sujétala así", le digo con voz firme mientras la acerco. La calidez entre nosotros es palpable, y por un momento me olvido de las burlas y la tensión. Flora vacila, pero la proximidad nos une y hace que todo lo que nos rodea sea irrelevante.

Noto las miradas de sorpresa clavadas en mí cuando, por primera vez, establezco un contacto más íntimo con Flora. Abrazarla

con fuerza cuando llegamos fue un primer paso, pero ahora, ante la mirada hambrienta y curiosa de Aidan, me doy cuenta de que ha llegado el momento de dejar claro que es mía. Es casi como si quisiera marcar mi territorio de una forma que no deje lugar a dudas.

La idea de que tal vez una cita más literal sería más eficaz me hace reír por dentro. Con una sonrisa discreta, me inclino hacia Flora, la envuelvo en mis brazos y siento cómo su cuerpo tiembla al contacto conmigo. Es una conexión intensa, y no puedo evitar pensar en todas las cosas que quiero enseñarle...

Mi mente hace un pequeño recorrido de nosotros dos en una cama mientras le enseño el placer que puedo darle.

— Golpea firmemente el centro de la bola. Apunta a la tronera y empuja.

Empuja contra mí, hermosa...

Mi mente divaga mientras ella sigue mis instrucciones y comienza el juego. No es sólo una partida de billar; en mi interior comienza una cacería. Al entrar en el terreno de mis abuelos, me doy cuenta de que actuar como una amiga será imposible. Me inclino hacia sus oídos, susurrando, consciente del efecto que tendré en ella.

— Buena chica, amor.

Flora tiembla debajo de mí, con su cuerpo apretado contra el mío. La sensación del calor de su espalda contra mi pecho me excita

intensamente, y el hermoso vestido de flores que lleva la hace aún más encantadora.

Casi mete la bola en la tronera, pero al fallar veo que mi hermano suelta un gruñido de decepción. Aidan se prepara para su tiro, y la tensión en el aire es palpable mientras Flora, concentrada, sujeta su taco con firmeza.

Experimentado, mi hermano mete su primera bola en el hoyo, provocando un gemido de insatisfacción en ella. La competitividad de Flora me fascina, y no puedo evitar sonreír cuando noto el brillo decidido de sus ojos.

— Si estuvieras conmigo, ganarías, preciosa... Aún estás a tiempo de elegir al hermano adecuado. — Aidan se burla, siempre buscando una oportunidad para instigar.

Sigue jugando, emboca otra bola con facilidad, pero en el tercer tiro, la suerte parece abandonarle. Flora, con una ceja arqueada en señal de desafío, me mira, y la energía entre nosotros cambia.

— Le derrotaremos. — Su voz es firme y la determinación brilla en sus ojos. Sonrío, complacido por su espíritu de lucha.

Analizo el juego y, de improviso, le ordeno dónde apuntar y qué ángulo utilizar. La bola blanca, obediente a mis órdenes, empuja una de las amarillas de Aidan y mete dos azules. Veo cómo se ilumina la expresión de Flora, cómo le brillan los ojos de alegría al darse cuenta de su éxito.

— Por aquí. — Digo, manteniendo una mano en su cintura, el tacto seguro mientras la guío a su siguiente movimiento. Y lo hace

de nuevo.

La sonrisa confiada de Aidan desaparece y siento en ella la vibración de la victoria.

— Parece que te has metido con la persona equivocada, hermano. — Ethan observa cómo Flora mete su cuarta bola seguida.

— Pura suerte de principiante.

La frustración es evidente en su rostro cuando se embolsa los dos últimos, mostrando una sonrisa de victoria.

— ¿Sigues pensando que elegí al hermano equivocado?

Cuando la pregunta resuena entre nosotros, siento las miradas de mis dos hermanos sobre mí.

El orgullo brilla en las palabras de Flora, sobre todo cuando salta de celebración y se lanza a mis brazos.

Una sensación de comodidad y seguridad envuelve mi corazón, como si por fin estuviera en casa. Mis brazos se cierran alrededor de su cintura, levantándola del suelo.

Nuestras miradas se encuentran y, sin pensarlo, hago lo único que llevaba días deseando hacer: la beso.

No hay sorpresa en su reacción; Flora me rodea el cuello con los brazos y se entrega al momento.

— DE ACUERDO. Ha encontrado un narcisista como él. Ahora tiene sentido.

Aidan comenta en voz alta, pero sus palabras se convierten en un eco lejano.

Es como si el mundo que nos rodea hubiera desaparecido, y lo único que siento son sus suaves labios y su presencia. Flora sabe

dulce, con un toque de menta del licor que le regaló mi abuela. Lo único que sé es que tengo en mis brazos a la chica que ha poblado mis sueños durante las últimas noches y se ha convertido en el objeto de mis deseos más profundos.

Cuando me suelto, me doy cuenta de que estamos solos.

Sus ojos son más oscuros, reflejando mi deseo en sus iris.

— Vamos a casa. — El deseo dentro de mí se intensifica.

Con los labios ligeramente hinchados y la cara enrojecida, asiente, rindiéndose a un deseo que ahora parece imposible de ignorar entre nosotros.

———

Cuando aparqué en el garaje, me pareció demasiado tiempo para esperarla. El trayecto, que solía durar media hora, se completó

en veinte minutos. Flora me mira profundamente, parece comprender mi desesperación. Y sin necesidad de verbalizar nada, acepta encantada y viene hacia mí.

Empujo mi asiento hacia atrás, nuestras bocas chocan, mis manos buscan todos los contactos posibles, la levanto por la cintura y la acomodo en mi regazo.

Es demasiado rápido, me dice una parte sensata de mi cerebro. Rápido para ella, no para mí. Aun así, no soy lo bastante decente para detenernos.

En una oleada de placer, puede sentir cómo me endurezco mientras se sienta en mi regazo, con las piernas enroscadas a mi alrededor, temblando por nuestra explosión. No me lo esperaba y es lo que más me vuelve loco. No esperaba sentir tanto deseo que

apenas puedo pensar, preguntándome cuál será el siguiente paso entre nosotros.

Mientras mis manos se deslizan entre los mechones de su pelo, la hermosa pelirroja ofrece voluntariamente su cuello. Rozar con mi barba la suave piel es como un instinto que no puedo contener, así que extiendo mis labios, dientes y besos. Su aroma me embriaga rápidamente, volviéndome loco.

— Estoy loco por ti. — Te lo prometo.

Quiero que lo sepa todo, quiero que sienta cómo me deja y todo lo que su cuerpo provoca en mí.

Subo y bajo la mano por su espalda, indeciso sobre dónde tocar primero, y ella chasquea cuando me detengo en el hueco de

su cintura, bajo sus pechos turgentes. La mujer que antes estaba entregada a la lujuria me mira con vacilación.

— No soy lo que buscas. — Dice, tratando de alejarse de mis caricias.

— ¿Cómo lo sabes?

Podría decir cualquier cosa para que no te fueras.

— ¿Cómo sabes que no soy lo que buscas? — Le lanzo una mirada desafiante.

Sin darle tiempo a pensar, tiro de ella por el cuello y vuelvo a tomarla por los labios.

Tengo que ir despacio. Parece asustadiza mientras me besa, como un gato salvaje en la calle, dispuesta a defenderse en cualquier momento.

Todo en Flora me atrae, su entrega me extasía. Su aroma me desconcierta. Su cuerpo me vuelve loco. La timidez con la que se muerde el labio, pensando en lo que me va a decir... La mujer huele a inocencia. Un libro en blanco esperando que describa las maravillas del mundo para dos. Un plato sabroso que me hace querer devorarlo todo en segundos.

Y el fuego en sus ojos me hace darme cuenta de que lo quiere todo. Que también me quiere a mí.

— Esto es un error... — Su voz salió socarrona, tratando de alejarse y causando más fricción entre nuestros cuerpos.

Es casi insoportable sentir el calor entre sus piernas. El enrojecimiento de sus mejillas, sus pechos caídos en el escote del

vestido y su rostro transmutado por la lujuria. Todo esto me convierte en un animal y no en el caballero que una vez conoció.

— ¿Por qué es un error?

Juego, devolviéndole lo que sé que es cobardía. Su silencio es la prueba de lo difícil que es luchar por tu propia voluntad.

— Te deseo. — Invierto en tu silencio. — Solía ser un dilema moral, pero ahora que conozco tus gustos... La moral no importa. Te deseo, Flora. Sé mía.

A la mierda nuestros errores.

Mi cuerpo la deseaba más de lo que mi mente podía pensar.

En respuesta, sus mejillas se tornan rojizas. Respira con tanta dificultad que casi me compadezco, pero en lugar de eso le ofrezco lo que sé que necesita. Le permito que lo descubra por sí misma y

que vislumbre en qué nos convertiremos los dos. Y con su inquietud, Flora busca inconscientemente su libertad.

Tranquilamente, la aprieto por la cintura y aliento sus movimientos. Ella parpadea aturdida, intentando escapar, y cada vez que lo hace, el calor entre sus piernas empuja contra mi dura polla dentro de mis pantalones. Y es un espectáculo jodidamente espectacular.

Ven a mí. Ven a mí. — Tarareo mentalmente, acercándola, sintiendo su aroma llenar mis pulmones. Animándola a darse la vuelta, haciéndole creer que tiene el poder de escapar.

Flora me sujeta los hombros, mordiéndose el labio inferior, y sé que le queda muy poco. Quiere gemir y está avergonzada.

Me siento como un hijo de puta, pero la sensación dura poco. Si la forma de atarla a mí es darle el placer que necesita, moriré dándoselo. Nunca dije que jugaría limpio.

A lo largo de mi vida, siempre he tenido todo lo que he querido. Los logros en el mundo femenino estaban en la lista. Nunca me costó mucho esfuerzo estar con quien quería, pero supe, desde el momento en que la vi huir de su propia boda , que ella era diferente. Que con ella sería diferente. Flora se haría de rogar, aunque no supiera cómo, aunque no fuera su intención.

Por eso la beso. Un beso diferente al que hemos intercambiado hasta ahora, un beso más intenso que roza el salvajismo. Y trazando un plan en mi mente, dejo que mis dedos recorran su largo vestido, tirando suavemente de la tela hacia arriba.

Está inmersa en su propio deseo. Inmersa en su cuerpo bailando sobre mí. Inmersa en sus labios mordidos por los míos, mi lengua devorando su boca.

Cuando siente la palma de mi mano en su cadera, un ligero rebote me hace parar y medio segundo después, me está dando más. Sus manos inquietas me acarician la nuca, su rebote me vuelve loco.

Este era un juego para dos. Nunca había sentido un impulso tan visceral, un deseo tan sobrehumano y la necesidad física de correrme. Y cuando toco el borde de sus bragas, Flora gime contra mis labios.

Al darse la vuelta, su mirada es de pánico. Apenas respira mientras analizo sus rasgos, buscando su consentimiento. El silencio

se perpetúa cuando siento la humedad de su coño sobre la fina tela de la prenda que cubre lo que quiero tener entre mis labios.

No hundo los dedos bajo la tela porque es demasiado para ella y, para ser justos, también es demasiado para mí. Me quedo donde es seguro para los dos. Siento que mis dedos se empapan de lo mojada que está.

Flora se muerde con fuerza el labio inferior, cierra los ojos y la imagen es perfecta. Mientras llena sus pulmones de aire, se apoya en mis hombros y su cuerpo curvilíneo se relaja para mí. Una discreta sucesión de gemidos escapa de sus labios... Joder, es tan sensual y perceptible que apenas sabe cómo hacerlo. Tan cruda y sincera... Entregada a un momento que me doy cuenta que nunca ha experimentado antes.

Todo en mí crece. Mi ego se hincha cuando froto el pulgar sobre el punto hinchado, acariciándolo ligeramente en círculos, llenándolo del afecto que merece recibir.

Su respiración era agitada, sus gemidos crecían, sus pechos empujaban hacia mí. Y yo quería meterme uno de sus pezones en la boca, imaginando cómo sería. Chupar el pezón endurecido mientras la hacía correrse para mí.

Su cuerpo responde suavemente. Inconscientemente, empieza casi a cabalgar sobre mis dedos, rodando contra mí, suplicando más. Una oleada de satisfacción me invade al saber que soy yo quien le da todo esto y no el bastardo con el que iba a casarse.

Y mi deseo no importa. No importa cuánto deseo follarme a esta mujer y disfrutar de cada parte de su cuerpo. Nada de esto tiene que ver conmigo, y como nunca antes, sólo quiero darle placer.

Como no quiero que nuestra experiencia termine demasiado rápido, reduzco la intensidad de mis caricias. Vuelve a gemir, esta vez de frustración. Sé que es demasiado para ella cuando vuelve la cabeza hacia mí, con los ojos ardiendo de expectación. Su agarre de mi hombro se intensifica cuando introduzco el pulgar y froto lentamente su clítoris.

— Ven por mí. — ordeno, renunciando a ir despacio. De repente, lo único que quiero es ver su cara cuando se corra.

Y es la escena más perfecta del mundo. La hermosa y genuinamente sensual mujer explota sobre mí, corriéndose sobre

mis dedos, mirándome a los ojos y gimiendo mi nombre como si yo fuera el puto rey de su mundo.

Algo me oprime el pecho cuando su cuerpo relajado vuelve a caer bajo el mío y su respiración es larga, pesada y jadeante. Me encuentro abrazándola con fuerza, abrazando a una mujer después del orgasmo, una hazaña sin precedentes para mí.

La idea de que un día se vaya me inquieta. La sensación es tan inquietante que la abrazo con más fuerza, sin saber cómo reaccionar ante el inesperado sentimiento.

Capítulo 16

La sensación de que he metido la pata hasta el fondo me invade antes de que pueda evitarlo. Sentada en el borde de la cama, miro a mi alrededor, pidiendo a mi mente que descanse, pero lo que oigo son tantas preguntas que me siento mentalmente agotada.

Sus ojos confusos me invaden mientras huye de mí, recordándome la forma en que se bajó del coche anoche después de que volviéramos de casa de mis abuelos. No salió de la habitación y ahora me pregunto si debo matar el trabajo, posponer mis citas y esperar a verla o si debo darle espacio. No puedo detener mi vida; algo dentro de mí me recuerda que yo no soy así.

Es como si hubiera evitado sentir cualquier emoción durante toda mi vida, y ayer, una grieta en la puerta que he cerrado durante años se abrió, permitiendo que hordas de sentimientos reprimidos entraran a raudales contra mi voluntad.

Salgo, consciente de que aún no son las siete de la mañana, y pego la nota adhesiva que escribí antes de salir de la habitación. Pone "llámame", y mi número está escrito ahí. El miedo a ir a trabajar y volver a casa sólo para encontrarla vacía me asusta. Por eso le digo a Tyler que debería quedarse y vigilar todos sus movimientos.

"Tyler, tienes que quedarte. Vigílala, ¿vale?"

"Por supuesto, pero ¿y tu trabajo?".

"No se trata del trabajo. Se trata de ella".

Soy más egoísta de lo que creía, pero ese pensamiento no me molesta ni me hace sentir culpable.

Recibo un "buenos días" de Garrett, pero que le den los buenos días. No respondo ni me despido cuando me deja en el aparcamiento de Darrell. El trayecto en mi ascensor privado nunca había sido tan largo, pero me consuela el alivio de no encontrarme con ningún empleado adulador.

Entro en mi primera reunión del día a las ocho y media de la mañana. El tema no me retiene mientras controlo mi móvil a cada segundo. Cada vez que vibra sobre la mesa, trayendo una notificación de alguna aplicación inútil, siento que la rabia me sube al estómago y me arde en la garganta.

El proceso de importación de algunas materias primas de China llega a su punto álgido, y puedo ver cómo se inicia un debate sobre el cambio de proveedores. Incluso esta posible inestabilidad no me preocupa.

A las 9.40 de la mañana, desayuno con un cliente. Se supone que es una reunión sobre una posible asociación entre nuestras empresas, pero todo lo que puedo hacer es decir "sí" o "no" como un idiota y forzar una sonrisa poco amistosa.

"La sociedad puede aportar muchos beneficios", dice el cliente, sonriendo.

"Sí, por supuesto", respondo, pero mi mente está lejos. "Podemos discutir los términos más tarde".

A las 11.20, recibo en mi despacho al equipo de marketing de uno de los hoteles. Necesitan una firma y más inversión; parece que la expansión del hotel en Seattle ha inspirado una expansión colectiva en nuestras otras promociones por todo el país. Mierda.

"Hoy necesitamos tu firma", dice uno de los miembros del equipo.

"Bien, veré lo que puedo hacer", murmuro, distraído.

Ya es mediodía y no he recibido ni una maldita llamada ni un mensaje. Saco el móvil del bolsillo y escribo un mensaje rápidamente.

"¿Ha salido de casa?"

Mis pies me llevan rápidamente al ascensor mientras Heitor, mi asistente personal, me declara el resto de mi agenda del día.

— Y luego está el baile benéfico de la Fundación Darrell. Este año, podría sugerir algo como una subasta para fomentar las donaciones. — Sigue divagando.

Tyler: No, señor.

Demonios.

— Está bien. — Diré lo que sea para que se calle. Conociéndome, se da cuenta de mi mal humor y se calla.

En menos de un minuto estamos fuera y una fina llovizna cae del cielo. Las nubes oscuras son señal de que pronto lloverá fuerte.

Me siento indecisa entre enviar a Tyler a ver cómo está, cuando sé que probablemente se asustaría. Hago lo único que se me ocurre y llamo al teléfono de mi casa mientras cruzo la calle con Heitor pisándome los talones.

El teléfono suena, suena y luego va al contestador. Con un último hilo de esperanza, grabo el mensaje, ansioso por que ella esté lo bastante cerca para oírlo.

"Flora, estoy preocupado por ti. Llámame, por favor".

Me rechazan. ¿Es así como se sienten las mujeres que despido?

Cuando me siento, experimento una sensación nueva. Me baja amargamente por la garganta y se aloja torpemente en el estómago. Todo en mi vida ha estado siempre meticulosamente planeado para que sentimientos de este tipo nunca me invadieran; nunca quise experimentar estas emociones después de hacerme adulta.

Pido el bocadillo que siempre elijo los días que no tengo tiempo para una comida completa, y Heitor retoma sus compromisos.

— Isabelle Brennan llamó dos veces entre las nueve y las diez de la mañana. No dejó ningún mensaje, pero me pidió que la llamara urgentemente.

Urgencia... Sé exactamente cuál es su maldita urgencia.

— Siempre estoy indisponible para ella. De hecho, para cualquier mujer que me llame y no sea por trabajo.

Heitor me mira, pero se limita a asentir.

— Excepto mi abuela y Flora. — Mi urgencia por explicarme le pilla desprevenido. Como buen profesional que es, no me hace preguntas que no quiero responder.

No me quedo mucho tiempo en Heitor porque me suena el móvil.

— ¿Por qué me sigue este hombre, Adrian? — La voz es furiosa al otro lado de la línea.

Mis entrañas se revuelven de ansiedad. Está viva, pero me parece una maldita zorra.

— Voy a reunirme con mis hermanas para decidir qué voy a hacer con mi vida, y él dice que me acompañará. No necesito compañía.

— ¿Te vas?

Por todo lo que me cuenta, sólo puedo entender que se vaya.

— No, pero si no sacas ese armario de detrás de mí, me inclino a ir hoy.

Lo siguiente que recuerdo es que estoy fuera del restaurante y Garrett me mira, alerta.

— Está ahí para protegerte. El coche está a tu disposición y te llevará adonde quieras.

— Eres un maldito fanático del control. Quítame a ese hombre de encima.

Estoy perdiendo el control, estoy perdiendo el control, estoy perdiendo el control.

Inspiro el aire bruscamente, porque siento que voy a explotar. La chica pacífica que creía que era se ha convertido en un maldito desafío, y eso solo ha hecho que la desee más.

— Di que te vas a casa y te enviaré por tu camino. — Trato hecho.

Oigo su breve silencio y luego una carcajada.

— Envíalo a él primero y yo pensaré en irme a casa.

Me doy cuenta de cómo suena. Ambos consideramos el piso nuestro hogar. Lleva allí tres noches y dos días, y no hay espacio en ese lugar que no esté lleno de su presencia.

Sabiendo que no voy a ganar esta batalla pronto.

— Está bien. Te dejará en paz, siempre y cuando prometas ponerme al día sobre tu bienestar.

— Esta no es una negociación que haces en tu empresa, Adrian. Soy una persona y estoy a cargo de mi propia vida. Puedo cuidarme muy bien.

Ah, ya sabes... No, preciosa, no tienes ni idea de cuidarte. Te dejaste engañar por un cobarde que utilizó tus sentimientos.

— Tienes razón. Lo siento, Flora. Te enviaré los códigos de la puerta si quieres volver. Tu entrada está permanentemente autorizada.

No me contesta, ni se despide cuando me cuelga.

Garrett me mira como diciendo: te lo dije.

Escribo un mensaje a Tyler:

"Vigila desde lejos. Déjala ir por ahora".

Hay un ex prometido probablemente enfadado en esta ciudad; no me siento cómodo con ella paseando por ahí sola. Joder, ¿a quién quiero engañar? No me siento cómodo con la hipótesis de que no vuelva conmigo, porque en el fondo sé que no soy una buena opción para ella y yo que ella no volvería.



Flora Pellegrino

Capítulo 17

Maldito fanático del control.

El hombre que tengo detrás me deja espacio y deja de seguirme. Miro hacia atrás dos veces y lo encuentro parado como una estatua, a metros de distancia, mientras yo camino más rápido. ¿Quién demonios se cree que es? ¿Con billetes de "llámame" y órdenes de que le siga su estúpido guardia de seguridad?

Lo que antes creía un sueño —tener a un hombre que me cuide— se convierte en algo asfixiante. Cruzo la calle a toda prisa y miro el reloj del móvil para darme cuenta de que llego tarde.

Fue deliberado reservar en un café bar cercano al piso de Adrian; me costó poco esfuerzo localizarme en la aplicación de

mapas y sabía que sólo tendría que dar un corto paseo para llegar. Me costó darme cuenta de que tendría que llamarle si quería volver a su piso. No tenía la llave de la puerta ni los códigos de su avanzado sistema de seguridad. El hombre está rodeado de guardias de seguridad y sigue muy preocupado por quién pueda entrar en su casa.

Nuestra primera discusión... Recordar la forma manipuladora en que habló por teléfono hace que se me calienten las mejillas, y esta vez es de rabia.

— Ahí está. Niña atrevida, me hiciste feliz el viernes. — Fiona sonríe, sus brazos me rodean antes de que pueda decir nada.

Se me escapa un suspiro de alivio; el miedo a que me echara la bronca era demasiado grande.

— ¿No deberías estar enfadado conmigo también?

— No, no soy tan aburrido. Ven, siéntate aquí y arreglemos un poco el lío que has montado. — Sus ojos se desvían en mi dirección mientras me siento.

Felicia tiene una máscara de seriedad en la cara que no dura ni diez segundos antes de estallar en carcajadas.

— Se te habrá enfriado el capuchino, pero tómatelo igual. También he pedido macarons para ti.

Fue ahora cuando me di cuenta de que tenía hambre. Se acercaba la hora de comer, pero sabía que debían de haberse despertado hacía poco, ya que insistieron en desayunar. Acepté de buen grado la ofrenda de paz de Felicia, casi olvidando su revelación a Adrian... Gracias a mi hermana, su curiosidad por mí se había

redoblado, y la mía había alcanzado niveles peligrosos desde que me hizo correrme en sus manos, sentada en su regazo en el asiento del conductor de su coche. Era un pecado de hombre que me apetecía mucho cometer.

— Me enseñó la foto del dios griego que tienes en las manos. Chica, ¿saliste de una boda y te metiste en otra? — se burla Fiona, riendo.

— Sólo está siendo amable al darme cobijo, Fiona.

— No hay nada amable en ese hombre. Eructa superioridad y huele a perfume caro. Apuesto a que el papel higiénico es un billete de cien dólares. — Felicia acusa.

— Tan mezquino...

— Y tú eres muy inocente. — Continúa, con el rostro serio.

Exactamente como la recordaba de mi adolescencia: arrogante y acusadora.

— Basta, ustedes dos...

— ¿Qué posibilidades tienes de recuperar tu antiguo trabajo? — Felicia cambia de tema.

Mis ojos se cierran con fuerza al pensar en lo tonta que estoy siendo, escuchando a Edward decir que podría dedicarme al cien por cien a la organización de la boda y que el dinero no sería un problema en nuestro futuro. Estúpida.

— Puedo rogarle a la Sra. Martin, pero no sé cuán fácil será. Me fui en contra de sus deseos.

— ¿No viste las señales? Hermana, todo estaba a favor de que rompierais.

— Lo sé, Felicia.

— Tenemos que sacarte de la casa de este tipo. Te prestaremos una buena suma de dinero para que puedas empezar de cero. ¿Te acogería Melanie unos días?

Me da mucha vergüenza. Asiento con la cabeza, porque sé que mi amiga me habría dado cobijo incluso antes de conocer toda la historia. He estado ignorando sus insistentes mensajes y llamadas; sé que, a estas alturas, ya sabe por sus padres que mi matrimonio fue un fracaso total. Mel está pasando por un embarazo de riesgo, así que no pudo estar conmigo. Quizás fue una señal divina de que algo iría mal, ya que mi mejor amiga no pudo estar conmigo en el que debería ser el momento más importante de mi vida. No quiero disgustarla; es una recién casada embarazada que ya tiene a su madre en casa para ayudarla, y sé que yo sólo sería

una persona más que añadiría volumen al pequeño piso que ella y David comparten en Manhattan.

— Mañana nos vamos a Los Ángeles; sería bueno que hoy pudiéramos encontrar una solución para tu vida. — Mi hermana mayor insiste.

— De acuerdo. Lo arreglaré todo y te devolveré cada céntimo lo antes posible. También tengo la intención de quedarme con Mel por poco tiempo, si es el caso. Voy a solucionar mi vida; es hora de madurar y tal vez esta sea una oportunidad para ir por libre de una vez por todas.

Obtengo silencio y miradas resentidas como respuesta. Sé que desconfían de mi capacidad para valerme por mí misma, así que hago de esto mi pequeño reto personal: demostrar a todo el mundo

que puedo. Dejar de ser la hija dependiente y soñadora que corre hacia sus padres y se esconde detrás de sueños infantiles cuando las cosas se ponen difíciles.

— Prométeme que te cuidarás en casa de ese hombre. Es guapo, pero los hombres como él no se enamoran de chicas como nosotras. — La preocupación en la voz de Felicia es palpable.

Me aprieta la mano por debajo de la mesa y me mira con una expresión que nunca había visto en su cara.

— Ah, deja que la chica se divierta. No seas aburrida. — Fiona se ríe, guiñándome un ojo. — Solo usa condón y sé consciente de dónde está tu corazón. Preferiblemente metido en tu pecho y no en el bonito de ahí abajo.

— ¡Fiona!

Se ríen y el ambiente entre nosotras vuelve a relajarse. Ahora estoy tranquila; mis hermanas también lo están, mientras me hablan de los chicos que conocen en Los Ángeles y de cómo su vida como abogadas ha ido viento en popa.

Fiona me puso al corriente de la situación en casa de Edward y de cómo nuestros padres estaban furiosos conmigo, al igual que los padres de Edward. Se alojaban en un hotel alejado del centro de la ciudad, ya que el clima se había vuelto insoportable en casa de mi ex prometido.

Comemos juntos y nos despedimos con abrazos apretados y consejos sexuales innecesarios de mi hermana mediana. Las veo alejarse, sintiendo que el corazón se me oprime en el pecho, y sé que pasará mucho tiempo antes de que vuelva a verlas.

Capítulo 18

Ojalá hubiera cancelado la reunión con mi último cliente, pero eso habría sido una falta de conducta con la empresa, y nunca me he permitido faltar a las citas.

Tenía los ojos pegados al móvil mientras seguía los mensajes que Tyler me enviaba sobre cada pequeño paso que Flora daba en su día. Se reunió con sus hermanas y pasaron más de una hora en una cafetería cercana a mi edificio. Se fueron a comer a un pequeño restaurante cercano.

Cuando sus hermanas se fueron, nunca volvió a casa. Por primera vez sentí un hormigueo de ansiedad en las manos. Tyler dijo que la había visto subir a un coche a través de una aplicación y me

sorprendió su destino, sobre todo cuando llamé ansiosa a mi guardia de seguridad y descubrí que llevaba más de media hora mirando al mar desde Elliot Bay.

Salí tarde de la oficina, aunque había hecho todo lo posible por llegar pronto a casa. Cuando entré, abajo todo estaba oscuro y reinaba el silencio en la habitación.

— ¿Flora?

Llamarla me produjo una sensación de familiaridad que nunca me había permitido sentir con alguien que no fuera de mi familia. La respuesta fue el silencio.

Abro el móvil, pero antes de que pueda marcar su número, veo que estoy recibiendo una llamada.

— ¿Mamá? ¿Ha pasado algo?

— Está bien, no te preocupes. Llamé para ver si estabas bien.

El alivio me invade antes de que pueda responder. Bajando las escaleras descalza y con las piernas al aire, ahí está, vestida con unos pantalones cortos vaqueros y una camiseta corta que deja ver parte de su barriga.

Unas gafas de montura negra cubren su rostro serio, ocultando la belleza de sus ojos verdes, y su indomable pelo rojo está recogido en una coleta.

— ¿Está todo bien aquí y tú?

— Nosotros también estamos bien. Sólo llamé para decir lo feliz que estaba de conocer a Flora ayer. Es una buena chica, hijo mío.

El tono afectuoso de mi abuela me calienta el corazón durante unos segundos, pero mirar a la mujer que tengo delante con los brazos cruzados hace que se me caliente el cuerpo.

— Ella está aquí y te dejó un beso.

— Qué niña tan dulce. Prométeme que me la devolverás y horneará esas galletas que tanto te gustan.

Una negociadora nata, propone la abuela. Dejo escapar la primera carcajada de buen humor.

— Hecho.

— Te quiero, Adrian. Quédate con Dios.

No puedo rebatirlo, quiero a mi abuela más que a nada, pero decir esas palabras en voz alta suele aterrorizarme. Hay algo en el amor que me da mucho miedo.

Colgamos juntos y por fin puedo prestar atención a la persona que ha estado rondando mis pensamientos todo el día, casi volviéndome loco.

— ¿Fue tu abuela?

— Sí, te dejó besos y cumplidos sinceros. Quiere volver a verte.

— Bueno, si puedes llevarme, puedo ir a verla mañana o pasado mañana, antes de volver a Nueva York.

El tiempo parece detenerse durante unos minutos. Me siento abandonado, pero rápidamente desecho esa sensación. No, eso no es lo que quiero de ella.

Aquí todo es atracción física, que se hace más fuerte a cada segundo. No puedo ser hipócrita y decir que he sentido esto antes;

sé que nunca lo he hecho. Pero desde la distancia puedo decir que nada de esto es pasión a primera vista, ni puede convertirse en amor.

Desear a Flora es una necesidad fisiológica que pronto pienso satisfacer hasta el punto de dejar de sentirla. Es hermosa, más que ninguna otra mujer que mis ojos hayan admirado jamás. Su tamaño es perfecto para cobijarse en mi abrazo; su delgada cintura hace aún más atractiva la curva de sus caderas. No tiene grandes pechos, pero son del tamaño adecuado y encajarían perfectamente en mis manos.

Y su forma de vestir... Está increíble con los pantalones cortos vaqueros que lleva. No voy a mentirme a mí mismo; sé que una sola noche con ella no será suficiente, pero me gustan las relaciones que

duran lo necesario antes de que se vuelvan aburridas, y no tendré ningún problema si es con ella.

Me río amargamente, porque mientras pienso en dejarlo todo de forma casual entre nosotros, ella se queda en mi casa, donde ninguna otra mujer ha estado. Ha conocido a mi familia.

— ¿Cuándo vas a volver?

Flora se muerde el labio inferior.

— Creo que el jueves, si todo va bien. Llamé a Mel...

— ¿Mel?

— Mi amiga, Melanie. Me quedaré en su casa por un tiempo hasta que arregle mi vida.

— Si tienes que quedarte en casa de alguien, ¿por qué no te quedas en la mía?

Se hace el silencio entre nosotros hasta que Flora se apresura a negarlo. Ella también lo siente. Puedo sentir su deseo en mí, sobre todo porque puedo ver los signos de nerviosismo a través de la fina tela de la blusa que lleva puesta.

Es más, puedo sentir el miedo palpable que fluye de su hermoso cuerpo.

— Apenas nos conocemos y yo vivo en Nueva York.

— No, no lo sabe. Si lo hiciera, se iría a su propia casa y no tendría que quedarse con Melanie. — Eso digo yo.

Flora parece una mujer fácil de desafiar; su voz se apaga cuando no encuentra el argumento adecuado para rebatirla.

— Después de todo lo que ha pasado, ¿no crees que sería mejor cambiar el escenario de tu vida? ¿Probar algo nuevo?

— ¿Salir contigo?

No me esperaba esa pregunta, y probablemente por eso una carcajada incrédula brota de mis labios antes de que pueda contenerme. El cuerpo de la mujer que tengo delante se estremece y creo que ni siquiera se da cuenta de que ha dado un paso atrás.

Así es, jovencita, protégete de mí. Es bueno para ti.

Me desabroché la corbata, cansado de sentirme asfixiado, y me quité la chaqueta del traje, sentándome en el sofá blanco.

— No estoy saliendo, te lo dije.

— Eso no es lo que querías que tu familia supiera ayer.

No dije que estuviéramos juntos, pero tampoco hice ningún esfuerzo por aclarar la conclusión a la que llegaron.

No me gustan las mentiras, pero soy un verdadero hipócrita si digo que esta falsedad no me ha gustado.

— Tienes razón. Si quieres, puedo arreglarlo con mi abuela cuando vayamos a visitarla de nuevo.

Algo brilla en sus ojos mientras tuerce los labios y aparta la mirada de mí, sacudiendo los hombros.

— Aún así, no puedo quedarme aquí... No tiene mucho sentido que vivamos juntos, ni siquiera nos conocemos y yo no tengo familia ni amigos en la ciudad. Y ahora que lo pienso, tampoco tengo trabajo aquí.

— ¿Significa esto que le espera trabajo en Nueva York?

Libertinaje y diversión cruzan mis palabras mientras me levanto.

Flora parece estar más alerta cuando me acerco a ella.

— Algo que pueda resolver fácilmente. Conozco a algunas personas y...

— ¿Tu ex no vive en Nueva York? — Pregunto.

— ¿Adónde quieres llegar?

¿A dónde quiero ir? Es sencillo, quiero llegar al momento en que te des cuenta de que no puedes alejarte de mí, igual que yo empiezo a darme cuenta de que cuando estoy cerca de ti, no quiero irme a ninguna parte.

Flora me mira fijamente esperando una respuesta, como si eso fuera a resolver todos los problemas de su vida.

— A menos que quieras volver a Nueva York y volver con él, no veo por qué no puedes quedarte e intentar algo diferente aquí.

Nuestras respiraciones están tan cerca que puedo sentir su cálido aliento sobre mí.

Flora... Si supieras lo difícil que me ha hecho el día tu ausencia.

Si supieras cómo me paso cada segundo mirando el móvil, esperando que me prestes atención...

Si supieras...

— Puedo conseguirte un trabajo. ¿Qué puedes hacer?

No le doy tiempo a responder a mis burlas sobre su ex. La tengo justo donde quiero, cerca de mi cuerpo, pero no la toco.

Me parpadea dos veces, abre y cierra la boca, intentando discutir, y luego relaja los hombros, cediendo ante mí.

— Soy profesora de ballet clásico. Enseño sobre todo a niños. He trabajado durante dos años con niñas de entre 4 y 7 años.

Su entrega es todo lo que necesito.

No será difícil encontrarle un trabajo, pero si en algún momento pienso que puede ser complicado, abriré su propio estudio y me aseguraré de que tenga alumnos para el resto de su vida. Sólo quiero que se quede al menos el tiempo suficiente para explorar lo que podemos ser y hasta dónde podemos llegar.

Siento que nuestra relación va a ser algo intenso. Casi puedo sentir la anticipación, pero no quiero estropearlo.

— Te garantizo que tendrás trabajo la semana que viene si te quedas.

— ¿Cómo?

Sorpresa. Su cara y su cuerpo se llenan de sentimiento.

Asumiendo que nuestra cercanía es demasiado difícil, se aleja. Flora parecía ahora confusa.

— El problema de la vivienda también estará resuelto. Sabes que soy propietario de un hotel y puedes alojarte en el piso que tengo allí hasta que encuentres un lugar propio. También tengo otras propiedades en la ciudad si te resulta incómodo alojarte en un hotel de lujo.

Veo la incredulidad en sus ojos y sé que me estoy haciendo la dura.

— No puedo permitirme pasar mucho tiempo en un hotel como el de Darrell. — Parece que eso le ofende.

— Nadie habla de dinero, no te preocupes, yo tampoco ocuparía el lugar de ningún huésped potencial. Ya te he dicho que te alojarás en mi piso exclusivamente para uso personal. Puedo ayudarte en lo que necesites, Flora...

— No lo entiendo.

Yo tampoco lo entiendo, pero he aceptado que se trata de algo incomprensible.

Cuando volvía a casa, Garrett me preguntó por el futuro de Flora en mi vida y le aseguré que todo estaba bajo control; sin embargo, siento que nada ha estado nunca más fuera de mi alcance que ahora.

— También puedes volver a Nueva York y enfrentarte a las miradas críticas de todos los que te conocen y toparte con tu *ex* en

algún sitio. Tú eliges.

Frunzo los labios en una línea recta, sé que me he ganado su irritación.

— ¿Por qué harías algo así por mí? No digas que lo harías por cualquiera porque sé que es mentira.

Está bien. Se merece un poco de verdad, aunque sea a medias.

— Tienes razón, nunca iría tan lejos por una mujer. Me siento atraído por ti, Flora. Sé que tú también te sientes atraída por mí. Nuestro pequeño momento explosivo en el coche me demostró que lo que pase entre nosotros será muy bueno. Aún así, nada de lo que estoy haciendo es un gran sacrificio o muestra de sentimientos. Tu

trabajo no me costará más que una llamada telefónica y la estancia en el hotel no afectará a mi bolsillo.

— ¿Siempre eres tan engreído?

Su ofensa no golpea como sé que a ella le gustaría. Sonrío de lado porque, la mayoría de las veces, lo hago.

— ¿Te quedas?

— Me lo pensaré. — Sin querer desvelarlo, dice.

Cansado del juego de mordiscos y soplidos, consigo alcanzarla con un gesto rápido.

— Entonces te ayudaré a pensarlo.

Sus ojos verde claro parpadean asombrados cuando tomo sus labios. Es un beso ardiente, como toda ella. Flora duda al principio, pero no tarda en ceder.

Sus brazos me rodean el cuello y su mano ansiosa busca mi pelo.

Su lengua me marea, me vuelve loca por más. El beso es atrevido, húmedo, apasionado. Rápidamente me siento profundamente atraído por ella.

El fuego que me consume me deja ardiendo.

Tiro de sus caderas y pronto me rodea la cintura con las piernas. Sus calzoncillos se pegan a mi vientre mientras la hago consciente del intenso deseo que me provoca.

Llevo todo el día anhelando sus labios. No quiero dejarla ir, pero sé que necesitamos respirar.

— Quédate. — Sin darme tiempo a pensar, insisto.

Sus labios hinchados se abren y se cierran mientras deja escapar un suspiro derrotado y se acomoda.

Mi ego se contrae dentro de mí y la dulce sensación de la victoria me consume, produciéndome un sentimiento maravilloso.

Ella se queda.

— Te he estado esperando todo el día. — Lo admito y me gusta lo que veo en tus ojos.

El resplandor de la sorpresa y la satisfacción.

— A mí también.

La confesión es en voz baja, mientras camino con ella en brazos y me siento en el sofá.

— No nos vamos a la cama. — Alerta, replica rápidamente. Pero sus ojos no dicen eso.

— Muy bien, preciosa. Esperaré... por ahora. Pero eso no significa que no vaya a besar mucho esa boca —hago una pausa para acercarla—. — Y tocarla de maneras que la complazcan.

La deseo como nunca he deseado a ninguna otra mujer. La forma en que se ruboriza despierta en mí el instinto protector.

Lo necesito y no pararé hasta conseguirlo.

Capítulo 19

Adrian me enciende.

Cada vez que sus ojos se cruzan con los míos, siento que una oleada de calor recorre mi cuerpo. Por mucho que intente disimularlo, cada día me cuesta más negar la intensa reacción que provoca en mí. Es como si su presencia iluminara cada rincón de mi ser, despertando sentimientos que no sabía que existían. Su proximidad me deja en un estado de confusión y excitación, como si cada mirada y cada caricia desvelaran algo muy dentro de mí.

Tu tacto me calienta.

Apenas puedo pensar cuando siento su contacto; es una mezcla de confusión y electricidad. La sensación es a la vez nueva y

abrumadora, desafía todo lo que creía saber sobre la intimidad. Es un baile de sentimientos contradictorios: el deseo de dejarme llevar, pero también el instinto de retirarme, de mantener un poco de distancia para no perderme del todo.

Con cada contacto, me hace cuestionar lo que realmente siento, y eso me asusta. No estoy preparada para la vulnerabilidad que conlleva. Adrian es diferente a todo lo que he conocido. Su presencia es tan envolvente que me hace olvidarlo todo y, por un momento, sólo puedo pensar en él.

Tus besos me envuelven.

Cuando tus labios me alcanzan, siento como si el tiempo se detuviera y el mundo se disipara a nuestro alrededor. Es una sensación de libertad, como si pudiera volar a cualquier parte y

cumplir cualquier sueño. Adrian me transporta a un universo desconocido, lleno de emociones que nunca antes había experimentado. Cada beso es un nuevo descubrimiento, una nueva intensidad que me envuelve por completo.

Ahora estoy analizando cada detalle del piso privado que me ofreció en el Darrell Palace hace tres días. La decisión de quedarme en la ciudad indefinidamente me obligó a presionarle para que cumpliera su promesa. Era esencial que prevaleciera la parte racional de mí, alejándome de la influencia que ejerce sobre mi corazón, porque en su casa me siento como una esposa que espera el regreso de su marido.

Intentando ignorar los pensamientos sobre el hombre que ocupa gran parte de mi mente, me concentro finalmente en organizar las últimas de mis pertenencias en el pequeño armario.

Siento la necesidad de tener mis cosas cerca; suspiro al pensar en ello. Si de verdad voy a vivir en Seattle, tendré que llamar a mi madre para que recoja mis pertenencias en su casa. El miedo me invade al imaginar su reacción. Si se parece en algo a la de Felicia y Fiona, sé que la conversación será difícil.

Dejo de pensar en ello; por ahora, quiero centrarme en mí misma y en la nueva vida que estoy construyendo. Hoy es mi primer día en mi nuevo trabajo, y una mezcla de ansiedad y emoción hace que las mariposas bailen en mi estómago mientras miro el reloj de mi muñeca.

Mi primera clase empezará a las cinco de la tarde, y el primer grupo seguirá hasta las seis. Luego, a las seis y media, recibiré a la segunda clase de pequeños bailarines, que se quedarán conmigo

hasta las siete y media de la tarde. Es increíble pensar que me ha conseguido un trabajo.

Sonriendo para mis adentros, recuerdo las horas que pasé estudiando sobre el Little Ballerina Dance Studio, una encantadora escuela situada en un barrio cercano que imparte clases a niños de hasta 12 años. Rebecca Brennan, la dueña del estudio, es una señora muy agradable, y la entrevista que hice me pareció innecesaria porque ya me había recibido con los brazos abiertos. Al final, me contrató con un entusiasmo contagioso para empezar esta nueva etapa.

Doy las gracias mentalmente a Adrian y a mis hermanas por décima vez. Gracias a ellas, pude negarme firmemente cuando me propuso coger su dinero, alegando que podría devolvérselo cuando recibiera mi sueldo. Un hombre que ha dicho más de una vez que es

tan rico que no le importan las pequeñas cantidades no aceptaría que una mujer le pagara algo que ni siquiera le haría cosquillas en la cuenta.

Distraída, oigo sonar mi móvil sobre la cama y veo el nombre de Mel parpadear en la pantalla.

— Hola, chica. ¿Estás deseando que llegue tu primer día en tu nuevo trabajo?

El tono relajado es como un abrazo.

— Mucho. Haré fotos y vídeos cortos para ti.

Oigo su risa al otro lado de la línea.

— ¿Cómo está nuestra semillita?

— Del tamaño de un aguacate. Lo está haciendo muy bien. ¿Y su tía favorita?

— De acuerdo, he dicho que no tienes que preocuparte por mí. ¿Has visto las fotos del apartahotel en el que me alojo?

— Oh, sí, lo hice. ¡La bañera me dio envidia!

Mel bromea, y su tono ligero reconforta mi corazón. Hace unos meses, me aterrorizaba la idea de perder a su bebé, y ahora se ríe y se burla de mí.

— No me preocupa tu bienestar. Ya sé que tu millonario está cuidando bien de ti. ¿Significa eso que tu corazón está a salvo?

— Mi corazón no está en la ecuación", digo, tan decidida que espero creerlo de verdad.

— Mentiroso.

Se hace el silencio a ambos lados de la llamada y suelto un largo suspiro.

— No te preocupes, conseguiré un pisito antes de que te des cuenta y me independizaré. No hay de qué preocuparse. ¿Qué podría pasar aparte de noches tranquilas con ese hombre encantador?

— Vaya, sujeta esa cuerda, *vaquera*. ¡Nunca te había oído hablar de momentos así sin referirte al matrimonio!

Pongo los ojos en blanco; Mel está sorprendida, pero también me está tomando el pelo.

— Ha aparecido una nueva Flora, colega. — Suelto una risita, haciéndola reír a ella también. — Tengo que irme o llegaré tarde a mi primer día. Te quiero, Mel. Besa nuestro aguacate de mi parte.

— Te quiero, F. Cuídate.

Capítulo 20

Apoyada en la puerta del coche, contemplo la fachada del estudio de Rebecca Brennan. Cuando pensé en llamar y pedirle a Flora que se uniera a su equipo, no me imaginaba que al día siguiente recibiría una llamada elogiando a su nueva incorporación. Nuestras familias estaban unidas desde hacía años; Rebecca era una de las amigas de la infancia de mi padre, y llevamos más de 50 años juntas en el negocio.

Si tuviera que elegir algunas palabras para definir mi estado aquella noche, "ansiedad" sería la principal. No le dije a Flora que iba a venir a recogerla después de su primer día, pero aquí estoy, aprensivo por su reacción al verme. Tyler me dijo que estaba de buen humor cuando subió al coche, que bajó sin preocuparse por

nada. Flora es una joven inocente, no está acostumbrada a mi mundo, y eso me preocupa. Si le pasara algo, nunca me lo perdonaría.

Hace dos años sufrí un intento de secuestro cuando volvía a casa del trabajo. Tuve suerte de que me siguiera el equipo de seguridad; no iban en el mismo coche en ese momento. Garrett interceptó a los delincuentes e impidió que escaparan. Desde que Flora empezó a ocupar un lugar especial en mi vida, no puedo evitar temer ponerla en peligro.

Decidí dejar a un lado estas preocupaciones y entré a ver el final de su clase. La curiosidad de ver su interacción con los niños a los que enseña me hace reaccionar de formas inesperadas.

Mis pasos son tranquilos al pasar por el mostrador de recepción, saludo al personal y estoy a punto de preguntar por ella. Es entonces cuando oigo la voz que estaba temiendo.

— ¿Adrian? ¿Qué estás haciendo aquí?

Todo mi cuerpo entra automáticamente en pánico cuando siento las manos de Isabelle sobre mis hombros. Rápidamente me envuelve en un abrazo pegajoso y, tras dos besos en la mejilla, me separo casi corriendo.

Cuando pensé en el estudio de Rebecca para contratar a Flora, no pensé lo bastante rápido para darme cuenta de que Isabelle tendría acceso a él, ya que es hija de Rebecca.

— Hola, Isabelle. ¿Cómo estás, Isabelle?

— Mejor ahora que puedo verte. No respondiste a mis últimos mensajes; estaba a punto de aceptar que no querías hablar conmigo. Y aquí estás, sorprendiéndome.

Su tacto excesivo me repugna. Busco la primera salida sin poner en peligro el trabajo de Flora.

No puedo responder a sus burlas, ya que varias chicas pasan por la recepción deseándome buenas noches. Algunas gritan algo así como "¡Hasta mañana, señorita Pellegrino!" mientras se marchan.

Y ahí está... Su traje de ballet clásico me asombra, al igual que la exuberante sonrisa que ilumina su rostro mientras camina de la mano de una niña que no puede tener más de cinco años.

— Lo has hecho muy bien hoy, Aria. No te preocupes por nada, hazlo todo a tu tiempo, cariño. — El tono tranquilizador parece

reconfortar a la niña.

— Gracias, Srta. Pellegrino.

Al igual que los demás, Aria se dirige a la salida, y veo que una mujer se acerca por la puerta y va a abrazar a la niña. Ver un lado desconocido de Flora me complace enormemente. Apenas reparo en Isabelle cuando enderezo la postura y saco las manos de los bolsillos para saludarla.

— ¿Has venido a buscarme? — La sorpresa y la vergüenza llenan su rostro mientras se acerca a mí.

En menos de diez segundos, la abrazo brevemente. ¿Cuándo nos hemos acercado tanto?

— He venido. — Mi voz revela orgullo y emoción.

— ¿Es nuestro nuevo empleado amigo tuyo, Adrian? — pregunta Isabelle, su presencia se cierne sobre nosotros.

Flora se da la vuelta casi automáticamente y se enfrenta a la expresión molesta de Isabelle. Es más que fastidio; la morena de ojos oscuros parece furiosa. Su boca se abre y se cierra, tratando de controlar su temperamento, tal vez por despecho por no ser la persona que está en mis brazos.

— Flora, esta es Isabelle. Una amiga de la infancia.

Refuerzo nuestro vínculo amistoso y ahora veo que Isabelle está a punto de explotar.

— Nos conocimos antes. — dice Isabelle, con tono cortante. — ¿Es la novia que mencionaste en la fiesta del Palace?

Cruel. Isabelle esboza una sonrisa maliciosa cuando siento que Flora se tensa en mis brazos. Sabe que no tengo novia, o deduce que, si la tuviera, no sería Flora. Pero a Isabelle no le importa; hace la malvada insinuación, esperando que el circo se incendie.

— Sí.

Para acabar con cualquier esperanza en los gélidos ojos de la mujer que tengo delante, confirmo. Flora permanece en completo silencio, sin moverse de mi lado, posando sus ojos en Isabelle antes de apartar la mirada.

— Así que tengo que felicitarte, Flora. Aunque sé que vas a tener muchos problemas dentro de dos o tres meses, has

conseguido una hazaña que ninguna otra mujer ha hecho hasta ahora. Adrian Darrell no sale, o no salía, ¿verdad?

No me jodas. Isabelle se está volviendo más odiosa cada segundo.

— Esperamos que dure más que eso. — Para mi sorpresa, Flora responde con voz seria que pronto se transforma en una risa de buen humor, rompiendo la tensión entre nosotros.

— Deberíamos irnos. Saluda a tu madre, Isabelle.

— Lo mismo digo, Adrian. Dile a tu abuela que le dejé un beso.

Mientras me alejo, con las manos en la espalda de Flora, oigo un sonido de enfado salir de los labios de Isabelle, como un gruñido.

Flora apenas me permite abrirle la puerta y la cierra de golpe al entrar.

Mierda, Isabelle ha conseguido su objetivo de arruinarme la noche.

— Novia, ¿eh? — dice Isabelle, con evidente sarcasmo en su voz, mientras me voy.

No quiero discutir. Cuando aparco en el Palace, Flora está tranquilamente a mi lado. Este no era mi plan para la noche; solo quería invertir en nuestra relación y llevarla un paso más allá.

— Vamos a cenar.

— No quiero hacerlo. — Su respuesta es seca y directa.

Flora no quiere bajar. Suspiro cuando veo que Garrett me hace señas para que baje. Cuando rodeo el coche y abro la puerta,

parece ansiosa por salir.

— Hay algo que deberías saber sobre Isabelle. No me gustan las mentiras, así que es mejor que sepas que tuvimos una breve aventura hace unos años.

Caminamos juntos hasta el ascensor. Flora no me permite tocarle la espalda como hago siempre.

— Lo tenía muy claro.

— Fue casual, Flora. Pero ella no lo entendió muy bien; no duró más de tres meses y cuando terminó se enfadó. Cada vez que me ve, intenta pincharme con comentarios ácidos. La última vez que la vi fue el día que nos conocimos; le dije que estaba saliendo para que me dejara en paz.

— Eso no me preocupa. Sé que no estás saliendo con nadie. — replica rápidamente.

¿Por qué estaba tan enfadada entonces?

La puerta del ascensor se abre delante de nosotros y nos dirigimos al anexo de la torre 2. Por mucho que Flora quiera ir a su habitación, la detengo y le pido que vuelva a cenar conmigo.

— ¿Por qué estás tan enfadado?

A diferencia de la primera vez que almorzamos en el restaurante de la Torre 2, hoy está lleno. Parece que solo ahora Flora se da cuenta de que lleva su ropa de trabajo y me mira con ojos asustados.

Dios... Es tan encantadora. Nunca imaginé que usaría esa palabra para describir a una mujer, pero eso es lo que es. Su

desesperación por volver a su habitación me encanta; su timidez es real.

— Vamos a cenar, Flora. Todo el mundo sabe que estabas trabajando o entrenando, lo que sea.

— Ni siquiera tuve tiempo de cambiarme cuando te vi llegar. Estaba tan ansioso por hablar contigo que cogí mi bolso y me fui con los niños.

¿Me vio desde donde estaba? Me gustó esa confesión.

Le acerqué la silla antes de que lo hiciera el maitre y ella se sentó rápidamente, dejando su bolso en el suelo. Ansiosa por esconderse de miradas indiscretas.

Me gustaría decir que mi curiosidad se debe sólo al hecho de que estoy en su traje de ballet, pero para ser honesto, no es sólo

eso. Estoy con una mujer en público. Eso debe escandalizar a los que me conocen, así como a la mayoría del personal.

— No puedo mentir y decir que no me gusta tu impaciencia por verme.

— No te pongas chulo, todavía estoy enfadado.

— Eso nos lleva al porqué. Ya he explicado que Isabelle es una amiga de la infancia que no ha superado lo que pasó entre nosotras hace más de seis años.

El silencio dura unos minutos antes de que me sorprenda con una carcajada.

— ¿Será este mi futuro?

— ¿Cómo?

— Cuando te canses de mí, ¿me uniré a la lista de mujeres que no pueden olvidarte?

No puedo responder ahora, el sumiller nos entrega la lista de bebidas y Flora esconde la cara tras la suya.

Acabo de darme cuenta de qué va todo esto. No es sólo Isabelle quien la molesta, sino el hecho de que yo no sea un hombre con el que sale, pero que sigue rodeándola, confundiendo sus pensamientos.

Como siempre que estoy con ella, no sé qué decir.

Pido un chupito de mi whisky favorito y una copa del vino que ha elegido Flora, y el hombre nos deja solos.

— Si no eres un hombre de citas, ¿por qué te empeñas en que la gente piense eso? ¿Tan desagradable es Isabelle?

— Estoy seguro de que te enterarás a tiempo. Esto nos lleva al hecho de que si ella te hace la vida difícil en el trabajo, debes decírmelo inmediatamente.

— No necesito que te involucres en esto. Estoy seguro de que todo irá bien en el trabajo. — Flora es concisa.

Quería decirle que no conoce a Isabelle, pero creo que eso sólo la irritaría aún más, y esta noche no quiero que se trate de eso.

— ¿Por qué has venido a por mí?

— Ya sabes por qué.

Te he echado de menos. No puedo esperar a tomar tus labios.

Roja como siempre, vuelve a centrar su atención en el menú, y yo suspiro, incapaz de esperar a que estemos solos.

Capítulo 21

A pesar del frío de esta noche, mi cuerpo arde de expectación al entrar en el ascensor tras una deliciosa cena. Adrian, siempre amable, se ofrece a dejarme en la puerta de mi habitación, aunque yo insisto más de una vez en que no es necesario.

Nuestras manos chocan casi accidentalmente, pero cuando le miro a los ojos, veo que brillan con la misma intensidad que los míos. Intentando disimular la sensación que me invade, aprieto las piernas y finjo analizar mis uñas recién pintadas de rosa claro. El ascensor se detiene y, en un abrir y cerrar de ojos, los dos huéspedes que ocupaban el espacio con nosotros descienden, ajenos a nosotros, inmersos en su propia conversación.

Por fin estamos solos, pero esta soledad sólo dura unos segundos, hasta que llegamos a mi piso. La gran mano de Adrián se posa en mi espalda y siento una oleada de calor recorrer mi cuerpo. Todo mi ser grita de deseo por este hombre que ya ocupa todos mis pensamientos.

El pasillo hasta mi puerta parece interminable, cada paso resuena en mi corazón acelerado.

— No puedo esperar más. Un gruñido ronco escapa de los labios de Adrian y, antes de que pueda replicar, me envuelve entre sus brazos.

Siento el calor de su cuerpo contra el mío y una electricidad recorre mi piel. Sus manos me agarran con fuerza por la cintura y

mis pensamientos se agitan. Estoy tan cerca de él que puedo olerlo: una mezcla de madera y algo masculino que me marea.

— Adrian... — mi voz es casi un susurro, pero a él no parece importarle.

— Shh... — murmura, inclinándose para besarme. Sus labios se encuentran con los míos en un beso intenso, y todo a nuestro alrededor desaparece.

El pasillo, la puerta, el mundo exterior; nada importa ahora. Sólo estamos nosotros dos.

Me temblaron las piernas cuando sentí sus labios sobre los míos. Como siempre ocurre entre nosotros, el mundo que nos rodeaba desapareció. Lo echaba tanto de menos. Aunque le besé hace unos días, la intensidad de esta sensación es abrumadora. Me

pongo en pie y tiro de él por el cuello, queriéndolo aún más cerca. Necesito más de él; los besos solos no han sido suficientes desde que descubrí lo viva que me hace sentir.

Mi cuerpo estaba apretado contra la fría pared del pasillo, su lengua exploraba cada centímetro, exigente e insaciable.

— Me vuelves loco.

La ronquera de su voz me hace estremecer.

Con un impulso, apoyo la cara en su cuello, sintiendo la textura de su pelo entre mis dedos. El calor que emana de él es embriagador y un escalofrío me recorre la espalda. El aroma familiar, mezclado con su perfume, me hace sentir una conexión aún más intensa. Al tirar suavemente de las hebras, siento cómo aumenta la tensión en el aire, como si cada uno de mis toques se entrelazara

con la electricidad que nos rodea. La cercanía nos hace olvidar el mundo exterior y, por un momento, estamos los dos solos, inmersos en esta burbuja de deseo y pasión.

— No me tomes el pelo así —dice, con la voz ronca por el deseo—. — Podría perderme en ti en medio de este pasillo.

Siento cómo mi corazón se acelera con sus palabras, una mezcla de emoción y adrenalina. La tensión entre nosotros es palpable, y la idea de estar tan expuestos no hace más que avivar la llama del momento. Su intensa mirada se fija en mí, como si estuviera evaluando cada movimiento, cada respiración. Mis labios se curvan en una sonrisa nerviosa mientras me pregunto hasta dónde nos llevará esta conexión.

— ¿Qué me estás haciendo? — me pregunta, y la intensidad de su voz me hace estremecer.

La confusión me invade cuando sus manos se aflojan alrededor de mi cintura y pronto vuelvo a estar en el suelo. Miro a mi alrededor y veo que un grupo de mujeres se acerca por el pasillo, sus voces distantes aumentan mi ansiedad. Dios... La adrenalina de la posibilidad de ser descubiertos no hace más que intensificar la electricidad entre nosotros. Una mezcla de miedo y excitación se apodera de mí y mi corazón se acelera. ¿Cómo puedo sentirme así, tan vulnerable y a la vez tan viva?

Debo de tener la cara más roja que nunca, en gran parte por la excitación. Me arreglo la fina falda que cubre mis medias, intentando disimular mi falta de control. Antes de que las mujeres se acerquen lo suficiente como para entender lo que está pasando,

empezamos a caminar hacia mi habitación. Para mi sorpresa, Adrian saca la tarjeta magnética de su bolsillo y la introduce en la cerradura.

— Tienes la llave de mi habitación", le digo, con una mezcla de incredulidad y curiosidad, mientras abre la puerta con una sonrisa.

Consciente de que el adormecimiento de sus besos me ha abandonado, poco a poco voy recobrando el sentido cuando entra y cierra la puerta tras de sí. Sus ojos, lejos de mostrar culpa o vergüenza, solo revelan un intenso brillo.

— Maldito obseso del control —respiro, intentando disimular la tensión en el aire. — Quiero que me des la llave —digo, con voz firme pero el corazón latiéndome deprisa.

— ¿De verdad quieres? — se burla, una sonrisa traviesa aparece en sus labios, y odio cómo mi cuerpo responde a él.

Aparto la mirada, luchando contra la tentación. ¿Quiero que me dé la llave? Claro que quieres. La idea de que pueda aparecer en mitad de la noche, sorprendiéndome, me produce un escalofrío.

— Dámelo", le exijo, tendiéndole la mano, esperando que me lo dé.

— Tonta... Sabes que puedo conseguir otro cuando quiera. — Su tono es divertido, pero también desafiante.

Cuando la fría carta cae en mi mano, noto que los ojos verdes de Adrian están más oscuros que nunca, llenos de una mezcla de deseo y determinación.

— Pero no lo harás. No entrarás aquí hasta que te inviten", le digo, retándole.

Es un reto. Cada palabra que digo parece provocarle para que me demuestre que puede tener lo que quiere. Adrian asiente, con una sonrisa de suficiencia en la cara, y me doy cuenta de que le encanta este juego entre nosotros.

De todos los hombres que pude conocer en Seattle, acabé liándome con uno que sabe utilizar su encanto en beneficio propio. Y no es solo su físico lo que le hace irresistible; su educación y su inteligencia le convierten en el hombre soñado para chicas como yo.

— Está bien, siempre que seas consciente de que, a partir de ahora, todo lo que haga requerirá una petición verbal por tu parte.

Todos los momentos de afecto estarán a tu disposición... siempre y cuando los pidas", dice con aire provocador.

— ¿Qué? — La incredulidad escapa de mis labios. No, eso no puede ser verdad.

¿Qué... es eso, Adrian? Quiero gritarle, pero en lugar de eso aprieto los puños alrededor de mi cuerpo y le miro fijamente, como si me hubiera dado un puñetazo en la cara sin siquiera tocarme.

Ahora me desafía, y Dios sabe que no puedo verbalizar lo que siento.

— Mañana tengo que hacer un viaje de negocios. Volveré dentro de tres días. Es tiempo suficiente para que ensayes unas palabras para cuando vuelva", dice con tono burlón.

— Sigue soñando", respondo, tratando de ocultar mi ansiedad.

Quería preguntarle adónde iba, pero no me atrevía. Lo nuestro no es una relación, aunque él insista. La atracción entre nosotros es palpable, pero sé que no tiene futuro. Si me enamorara de un hombre como Adrián, sólo acabaría sufriendo.

— Buenas noches, Flora. Cuídate mientras estoy fuera. Tyler estará a tu disposición para ir y volver del trabajo.

— No necesito eso", le digo, dándome cuenta de la expresión de frustración de su cara. Debo admitir que intenta no ser controlador.

— Tan terco... Un día te doblegarás a mi voluntad. Hasta entonces, puedo lidiar con tu genio.

Intento responder, pero sus palabras me dejan paralizada. Adrian se inclina y me besa en la frente antes de salir de la habitación.

El suelo bajo mis pies se siente inestable. Cuando él no está, el aire que apenas me doy cuenta de que retengo se escurre y mi corazón, antes acelerado, por fin se calma.

Me vuelvo a apoyar contra la puerta y empieza a crecer un sentimiento que quiero ignorar... Voy a echarle de menos.

Capítulo 22

DÍAS DESPUÉS

Con los auriculares a todo volumen, disfruto de la experiencia de ser huésped en el lujoso hotel de la familia Darrell. Evitaba utilizar las instalaciones hasta que me topé con Ethan hace dos días. Me saludó con un breve apretón de manos y, cuando le pregunté qué le parecía el hotel, su cara mostró desagrado cuando elogié el restaurante.

— Tienes que aprovechar las zonas de recreo", me dijo, casi exigiéndome que utilizara el spa, insistiendo en que la próxima vez que nos viéramos trajera una lista detallada de mis impresiones.

Desde entonces, he empezado a utilizar el gimnasio por las mañanas, sabiendo que necesitaba mantenerme en forma para seguir el ritmo enérgico de los niños a los que enseño ballet. Aunque estoy viviendo el sueño aquí, estoy buscando pisos cerca del estudio, pero los precios son desalentadores.

Después de cuarenta minutos en la cinta de correr, abandono el entrenamiento con pesas y recibo un gesto del instructor. Miro el móvil y veo dos mensajes:

Mel: "Sólo asegurándome de que todo está bien..."

Adrian: "He descubierto que voy a tener que quedarme aquí una semana más. Te llamaré más tarde".

Una opresión en el estómago me acompañó mientras leía su mensaje. Lo que se suponía que iba a ser un viaje corto se ha

alargado una semana más. Lo más extraño no es cuánto le echo de menos, sino cómo nuestra creciente intimidad llena mis días. Se ha convertido en un ritual despertarme con su mensaje de buenos días, intercambiar llamadas telefónicas durante el almuerzo e incluso recibir mensajes deseándome una buena lección.

La dependencia emocional es un error que no quiero repetir, aunque nunca me enamoré de Edward. Su recuerdo parece lejano ahora.

Para mi sorpresa, ayer recibí una llamada de Elise, la abuela de Adrián, que me pidió que la acompañara a comer durante su cita rutinaria.

En cuanto me hube encerrado en mi habitación, marqué el número de Mel y fui a la pequeña cocina a poner el agua a hervir.

Me senté en uno de los taburetes mientras esperaba la respuesta de mi mejor amiga.

— ¡Hola, chica! ¿Cómo está mi aguacate hoy? — pregunté.

— Ahora tiene el tamaño de un mango.

— ¿Él?

— ¡Sí, nuestro mango es un niño!

La alegría en la voz de Mel es contagiosa.

— ¡Dios mío, Mel! Estoy tan feliz por ti y David. ¿Ya tienes un nombre en mente?

— Todavía no. Estamos abiertos a sugerencias, así que piensa en un nombre y házmelo saber. ¿Qué tal estás? ¿Ha vuelto ya tu hombre?

— No. Se quedará otra semana en Austin, Texas.

A estas alturas, ya sabía qué hacía Adrian allí: algo relacionado con la fábrica de alimentos de la familia.

— ¡Qué pena! ¿Hay alguna posibilidad de que vueles para reunirte con él? — se burla.

Mel ha estado comparando nuestra historia con alguna novela que ha leído, y yo intento convencerla de que mis problemas son reales.

— No te pongas celosa. Y aunque quisiera, tengo trabajo", le contesto, y ella se ríe. — Y hoy su abuela me ha invitado a comer.

— Vaya, ¿almorzar con la abuela? ¡Esto se está poniendo serio!

— No lo es.

— Sal de la negación, F. Tú y este tipo tienen algo más que causalidad. Acéptalo antes de que sea demasiado tarde.

Intento explicarle que Adrian no es de los que se involucran, pero Mel argumenta que ningún hombre al que no le gustara algo haría lo que él hace. En parte estoy de acuerdo, pero creo que los hombres Darrell son diferentes.

— Vale, ¿puedes ayudarme con lo que me voy a poner? — pregunto, cambiando de tema.

Melanie suspiró al otro lado de la línea, pero nuestra conversación volvió pronto a un tono distendido.

———

El restaurante que eligió la abuela de Adrian es lo más bonito que he visto nunca. Elegante y sofisticado, digno de cualquier

Darrell, es también acogedor y de tamaño razonable. Elegí un asiento en el balcón con una vista preciosa de un lago artificial que rodea el pequeño bistró francés. Flores que uno creería naturales rodean el techo y el aroma que desprenden es muy agradable. Casi me dan ganas de reactivar mi Instagram y grabar el momento, pero entonces temo recibir mensajes incómodos sobre mi boda que no se celebró.

Asiento dos veces con la cabeza cuando la veo llegar, no me sorprende que también la acompañe la seguridad, pero mantienen una distancia prudencial mientras camina hacia mí. Elise Darrell es una mujer elegante hasta el último mechón de pelo, con un traje color crema y un bonito sombrero que combina muy bien con su look. Me pregunto qué edad tendrá, pero me parece que es una mujer de unos sesenta años.

— Me alegro de volver a verte, cariño. — De pie, escucho sus palabras antes de poder abrazarla por fin. Intercambiamos dos besos en la mejilla antes de que ella tome asiento y yo me siente.

— El placer es todo mío, Sra. Darrell.

— Ya te he dicho que es Lise. — Como su tono de abuela, habla en voz baja cuando me sonríe. — Se está bien aquí, ¿te gusta?

— Me encanta. Es tan bonito que estoy encantada. También eché un vistazo rápido al menú y todo parece increíble.

— Si no le importa que se lo diga, el Ratatouille de aquí es divino, pero si lo que queremos es una pequeña demostración navideña, yo me decantaría por el tradicional Foie Gras. ¿Qué le parece?

— ¿Es usted de ascendencia francesa? — No dudo en preguntar. Los ojos verdes de la matriarca de los Darrell brillan de expectación mientras mira el menú.

— Mis padres eran inmigrantes, vinieron a Estados Unidos a causa de la gran recesión de la Segunda Guerra Mundial, yo nací meses después de que mis padres llegaran a este país. Fue como si Lise hubiera viajado en el tiempo, su rostro se cerró durante unos segundos, pero luego lució una dulce sonrisa. Intuyo que la llegada de tus padres a nuestro país no debió de ser fácil.

— ¿Ha estado en Francia? — Era una pregunta estúpida, lo sé, pero tenía ganas de conocerla un poco más.

— No con mis padres. La vida en este país no fue fácil para ellos. Conocí a Nathanael cuando tenía 16 años y fue amor a primera

vista. Tenía mucho miedo de que, cuando llegara el momento de casarme, fuera con un hombre al que no amara, pero pronto me di cuenta de que tendría mi final feliz con un hombre íntegro.

— ¿Cuándo te casaste?

Antes de que pudiera responder, nuestro camarero hizo su aparición tras la llegada de Lise. Ella prefirió el Ratatouille y, sin miedo a equivocarme, imité su pedido. Después de elegir nuestras bebidas, volvimos a quedarnos solos.

— 1963, hace 58 años. Yo tenía 18 y él 20. Trabajaba con su padre en la incansable construcción de Darrell. — Hizo una pausa como si calculara el tiempo y luego sonrió. — Pero no conocí Francia hasta los 27, la edad de Adrián. Fue entonces cuando mi marido ganó su primer millón.

— ¿Y es todo lo que dicen? — Nunca he tenido la ambición de visitar Francia, aunque estoy enamorada de París, como toda chica romántica.

— Más de lo que dicen. Después de mi primer viaje, supe que tenía que estar allí al menos una vez al año. Cuando Nathan se jubiló, nos mudamos durante unos seis meses y vivimos en una bodega del sur de Francia, en Marsella.

— ¿Por qué ha vuelto? — Los ojos de Lise brillaban de nostalgia por su hermosa Francia, podía ver cómo hablaba de cada detalle con evidente devoción y eso me conmovió un poco. Nunca había tenido un lugar al que sintiera que pertenecía tanto como para no querer moverme nunca.

— Mis nietos... Adrian era muy joven y necesitaba el apoyo de su abuelo, aunque había conseguido superar todos los grandes logros de Nathan en sólo dos años de dirigir el Grupo Darrell. Pero por aquel entonces, Aidan era sólo un niño y no se había acostumbrado a la vida retirada en el campo.

— Ah, Aidan estaba... Parece muy tempestuoso, seguro que hizo lo que mejor saben hacer los Darrell y pisó fuerte para asegurarse de que todo saliera como él quería, ¿verdad? — Una carcajada de buen humor se escapa de sus labios y sé que así fue.

— Ya conoces el genio de los hombres Darrell... ¿Qué significa que Adrian te ha impuesto su voluntad?

— Lo intenta. — Es mi turno de reír cuando recuerdo haber rechazado al conductor y al guardia de seguridad.

— Tienden a ser controladores, pero en el fondo son chicos que necesitan dirección femenina en sus vidas. Esa fue una de las razones por las que decidí volver, quizá si estaba cerca y cargaba a los nietos todos los días, algún día cambiarían de opinión sobre el matrimonio. Ahora los dos nos reímos.

¿Así que no era sólo Adrian quien tenía la idea fija de morir soltero? ¿Eso se extendía a sus hermanos? Recuerdo brevemente algo que me dijo tu abuelo cuando estuve en su casa hace un mes, lo pasaron mal al crecer, ¿podría ser de ahí el problema con las relaciones?

— Pero ahora háblenos de usted, ¿por qué se mudó a Nueva York?

Me muerdo el interior de la mejilla y me doy cuenta de que me estoy sonrojando. Agradezco mentalmente que haya llegado nuestra entrada y puedo esquivar su pregunta durante unos segundos, preguntándome si sería prudente mentirle. Algo me dice que no lo es. El vino que ha elegido la abuela de Adrián está delicioso y la tostada con un poco de nata que lleva un poco de ajo y puede que cebolla está muy rica.

— Todo tiene que ver con la forma en que nos conocimos, Adrián y yo. — asumo finalmente en voz baja, teniendo su atención al cien por cien en mí.

— Oí algo de que eras una novia a la fuga... — Mis ojos se abren de par en par al contemplar el suave rostro que tengo delante. Sorbe su vino como una adolescente que prueba el alcohol por primera vez y descarta el resto del brindis tras probar dos.

— ¿Te lo ha dicho? — Lise lo niega con una sonrisa. — Pues sí. Siento haberte mentido con lo de las citas.

— Ah, cariño... No me importa. ¿Sinceramente? ¡La vida convencional es tan aburrida! El hecho de que mi nieto mayor se haya llevado a una mujer a casa por primera vez es lo que realmente me ha chocado. Ninguno de los dos ha dicho ninguna mentira, han estado en contacto durante muchos días, creo que eso es salir.

Casi puedo decir que su nieto no es un hombre reacio a las relaciones, pero sé que eso no es asunto mío y en el fondo ella lo sabe.

— Una semana antes de casarme descubrí que mi prometido me engañaba. Me sentí tan avergonzada que me planteé casarme y pedir el divorcio después. No pensé mucho en las consecuencias

hasta que me di cuenta de que si hacía eso, si seguía adelante y me convertía en una mujer divorciada, nunca podría volver a casarme por la Iglesia. Hasta entonces, eso significaba mucho para mí.

— ¿Fue entonces cuando decidió abandonar?

— Justo a tiempo. Salí tan desesperada, mi padre corría detrás de mí e hice la primera locura que se me ocurrió. Llamé a la puerta del coche que tenía delante y, para mi sorpresa, el hombre que estaba dentro no sólo me abrió, sino que me dejó entrar.

— Así que parece que estabas destinada a ser la prometida de alguien. — Me permito reír ante la broma de buen humor de Elise y digo, aunque no sea del todo cierto.

— ¿Para cuándo los bisnietos? — Casi escupo el vino cuando la miro de frente y se ríe, para colmo. Acepto la servilleta que me

ofrece y por fin puedo relajarme cuando empieza con otro tema, poniendo fin a mi humillación sobre matrimonios fracasados y futuros bisnietos.

Capítulo 23

A veces me gustaría poder sustituir a los empleados incompetentes por máquinas, para que cuando hubiera un fallo supiera que es un problema del sistema o que ha llegado el momento de cambiar. Por desgracia, no todo el trabajo humano puede sustituirse por inteligencia artificial, especialmente el mío.

Garrett está a mi lado, comprobando su teléfono por décima vez, intentando averiguar qué coño le ha pasado a mi jet. Lo único que quería era volar a casa y sentir por fin un momento de paz al tenerla en mis brazos, pero esa resultó ser la misión más difícil de mi vida.

— ¿Todavía nada? — pregunto, aunque temo la respuesta.

— Parece que ha habido un fallo en el panel de control", explica Garrett. — ¿Qué posibilidades hay de volar mañana?

— Ninguna.

Asiente y vuelvo al coche. Al irresponsable que no comprobó el fallo técnico seguro que se le arruina el trabajo, y puede que no lo vuelvan a contratar en ningún sitio.

Busco el móvil en el bolsillo de la chaqueta y abro los últimos mensajes que he recibido. ¿Qué demonios le ha pasado a Flora? Hace una hora le dije que tenía problemas para despegar y no he sabido nada de ella.

Sé que soy un hombre intransigente, pero lo único que le pedí fue que no ignorara mis mensajes durante más de una hora. Parece desafiarme. La pelirroja de porte impertinente se ha instalado

permanentemente en mis pensamientos, convirtiéndose en mi mayor obsesión. No me siento incómodo admitiendo lo mucho que la deseo; todos los sueños calientes y frustrantes, cada vez que cierro los ojos, se intensifican cada día.

Empujo mi deseo al fondo de mi mente cuando veo regresar a Garrett.

— Nuestro jet no estará disponible hasta mañana, pero Heitor ha conseguido fletar otro que llegará en media hora.

Casi suelto una carcajada incrédula. Dos gastos el mismo día; además de alquilar el nuevo jet, tendremos que correr con los gastos de reparación del jet de Darrell. Parece una broma.

Y como si el día no pudiera ir peor, suena mi móvil y el nombre de Ethan parpadea en la pantalla. Si mi hermano me llama

cuando sabe que puedo estar en mitad del trabajo, es que algo va muy mal.

— ¿Qué coño me va a estallar en la cara, Ethan? — Mi mal humor avanza, preparándome para lo que coño tenga que decir.

Pero nada, absolutamente nada, podría prepararme para lo que viene después:

— Es Flora. La encontré acorralada por un hijo de puta en el vestíbulo del hotel. Ahora está llorando en mi piso. ¿Dónde estáis?

Joder. Algo va mal dentro de mí.

Me hierve la sangre cuando me doy cuenta de que no puedo seguir sentada; me levanto y casi empujo a Garrett fuera del coche.

— ¿Qué quieres decir? Explica mejor esta mierda. ¿Está bien?

— Ella está bien. No sé qué ha pasado; el hombre le apretaba el brazo con fuerza cuando llegué, y ella no quiere decirme qué ha pasado. Tuve que darle un puñetazo en la cara al cabrón para que la soltara.

— ¿Dónde estaba Tyler mientras tanto?

Tenía un maldito trabajo. Como si supiera que algo iba a ocurrir, le encomendé a Tyler una importante misión: cuidar de ella como yo cuidaría de mí mismo. Debía ser la sombra de Flora, aunque ella no quisiera ir escoltada en mi coche. Tyler debía conocer cada paso que daba y predecir cada movimiento que alguien pudiera intentar contra ella.

— Salió de la nada y se ocupó del chico; ese fue el tiempo que tuve que llevarme a Flora. No sabía qué hacer y parece

demasiado débil para dejarla sola. Dile que vas de camino o la llevaré a casa de la abuela. No sé si podré soportar a una mujer llorando sin querer matar a ese idiota.

— Estaré en un avión en media hora. Déjame hablar con ella.

Toda mi furia se disuelve cuando oigo sus sollozos, pero pronto vuelve con intensidad mientras mi mente busca al culpable. Aparece un nombre: Edward Graham, el bastardo de su ex prometido. Sé poco de él, pero conozco bien los negocios ilegales en los que está metido su padre.

— Adrian... — Su voz me llega, trayendo conciencia de su llanto.

— Estoy en camino, ángel. Pase lo que pase, tienes que ser una buena chica y seguir las instrucciones de Ethan. Él te llevará a

mi casa. Espérame allí.

— ¿Vas... a tardar mucho?

El sollozo se entremezcla en sus palabras, y me rompe el corazón. Me desharé de ese gilipollas, te lo prometo.

— Cuatro putas horas me separan de ti. Ya voy.

No le pregunto si está bien porque ya sé la respuesta. Sólo le prometo que llegaré pronto. Cuando la voz de mi hermano vuelve a resonar en la línea, actúo como el hombre fuera de control que soy y le doy un puñetazo al capó del coche. No siento nada; es en ese momento cuando me doy cuenta de que mi ira me está consumiendo.

— ¿Qué debo hacer?

— Llévala a mi casa. Confío en ti, hermano. Quédate con ella.

— Lo haré, Adrian.

Con tu promesa, terminaré la llamada.

Capítulo 24

Otra vez llego tarde.

Salgo frenética de mi habitación, apenas me da tiempo a meter todas mis cosas en el bolso. Mi móvil vibra sin cesar y, aunque sé que se pondrá furioso por mi retraso, ahora mismo no tengo espacio mental para los caprichos de Adrian.

Parece que por fin he encontrado el piso perfecto.

Debería haber llegado en diez minutos, pero, como de costumbre, me dejé llevar por la planificación de mi lección de esta noche y perdí la noción del tiempo. Lo que podría haber sido una simple transición a un nuevo hogar se ha convertido en una carrera contra el reloj.

Al salir del hotel, me doy cuenta de que el sol se está poniendo en el horizonte, tiñendo el cielo de naranja y morado, y un frío cortante se instala en el aire. El tiempo se ha vuelto frío y el olor a lluvia está en el aire, como si la naturaleza también fuera consciente de mi desesperación.

Compruebo mi reloj por última vez, sabiendo que no hay forma de evitar el retraso. Una oleada de ansiedad me envuelve y envío un mensaje al agente que me ha atendido con tanta simpatía esta mañana. Luego echo un vistazo rápido para ver si mi Uber está de camino.

— ¿Flora?

El mundo que me rodea se disuelve cuando oigo esa voz familiar pero inoportuna. Mi corazón se acelera, y por un momento

siento como si el suelo hubiera desaparecido bajo mis pies. Vuelvo a abrir los ojos, casi esperando que la ilusión se disipe, pero cuando miro al dueño de aquella voz, el aire se me escapa de los pulmones.

— Por fin te he encontrado. Pensé que era un espejismo cuando te vi salir del hotel anoche, pero parece que tenía razón.

Se acerca a mí con una confianza amenazadora. Miro fijamente al hombre, que parece recién salido de una pelea, con una venda en la ceja y un ojo morado. Su mirada es intensa, llena de una ira que no puedo ignorar.

— ¿No deberías estar en Nueva York?

Y así era. Lo había confirmado con Mel durante nuestra última conversación; ella me había asegurado que Edward había vuelto al trabajo, ajeno al mundo. David, el marido de Mel, había comentado

que Edward no había dicho ni una palabra sobre el desastre matrimonial, aceptando los saludos en silencio, como si estuviera en una burbuja, alejado de todo.

— Querías hacerlo, ¿verdad? Pero cuando mi madre me dijo que estabas aquí, decidí que era hora de que habláramos, Flora.

— No tengo tiempo para esta conversación. — respondo, tratando de recuperar el control.

Estoy a punto de cruzar la calle y huir de su opresiva presencia cuando me agarra con fuerza del brazo. La sensación de su mano sobre mí es como una corriente eléctrica que activa una alerta de peligro en mi interior.

— Vas a hablar conmigo, sí. ¿Quién te crees que eres? Nunca me he sentido tan humillada en mi vida como cuando me dejaste

plantada en el altar.

Siento una oleada de rebeldía y desesperación mientras intento liberarme de su agarre. Edward aprieta con fuerza, y un gemido de dolor se escapa de mis labios, mezclándose con la ira creciente.

— No hice nada que no te merecieras, traidor. ¡Te vi ese viernes con una mujer rubia!

No hay sorpresa en su mirada, y eso me molesta aún más. Sabe que le he pillado, pero la indiferencia que muestra es como un golpe.

— Si no hubieras sido tan fría, quizá no habría buscado a otra mujer. Pero nada se compara con la vergüenza que me hiciste pasar.

El agarre de mi brazo se hace insoportable y empiezo a luchar contra él, con una furia creciente en mi interior.

— ¡Me haces daño! No te debo nada. ¡Gracias a Dios que te dejé en el altar; no me arrepiento!

— ¡Perra! Pagarás caro por esto. Te lo prometo, Flora.

Me agarra con ambas manos, apretando tan fuerte que siento que las lágrimas me arden en los ojos. La escena se convierte en una pesadilla; su ira se desborda y el dolor que siento es casi físico.

— Para quedarte en un lugar como este, debes estar prostituyéndote. Fui un idiota al creer en tu virginidad, pero arreglaremos eso, cariño.

— ¡Soltadme! ¡Ayudadme! — grito, con la voz temblorosa por el terror.

La desesperación se apodera de mí mientras intenta arrastrarme en dirección contraria al hotel. La gente que nos rodea parece no existir, como si una barrera invisible nos aislara en nuestro propio drama.

— Cállate o la situación empeorará.

— Suéltame. — Vuelvo a gritar, la adrenalina corre por mis venas, pero el terror es palpable, como una sombra asfixiante.

El agarre de mi brazo se convierte en una tortura insoportable, como si las garras de Edward quisieran marcar mi piel de dolor. Pero, de repente, una voz autoritaria corta el aire, resonando como un trueno en medio del caos.

— Hizo que la liberaran.

Una lágrima se escapa, resbalando por mi mejilla, no sólo de alivio, sino de una profunda mezcla de miedo y esperanza. El calor familiar de ese rostro conocido trae un soplo de vida a la vorágine. La firmeza de esa voz es un faro en la oscuridad.

— ¿Quién es usted? — pregunta Edward, con su arrogancia mezclada con incredulidad.

El hombre avanza sin vacilar, apartándome con fuerza del agarre de Edward, que se niega a soltarme.

— No lo enviaré de nuevo. Suéltalo.

El mundo parece ralentizarse. El primer puñetazo de Ethan rompe el silencio, seguido de otro, y caigo al suelo, libre por fin del agarre de Edward. El impacto es brutal, y el dolor físico se mezcla con el emocional, una conmoción que reverbera en todo mi ser.

El tiempo parece congelarse, como si el universo lo observara en suspensión. Entonces veo aparecer a Tyler como un relámpago, su presencia imponente mientras separa a Ethan de Edward.

— Déjemelo a mí, Sr. Darrell. — La determinación en su voz trae un hilo de esperanza.

Mi cuerpo tiembla, no sólo por la intensidad del momento, sino por la desesperada necesidad de sentirme segura. Cuando Ethan se vuelve hacia mí, su mirada es penetrante pero llena de preocupación.

— Ya está bien, Flora. Vámonos.

Por mucho que sus palabras sean un alivio, la sensación de fragilidad persiste. Se me hace un nudo en el estómago, la

adrenalina me corre por las venas. La sombra de lo que acabo de vivir no desaparece; permanece, un eco aterrador en mi mente.

Acurrucada en el sofá del piso de Adrian, por fin me siento un poco más segura, pero la tensión sigue latiendo en mi interior. Ni siquiera sé cuánto tiempo ha pasado antes de que mi móvil empiece a sonar y el nombre de Rebecca parpadee en la pantalla. Como si percibiera mi vulnerabilidad, Ethan se abalanza sobre mí y me coge el auricular antes de que pueda contestar, entregándome una taza de té con una mirada amable.

Contesta al teléfono móvil y, aunque sé que está hablando con mi jefe, la preocupación que pesa sobre mi corazón es mayor que cualquier compromiso profesional. Nunca había experimentado tanto miedo en mi vida, una sensación visceral que me consume, sobre todo cuando recuerdo los ojos alucinados de Edward. Aquellos

ojos que antes me parecían perfectos ahora estaban imbuidos de una furia aterradora, prometiéndome que me arrepentiría de todo.

Mientras me alejaba del hotel, me invadió una avalancha de pensamientos. Las posibilidades eran infinitas, y en cada una de ellas me veía en peligro, imaginando escenarios oscuros y mortales. Por primera vez, temí de verdad por mi vida. La angustia que nos consume, a la que todas las mujeres estamos expuestas ante la mera idea de ser sometidas, se apoderó de mí con una fuerza abrumadora.

— Rebecca comprendió lo que había ocurrido. Parece que Isabelle se ha apoderado hoy de sus alumnos —dice Ethan, con voz firme, pero la mención del nombre de esa mujer que se ha convertido para mí en un símbolo de presión y opresión no disminuye el terror que me atormenta.

Asiento con la cabeza, un gesto que parece casi automático, sin fuerzas para expresar mi gratitud. Me devuelve el móvil y me llevo la taza a los labios, sintiendo el reconfortante calor del té, pero no es suficiente para calentar la frialdad que se ha instalado en mi corazón.

Ethan se sienta a mi lado, con sus ojos analíticos fijos en mí desde que me rescató de los brazos de Edward. Una oleada de comprensión pasa entre nosotros y sé que tiene mil preguntas, pero es una suerte que no las haga. Se da cuenta de que estoy lejos de estar preparada para responder.

Me acomodo más en el sofá, como si quisiera fundirme con él, buscando un refugio que parece lejano. Espero a la única persona que puede ofrecerme verdadero consuelo, pero en el fondo sé que la verdadera batalla está aún por llegar.

REYERTA A PLENA LUZ DEL DÍA:

¡UN MULTIMILLONARIO SOLITARIO

SE PELEA POR UNA MUJER!

Por Miss J

Mis queridos lectores, el día empezó agitado en Seattle, ¡y no pudo ser más explosivo! El Multimillonario Reclusivo, que normalmente es reservado, se vio envuelto en una pelea a plena luz del día frente al lujoso Darrell Palace. ¿Y lo que es más chocante? ¡La disputa tuvo como telón de fondo a una misteriosa mujer pelirroja! ¿Podría ser la misma pelirroja que almorzó con su hermano hace unos días?

Las escenas dramáticas se desarrollaron ante las miradas sorprendidas de peatones y huéspedes del hotel. Los testigos afirman que la confusión comenzó con una acalorada discusión entre el multimillonario y un desconocido, que iba acompañado de la enigmática pelirroja. Lo que podría haber sido una simple conversación se convirtió rápidamente en un espectáculo de puñetazos y empujones, dejando a la multitud conmocionada.

¿Qué sabemos de esta pelirroja que ha conseguido despertar la furia del multimillonario encarcelado? ¿Podría tratarse de un antiguo amor o de una nueva conquista? ¿O simplemente estaba defendiendo el honor de una mujer en apuros? Las especulaciones se disparan y la ciudad está ansiosa por conocer detalles sobre su papel en esta trama de amor y celos.

Aunque la seguridad del hotel intervino rápidamente, empezaron a surgir preguntas: ¿qué llevó al multimillonario a perder la compostura en público? ¿Podría esta pelea ser el reflejo de una rivalidad más profunda, o simplemente el multimillonario fue incapaz de controlar sus emociones ante una situación inesperada?

Y, por supuesto, la familia del preso multimillonario se moviliza para minimizar el escándalo. Nadie quiere ver su nombre manchado por un lío a plena luz del día, sobre todo cuando se trata de asuntos del corazón.

Miss J está decidida a desvelar todos los detalles de este drama, que puede ser sólo la punta del iceberg. Permanece atento, porque esta historia aún promete muchos giros, ¡y Seattle no olvidará pronto esta explosiva disputa!

Capítulo 25

El viaje más largo de mi vida. Cada metro que recorría hasta entrar por fin en el aparcamiento de mi edificio me parecía una eternidad, como si el tiempo se alargara en una pesadilla interminable. Mientras conducía, la imagen de Flora, vulnerable y asustada, se proyectaba en mi mente, atormentándome. Recibía noticias de ella a través de Ethan, pero nada podía calmar la tormenta que se estaba gestando en mi interior. Le pregunté brevemente a Tyler por teléfono, pero las palabras sonaban vacías, incapaces de transmitir la urgencia de la situación. Las

conversaciones importantes nunca han sido mi fuerte, por eso me esperaba frente al ascensor, como un soldado listo para la batalla.

— ¿Qué demonios pasó para que se acercara a ella sin que te dieras cuenta? — la indignación en la voz de Tyler sonó como un eco de mi propia culpa.

— Yo estaba en el lado opuesto de la acera, donde ella suele coger un taxi o un Uber. Cuando me acerqué, Ethan ya estaba interviniendo. Todo sucedió tan rápido que no duró más de dos minutos.

— Dos minutos que podrían haberme costado caro.

— "No volverá a ocurrir, señor Darrell", dice, pero la certeza de su voz no basta para calmar el torbellino que llevo dentro.

Antes de que pueda articular palabra alguna, se abre la puerta del ascensor y salgo como de un abismo. Garrett y Tyler me siguen de cerca mientras tecleo los códigos, y al entrar en mi piso, la visión de Flora, débil y acurrucada en mi sofá, desentierra recuerdos que había intentado enterrar. Recuerdo la infancia, las noches en las que el miedo se convertía en un peso insoportable sobre mi pecho.

En menos de un minuto, la tengo en mis brazos. Me siento con ella en mi regazo, sabiendo que no puedo dejarla marchar. Flora entierra su cara en mi cuello, su dulce y familiar aroma me envuelve, y cierro los ojos, rezando en silencio una oración de agradecimiento por estar aquí, viva.

Su pequeño cuerpo tiembla y siento cada latido de mi corazón resonar en un eco de desesperación. Por encima de su cabeza, veo a mi hermano sentado en el sofá de enfrente. Basta una mirada para

que los tres hombres de la habitación se den cuenta de que quiero estar a solas con ella.

— "A mi despacho, los tres", ordeno, mi voz sale como un susurro firme pero tenso.

Como soldados en marcha, obedecen sin vacilar.

— Estoy aquí, preciosa. ¿Qué tal estás? — mi voz es ronca, una mezcla de preocupación y dolor.

Flora se aparta ligeramente, sus ojos brillan con lágrimas que intenta contener. Su expresión asustada me corta como un cuchillo.

— Te tomaste tu tiempo... — murmura, y el pesar en su voz resuena en mí, reverberando como un sinónimo de culpa.

— Lo siento", digo, y la culpa me consume.

Nunca había sentido tanto en toda mi vida, pero ahora el remordimiento de no haber hecho lo suficiente me arrastra a un profundo abismo. Aprieto los ojos al notar la mancha ligeramente violácea en su brazo, un cruel recordatorio de a lo que se ha enfrentado. Se me hace un nudo en la garganta y la rabia por lo que le ha ocurrido hierve como un volcán a punto de entrar en erupción.

— Te prometo que no volverá a acercarse a ti", me digo, con la ira hirviendo en mis venas.

— Estaba muy asustada. — Sus palabras son un susurro, una confesión de vulnerabilidad que me corta el corazón.

— Lo siento, ángel. No tienes que tener miedo, estoy aquí y te prometo que no volverá a hacerte daño.

La necesidad de verla, de protegerla, me envuelve como un manto. Tomo su rostro entre mis manos, como si abrazándola pudiera ahuyentar todo el mal que la rodea. Tiene los ojos hinchados, pero está deslumbrante, una belleza que trasciende el dolor.

El rostro de mi diosa pelirroja adquiere un color rojo, tan intenso como su pelo, pero la ausencia de la sonrisa que me encanta me corroe por dentro.

— Te he echado de menos", dice, casi avergonzada, apartando la mirada como si se estuviera exponiendo a una vulnerabilidad que nunca antes había mostrado.

— Oye, mírame", pregunto, con la voz quebrada, "yo también lo sentí. Quizá debería llevármela la próxima vez que tenga que

viajar, para que esto no vuelva a ocurrir.

Finalmente, una tímida sonrisa aparece en sus labios y, aunque breve, me alegra el día como un rayo de sol en medio de la tormenta.

Impulsivamente, la beso. Es un roce suave, casi reverente, distinto a cualquier otro beso que hayamos intercambiado. Es un susurro de promesas tácitas, de sentimientos profundos que bailan entre nosotros. El terror de besar a una mujer con tanta delicadeza, como si fuera de cristal, me sobrecoge cuando separo nuestros labios. Pero así es Flora, y poco a poco me voy permitiendo sentir la vulnerabilidad que ella hace aflorar en mí.

— ¿Qué tal si te das un baño caliente en la bañera y te preparo la cena?

— Hm... ¿Significa eso que vas a cocinar? — una sombra de sonrisa se cierne sobre sus labios, y es como si un poco de luz hubiera vuelto a su mirada.

Pongo la cara más ofendida mientras la subo a mi regazo, su sonrisa me ilumina de esperanza.

— ¿Me está desafiando, Srta. Pellegrino?

— En absoluto. A estas alturas, me he dado cuenta de que es usted un dulce misterio a desentrañar, Sr. Darrell.

La profundidad de su respuesta me golpea como una ola. Por un momento, el miedo a lo ocurrido se disipa, pero la gravedad de la situación sigue pesando sobre mí.

Como si tenerla en mis brazos no fuera suficiente, abro la puerta de mi habitación y la dejo en el suelo de mi cuarto de baño.

Todo en Flora parece reaccionar cuando se da cuenta de dónde está, pero permanece en silencio, con la tensión flotando en el aire.

Abro el grifo de la bañera, intentando alternar agua caliente y fría hasta encontrar la temperatura perfecta.

— Date una ducha. Relájate un poco y luego puedes explorar mi armario y ponerte lo que mejor te quede —digo cogiéndote la cara cariñosamente—. — Cuando termines, nos vemos en la cocina.

— No despidas a Tyler.

Estoy caminando hacia la salida cuando la oigo, y sus palabras me paran en seco.

— ¿Cómo?

— Sé que me está siguiendo. No le despidas; te conozco lo suficiente como para saber que está furioso porque algo no salió

según lo previsto. Pero aún así, podría ser peor si él no estuviera. No lo despidas por mi culpa.

No me jodas. Esta mujer me va a matar en cualquier momento. Me mira con una sinceridad que me deja al descubierto, y puedo ver que realmente se da cuenta de quién soy. No hay nada intimidatorio en ella. Dice lo que se le pasa por la cabeza, mientras que la mayoría de la gente dudaría en revelarme cualquiera de sus pensamientos.

— Veré lo que puedo hacer. De todos modos, hablaremos de ello más tarde.

Ella asiente, como si supiera que no puede escapar de mí. No sé si la dejaría ir aunque quisiera, pero desde luego no la obligaría a nada, a diferencia del maldito bastardo que la amenazó.

En el despacho, los tres hombres discuten qué harán con lo ocurrido.

— Esta mierda no tiene por qué explotarnos en la cara. Podemos enviar un mensaje claro a su padre para que se retire", dice Ethan, con voz firme y decidida, como un ancla en una tormenta.

Cansado y agotado, me sirvo un trago de mi whisky favorito, que reposa en un estante lateral junto a la mesa del despacho.

— ¿Qué te ha dicho? — le pregunto a Tyler, con la ansiedad creciendo en mi pecho.

— Un montón de tonterías. Al final, cree que fue abandonado por Ethan. Sólo tardó cinco segundos en relacionar el nombre del hotel con la imagen de Ethan defendiendo a Flora.

— ¿Qué demonios pasó entre ustedes dos, Adrian?

Mi hermano está en alerta, sus instintos protectores aumentan. El pasado reciente de Flora desciende como un peso sobre mi conciencia, y la preocupación se convierte en un fuego indomable.

— Estaban prometidos y ella le dejó en el altar tras descubrir una traición. Parece que él no lo manejó bien. No sé lo que le dijo, pero fue una amenaza que tengo que asegurarme de que no se haga realidad.

— Estará protegida. La blindaremos para que el idiota no pueda llegar hasta ella; eso significa que el hotel ya no es seguro. Hay demasiada gente alrededor; es mejor que se quede aquí.

Ethan, con su autoridad, me hace sentir que voy por buen camino, pero eso no basta. Estoy completamente de acuerdo en que ella debe quedarse conmigo. La idea de que alguien vuelva a acercarse a ella es insoportable.

— Por mi parte, Garrett velaría por su seguridad ahora. Pero sé lo difícil que puede ser y ya está familiarizada con Tyler. Sabe que la siguió; eso significa que estuvo lo bastante cerca como para salvarla incluso de sí misma. Sólo quiero asegurarme de que nunca vuelva a acercarse a ella.

— "No lo hará, señor Darrell", asegura Tyler, con expresión decidida.

— Eso espero, o estás fuera. — El silencio que sigue a mi advertencia es palpable. — Garrett, quiero que formes un equipo

para acompañarla. Mete a un guardia de seguridad en el coche con Tyler. A partir de ahora, serás su sombra. Quiero una escolta con cuatro guardias de seguridad.

— ¿No estás exagerando, Adrian? Tyler y algo de ayuda extra son suficientes para lidiar con ese cobarde.

— Joder... ¿Qué pasará cuando descubran que estamos juntos, Ethan? ¿Cuando su vida salga a la luz en cualquier tabloide sensacionalista? No puedo dejar que nada más la afecte; no sé si podría soportarlo.

Para mi sorpresa, mi hermano mediano se me acerca y me pone la mano en el hombro, ofreciéndome un consuelo que apenas sé aceptar. Me siento como una mierda por haber estado lejos cuando ella más me necesitaba. Apenas puedo lidiar con mis propios

sentimientos hacia nosotros, y mucho menos con la posibilidad de perderla.

— Puedes irte. Asegúrate de que se cumplan tus peticiones irrazonables. — Ethan despide a mis guardias de seguridad y yo permanezco en silencio viéndolos marcharse. La presión en el aire es casi insoportable. — Necesito decirte algo, pero no quiero que entres en pánico.

— ¿Qué ocurre?

La sensación de pavor se apodera de mí.

— Estás enamorado, hermano.

Una risa morbosa podría haber escapado de mis labios, pero lo único que siento es un miedo abrumador. Un escalofrío recorre mi

espina dorsal, como si la mayor pesadilla de mi vida se hiciera realidad.

Un mes... Eso es lo que tardó en dominar mi vida.

— Sí. Lo soy.

Admitirlo en voz alta hace que el sentimiento sea palpable, casi asfixiante. Estoy enamorado de Flora Pellegrino, y eso me aterroriza hasta la médula. Cada parte de mí grita en protesta por esta vulnerabilidad, pero la verdad es innegable. Ella es la razón por la que late mi corazón, y la idea de perderla me consume.

Capítulo 26

Su rostro está cubierto por una máscara de diversión, pero bajo la superficie, sé que sigue aterrorizada por lo que le ha ocurrido. El eco de la violencia que sufrió resuena en su mirada, y un impulso feroz de protegerla me consume. Después de que mi hermano se marchara, dejándome consciente de algo que no he sido capaz de admitir hasta ahora, me dispuse a preparar un plato rápido de pasta para los dos. Cocinar siempre ha sido una forma de aliviar mi ansiedad, pero ahora me sirve para intentar crear un ambiente acogedor para Flora.

Nunca he cuidado a nadie más que a mi familia; mi especialidad era cuidar de mi hermano pequeño. Pero ahora estoy aquí, dedicándome a hacer que la mujer de los ojos asustados se

sienta segura conmigo. Su imagen, tan frágil, me hace un nudo en el estómago.

— ¿Qué te ha parecido? ¿Puedo casarme ya?

Se ríe, pero es suave, casi como si temiera romper el momento.

— Si fueras un novio, ya tendrías una cola de pretendientes disputándose tu plato de spaghettini alla sugo.

— La única que quiero ya me ha dado su aprobación.

Se sonroja de una forma que me encanta, y me permito reír, pero la ligereza es efímera. El aire pesado entre nosotros parece lleno de cosas no dichas.

No tomamos alcohol en esta cena. Flora bebe refrescos light y yo me limito al agua. No quiero empezar a hablar de la parte

aburrida que tenemos que discutir, pero sé que cuanto antes descarte este tema, más tiempo tendré para matar la añoranza que siento por ella, la añoranza de tiempos en los que el mundo parecía más sencillo.

— No es seguro que te quedes en el hotel. Sabes por qué, ¿verdad?

Parece distante, con la mirada perdida en recuerdos que preferiría olvidar, pero aun así asiente.

— Iba a salir a ver un piso cuando él... apareció.

¿Plano? ¿Qué clase de puto piso es éste? La mención de un nuevo hogar sólo intensifica mi desesperación. No, en absoluto. No quiero que se quede en un sitio al que no pueda llegar rápidamente.

Aprieto los ojos con fuerza, la frustración se convierte en una niebla caliente en mi mente.

— ¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha dicho?

Su voz vacila al narrar los acontecimientos.

— Parece que su madre se enteró de que me quedo en la ciudad permanentemente, no sé si me vio o... Alguien se lo dijo. Una cosa llevó a la otra y apareció para un ajuste de cuentas...

La sangre hierve en mis venas. Imaginar por lo que pasó, la amenaza velada que sintió, es como un golpe a mi cordura.

— Si Ethan no hubiera llegado...

Voy a matar al bastardo.

Controlo la forma en que mi mano se cierra en un puño bajo la mesa, un impulso primitivo para proteger lo que es mío. Flora ya

ha tenido hoy su ración de demostraciones de fuerza. No puedo dejar que vea mi furia; tengo que ser la roca que necesita.

— Quiero que te quedes aquí. No tendré paz si no te tengo cerca.

Así que decido decir la verdad. Flora me mira en silencio, con la duda bailando en sus ojos mientras reflexiona sobre la propuesta.

— Antes de que te decidas, hay más. Ahora por fin entiendes por qué te pedí que dejaras que Tyler te acompañara. Independientemente de dónde decidas quedarte, tu seguridad no será negociable. Me pediste que no dejara ir a Tyler y accedí, pero él te acompañará junto con otro guardia de seguridad, una mujer, si eso te hace sentir más cómodo.

— Adrian...

— No he terminado.

Pone los ojos en blanco, pero no puedo dejar el tema ahí.

— No quiero secretos entre nosotros. Ten en cuenta que más guardias de seguridad te escoltarán a distancia. No puedo soportar que estés en peligro. Esta es mi vida, Flora, este es mi mundo. El dinero tiene un precio. No quiero que pagues el precio, pero tampoco puedo dejarte ir. Así que elige quedarte conmigo.

Nunca me he sentido tan expuesta y vulnerable en toda mi vida. El peso de la responsabilidad casi me ahoga, pero hay que decir la verdad.

La pelirroja sentada frente a mí está en profundo silencio, la tensión en el aire es palpable. Entonces se levanta, da la vuelta a la

mesa y pronto la tengo en mi regazo. Flora me sujeta la cara entre las manos y sus labios se posan en los míos en un tierno beso.

— No sé lo que eso significa, pero elijo quedarme contigo. Sé que cuidarás de mí y que estaré a salvo.

— Te lo prometo con mi vida, preciosa. Estarás a salvo.

La intensidad de este momento casi me deja sin aliento. El calor de su presencia me envuelve como una corriente, y en un instante el peso del mundo parece disiparse. Entonces, deseosa de que llegue ese momento, me besa con un deseo que me sorprende, haciéndome casi olvidar la promesa que le hice de tocarla sólo con su claro y verbal consentimiento.

Flora me abraza con intensidad, me rodea con sus brazos y me besa apasionadamente. Su lengua roza mi labio inferior, lo

muerde suavemente antes de apartarse, dejándome con ganas de más.

En vez de eso... nos alejamos. Este no es el momento. Hay tiempo.

Flora vuelve a su asiento, atenta a su plato. Ya no está dispuesta a hablar de lo sucedido y no quiero presionarla hasta el punto de que huya, pues temo que eso ocurra. En lugar de eso, llenamos nuestro silencio comiendo.

Guardo todo lo que quiero decirte para el momento oportuno, aunque no sepa cuándo llegará ese momento.

Mientras el ambiente entre Flora y yo se caldea, me interrumpe el agudo sonido de mi teléfono vibrando sobre la mesa. Una opresión en el pecho me advierte de que no es una llamada

cualquiera. La mirada de Flora se torna en preocupación cuando me levanto para contestar.

— Lo siento, Flora, necesito contestar.

Su expresión me dice que lo entiende, pero sigo sintiendo un peso en la conciencia. Salgo al pasillo y la voz de Ethan no tarda en llegar a mis oídos, cargada de urgencia.

— Adrian, te necesito. Realmente te necesito.

La frustración se mezcla con la preocupación. ¿Qué puede estar pasando? Espero que no sea nada grave, pero su forma de hablar me dice que no puedo dudar.

— Cálmate, ya voy. — La respuesta sale firme, pero el tono de mi voz delata la tensión que se acumula en mi pecho.

Vuelvo al salón, intentando mantener la compostura. Flora me mira con curiosidad y ansiedad.

— Flora... — Empiezo, sabiendo ya que las noticias no serán buenas. — Mi hermano me necesita. Es algo grave.

— ¿Qué ha pasado? — pregunta, con una clara preocupación en sus ojos verdes.

— No conozco todos los detalles, pero parece que tiene problemas. — El peso de la responsabilidad me oprime el corazón. Lo último que quiero es dejarla, pero la familia es lo primero. — Le prometo que volveré lo antes posible. Tenemos que hablar más.

— Entiendo, Adrian. Sólo... ten cuidado.

El dolor en su voz es un recordatorio de que lo que estamos construyendo es frágil, y lo último que quiero es dejarla con dudas.

— Siempre. — Intento ofrecerle una sonrisa tranquilizadora, pero sé que no estoy del todo convencida de que todo vaya a salir bien. — Quédate aquí. Lo solucionaré y volveré pronto. Tenemos mucho de qué hablar y no quiero que te preocupes.

El beso que intercambiamos es suave, pero lleva una intensidad que me hace prometerme que volveré. En cuanto me separo, noto que la determinación se apodera de mí.

Capítulo 27

En cuanto salí de casa, una pesada nube de preocupación se formó sobre mí. El día ya había sido difícil; Flora había pasado por una situación traumática con su ex prometido, y yo aún estaba procesándolo todo. Ahora Aidan, mi hermano pequeño, estaba en comisaría. Sabía que eso significaba graves problemas y no necesitaba una preocupación más.

Fui directamente allí, con el corazón acelerado mientras la rabia crecía en mi pecho. Una vez más, se había metido en un lío y era yo quien tenía que arreglarlo.

Cuando entré en la comisaría, el ambiente era tenso, con gente murmurando en voz baja. El empleado del mostrador me

dirigió a la sala donde estaba Aidan. Cada paso parecía acercarme más a una tormenta que no podía evitar.

Cuando entré, encontré a Aidan sentado, con una expresión de confusión y vergüenza. Parecía pequeño y vulnerable, pero la rabia que sentía en mi interior no hacía más que crecer.

— ¿Qué había pasado? — pregunté, forzando la calma en mi voz, aunque la ira hervía bajo la superficie.

— Yo sólo... — empezó, pero la vacilación le traicionó. La ira estalló.

— ¿Sólo qué, Aidan? ¡Siempre acabas así! — grité, incapaz de contenerme. — ¡Tienes que dejar de meterte en peleas! ¿Cómo voy a volver a limpiar tu comportamiento?

Bajó la mirada, la desesperación en sus ojos me hizo sentir una mezcla de compasión y frustración. Siempre fue así: yo era el hermano mayor, siempre dispuesto a salvarle, y él seguía arriesgándolo todo.

Las horas pasaban mientras esperaba al oficial al mando. Cada segundo era un recordatorio de lo mucho que Aidan parecía incapaz de cambiar. Cuando por fin pude hablar con el agente, me explicó que Aidan había participado en una pelea en un bar.

— Tiene que entender que esto no es aceptable —dije, intentando controlar mi ira—. — No puede seguir viviendo así.

Tras largas horas de espera, conseguí liberar a Aidan. La sensación de alivio duró poco; pronto volvieron a apoderarse de mí

la frustración y la indignación. Aidan parecía aliviado, pero yo estaba lejos de sentirme satisfecho.

— ¿En qué estabas pensando? — pregunté, tratando de bajar la voz, pero la tensión era palpable. — Sabes que siempre soy yo quien limpia lo que ensucias, ¿verdad?

Me miró, con la culpa grabada en el rostro, pero lo que yo realmente quería era que comprendiera la gravedad de sus actos. Salimos de la comisaría al amparo de la noche, y la oscuridad del exterior reflejaba mi estado de ánimo.

Al abrir la puerta, la visión de Flora sentada en el sofá me paralizó por un momento. Estaba despierta, me esperaba, parecía decidida y preocupada. Pero había algo diferente, como si el miedo

que la había consumido antes se hubiera disipado. Su semblante era más sereno y la fuerza que emanaba de ella me sorprendió.

Caminé hacia ella, con el peso de las horas en comisaría aún sobre mis hombros, pero su presencia tuvo un efecto casi inmediato. Cada paso me acercaba más, no sólo físicamente, sino también emocionalmente. Cuando estuve cerca, pude ver que me había estado esperando, y eso me aceleró el corazón.

— Adrian, ¿estás bien? — preguntó, su voz suave pero con una firmeza que resonó en mí.

— Hola, pero... Aidan fue detenido en una comisaría. — Mi voz llevaba frustración acumulada. — Se metió en una pelea de bar.

Flora se mordió el labio y la preocupación volvió a sus ojos. Pero al mismo tiempo, había una determinación en su expresión que

no había visto antes. Era como si estuviera dispuesta a afrontar cualquier tormenta a mi lado, y eso me reconfortó inesperadamente.

— Es duro, lo sé —dijo, levantándose y caminando hacia mí —. — Pero no tienes que cargar con todo tú sola.

Sentí que un nudo se deshacía dentro de mí. El mundo exterior podía ser caótico, pero aquí, en ese instante, la conexión entre nosotros parecía inquebrantable. Envolví a Flora en un fuerte abrazo, que ella correspondió con su calor, envolviéndome como una manta en una noche fría.

— Déjame devolverte algo... —susurró, tocando el nudo de mi corbata—. — Deja que te enseñe lo bien que sienta que alguien te cuide.

Sus palabras, tan serias, me cogieron por sorpresa. No estaba segura de lo que significaba, pero me tragué mis dudas cuando Flora entrelazó sus dedos con los míos, guiándome hacia las escaleras.

Los pasos parecen más largos que nunca.

De pie, nos detuvimos frente a la puerta de mi habitación y sus ojos claros se clavaron en mí mientras me aflojaba por fin el nudo de la corbata, quitándomela del cuello. No la reconocí, porque la mujer que tenía delante no parecía la misma mujer tímida de semanas atrás.

— ¿Qué haces? — me oí decir.

— No lo sé", dijo en voz baja, pero con un tono lleno de sinceridad.

Estaba siendo valiente y me preguntaba por qué lo hacía.

— ¿No lo sabes? — pregunté, cogiéndole la mano e impidiéndole que abriera los botones de mi camisa después de que me hubiera quitado el traje de los brazos. — No tienes por qué hacerlo.

— Pero quiero hacerlo.

— ¿Qué es lo que quieres?

— Devolver... — confesó.

¿Pagar qué?

Dejo que me desabroche la camisa, observándole todo el tiempo. Cuando termina, su expresión es curiosa, sus mejillas tan rojas como su pelo. Con la punta del dedo, Flora explora mi piel, rozando suavemente mi abdomen con la uña, sin apartar los ojos de mí.

— No hay nada que devolver.

— Ese día. En el coche.

Casi sonrío.

Joder, ¿cómo se me ocurre corromper a un ángel?

Entonces, para mi sorpresa, no sólo me quita la camisa, sino que tira de la suya por el cuello. Un segundo después, nos miramos fijamente, en un silencio sepulcral.

— Necesito un baño, si vienes conmigo, prometo no hacer que te arrepientas.

Su tímida sonrisa crece en sus labios mientras acepta mi invitación.

Mientras entrelazamos nuestros dedos, me doy cuenta de lo complementarios que somos. Ella se adapta a mí, como si la

hubieran moldeado a mi medida. Y en silencio, dentro del cuarto de baño, ambos nos despojamos de la ropa que nos estorba.

Cuando nos lleva bajo la ducha, mi boca se acerca a la suya. La separación duele y no puedo soportarlo más. Inhala rápidamente, quedándose sin aire. Lo único que siento son nuestros cuerpos y el dolor del sacrificio que supuso no mirarla, comerme todo su cuerpo con los ojos.

Jugar es más agradable.

— Me vuelves loco. — Me oigo decir, sorbiendo su risa nerviosa. — Tan hermosa... Tan perfecta. Mi ángel. Llevo tanto tiempo en el infierno que no pensé que alguien como tú me daría a probar el paraíso.

Su suave gemido escapa de sus labios en respuesta, mirándome fijamente con una intensidad que quema. Necesito todo lo que hay en mí para controlarme y no dejar que el animal que vive dentro de mí se manifieste.

Sujetándola por la barbilla, me doy cuenta de lo impredecible que puede ser la vida. Y cuando vuelvo a besarla, parte de mi cordura se desmorona. Sobre todo cuando aprieto su cuerpo curvilíneo contra la pared de azulejos, besando su cuello en una dedicada exploración de su cuerpo.

Quiero besarte por todas partes y no me conformaré con las sobras.

Toda hermosa, pequeña y femenina, suspira en mis brazos, gime con cada roce que hago en su cuerpo. Y lo único que quiero es

adorarla aún más.

Frota mi mano sobre su vientre, inhala con dificultad cuando la acerco a su pecho, apartándose para mirarlos.

— Tal como me lo imaginaba", susurro encantada.

Medianas, pálidas, con venas que asoman por la piel translúcida, aureolas rosadas y pezones del mismo color. Y no puedo evitar frotar el pulgar sobre uno de ellos. Su gemido es audible, sobre todo cuando se pone de puntillas y cierra los ojos ante la nueva sensación.

— Quiero chuparlos. Lamerlos enteros.

— Adrian... — me llama, embriagada por las nuevas sensaciones. — Nunca me he duchado con nadie...

— Eres una mujer valiente, Flora. — Te felicito porque sé que una parte de ti quiere huir de mí. Huir de este contacto intenso. — ¿Vas a dejar que te la chupe?

Su cara se ha enrojecido aún más. Cuando mueve la cabeza en señal de confirmación, sé que está llegando al punto que quiero.

— Siempre tendrás que usar todas las palabras conmigo.

Unos ojos verdes me penetran.

— Dime que sí.

— Sí", suspira con la vergüenza que quiero borrarle de la cara.

— Muy bien. Ahora, voy a limpiarnos a los dos, luego te mostraré qué puertas abrió tu *sí*.

ESCÁNDALO EN CIERNES: ¡EL ARROGANTE HEREDERO DETENIDO EN UNA REYERTA EN UN PUB!

Por Miss J

¡Atención, Seattle! ¡Prepárate para un bombazo que sacudirá a la élite de la ciudad! El famoso "heredero arrogante", conocido por sus fiestas extravagantes y su comportamiento imprudente, fue detenido anoche tras una reyerta desenfrenada en un bar de moda del centro

de la ciudad. Su poderosa familia está haciendo todo lo posible por silenciar el escándalo, ¡pero Miss J no lo dejará pasar!

Fuentes cercanas al incidente revelaron que la confusión comenzó con un comentario desafortunado sobre la familia del heredero, y la situación se descontroló rápidamente. En cuestión de minutos, lo que se suponía que iba a ser una velada de diversión se convirtió en un auténtico circo, y el heredero se vio envuelto en un intercambio de puñetazos que desembocó en su detención. La tumultuosa escena atrajo la atención de los clientes e incluso de la policía, que no dudó en actuar.

Mientras la ciudad se alborota, la familia del heredero intenta silenciar la historia a toda costa. Nadie quiere ver su nombre asociado a un escándalo y, como siempre, están en juego poderosas

conexiones. Pero la señorita J, siempre en busca de la verdad, está decidida a sacar a la luz lo que realmente ocurrió aquella noche.

Por supuesto, para muchos, la detención del heredero no es más que un reflejo del comportamiento arrogante que viene mostrando desde hace tiempo. Entre fiestas fastuosas y provocaciones, ¿qué otra cosa podíamos esperar? Pero la gran pregunta es: ¿esta detención hará reflexionar por fin a la familia sobre su comportamiento o, como siempre, se callarán y seguirán como si nada?

Capítulo 28

Lo que me hace es envolvente y transformador. Mis manos se aferran suavemente a su pelo y siento que no puedo aguantar mucho más. Entonces, con un gesto delicado, lo atraigo hacia mí.

— Entrégate a mí, amor —susurra, con una voz llena de deseo y afecto—. — Quiero saborear cada parte de ti. Déjame probar tu sabor. Ven a mí otra vez, Flora.

Algo en su tono me desarma, y me dejo guiar por él. Sensaciones que nunca había conocido llenan mi cuerpo, vibrando con una energía única mientras Adrian explora cada rincón de mí. Es diferente de lo que experimenté en la ducha; ahora, cada caricia es como una suave llama, que hace que mi cuerpo arda de deseo.

Su boca serpentea por mi piel, haciendo lo mismo con mi mente. Aunque me besa suavemente, su tacto es duro, intenso, y me arqueo al sentir su lengua lamiéndome el cuerpo, bajando por el busto hasta el bajo vientre.

Gritos y gemidos mezclados con la necesidad de estar cerca de él. Quiero más. Siento que nada será suficiente. Incluso cuando hayamos terminado, este momento permanecerá conmigo.

Mientras continúa tocándome, uno de sus dedos empieza a explorarme suavemente y, con cada movimiento, mi cuerpo responde de una forma que me sorprende. Me siento vulnerable, pero segura entre sus brazos.

Tan segura como nunca antes me había sentido. No quiero hacer comparaciones ahora, pero es imposible no pensar que me

habría entregado a un hombre que no me tratara ni con la mitad de respeto que Adrian.

Y cuando su boca encuentra un lugar inexplorado en mi cuerpo, siento que es lo correcto. Estar con él, ahora mismo, es lo correcto. La desesperación y el deseo se apoderan de mí, la lengua de Adrián avanza sobre mí, mojándome y abriéndome, sus labios chupándome y saboreando cada parte de mí que me avergüenza decir. Nunca me habían tocado así y me siento tan bien, un placer inesperado que me hace abrir la boca para suplicar.

— Te deseo", grito, desesperada.

Mis palabras salen apresuradas y, cuando veo su cara, se lame los labios de una forma que me deja atónita. Y cuando vuelve a lo que estaba haciendo, me lame toda. Cada parte de mi coño

conoce su boca. La presión que ejerce cuando rodea mi clítoris con su lengua húmeda, suave y precisa, me hace gemir más fuerte.

Sus dedos entran en la danza de la lujuria. Apenas me doy cuenta de que sigue enloqueciéndome, presionando con un dedo mi entrada. Sorprendida por la sensación, me arqueo e inconscientemente me abro a él.

Una risa libertina escapa de sus labios y Adrián no descansa. Me siento débil, porque no necesita mucho para llevarme a las alturas. Me rindo al ferviente deseo que emana de mi cuerpo. La sensación abrasadora del orgasmo me lleva a un nivel que nunca antes había alcanzado.

Sin aliento, delirando con su contacto, intento apartarlo y veo el momento en que Adrian se inclina sobre mí y me besa, mezclando

nuestros sabores. Nunca había experimentado algo tan íntimo y revelador.

— Qué delicia... — Murmura, y mi corazón se acelera. Me tiemblan las piernas, pero es un temblor de expectación y excitación. — Aún puedes cambiar de opinión...

— Quiero hacerlo. — Digo apresuradamente, temiendo que se vaya.

Mi corazón late tan rápido, tan...

Apenas respiro cuando vuelve a besarme, moviéndose ágilmente, abriendo algo a mi alrededor. Pero tardo un rato en darme cuenta de lo que es.

El sonido del plástico, la expectación... Un poco de ansiedad y el coraje que era fuerte parece dar paso a un miedo infundado.

— No es necesario que lo hagamos ahora — sigue intentando disuadirme.

Encierro mis piernas a su alrededor y le dejo claro que eso es lo que quiero.

— No me hagas rogar. No sé cómo hacerlo.

Adrian sonríe. Y le sigo en todo su esplendor mientras se arrodilla entre mí. Echo un rápido vistazo a su cara, su barba crecida, la línea de su mandíbula... Los prominentes labios a juego con su musculoso cuerpo. Y entre sus piernas hay algo que me hace detenerme. Su tamaño es desproporcionado... y desde luego incompatible con el mío.

— Respira, preciosa —me ordena mientras se protege, mareándome con la hermosa visión de su cuerpo—. — Si lo

necesitas, dime que pare —me advierte, con voz suave pero llena de deseo.

Le miro a los ojos y, aunque estoy nerviosa, siento una curiosidad creciente. El coraje me invade al darme cuenta de la profundidad de mis sentimientos. Cuando se acerca, la conexión es palpable, como si todo a nuestro alrededor desapareciera.

— Te va a doler, preciosa. No quiero engañarte. — Dice, y siento su caricia, que suaviza cualquier temor.

Aprieto los ojos con fuerza mientras explora mi intimidad. Adrián no hace ningún movimiento brusco cuando me toca, lo que hace que me hierva la piel. Le necesito como necesito aire para respirar.

— ¿Estás seguro de que esto es lo que quieres? — Esta parece mi última oportunidad de escapar.

— Estoy seguro de ello. — Se lo prometo.

— Así que respira, ángel. Estoy aquí contigo. Te deseo tanto... que no sé cómo sigo vivo.

El final de su frase me produce escalofríos, sobre todo cuando me coge la mano y la coloca contra su pecho. Su pulso se acelera y sus latidos cambian. Entiendo lo que dice, lo entiendo todo, sobre todo cuando Adrián guía mi mano por su vientre, sintiendo las pequeñas protuberancias que sobresalen, y la lleva hasta su erección. Es enorme, con un grosor que me asusta y el rubor de mis mejillas debe haberme convertido en una hoguera.

Siento su plenitud al cerrar mis dedos alrededor de su longitud, tocándolo por encima del preservativo. Eso es todo lo que habrá en ti", no dice, pero sus ojos sí.

Me concentro en su cara, sintiendo la intensidad del momento. El calor se extiende por mi cuerpo y, cuando se acerca y me besa, siento que mi pulso se acelera como el suyo. Un pequeño gemido se escapa de mis labios cuando él me sujeta firmemente por la cintura, acomodándose. Me levanta la mano, se la pasa por el cuello y vuelve a besarme, repartiendo esos besos por todo mi cuello y haciéndome jadear de lo bien que me siento.

— He soñado con este momento, pero puedo parar si es demasiado.

— No pares, te deseo", insisto, con la voz temblorosa.

Sus dedos se mueven delicadamente por mi piel y, justo cuando creo que va a empezar, es su dedo índice el que hace el recorrido. Como una prueba. Un incentivo. Un juego previo que me excita en lugar de distraerme. Al dedo le cuesta entrar, pero no me molesta porque estoy muy mojada. Es otro tipo de escozor que me hace preguntarme si soy masoquista. Y el dolor se convierte en una oleada de placer creciente. Me besa, me acaricia la cara con la mano libre, con ternura, mientras su tacto se vuelve más firme.

Pasan los minutos y los segundos, Adrián me besa y se traga mi gemido mientras introduce otro dedo.

— Ya casi estamos, preciosa. Confía en mí. — Me tranquiliza y me estremezco con sus caricias.

Mientras continúo, me dejo llevar por la sensación. Es nueva y no puedo describir si es tan buena como imaginaba.

— Confío en ti, hazme tuya. — Necesito reunir todo mi valor para decirlo. Y le gustó lo que oyó.

Las palabras parecen despertar algo primitivo en él y, en un instante, sus dedos están fuera de mí, sus labios se encuentran con los míos en un beso intenso y tierno. Levanto las piernas y lo abrazo, dejando que entre en mí.

Cada martilleo de mi corazón intensifica mi placer y el suyo. Y cuando llega el momento, el aullido de sorpresa se me escapa, siendo recibido por él automáticamente. Adrián me besa, usando sus manos para calmarme, tocándome por todas partes. El dolor inicial parece no tener fin.

— Ya pasará. — Me consuela cuando se me llenan los ojos de lágrimas. Y lo quiero aún más. — Dios mío, ángel... Esto es lo más difícil que he tenido que hacer en mi vida.

Su confesión me hace preguntarme de qué está hablando, pero al ver su vacilación, me doy cuenta de que está usando todo su autocontrol para no hacerme daño. Esto es dulce y no debería serlo... Intento recordarme a mí misma que este hombre es reacio al amor y sé que no cambiará por mi culpa.

Suspiro, manteniendo el ritmo, abriéndome más a él. Siento su longitud deslizándose dentro de mí mientras estoy completamente sujeta en una oleada de afecto inesperado. Adrian me besa la cara, las lágrimas, respira tan fuerte que su excitación me excita y hace que mi cuerpo se relaje parcialmente.

Es la forma en que se mete mi pecho en la boca lo que me hace apretarle la nuca, clavándole las uñas en la piel. Es tan delicioso que me distrae del dolor, que pronto vuelve cuando me penetra aún más.

— Ahora eres mía —murmura, un brillo diferente inunda sus ojos—. — Es increíble estar dentro de ti.

La sensación de estar tan cerca de él es indescriptible. Aunque me duele, mi cuerpo quiere adaptarse, como si fuera lo correcto. Eso es lo que siento mientras más lágrimas caen por mi cara. Comienza a moverse lentamente, respetando cada momento.

— Tú también eres mía", digo, con el corazón acelerado por todos los sentimientos no deseados.

— Tenlo por seguro. Soy tuya.

Estas palabras me hacen sentir viva, y a medida que nos movemos juntos, me doy cuenta de que cada roce es algo más que físico; es una promesa, un vínculo que se hace más fuerte entre nosotros. El placer se intensifica cuando vuelve a lamerme los pechos, chupando intensamente, y con cada embestida siento que nos estamos convirtiendo en uno solo. Es una tontería. Me siento tonta pensando en ello.

— ¡Adrian! — Le llamo por su nombre, vuelve a besarme los labios y aumenta su ritmo. No sé si podré soportar las sensaciones y el dolor... Me besa los ojos, lame una de mis lágrimas y deja de moverse.

— Ven a por mí otra vez. El dolor pasará.

Cuando salgo de mí misma, una oleada de alivio me envuelve y al mismo tiempo me siento vacía.

Su boca vuelve a entrar en mis piernas, mis manos siguen su ejemplo y entro en un vértice incontrolado.

Intenso. Intenso. Intenso. Mientras grito su nombre de nuevo, él conoce el botón que me lleva hasta que estallo en fuegos artificiales y cuando lo hace, me adentro en un grito de placer, teniendo a Adrián de nuevo dentro de mí, rugiendo mientras me dice que se va a correr.

Su expresión es polifacética. No puedo apartar la mirada mientras lo siento transmutar entre la desesperación y la excitación. Incluso olvido lo desproporcionada que soy con su tamaño, su dolor y su inexperiencia; verle correrse es tan hermoso. Y me atrapa cómo

su cuerpo reacciona violentamente, en oleadas que le hacen estremecerse y volver a besarme. Una y otra vez, antes de que se salga de mí, cayendo sobre el borde de la cama y acercándome a su cuerpo.

Capítulo 29

Se oye un fuerte estruendo de cristales que atraviesa el silencio matutino y me alcanza antes incluso de que pueda abrir los ojos. Me pierdo en la niebla espesa y oscura que me rodea, arrastrándome a un sueño pesado e intranquilo. Parpadeo dos veces, intentando comprender qué ha podido pasar, frotándome los ojos que parecen haberse llenado de arena. Siento el peso del cansancio en cada parte de mi cuerpo, pero el grito agudo de Flora me alerta rápidamente, rompiendo el velo del letargo.

— ¿Flora? — mi voz es casi un chillido torturado mientras mis pies tocan las mullidas alfombras que adornan el lateral de la cama.

Siento cada paso como una batalla, pesado y reacio, mientras camino por el frío suelo, saliendo de la habitación en una búsqueda desesperada de su presencia. El eco de su grito resuena en mi mente, pero ella no me responde. Aunque mi cerebro intenta soltar la orden para que mis piernas se muevan más rápido, la agilidad no llega.

— ¿Flora? ¿dónde estás? — grito, la angustia de mi voz resuena en las paredes.

El salón está vacío, al igual que mi despacho. De camino a la cocina, una visión inquietante me hace detenerme: fragmentos de cristal esparcidos por el suelo, que brillan cruelmente bajo la tenue luz que entra por la ventana. Un dolor agudo me atraviesa la cabeza, mientras una presión empieza a comprimirme el pecho, dificultándome la respiración. Algo está ocurriendo, un torbellino de

recuerdos me transporta a hace más de veinte años, al día que he intentado olvidar toda mi vida.

El llanto de Flora se intensifica mientras cruzo el pasillo hacia la parte trasera de mi piso, sabiendo que hay una habitación para el personal y una lavandería.

— ¡Adrian! ¡Por favor! — su gemido, transformado en grito, evoca recuerdos tan dolorosos que siento que se me estruja el corazón.

Al girar el pomo de la puerta de la trastienda, mi miedo se hace realidad y lágrimas calientes empiezan a correr fácilmente por mis mejillas. El pánico, el terror y otras emociones que odio afloran a la superficie.

No, no es posible.

¡Estoy soñando! me digo mientras la escena se desarrolla ante mis ojos. La habitación, tenuemente iluminada por la luz amarillenta de la lámpara de la mesilla de noche, revela una imagen aterradora: un hombre empuñando una pistola, apuntando a la frente de Flora, que está arrodillada, aterrorizada, a los pies de su tirador.

Cuando vuelve la cara hacia mí, puedo sentir todo su dolor. La desesperación en sus ojos me deja con un sofocante sentimiento de impotencia, como si se me formara un nudo en la garganta. Intento alargar la mano hacia él, pero cuando me miro el brazo, me doy cuenta de que no es mi brazo. Apenas puedo darme cuenta de que estoy atrapado en el cuerpo de un niño cuando oigo el disparo.

— ¡No!

Mi grito resuena tan fuerte que el pequeño cuerpo que me cobija tiembla.

— ¡Flora! No!" sigo gritando, mientras caen lágrimas como si quisieran enjugar el dolor que me consume.

Su cuerpo inerte cae al suelo, sus ojos verdes sin vida me miran fijamente.

— Adrian, estoy aquí. ¿Adrian? Despierta, estás soñando...

Un gruñido de angustia sale de mi garganta cuando por fin consigo abrir los ojos. Jadeo y miro en la dirección de la que procede su voz. Cuando me encuentro con el rostro asustado de la mujer que está a mi lado, lo único que puedo sentir es una oleada de alivio que me deja exhausta.

Vulnerable y expuesto, me levanté rápidamente, incapaz de hacer frente al torbellino de sentimientos que me invadía desde que la conocí, desde que me enamoré de ella. No entraba en mis planes sentir algo así; dejé que todo fluyera con naturalidad entre nosotros, creyendo que tenía cada movimiento calculado y bajo control. Estaba muy equivocado.

Estúpido.

Llegué tan rápido a la puerta del baño que Flora no pudo retenerme cuando extendió los brazos hacia mí. Cerré la puerta de un portazo, sintiendo un arrepentimiento inmediato. No podía enfrentarme a ella ahora; con saber que estaba viva y bien me bastaba.

Mi reflejo en el espejo era un desastre: el pelo revuelto, largos mechones que pedían ayuda con urgencia, y una pequeña hinchazón en los párpados, fruto del cansancio y del sueño pesado en el que me había sumido después de estar en el paraíso, dentro del cuerpo cálido e increíble de la mujer que había transformado mi vida.

La idea de que pudiera abandonarme me aterrorizaba. La sensación de que podría ocurrir en cualquier momento no me abandona. Soy una persona imperfecta, llena de problemas emocionales, y sé que cuando Flora se dé cuenta de la difícil decisión que ha tomado al involucrarse conmigo, me dejará. Cuando se dé cuenta de que su vida no volverá a ser la misma si descubren que estamos juntos, me dejará.

Flora no ha tenido ni idea de lo que significa mantener una relación con un hombre de esta familia. Y aunque no me haya dejado por ninguna de esas razones, cuando se entere de mi pasado, seguro que me deja.

No sé cuánto tiempo pasé en el baño, entre siestas en la bañera y una larga ducha, pero cuando salí de mi escondite, la cama estaba vacía y el día ya había amanecido.

Era una atípica mañana de sábado cuando me puse los pantalones de gimnasia, sabiendo que necesitaba algo de tiempo antes de volver a verla. Sé que está aquí, porque la cocina huele a bacon y la mesa del balcón está puesta para desayunar.

Nos ha preparado café y me siento más egoísta que de costumbre al contemplar su esbelto cuerpo, vestido con uno de mis

camisones. Flora está asomada a la cornisa del balcón y, antes de que pueda decir nada, veo cómo su pequeño cuerpo se gira hacia mí.

Sus ojos verdes brillan de sorpresa, me miran de arriba abajo y luego se vuelven rápidamente hacia otra parte.

— ¿Estás bien, Adrian?

Soy idiota. Sé que lo soy. Anoche compartimos un momento íntimo, un instante que superó cualquier expectativa que pudiera haber tenido. Fue la confirmación de todo lo que pensaba sobre nosotros dos en la cama: Flora es exactamente la cosita caliente y excitante que sabía que sería. Entregada, trabajadora, intensa. Hizo que cada segundo contara, llevándome al mejor momento de mi vida.

No puedo destruir lo que estamos construyendo. Siendo sincero conmigo mismo, incapaz de mantener las distancias con ella, me acerqué rápidamente, tratando de abrazarla en un intento desesperado de reparar lo que se estaba rompiendo entre nosotros.

— Necesito correr un rato y todo irá bien", murmuré, rogándole que comprendiera la necesidad de tiempo.

Le dejé un beso en la frente antes de irme.

El gimnasio del edificio estaba vacío, todavía era muy temprano. Me puse los auriculares a todo volumen, sonando mi grupo favorito, y programé los botones de la cinta de correr. Quizá una hora de carrera me quitaría de la cabeza la terrible sensación de haber perdido el control.

———

Sudorosa, con la camiseta pegada al cuerpo y el cansancio casi agotándome, lo único que siento es hambre. Me doy las gracias mentalmente cuando abro las puertas de cristal y siento la brisa fresca tocarme la piel, como un alivio después del calor sofocante del entrenamiento. Garrett me espera, jugueteando con su teléfono móvil, apoyado en el todoterreno aparcado frente a mi bloque.

— ¿Lo has conseguido? — pregunto, tratando de ocultar la ansiedad en mi voz.

El rostro de mi guarda de seguridad principal adopta una expresión seria. Se inclina hacia el interior del coche y coge el pequeño maletín negro de debajo del asiento trasero.

— Está todo aquí", me dice, entregándome la carpeta con aire de confianza.

— ¿Algo que debería anticipar? — pregunto arqueando una ceja, observando su reacción.

Garrett se encoge de hombros y lo niega, su postura relajada me tranquiliza un poco.

— Tyler le pisa los talones, pero por ahora está tranquilo.

— DE ACUERDO. Llámame si algo grave requiere mi atención; si no, tómate el día libre. No vamos a salir de casa", ordeno con un gesto de la mano.

El hombre asintió, pero antes de volver al coche y seguir su camino, su rostro se volvió en mi dirección. Garrett y yo llevamos tanto tiempo trabajando juntos que algunas acciones ya están implícitas, sin necesidad de decir una palabra.

— No haré nada sin informarte antes. Vete en paz", le advierto, en un intento de tranquilizarle.

— De acuerdo. Cuida de esa chica, ayer parecía muy delicada. El equipo de vigilancia estará en la finca y alrededor de la manzana; si hay algo, llámame", responde, con evidente preocupación.

Me despido con la mano antes de volver a entrar en el edificio. Me dirijo lentamente hacia el ascensor, absorbiendo el peso de los documentos que Garrett ha conseguido. Esos papeles podrían ser la clave para meter a Edward Graham entre rejas durante al menos unos años, junto con sus padres. La idea de que por fin se haga justicia me motiva, pero la preocupación por Flora me persigue como una sombra persistente.

Mientras el ascensor desciende, mi estómago ruge, pero mi mente está lejos de tener hambre. Estoy inmerso en pensamientos sobre los próximos pasos, sobre cómo planificarlo todo con precisión. No puedo dejar nada al azar, sobre todo ahora que todo está tan cerca de materializarse.

Capítulo 30

La cara aterrorizada de Adrian gritando mi nombre en su sueño sería un recuerdo difícil de olvidar. Su cara, manchada de lágrimas mientras dormía, me marcó de una forma que nunca hubiera imaginado. Y el hecho de que estuviera encerrado en el baño al amanecer, como si luchara contra algo oscuro, me hizo darme cuenta de que había mucho más detrás de su fachada.

Me pasé toda la mañana con un nudo en el pecho, acurrucada en un rincón del sofá, mirando la luz que entraba por la ventana como si fuera una metáfora de mi confusión interna. Adrián parecía tan distante, sin tomar un sorbo de café ni intentar explicarme qué le atormentaba. El silencio era ensordecedor y me

inquietaba. Me entregué a él, le di todo lo que había guardado y consideraba especial, pero lo cierto era que tenía miedo de haber dejado mi corazón a merced de un desconocido. Aunque mi mente insistía en que un mes no era tiempo suficiente para sentir tanto, algo dentro de mí sabía que lo que pasó entre nosotros anoche era raro y precioso.

El sonido de mi teléfono móvil me sacó de mis pensamientos y, como si intuyera que algo iba mal, el nombre de Mel apareció en la pantalla, brillando como un faro de esperanza.

— ¡Hola, tía! ¡Te echamos de menos! — su voz desbordaba alegría, un soplo de aire fresco en medio de mi confusión.

Tal vez no debí contestar, porque cuando vi la preocupación en sus ojos a través de la pantalla, supe que no podría ocultar mi

tristeza. Me levanté y salí al balcón, buscando que la suave brisa calmara mi mente. Me senté en una de las sillas y forcé una sonrisa, tratando de ocultar el torbellino de emociones que me consumía.

— La tía también me echa de menos. ¿Cómo está mi manguito?

— ¡Ahora es una papaya! — replicó Mel, y su risa contagiosa me alegró el día.

— Dios mío... Esto está sucediendo demasiado rápido. ¿Tenemos ya un nombre? — pregunté, intentando mantener un tono ligero, pero mi mente seguía vagando por las sombras.

— David me está volviendo loca porque quiere ponerle el nombre de su abuelo, pero eso es imposible. De momento le llamamos Papaya.

— Vale, papaya. Avísame cuando cambie ese nombre por el de otra fruta. — Sonreí, pero la ligereza que sentía era frágil.

— Ahora llegamos a ti. Esa no es la vista desde tu habitación en el Palacio. ¿Estás en su casa, niña traviesa? — preguntó Mel, con un tono bromista que me hizo dudar.

Forcé una risa, pero no podía ocultar la verdad que me agobiaba. Empecé a relatar los últimos acontecimientos de mi vida, intentando minimizar el dolor que me había causado mi ex. No quería que Mel se preocupara, aunque su expresión mostraba claramente que estaba prestando atención a cada palabra.

Cuando mencioné lo de perder la virginidad, la excitación de Mel fue palpable. Chilló, interrogándome sobre cada detalle íntimo, y yo me encontré ruborizado, riendo nerviosamente.

— Así que tu *ex* te ha conquistado y tu actual bombón también. ¿Por qué pareces tan decepcionado? Después de la intensa velada, espero que el dolor de tu desamor se haya superado.

— El corazón roto está en el pasado y él no es mi actual. Ya he dicho que...

— No tiene citas, lo entiendo. ¿Y qué hace este hombre que no tiene citas ayudando a la chica antipática que insiste en mantener cerca?

Su pregunta resonó en mi mente y estaba a punto de responder cuando un bufido detrás de mí me hizo quedarme helada. Casi me caigo de la silla al darme la vuelta rápidamente y encontrarme a Adrian mirándome fijamente.

— ¿Es la famosa Mel del vídeo? — preguntó acercándose a mí, su sonrisa traviesa casi me hizo olvidar de lo que estaba hablando.

A pesar de su aspecto relajado, emanaba una energía que me inquietaba. Cuando se inclinó para saludar a Mel en la pantalla, me sentí atrapada por sus intenciones.

— Esta chica antipática se viene a vivir conmigo", declaró, con una risa burlona que me aceleró el corazón.

Mel pareció ahogarse al otro lado de la línea, y yo me reí, pero con un ligero temor de adónde podía llevar todo esto.

Allí estaba Adrian, un hombre que me atraía de formas que no podía comprender del todo.

— ¡No mates a la embarazada! — dijo mi amiga. — ¿Puedes esperar a que dé a luz y quizá a que termine mi baja por maternidad para poder ir a la boda?

Las carcajadas resonaban y yo me debatía entre la diversión y el deseo. Permanecí en silencio, ruborizada, deseando que el suelo se abriera para tragarme, mientras Mel seguía avergonzándome al otro lado de la pantalla.

— Veré qué puedo hacer por ti —dijo Adrian, su mirada penetrante me hizo darme cuenta de que había algo más en sus palabras.

Cuando terminó la llamada, prometiéndole a Mel que la mantendría informada, fui en busca del hombre que ocupaba todos mis pensamientos.

Adrian acababa de salir de la ducha, y las gotas de agua aún corrían por su escultural cuerpo. El espectáculo era fascinante, y yo estaba en estado de shock, recordando la intensidad de la noche anterior, cuando todo entre nosotros había cambiado. La cama, las sábanas, las sensaciones... todo estaba fresco en mi memoria.

— Ya lo he metido en la lavadora", dijo, como si supiera exactamente lo que estaba pensando.

La cama estaba impecablemente hecha y, cuando se acercó, el calor emanaba de su cuerpo. El aroma de su jabón mezclado con el embriagador olor de su piel me mareó. La proximidad entre nosotros era electrizante.

— No puedes distraerme con tus provocaciones... Tenemos que hablar... — Conseguí decir, con la voz casi quebrada.

Intenté apartarme, pero era una batalla perdida. Las ágiles manos de Adrian me rodearon, se inclinó hacia mí y me lamió el lóbulo de la oreja, provocándome un gemido involuntario.

— Tenemos tiempo... — intentó convencerme, pero su voz era un susurro seductor que me hizo aún más vulnerable.

Me envolvió un beso intenso, como si Adrián estuviera desesperado por un contacto íntimo. El beso era ardiente, una mezcla de deseo y necesidad, y no tardé en corresponderle, entregándome por completo a la pasión que nos envolvía.

Nuestros cuerpos se movían en sincronía, una danza primigenia que nos unía en un solo ser. Me atrajo hacia sí, y mi cuerpo se golpeó contra el mullido colchón mientras él se colocaba

sobre mí; la intensidad del momento me hizo olvidar el mundo exterior.

Adrian no fue tan delicado como la noche anterior. Exploró mi cuerpo con una mezcla de firmeza y delicadeza, sus manos y sus labios acariciaron cada centímetro de mi piel. El placer que me proporcionaba era embriagador, y me dejé llevar, agarrándome con fuerza a su pelo, deseosa de profundizar nuestro contacto.

— Hueles tan bien... — murmuré, con la voz baja y temblorosa.

— Hueles bien. Tu cuerpo es increíble, Flora. Creo que nunca me cansaré de ti.

La sinceridad de sus palabras me golpeó con fuerza. Sus ojos verdes, profundos y llenos de deseo, se clavaron en los míos y me

perdí en su mirada. Sabía que luchaba contra sus demonios internos y deseaba poder ayudarle. Pero en aquel momento, él me deseaba y yo no podía negarme.

La tensión aumentó y el juego de seducción se convirtió en una deliciosa tortura. Adrián se burlaba de mí, llevándome al borde del clímax, sólo para apartarse cuando estaba a punto de explotar. La sensación de querer más me dejó destrozada, y estuve a punto de perder la paciencia.

— ¿Qué haces? — pregunté, tirando de su cabeza hacia mí.

Por supuesto. Lo revisaré sustituyendo las palabras más ofensivas y manteniendo el tono erótico de la escena.

Arrodillado entre mis piernas, me lamió los dedos que tenía en la barbilla y me sonrió.

— Te estoy poniendo a prueba, ángel.

"Ángel"... el apodo que ayer se decía con cariño, hoy sonaba como una intensa provocación y una demostración de poder.

— No. Estás tratando de volverme loco. ¿Por qué haces esto?

— ¿Es malo?

Su expresión reflejaba una pícara diversión. Tensé el cuerpo, preguntándome qué le había pasado al hombre que me había abrazado con tanta ternura la noche anterior. Sentí que estaba cometiendo una tontería al dejar que él se divirtiera, cuando me quitó la cara de las manos y volvió a burlarse de mí con la lengua.

Era arriesgado, intenso y demasiado placentero como para rechazarlo. No cabía duda de que era bastante vulnerable, ahora comprendía todo lo que mis hermanas me habían contado sobre el

sexo y lo que sentiría al descubrir un poco más sobre el placer que puede compartir una pareja.

Queriendo ser el centro de mi atención, Adrián deslizó sus brazos por debajo de mis piernas y tiró de mí por las caderas, encajándome mejor en su boca. Grité cuando su lengua rodeó mi clítoris y me invadió.

Parecía gustarle eso, la vulnerabilidad que encontraba en mí, el poder que ejercía, y quizá por eso iba más despacio, casi volviéndome loca.

— ¡No te detengas! ¡Por favor, no pares! Quiero más, necesito más.

— ¿Lo necesitas, cariño? — Apartándose, sopló en mi zona íntima, haciendo que mi cuerpo se estremeciera. — Tu coño es

precioso.

— Dijiste que eras mía... — Gemí de frustración.

Adrián me dedicó otra de esas sonrisas intensas, mirándome fijamente a la cara.

— Soy tuya.

— Entonces pon fin a mi desesperación, Adrian. Por favor, Adrian.

El silencio se apoderó de la habitación, sólo se oían nuestras respiraciones jadeantes cuando se apartó de mí. Inclinándose sobre mí, abrió el pequeño cajón de la mesilla de noche y supe exactamente lo que vendría a continuación.

Estaba ansiosa, temblando de expectación, deseando todo lo que él pudiera darme.

— ¿Me quieres, mi amor? Es demasiado pronto para volver a intentarlo. Estás dolorida. — Su voz sonaba erótica, al igual que la escena en sí.

Recordé el dolor, pero el placer que me estaba dando me hizo olvidar. Acepté, porque eso era lo que quería.

En silencio, Adrián se puso el preservativo sin apartar los ojos de los míos. Asentí, incapaz de hablar o tartamudear.

Una de sus manos sujetaba mi cadera y la otra descansaba sobre la almohada junto a mi cara. Me sujetaba con firmeza, penetrándome suavemente.

Su firme toque en mi cintura indicaba la fuerza que quería ejercer dentro de mí. El dolor era similar o quizá mayor que el de la

noche anterior, pero hoy mi calor y mi deseo eran igual de intensos. Lo quería dentro de mí, siempre. No iba a rendirme.

— Ponte todo. Muévete. Te necesito. — Le supliqué, sabiendo que era lo que quería oír.

Adrián gruñó con intensidad y dejó escapar un profundo gemido mientras me penetraba por completo. Grité al sentir su inmensidad en mí. Cerré los ojos con fuerza mientras sentía cómo se movía, despacio al principio, pero aumentando poco a poco el ritmo.

Los dos éramos como los primeros seres humanos de la historia en descubrir el amor. Era puro instinto, como si él conociera exactamente todas mis necesidades, como si hubiéramos nacido para vivir estos momentos.

Nuestras bocas se encontraron con tanta fuerza, en un beso lleno de afecto y pasión. Adrián me sujetaba la cara, su cuerpo se apoyaba suavemente en el mío y nos movíamos juntos en un baile que me estaba volviendo loca.

— Dile que no te vas. — Gruñó, desesperado.

Abrí los ojos y me quedé mirando los suyos, con las pupilas dilatadas ocultando el verde claro de sus ojos. Adrian parpadeó en mi dirección, sus ojos hablaban más que su boca.

— Dime que eres mía. Dime que no me dejarás. — Repitió con ansiedad.

— Soy tuya, no te dejaré.

Como si eso fuera lo que necesitaba oír, aumentó el ritmo, sujetándome por la cintura.

Adrián se sentó y me atrajo contra él, sin sacarme. Gemí fuerte ante la intensa sensación de sentirlo en esa posición por primera vez.

Eché la cabeza hacia atrás al sentir la mejor sensación de toda mi vida. Gemíamos juntos, podía oír las palabras obscenas que proclamaba Adrian mientras me lamía y chupaba el cuello. Así fue como llenó el condón con su semen. Haciendo que me corriera enseguida.

Pertenecía a Adrian Darrell y nunca en mi vida había deseado tanto pertenecer a alguien.

Capítulo 31

El sábado y el domingo pasaron como un borrón, un torbellino de sensaciones que apenas podía percibir, completamente inmerso en el maravilloso cuerpo de la mujer que dormía a mi lado, como un ángel en reposo. Cada vez que Flora mencionaba mi sueño, la besaba suavemente y la danza sensual que se había producido entre nosotros volvía a empezar, como una coreografía apasionada, fluyendo con mágica intimidad.

Tras nuestro tercer intercambio de caricias, Flora se soltó por fin, mostrándose dispuesta a aprender a darme placer. Su rostro se iluminó de un color vibrante, casi tan rojo como su pelo, cuando, con un toque de timidez, me pidió que le enseñara a realizar el acto más

íntimo entre nosotros... según ella. Nunca imaginé que una mujer tan inexperta pudiera excitarme tan intensamente. Ver su inocencia y vacilación, mientras mi erección estaba entre sus labios, era como contemplar una nueva maravilla del mundo moderno.

Salir de la cama para ir a trabajar nunca me había parecido tan difícil, sobre todo después de dos noches durmiendo mal. Cada vez que cerraba los ojos, aparecían pesadillas en las que mi pasado y mi presente se entrecruzaban, susurrándome que la felicidad plena parecía fuera de mi alcance.

El baño caliente no supuso ningún alivio, como tampoco lo hizo el suave beso que le di en el pelo perfumado, que la hizo murmurar y pedirme que volviera a la cama, aunque aún dormía. Al salir del piso, una extraña sensación se instaló en mi pecho, un nudo

creciente que se expandió en mi estómago, presintiendo que el día estaría lleno de desafíos.

Garrett me esperaba junto al coche, con un termo que ojalá contuviera café puro.

— Extra fuerte y sin azúcar", dije, tratando de inyectar energía en mi cuerpo.

De camino, jugueteé con el móvil y, cuando llegamos, esperé a que Garrett abriera la puerta. Me deseó buenos días antes de seguir mi camino.

Heitor ya había puesto el aire acondicionado a la temperatura que yo prefería. Mis informes más urgentes sobre Texas estaban impresos bajo la mesa, mientras que mi agenda, meticulosamente actualizada, la llevaba mi ayudante.

— Las obras en Los Ángeles empiezan hoy. Ethan ya ha volado a California. Necesito que liberes el proyecto para que pueda enviárselo al Sr. Darrell por correo electrónico.

Sr. Darrell por allí, Sr. Darrell por aquí... Ese sería mi día. Asentí a Heitor y acepté el montón de papeles que parecían más urgentes que todo lo que tenía entre manos.

— ¿Tengo libre la hora de comer? — Se me pasó por la cabeza la idea de almorzar con Flora, pero la mirada de Heitor indicaba que sería una misión difícil.

— ¿Almuerzo tardío o merienda habitual de Mad?

— No importa. Firmaré estos papeles y te los daré antes de la primera reunión.

El chico desapareció de mi vista antes de que me diera cuenta.

No eran más de las siete de la mañana y la cabeza me palpitaba. Leí los documentos de la prórroga del hotel de Los Ángeles y firmé en cuanto me di cuenta de que todo se ajustaba al acuerdo verbal al que había llegado con Ethan.

Los informes sobre la planta de Austin aumentaron mi dolor de cabeza; como imaginaba, la baja producción y la falta de insumos se debían a una mala gestión. Me estaban robando delante de mis ojos. Rogué a los cielos que el grupo responsable fuera reducido; los despidos masivos no eran de mi agrado y podían perjudicar a nuestra empresa en el mercado laboral.

Envié mensajes al consultor que había designado para salvar la brecha en Texas, pidiéndole un informe más detallado sobre los empleados implicados en el desfalco.

A las nueve, estaba en mi primera reunión y, como si los problemas no fueran a dejar de caer sobre mi cabeza, una empleada acusó a uno de mis directores de acoso sexual.

— Es mejor no escucharla sin conocer el comportamiento de Bernard. Ha reunido testigos", ruge uno de los accionistas minoritarios desde el fondo de la sala.

Nada me enfurece más que un hombre que abusa de su poder para oprimir a las empleadas. En el mundo empresarial, he sido testigo de todo tipo de inmundicias. Siempre dejé claro que en

mi empresa había que seguir el código ético como si fuera una religión.

— ¿Reunió testigos? ¿Qué clase de testigo puede superponer pruebas de vídeo? Hasta un niño sabe que esto es ridículo — golpeé con fuerza la mesa con la mano, haciendo temblar al hombre del otro lado.

La sala de reuniones se sumió en un silencio ensordecedor, esperando a que yo hablara.

— Este asunto debe ser puesto inmediatamente en conocimiento de RRHH y Compliance. Quiero que se investigue en detalle. Aún no he visto el vídeo que circula en los grupos internos de la empresa, pero si se confirma esta acusación, se llevará a los tribunales. El Grupo Darrell no minimizará los problemas de abusos

en su sede. Espero sinceramente que quien sepa algo empiece a hablar. Todos los implicados sufrirán graves consecuencias. No hace falta que les diga que, durante el proceso de investigación, el director Bernard Richards está suspendido, ¿verdad?

No se presentó a la reunión y envió una nota del médico al departamento de personal, demostrando prácticamente su culpabilidad en la denuncia presentada por su secretaria. Permanecí sentado mientras se cerraba la reunión, observando los murmullos mientras los empleados se dispersaban, aterrorizados.

Nuestra empresa tenía un código estricto sobre las relaciones íntimas entre empleados, precisamente para que no se produjeran situaciones como ésta. Pero parecía que nuestros códigos no bastaban para separar el grano de la paja. En mi empresa había un

acosador, y yo me encargaría de dar un escarmiento a cualquiera que se le ocurriera repetir esa atrocidad.

Mi teléfono móvil vibró en el bolsillo de la chaqueta y se me escapó un gemido involuntario. Eran casi las once de la mañana.

No presté mucha atención porque respondí al ligero golpe en mi puerta.

— Oye, ¿puedo hablar un par de palabras contigo? — La contenida voz femenina me distrajo.

Olivia Shelby parecía indecisa, como si estuviera sopesando si acercarse o alejarse. Me conocía lo suficiente como para saber que estaba atravesando uno de mis días difíciles.

— ¿Sabes algo de toda esta situación?

El móvil volvió a vibrar en mi mano y Olivia lo negó al mismo tiempo. Le indiqué la silla que tenía al lado y se sentó.

Abrí la aplicación de mensajería, sólo para enfadarme más.

¿Seis guardias de seguridad? Tenemos que hablar.

Flora: Tengo que ir al hotel a recoger mis cosas y parece que necesito tu permiso para salir del piso.

Flora: Ha pasado una hora y juro que os mataré a ti, a Tyler y a cualquiera que se interponga en mi camino. ¡No soy una prisionera! Contéstame.

Flora: Ya estamos de camino al hotel, parece que Tyler se ha dado cuenta de quién manda aquí.

Mierda.

¿Qué demonios le dijo a Tyler para que desobedeciera mi orden?

Le pedí a Olivia que esperara un momento y me levanté marcando el número de Flora.

— Aquí todo va bien. Ya estoy en el coche con Tyler y mi nueva amiga, la señorita Perry. No quiere que la llame por su nombre de pila, ¿puedes creerlo?

Su voz rebosaba ira, Flora era una cosa pequeña y pelirroja, y cuando se le calentaba la cara, parecía una hoguera a punto de prender fuego a todo lo que la rodeaba.

— Está trabajando, Flora. Algunas personas necesitan espacio para cumplir con sus deberes adecuadamente. Será difícil domarla si es tu amiga.

— ¿Domeñarme? ¿Qué crees que soy? ¿Un jaguar?

— Un jaguar daría menos problemas —la oí resoplar y contuve una carcajada—. — ¿Qué le dijiste para convencerlo de que te dejara ir?

Permaneció en silencio al otro lado de la línea. A pesar del poco tiempo, empezaba a conocerla. Flora, a diferencia de mí, no era aficionada a decir palabrotas, pero siempre se le escapaba alguna. En ese momento me di cuenta de que se controlaba para no insultarme.

— Sencillo, les he dejado claro a él y a mis otros cinco sombras que si me complacen, tendrán trabajo; si me desagradan, se quedarán sin empleo. ¿Me equivoco?

Iba a matarme.

No podía contener la risa cuando pensaba en la situación. Me encantaba eso de ella. Mientras que la mayoría de la gente se mordía la lengua para hablar conmigo, ella no dudaba en preguntarme siempre que le apetecía, y siempre estaba dispuesta a darme un "no". ¿Sabes lo raro que es oír un "no" en mi vida? Esa palabra la utilizaba exclusivamente mi abuelo.

— Tienes razón, Flora. Pero prométeme que serás obediente. Quédate en el coche hasta que Tyler se asegure de que es seguro, y no hagas nada sin que él lo sepa. Aunque tú seas la jefa, cariño, ellos están ahí para cuidarte. Será temporal, lo prometo.

— Lo sé... Diles que soy el jefe, entonces. — Dijo, con una ligera desconfianza en la voz.

Me reí, dándome cuenta de que no necesitaba decir nada más. A estas alturas, todo el mundo sabía exactamente lo mismo que yo: era imposible decirle que no.

— Cuídate en el hotel, ángel. Ethan no está para protegerte hoy. Quédate con tus guardias de seguridad y vuelve a casa pronto. Hasta luego.

— ¿Estarás aquí antes de que me vaya a trabajar?

Mierda... Su trabajo. Por mucho que quisiera encerrarla en una cúpula de cristal, sabía que Flora nunca aceptaría perder la independencia que poco a poco iba ganando.

— No lo sé, ángel. Haré lo que pueda.

Después de colgar y volver a mi mesa, Olivia se me quedó mirando como si fuera un divertido personaje de dibujos animados.

No oí ninguna de las bromas que solía hacer, pero su sonrisa cómplice lo decía todo.

— ¿Qué bomba me va a soltar ahora, Srta. Shelby?

Cansado, me senté lo más cómodamente que pude, preparado para lo que pudiera venir.

— Mira, tengo un amigo que conoce a otro amigo que trabaja en el programa matinal de cotilleos del Canal 15, ese que es realmente desagradable sobre la vida de los famosos y tiene una audiencia considerable, ¿sabes?

— Lo sé.

— Están estudiando un chisme para emitirlo en el próximo programa. Resulta que un hombre llamado Edward Graham se ha acercado a la producción e intenta vender la historia de que su

prometida huyó de la boda para ser la amante de un importante heredero de la familia Darrell.

— ¿Qué sería?

— Ethan. O el *multimillonario* solitario, como le llaman.

Era una de las cosas más surrealistas que había oído nunca. Era como si mi día no pudiera complicarse más. Olivia descargó descaradamente la historia en mi regazo.

Dejé escapar una carcajada involuntaria al imaginar la reacción de mi hermano. Estaría absolutamente furioso si su ridículo apellido ilustrara un artículo sensacionalista diciendo que le había robado la novia a otro hombre. Él, que ya había dejado claro más de una vez que nunca se casaría.

— Te estás riendo, así que probablemente sea sólo un rumor, ¿no?

— Las cosas se están volviendo locas en esta ciudad, ¿verdad? Es un rumor, sí, Olivia. Soy el ladrón de novias.

La expresión de Olivia era de puro asombro, y me di cuenta de que empezaba a entrar en pánico.

— ¡Tienes que actuar, Adrian! Si esta historia sale a la luz, podría ser una catástrofe para la *novia robada*. La explotarán hasta la última gota.

Asentí, la gravedad de la situación empezaba a asentarse en mi mente. Flora no merecía verse arrastrada a este tipo de escándalos, sobre todo ahora que estaba rehaciendo su vida después de la traición que había sufrido.

— ¿Qué sugieres? — pregunté, ya consciente de que tenía un plan en mente.

— Tenemos que neutralizar esta historia antes de que gane tracción. Tienes contactos en los medios, ¿verdad? Haz una llamada, haz una declaración. Algo para reducir el impacto de este chisme.

— ¿Y qué voy a decir? ¿Que soy el "roba novias"? — me burlé, pero ya empezaba a formular una idea. — Sólo puedo decir que la historia es falsa y que Flora y yo estamos juntos, que sólo se trata de un malentendido.

— Ya veo. Hacer una declaración al respecto podría funcionar.

El día ya había empezado mal y, si no tomaba medidas, podía complicarse aún más.



Flora Pellegrino

Capítulo 32

Mi trayecto hasta el hotel fue más rápido de lo que esperaba. La agente Perry, como empecé a llamarla, tuvo la amabilidad de ayudarme a recoger mis pertenencias, mientras Tyler subía mis maletas al piso. Era curioso estar rodeado de ellos; mis guardias de seguridad eran todo lo discretos que podían ser, pero aun así atraían miradas curiosas. Muchos pensaban que debía de ser rica, cuando en realidad ni siquiera había cobrado mi primer sueldo.

El estudio estaba relativamente cerca del piso, y con el tráfico libre a última hora de la tarde, conseguí llegar sin ningún contratiempo. Sentí un ligero rubor en las mejillas al saludar a la recepcionista, y cuando entré en el estudio, lo encontré vacío. Aún faltaban unos veinte minutos para que llegaran mis alumnos,

exactamente el tiempo que necesitaba para cambiarme y hacer algunos calentamientos.

La danza siempre ha sido una parte importante de mi vida. Durante mi infancia, era el vínculo que me mantenía unida a mi madre, lo que me diferenciaba de mis hermanas, que no soportaban el ballet clásico. Ellas eran más atrevidas y preferían el jazz contemporáneo, que pronto se convirtió en el favorito de mi madre. Llevaba el ballet en el corazón y me dedicaba a concursos y actuaciones. Incluso me planteé hacer carrera, pero a los dieciocho años, agotada por las lesiones, mi familia me presionó para que fuera a la universidad. Acabé siendo profesora de ballet clásico para niños después de graduarme.

Después de cambiarme, preparé la música en mi móvil, la transferí al equipo de sonido integrado con internet y la dejé en

pausa mientras revisaba el plan de clase en mi cuaderno. Un bufido llamó mi atención y me volví en dirección a la dueña del equipo de música. Isabelle Brennan estaba allí de pie, con una mirada atrevida en los ojos, una sonrisa libertina en la cara y una actitud irritante en el andar.

— ¿Estás mejor, Flora? Tu cuñado me ha dicho con poca antelación que no podía venir a trabajar porque se encontraba mal. — No había ni una nota de preocupación en su tono.

— Hola. Le pido disculpas por no habérselo dicho con antelación.

— No quiero ser indiscreta, pero nuestra política laboral aquí es muy estricta. Nuestros alumnos forman parte de la élite de

Seattle y no quiero que nuestros profesores den un mal ejemplo a estos dulces niños.

Aquel discurso me molestó. Dejé caer los brazos lentamente a lo largo de mi cuerpo y la miré con seriedad. Estaba claro que Isabelle no soportaba la idea de que un hombre no quisiera estar con ella. Y después de experimentar lo que yo sabía que ella había sentido alguna vez, podía entender parte de su rencor.

— ¿Podría ser más clara, Sra. Brennan? No entiendo a dónde quiere llegar.

— ¿Está usted embarazada? — Su pregunta cortó el aire como un cuchillo. — Esa sería una explicación lógica para que Adrian esté contigo. No tiene citas, pero es un hombre honorable.

Me tomé mi tiempo para contestar, sólo para torturarla, viendo cómo su cara se contorsionaba de ansiedad cada segundo que la hacía esperar.

— Bueno, entonces tendremos que encontrar otra razón para que esté conmigo, porque no estoy embarazada.

Su desprecio era palpable y se le escapó una risita cínica.

— Explicado, así que sólo eres gordo. — La malicia en su voz era casi palpable. — No me malinterpretes, pero deberías saber que sus padres sólo se casaron porque su madre se quedó embarazada. De tal palo, tal astilla, ¿no?

Me quedé paralizado, sorprendido. Mi cara revelaba que no conocía esa historia. Adrián nunca hablaba de sus padres y, cuando

salía el tema, siempre dejaba sus historias para sus hermanos y abuelos.

— Oh, no lo sabías... No te contó nada de su familia, imagino... No te enfades, Flora. Nos conocemos de toda la vida, no hay nada que no sepa de Adrian.

Su desprecio me golpeó como una bofetada y quise gruñir, apartando sus manos de mi brazo mientras fingía consolarme. Fue entonces cuando mi primera alumna entró en el estudio, y una sonrisa emocionada iluminó su rostro.

Cogí a la niña en brazos y le besé la mejilla, ignorando el rostro frío de la mujer que estaba a mi lado. Isabelle compartió una mirada entre nosotros e hizo un movimiento exagerado de limpiarse las manos en su impecable vestido.

— Buena lección, profesora Flora. — Dijo, en tono sibilante, antes de marcharse, esbozando una sonrisa venenosa.

Cobra.

Odiaba cada detalle de nuestra conversación, cada segundo en el que insinuaba que yo no era lo bastante buena para él. Probablemente por mi aspecto y mi condición económica, que encajaban a la perfección con su imagen de alguien inferior.

Me tragué mi orgullo, recordando que las familias eran viejas conocidas, e Isabelle tenía las de ganar.

Me concentré en la clase, mientras mis alumnos llegaban, ocupados en colocarse para el calentamiento. Eran preciosos, me encantaba la clase de bebés. Me encantaba ver cómo se esforzaban

por aprender los pasos mientras se divertían con la música alegre que había elegido para nuestras clases.

La primera clase se me ha pasado volando, y he oído los lamentos de mis chicas mientras me despedía de ellas una a una con abrazos y promesas de veros más tarde. He trabajado con cuatro clases en distintos días de la semana; las de hoy eran solo lunes, miércoles y viernes, mientras que las del martes eran solo martes y jueves.

En el descanso entre el final de la primera clase y el comienzo de la segunda, me senté en el suelo tras sacar el móvil del bolso y abrí la aplicación de mensajería.

Adrian: "Llegué a casa sólo para descubrir que habías puesto tus cosas en la habitación de invitados. Esperando una explicación".

El hombre no podía evitar mostrarse autoritario, aunque se esforzaba por no parecerlo.

Reprimí una carcajada y marqué su número.

— Ya he guardado todo en mi armario. — Se adelantó.

— ¿Quién dice que me quedo en su habitación, eh, Sr. Darrell?

— Ahora es nuestra habitación.

Me mordí el labio inferior, luchando por no sonreír como una adolescente enloquecida. El corazón me latía deprisa y la casamentera que llevaba dentro quería volver a la vida.

— El hombre virgen en una cita está compartiendo habitación con una mujer... Qué curioso...

Adrian emitió el sonido que siempre hacía cuando se sentía incómodo, y su expresión se transformó en un ceño agrio.

— No se burle de mí, Srta. Pellegrino.

— ¿Por qué no, Sr. Darrell?

Una sonrisa soñadora y traviesa jugaba en mis labios mientras esperaba llegar a casa y verle. Hacía sólo unos días que no volvía a estar en su casa y ahora yo también me sentía como en casa.

— Lo verás en un momento. Hasta pronto.

Colgamos juntos, con un escalofrío recorriéndome el estómago. Dejé que mi ansiedad se apoderara de mí, sabiendo que todo giraría en torno a él por el momento. Era imposible que mi corazón adolescente pusiera límites cuando aquel hombre avanzaba implacable hacia mí, queriendo tomar mi oxígeno sin piedad.

Dejé la distracción humana que me distraía en un remoto rincón de mi conciencia, sacudida por la presencia de mi hombre indestructible, y me centré en la segunda lección. Mis alumnos eran mayores, entre siete y diez años, y por tanto más comunicativos y participativos.

Fue una excelente noche de trabajo y, al terminar, recibí miradas ansiosas y promesas emocionadas para la siguiente clase. La agente Perry estaba de pie contra la puerta de cristal espejado del estudio, y me sobresaltó su presencia después de cambiarme y recoger mis pertenencias. Los ojos serios y tensos de la mujer no me relajaron.

— ¿Lista para salir, señora?

Asentí con la cabeza sin mucho entusiasmo y dejé que me acompañaran a la salida, agradeciendo mentalmente a Isabelle que no estuviera allí para ver mi paseo de la vergüenza rodeada de guardias de seguridad hasta uno de los todoterrenos negros de Adrian.

33

Adrian Darrell

Capítulo 33

Los problemas no parecían darme ni un minuto de respiro. Aunque intentaba respirar hondo y concentrarme en preparar una cena rápida para Flora, la paz estaba siempre fuera de mi alcance desde que tuve que ir corriendo a Austin. Un mensaje de Garrett despertó todos mis instintos, haciendo que mi corazón se acelerara. Dejé a un lado el cuchillo que estaba usando para cortar tomates y me obligué a realizar un ejercicio de respiración que había aprendido de niña, un truco contra la ansiedad que insistía en tomar el control. Me dirigí hacia el salón y esperé, con la tensión en aumento, hasta que la puerta se abrió, revelando a mi inesperado visitante.

— ¿Qué ha ocurrido? — pregunté, tratando de mantener la voz firme a pesar de la preocupación que latía en mi interior.

Aidan entró con su aire despreocupado, entornando los ojos en mi dirección mientras se ponía la cazadora de cuero que llevaba, como si se deshiciera de una carga. Este era mi hermano: un verdadero espíritu libre, totalmente relajado, en contraste con mi estado tenso y controlador. No podía apartar la mirada del chico rubio, que tenía más altura que sentido común. Se dejó caer en el sofá, su expresión de aburrimiento me resultaba familiar e irritante.

— Según Garrett y su ejército, yo estaba a punto de ser secuestrado. Eso es una exageración, en mi opinión.

Miré a mi hombre de confianza, que estaba a mi lado, y me fijé en el único guardia de seguridad que Aidan había aceptado como escolta. Había sido minuciosamente seleccionado, evaluado y recomendado por Garrett. Ex agente del SWAT, estaba especializado

en secuestros y rescates de rehenes en situaciones extremas. Su presencia supuso un ligero alivio, pero la inquietud persistía.

— ¿Estuviste a punto de ser secuestrada? — pregunté, con evidente preocupación en mi voz.

— Muy cerca, señor. — Jackson, el guardia de seguridad de Aidan, respondió bruscamente. — Tuve que implementar la ruta de seguridad para evitar que llegaran hasta él.

La ruta de seguridad consistía en una serie de lugares estratégicos por toda la ciudad donde los guardias de seguridad podían desplazarse, cambiar de coche rápidamente y escapar sin ser vistos. Normalmente incluía aparcamientos de centros comerciales, hoteles, supermercados o cualquier lugar con entradas y salidas subterráneas. En situaciones en las que sospechábamos que nos

seguían, seguíamos el protocolo y nos dirigíamos directamente al punto de encuentro, que en este caso era mi piso.

Mierda.

Una parte de mí quería sacudir a Aidan por los hombros para que se diera cuenta de la gravedad de la situación. Otra parte, sin embargo, estaba agradecida de que estuviera a salvo. Miré el reloj de mi muñeca y gemí de frustración al darme cuenta de que la hora a la que Flora saldría del trabajo se acercaba rápidamente.

— ¿Se lo has dicho a Tyler? — pregunté, dirigiéndome directamente a Garrett.

Necesitaba una bebida fuerte para soportar la presencia de mi hermano toda la noche hasta que se hubiera comprobado debidamente la seguridad de su piso y de los alrededores.

— Sí, Perry está haciendo guardia fuera del estudio. Debería salir en unos minutos.

— Y en cuanto a ti —señalé a mi hermano, que me miraba fijamente con sus intempestivos ojos azules—, tendrás un equipo decente que te acompañará. No quiero discutirlo, no seré yo quien se lleve un trozo de tu cuerpo si deciden torturarte por dinero.

— ¿Vas a volver con esa paranoia? Eso siempre pasa. Pronto se darán cuenta de que somos impenetrables.

— Nadie es impenetrable, Aidan.

Yo lo sabía mejor que nadie. Mi hermano era demasiado pequeño cuando nuestra vida se convirtió en una auténtica pesadilla y, afortunadamente, no tuvo que lidiar con las consecuencias de las decisiones equivocadas. Alguien se levanta un día y decide que no

eres lo bastante importante como para que te protejan, te cuiden o te quieran, y de repente toda tu vida se derrumba en una avalancha de problemas que apestan a kilómetros de distancia.

— Pensaba que "El magnate solitario" era impenetrable.

— No me tomes en serio, Aidan. Te quedarás con los guardias de seguridad o se lo llevaré a nuestro abuelo. ¿Qué prefieres?

— ¿Tus guardias de seguridad también van a dar un paso al frente?

— No me tomes el pelo, chico. Sería más fácil si no estuvieras en la portada de una revista distinta cada semana, con el titular "¡El multimillonario imbécil!" en letras grandes —exasperado, tomé aire antes de continuar.

Mierda.

Había mimado demasiado a Aidan y había dejado que mi abuelo hiciera lo mismo.

— Camino con una escolta de cuatro guardias de seguridad. Ethan tiene su propio equipo, e incluso Flora ha aceptado ir acompañada de seguridad. ¿Por qué tienes que resistirte tanto a las cosas simples? ¡Esta es nuestra vida, Aidan! ¡Es lo suficientemente grande como para que veas las cosas como realmente son!

La furia me cegó y, en un momento de impulso, lancé el vaso con fuerza contra la pared, impidiendo que fuera lanzado directamente contra mi hermano.

El chico sabía cómo desanimarme. Cuando sus bromas eran sólo infantiles, no me enfadaba, pero él conocía los puntos débiles que le interesaba tocar. Su seguridad era lo único que realmente me

importaba y, sin embargo, no parecía importarle. Aidan vivía en automático, saltando de fiesta en fiesta, emborrachándose y, como recompensa, recibiendo coches de lujo como regalo de nuestros abuelos.

— ¿No te cansas? ¿No es agotador ser el hijo rebelde con padres muertos?

Todos habíamos perdido a nuestros padres. Nunca sacaba el tema porque era sencillamente agotador. Recordarlos era imposible sin sentir el corazón roto. Pero mi hermano parecía aletargado cada vez que llegábamos a ese punto.

No quería ser yo quien diera discursos morales. Estaba lejos de ser un santo, y Dios sabe que todos mis pecados me llevarían al infierno de una vez. Sin embargo, nunca quise que mis hermanos

vivieran como yo. Cada vez que miro a uno de ellos, me doy cuenta de que nos parecemos más de lo que imaginaba.

Aidan no tuvo ocasión de replicar cuando se abrió la puerta del salón y Flora, acompañada de Perry y Tyler, entró en el piso. Mi pelirroja tenía un efecto tranquilizador sobre mí, como siempre. Aportaba una serenidad que lograba domar la tormenta que amenazaba con consumirme.

Sus ojos verdes, cristalinos como esmeraldas, se dividieron entre los hombres presentes y se detuvieron en mí, buscando consuelo.

— Hola, cuñada, ¿cómo estás? — dijo Aidan, y su risa exagerada suavizó el ambiente, haciendo que la situación pareciera una conversación entre viejos amigos una tarde cualquiera.

Flora me miró con un sutil recelo mientras se dejaba envolver por el abrazo de mi hermano. Permanecí en silencio, viendo cómo Aidan la envolvía con sus brazos, diciéndole que sólo nos hacía una visita rápida.

Dios...

No tenía ni idea de los últimos acontecimientos, ni sabía que Flora se alojaba en mi piso. En sus ojos brillaba la curiosidad, mezclada con una pizca de diversión, al igual que la desconfianza que emanaba de Flora al escapar del pegajoso abrazo de mi hermano y dirigirse hacia mí.

— ¿Se encuentra bien? — Al acercarse, sus pequeñas manos se posaron en mi cintura antes de que pudiera preguntar.

— Hola, ángel. ¿Por qué no te das una ducha y bajas a cenar con nosotros?

Sus cejas arqueadas y su expresión pensativa demostraban que no estaba convencida, pero decidió no discutir. Observé en silencio cómo la pelirroja saludaba a los guardias de seguridad y subía las escaleras cada dos pasos, como si la asfixiara la intensidad de las miradas a su alrededor.

— Estaba al otro lado de la calle. — Tyler gruñó cuando Flora desapareció de nuestra vista.

Si el vaso aún hubiera estado en mi mano, habría vuelto a estallar contra la pared. Mi preocupación por Aidan quedó rápidamente relegada al fondo de mi mente mientras miraba fijamente al guardia de seguridad de la mujer cuya posición en mi

vida aún desconocía, pero a la que era demasiado egoísta para dejar escapar. Acabábamos de empezar y algún cabrón quería interponerse en nuestro camino como fuera.

Escuché en silencio, ignorando las miradas interrogantes de Aidan mientras avivaba el odio creciente en mi interior. Tyler y Perry informaron de que Edward había llegado sobre las seis, colocándose al otro lado de la carretera, apuntando a la puerta del estudio. Cuando se acercó la hora de Flora, la introdujeron rápidamente en el coche. Tyler se aseguró de que no nos siguieran; un guardia de seguridad se quedó atrás, vigilando a Edward, que aún permaneció diez minutos frente al estudio de ballet antes de subir a un coche por app.

— ¿Qué pasa, Adrian? — La voz de Aidan interrumpió mi silencio.

No me enfrenté a él, me quedé sentada en el sofá, tirándome del pelo con fuerza, intentando concentrar mi mente en una solución definitiva a esta situación.

Estaba decidido a tratar a Edward Graham con cautela. Pedí a Heitor que concertara una cita a primera hora de la mañana con el padre del ex prometido de Flora. El hombre era un abogado laboralista corrupto, objeto de varias investigaciones sin resolver del FBI. Alguien estaba haciendo un gran trabajo para no atrapar al hombre, o la policía estaba definitivamente en su nómina. Pero eso no me importaba.

No me preocupaba lo que costaría deshacerse de un inconveniente. Nadie se acerca a ella. Moriría antes de que alguien le hiciera daño.

La pesadilla con Flora resurgió en mi mente e ignoré la mirada inquisitiva que Aidan lanzó en mi dirección.

— Que alguien lo vigile a partir de ahora. Quiero saber adónde va, qué come, con quién habla e incluso cada puto pensamiento que tiene. Si tienes que compartir con él el cubículo del váter, que así sea, pero no lo pierdas de vista —ordené, recibiendo automáticamente un asentimiento colectivo de los guardias de seguridad de la sala.

Garrett le murmuró algo a Tyler, y vi cómo Perry lo acompañaba a la salida.

Jackson, dándose cuenta de que no sería de ninguna utilidad en la situación, se despidió, afirmando que comprobaría con su equipo que el perímetro para Aidan era seguro.

— Tienes que irte de ese sitio de mierda; tu edificio no es lo bastante seguro. — Le miré con seriedad, pero no obtuve respuesta.

Respiré hondo cuando vi que mi hermano se limitaba a encogerse de hombros, dándose cuenta de la tensión que emanaba y optando por guardar silencio.

Un problema cada vez, un problema cada vez, un problema cada vez. Me lo repetía a mí misma, intentando organizar los confusos pensamientos que me abrumaban.

— Si quieres ayudar, ve a ver cómo está Ethan y si todo va bien con nuestros abuelos. — Dije mientras me alejaba hacia la cocina.

Necesitaba un poco de espacio, y tal vez, sólo tal vez, encontraría una luz al final del túnel que parecía cada vez más

oscuro.

34

Flora Pellegrino

Capítulo 34

Estábamos tumbados, uno frente al otro, y a pesar de lo avanzado de la noche, Adrián no parecía tener sueño. Sus ojos, abiertos e intensos, reflejaban una inquietud que me producía aprensión. Su porte era disperso y la seriedad de su mirada me hizo mantener una distancia respetuosa durante toda la noche.

La cena con su hermano había sido agradable, una ligera pausa en la tensión que parecía haber entre los dos. Aidan estaba divertido, haciendo esas bromas que incomodaban visiblemente a Adrian, y el abrazo de despedida entre ambos fue largo y lleno de un silencio que hablaba más que las palabras. Los hermanos apenas intercambiaron miradas cuando Aidan nos saludó con la mano, un gesto que parecía encerrar toda la complejidad de su relación.

Estaba claro que la dinámica entre ellos era intensa, marcada por vínculos profundos y a la vez complicados. Aidan era, en muchos sentidos, un niño, mientras que Adrian asumía la responsabilidad de alguien que necesita devolver a su hermano a la realidad. Hoy, sin embargo, Adrian parecía llevar el peso de dos mundos sobre sus hombros, y no era sólo la preocupación por Aidan lo que le atormentaba; algo en mí también parecía estar entrelazado en esta maraña emocional.

— ¿De verdad no quieres hablar? — pregunté, por tercera vez, intentando romper el silencio que se estaba volviendo opresivo.

Al igual que con las respuestas anteriores, mi impenetrable hombre se limitó a suspirar y a mover la cabeza negativamente. Su mano jugó nerviosamente con el dobladillo de mi pijama, que,

aunque no era sexy en absoluto, era la prenda más cómoda que poseía.

— Necesitas abrirte sobre lo que sientes, Adrian... Hay un abismo de palabras no dichas entre nosotros que nos separa.

— Lo sé...

Era consciente de ello, pero aun así prefirió enclaustrarse en su silencio.

Evité hacer las preguntas difíciles, las que podían alterar el frágil equilibrio que intentábamos mantener. Imagínate que le preguntara qué éramos. Probablemente se asustaría y saldría corriendo, como un gato asustado por un ruido repentino.

— ¿Qué te gustaría como regalo de cumpleaños? — bromeó.

Vi cómo sus ojos verdes se iluminaban, aunque fuera por un breve instante, y cómo una sonrisa vacilante aparecía en sus labios.

Se acercaba mi cumpleaños...

En un abrir y cerrar de ojos, me di cuenta de que faltaban sólo cuatro días para esa fecha. La celebración que solía ser la más esperada del año pasaba casi desapercibida, sofocada por la confusión de los últimos acontecimientos que me habían tomado por asalto.

La realidad era que no iba a ser un cumpleaños feliz. A pesar de los esfuerzos de Adrián por animarme, estaba lejos de todo lo que me reconfortaba: mi ciudad, mi familia, mis pocos amigos. Echaba de menos el refugio seguro que encontraba en mi

habitación, rodeada de los libros que había leído tantas veces que casi me sabía cada frase de memoria.

— ¿Una magdalena de vainilla con una vela rosa? — sugerí, intentando esbozar una sonrisa.

— ¿De verdad? ¿Eso es todo? Y yo que pensaba que querrías algo brillante para adornar ese hermoso cuello.

— Prefiero la magdalena.

La risa relajada que siguió fue como música para mis oídos, un sonido que no me había dado cuenta de que necesitaba oír. Adrián me estrechó entre sus brazos y me dejé acurrucar en su pecho. Era cálido y el silencio en la habitación era tan profundo que podía oír el ritmo constante y tranquilo de su corazón.

— Casi me secuestran hace dos años... — Murmuró, con la voz tan baja que apenas podía oírle.

Sentí que sus brazos me apretaban y un escalofrío me recorrió la espalda al oír esta confesión.

Permanecí en silencio, esperando a que continuara, como si mi presencia pudiera infundirle valor.

— Yo era muy testaruda. Mi abuelo había insistido en que siempre me acompañaran guardias de seguridad, pero yo me oponía a esa idea. La mera idea de que hombres desconocidos pudieran invadir mi intimidad me ponía furiosa.

— ¿Y qué impidió que te llevaran?

— A pesar de mi terquedad, mi abuelo se mantuvo firme e hizo que alguien me siguiera a una distancia prudencial. Garrett era

uno de esos guardias de seguridad; intercambió disparos con los delincuentes y consiguió herir a dos de ellos. Uno murió de camino al hospital y el otro fue detenido. Confesó que el crimen se había planeado durante meses. Algunos de sus socios fueron detenidos, pero uno consiguió escapar.

Una oleada de angustia me envolvió mientras escuchaba la historia, la voz de Adrián revelaba el dolor y la ansiedad que cargaba. Era un hombre poderoso en una posición privilegiada; el dinero siempre conllevaba peligros, y ahora lo comprendía más profundamente.

— Ahora Aidan está en la misma situación que yo hace dos años. Conoce el peligro, pero no le importa.

La idea de que su hermano hubiera sido secuestrado esa misma noche me alarmó. En lugar de dejar traslucir mi miedo, abracé más fuerte a Adrian, consciente de que necesitaba apoyo en aquel momento tan vulnerable.

— Todo irá bien. Aidan no es tonto y, en el fondo, estoy segura de que acabará aceptando la seguridad extra.

— Eso espero.

Estaba claro que Adrian estaba cansado. El peso de la conversación y los recuerdos le hacían aún más vulnerable.

Dejé que mis manos acariciaran su rostro. Se sobresaltó al sentir mi tacto, sus ojos verdes se encontraron con los míos mientras lo miraba asombrada. Era tan hermoso.

Su pelo castaño estaba pulcramente cortado, y me pregunté cuándo había ido al barbero, pero su aspecto bien cuidado casaba perfectamente con el brillo sospechoso de sus ojos, que parecían los de un gato asustadizo. Sus gruesos labios formaban una línea recta, que reflejaba su expresión casi siempre seria.

Seguí acariciándole la cara, y Adrian exhaló un fuerte suspiro, cerrando los ojos.

— Has cambiado las cosas para mí, Flora. — Susurró, la sinceridad de su voz me envolvió.

— ¿Para mejor?

— No sé...

La respuesta me desanimó y fruncí el ceño, descontenta. Sin embargo, seguí acariciándolo y él no abrió los ojos, ensimismado.

— Nunca me he acostado con una mujer.

— ¿Por eso no puedes dormir conmigo?

No me sorprendió su revelación. Él mismo ya había dicho que se negaba a tener cualquier tipo de relación romántica. Dormir al lado de alguien era una intimidad que claramente evitaba y, desde aquella pesadilla, apenas había podido descansar a mi lado.

Adrián abrió los ojos y, con un suave movimiento, me cogió la mano, apartándola de su cara.

— Tengo muchas pesadillas. — La oscuridad de sus ojos se hizo gradualmente más profunda.

Quería protegerle de todo, incluso de sí mismo. No podía verse a sí mismo como yo lo veía; de hecho, era un buen hombre, digno de amor y comprensión. No había una sola palabra negativa

que pudiera usar para describirlo, incluso después de tan poco tiempo juntos. Era complicado en niveles y capas que parecían inalcanzables. Adrián no quería que lo rescatara de la torre de piedra en la que se había encerrado; no quería que yo escalara los cientos de metros emocionales que nos separaban.

— ¿Con qué sueñas? — pregunté, quizá creyendo que sabiéndolo podría llegar a él, crear una conexión más profunda.

Pero en lugar de responderme, Adrián me soltó la mano y apartó suavemente mi cabeza de su brazo, poniéndose de pie.

— ¿Vas a quedarte encerrado toda la noche otra vez? — pregunté, alzando la voz para atraerlo.

Se volvió hacia mí y vi la lucha interna en sus ojos.

— No quiero hablar de ello.

— Bien, pero no tienes que encerrarte en el baño para escapar de la conversación. Di que no quieres hablar y respetaré tu decisión.

Me miró fijamente durante un largo rato, como si estuviera sopesando sus opciones. Finalmente, gimió de frustración y se volvió hacia mí, cogiéndome de la mano y llevándonos de vuelta a la cama.

El silencio que siguió dejó claro que ya no estaba dispuesto a hablar, y yo lo respetaría. Había revelado un poco sobre su pasado, expuesto sus preocupaciones por su hermano y confesado que las pesadillas lo atormentaban. Era mucho para una sola noche, y me permití albergar una silenciosa esperanza... Tal vez, sólo tal vez, realmente quería estar conmigo, de verdad.

36

Flora Pellegrino

Capítulo 35

Mientras la mujer que despertaba en mí sentimientos tan intensos dormía serenamente, salí de la habitación con la esperanza de que no se despertara demasiado pronto. Los días de insomnio habían vuelto, más intensos que nunca. Odiaba la sensación de cansancio que me invadía mientras bajaba los escalones, oliendo ya el aroma del café recién hecho. Al menos mi cafetera funcionaba según lo programado.

Vertí el líquido humeante en mi termo, respiré hondo y me preparé para lo que se avecinaba. Garrett estaba en su posición habitual, saludándome con un saludo matutino.

— Edward Graham está en casa. ¿Acompañará a su padre a la reunión?

La perspectiva de que el ex novio de Flora estuviera presente no me atraía, pero me di cuenta de que sería más eficaz si comprendía, de una vez por todas, con quién estaba tratando. No podía permitir que expusiera a Flora de forma irrespetuosa ni que utilizara a mi hermano como chivo expiatorio de sus propios errores. Si tuviera una pizca de dignidad, admitiría que era un cobarde que había arruinado el corazón de una mujer extraordinaria, casi destruyendo sus sueños de un futuro feliz.

— Eso espero. Dejé claro que esperaba recibir ambas cosas.

El coche avanzaba a toda velocidad por las tranquilas calles del centro de la ciudad. Apoyé la cabeza en el respaldo del asiento,

deseando desesperadamente dormir bien. Mi mente era un torbellino en el que se mezclaban hechos y recuerdos, pero Garrett no parecía darse cuenta de mi confusión aquella mañana.

Cuando entré en mi despacho, Heitor ya estaba organizando mis documentos en la mesa y la calefacción estaba encendida. El tiempo había refrescado durante las primeras horas de la mañana, y afuera caía una fina llovizna.

— ¿Ha tenido una mañana difícil? — El tono bromista que empleó no fue bien recibido, y se retiró rápidamente.

— Avísame cuando lleguen mis invitados. Los recibiré en la sala de reuniones y no quiero que me interrumpan.

— Sí, está bien. — Él respondió. — Ethan envió las fotos de la construcción en curso, están en tu e—mail.

— Lo veré en cuanto tenga algo de tiempo.

— El baile de la Fundación Darrell se ha programado para el 6 de noviembre. Se está organizando la subasta benéfica, y muchos simpatizantes ya han enviado artículos de lujo para vender. Tienes que hacer un donativo y entregármelo antes del 1 de noviembre.

Fruncí el ceño, recordando que me había olvidado de la fundación. Las últimas semanas habían sido tan caóticas que apenas había podido encontrar tiempo para mí o para las cosas que realmente me gustaban. Necesitaba unas vacaciones y, en cuanto solucionara todos los asuntos urgentes, me tomaría un tiempo para relajarme.

— BIEN... Veré lo que tenemos de valor y estará en tus manos lo antes posible. ¿Algo más?

— Muchas personas donaron joyas, ropa y artículos de lujo. Pensé que sería interesante que alguien famoso desfilara con los artículos durante la subasta. Creo que unas cuantas mujeres guapas podrían ayudar a aumentar las ventas.

Era, sin duda, una de las propuestas más innecesarias que había oído nunca. Como si Heitor no supiera quién era yo y que mi tiempo era muy valioso. Apreté los ojos, incapaz de discutir, pero me limité a asentir, accediendo a cualquier idea que sugiriera.

— Haz lo que quieras. Sólo dígame lo que necesito saber antes del evento. — concluí, haciéndole un gesto para que se marchara. Pero antes de que llegara a la puerta, una idea pasó por mi mente. — Heitor, resérvame hoy una cita en una joyería Tiffany.

Con un gesto de la cabeza, se marchó, dejándome solo. Sabiendo que mi cabeza no estaba en condiciones de repasar trabajos ni de preocuparme por la bola fundacional, saqué el móvil del bolsillo y marqué el número de mi hermano.

— ¿Has visto las fotos? — me preguntó Ethan.

— No. Llamo por otra cosa. ¿Cuándo volverás?

— ¿Qué ha pasado? ¿Aidan está bien? — Ethan parecía alarmado.

Era otro bastardo paranoico.

— Hermano, ambos nos enfrentamos a una tormenta. Creo que nunca seremos verdaderamente felices.

A diferencia de Aidan, Ethan recordaba bien lo ocurrido en nuestra infancia. Sólo que no estaba al tanto de los detalles que, por

desgracia, yo sí sabía. Por mi parte, preferiría que nunca lo supiera.

— No digas eso. Estás saliendo con una chica maravillosa y admitirlo es un gran paso para mí. — Revela ante mi desesperada declaración.

— Es todo un cumplido.

Acepté agradecida el título de novia, aunque me adapté al hecho de que en el fondo no quería admitir que no era exclusivamente mía. Deseaba tanto que lo fuera que lo sentía como una carga.

— Escucha, su ex está por aquí. La siguió al trabajo anoche. Voy a tener que tomar medidas que quería evitar. — Se lo he advertido.

— Eso es inaceptable. Voy a volver a la ciudad más tarde y me pasaré por la empresa cuando llegue. ¿Qué piensas hacer?

— Revelaré algunas verdades que Garrett ha descubierto, intentaré ser diplomático y negociar. Si eso no funciona, quizá las cosas se compliquen por aquí, y necesitaré que cuides de Aidan si se convierte en un problema.

Nunca fui de las que pedían ayuda, me costaba aceptar que no podía enfrentarme al mundo yo sola. Con Aidan lidiando con un intento de secuestro y Flora siendo perseguida, la carga era demasiado pesada para llevarla sola.

Mi hermano estuvo de acuerdo, intercambiamos algunas ideas sobre negocios en Los Ángeles y colgué. Se acercaba la hora de mi reunión.

Terminé mi café, me abroché la chaqueta azul marino y me ajusté la corbata gris oscuro al cuello. Al abrir las puertas dobles de la enorme sala de reuniones, me encontré de frente con Edward Graham. Estaba sentado junto a su padre, y ambos interrumpieron su silenciosa conversación en cuanto se dieron cuenta de que yo estaba allí.

— Sr. Darrell. — El padre sonaba pomposo.

Con una sola mirada, me di cuenta de que padre e hijo conocían mi identidad y lo que implicaba la reunión.

Dejé caer pesadamente sobre la mesa la carpeta negra que sostenía y me senté.

— Soy consciente de que nuestro tiempo es corto y valioso, así que iré directamente al grano. ¿Ha tenido conocimiento del

comportamiento inapropiado de su hijo hacia mi novia?

Apareció la mirada de sorpresa que yo quería, y Edward, el ex prometido, me miró fijamente, luego a su padre, que parecía furioso mientras miraba fijamente a su hijo.

— También sé exactamente todo lo que pasó entre vosotros hasta el momento en que ella te dejó en el altar. Tu traición provocó su abandono, y es mejor que lo afrontes sin más dramas.

La frase salió con un peso que parecía resonar en la habitación, cada palabra cargada de desprecio. Su mirada se endureció y pude ver la inseguridad en su expresión.

— Estamos hablando de mi prometida.

— Gruñirme no cambiará el hecho de que la perdiste por pura incompetencia. No me culpes a mí, a mi hermano o a Flora. La

deslealtad es una de las cosas que más desprecio en un hombre.

interrumpió su padre, intentando sujetar a su hijo por la manga de la camisa, obligándole a permanecer sentado. La tensión en el aire era palpable, como un hilo a punto de romperse.

— "Señor Darrell", empezó el padre, su voz llevaba un tono de autoridad que ya no impresionaba. — "No sé qué le habrá contado esta chica, pero mi hijo y ella mantuvieron una relación durante más de un año. Ella le dejó sin que él tuviera oportunidad de explicarse...

— ¿Así que niegas que le engañaras el día antes de la boda? — interrumpí, mirándole fijamente a los ojos, desafiándole. El silencio que siguió fue ensordecedor, parecía ahogarse, incapaz de formular una respuesta.

Era un cobarde, y la debilidad emanaba de él como un olor desagradable. ¿Cómo podía Flora involucrarse con alguien tan mediocre? No podía entenderlo. Aquí había un hombre despojado de su arrogancia ahora que la verdad había salido a la luz.

El hecho de que yo estuviera con Flora, y no con mi hermano, pareció afectarle mucho. Aunque Ethan ocupaba un puesto importante en el negocio, no era el cabeza de familia y su poder era limitado, cosa que no ocurría conmigo. Sabían perfectamente cuál era el poder y el peso de la palabra de un Darrell en este país. Y yo les pasaba por encima como si nada.

— Esto es un asunto personal entre mi prometida y yo", dijo el gilipollas.

— Ya no es tu prometida. Tengo que ser claro: es mía, en todos los sentidos de la palabra —declaré, con el orgullo crecido mientras me enderezaba en la silla, ignorando la incredulidad de su rostro.

Estaba preparado para todo. Aquella situación no era sólo una discusión; era una batalla. Lucharía con todas mis fuerzas para protegerla.

Ante el incómodo silencio que flotaba en el aire, dejé que las palabras fluyeran con feroz convicción, cargando cada sílaba con el peso de mi determinación:

— Soy plenamente consciente de los negocios de su familia, y no hablo de meras estafas. La lista de fraudes y evasiones que habéis acumulado es lo suficientemente larga como para enterrar

cualquier reputación. Puedo citar nombres, fechas, documentos... Cada pequeña prueba de lo que habéis intentado ocultar bajo capas de mentiras y manipulaciones.

La incredulidad en la cara de su padre era casi patética, y el orgullo de su hijo se desmoronaba poco a poco.

— No sé de qué me está hablando... — tartamudeó, pero yo no iba a escuchar ese intento de desviar la conversación.

— ¿Qué se cree que es? — le interrumpió su hijo, exaltado, con la voz rebosante de indignación. Pero yo me mantuve firme, sin echarme atrás.

La determinación ardía en mi pecho y no dudaría en hacer lo que fuera necesario para proteger a Flora.

Ante el silencio que se cernía entre nosotros, cada palabra que dejaba escapar era como un filo, cargada como la munición de un revólver:

— Soy plenamente consciente de los turbios negocios de tu familia. Y no hablo de meras irregularidades; la lista de fraudes y evasiones que acumulas podría llevarte a la cárcel, pero los negocios ocultos en los que participas podrían conducirte por un camino tortuoso. Cada secreto que ocultas, cada transacción que crees secreta, está a mi alcance, lista para ser revelada. Si es necesario para proteger a Flora, no dudaré en utilizar esta información.

Los ojos del padre de Edward se abrieron de par en par, incrédulo, cuando Edward, con su postura desafiante, empezó a sentir el peso de la amenaza que se acercaba.

— No sé de qué me está hablando... — intentó desentenderse, pero su voz sonó como un esfuerzo inútil.

La tensión en el aire era palpable, como una cuerda tensa a punto de romperse. No eran sólo un padre y un hijo, eran dos cómplices deshonrados en varios crímenes contra el Estado.

— Si no la dejas en paz, me aseguraré de que te vuelvas irrelevante. Puede que creas que tienes el control, pero yo soy la tormenta que se avecina, y no dudaré en devastar todo lo que conoces. La elección es simple: aléjate de Flora, o tomaré las medidas necesarias para proteger lo que es mío.

Mis palabras fueron pronunciadas con una frialdad que cortaba como el hielo. Una expresión de desesperación comenzó a

dibujarse en sus rostros. Yo no era sólo un oponente; era alguien decidido, y ellos eran mis objetivos.

Cuando hube terminado todo lo que tenía que decir, me levanté y empujé la carpeta negra hacia ellos.

El hombre mayor abrió la carpeta y la primera foto que apareció fue la de docenas de sacos de arroz esparcidos por todas partes, y los tres supimos exactamente que el contenido no era *arroz*.

— Podemos resolver esto amistosamente. — El padre dijo.

— Creo que estoy siendo muy amable, ¿no? Esto podría haber sido entregado en ese programa mediocre que su hijo vendió a su prometida para la exposición nacional. Sin embargo, te di una oportunidad. Este es el futuro de tu familia. Puedo dejar de lado los

esqueletos que guardas en el armario, ignorando la interminable lista de delitos de guante blanco que has cometido. Sin embargo...

El resto de la frase murió en el aire porque no hacía falta proclamarla.

— Cometes un error al querer amenazarme. — Alcanzó a decir el agresor, poniéndose de pie, ignorando la cara roja de su padre.

— Silencio, Edward.

— Papá. — Reaccionó. — ¡Va a volver conmigo!

— Deja de ser idiota. Cierra la puta boca.

Y esperé a que el hombre mayor tomara el control, pero lo que el idiota de su hijo dijo a continuación rompió mi propio

autocontrol. Ya había tenido bastante. Ser diplomático no funcionaría con este desgraciado.

— Dile a esa zorra que no quiero volver a oír su nombre. ¡Pueden irse juntos al infierno!

El hilo de autocontrol que me mantenía en calma se rompió de repente. Avancé hacia la mesa y, con un movimiento firme, agarré a Edward por el cuello, levantándolo del suelo. La madera de la mesa crujió bajo su peso cuando lo empujé hacia atrás, su mirada se convirtió en una mezcla de sorpresa y miedo. Intentó forcejear, pero la fuerza de mi determinación lo inmovilizó. La tensión en el ambiente era casi palpable; yo estaba allí para proteger a Flora, y eso era una clara advertencia: no habría límites a lo que haría por ella.

Apreté la cara de Edward contra la mesa, sintiendo cómo se retorcía bajo la presión a medida que su orgullo se desvanecía. La habitación se llenó de tensión y no tenía intención de echarme atrás.

— Escúchame —dijo con una frialdad cortante—. — Si vuelves a ponerle una mano encima a Flora, no habrá perdón. Puedes pensar que tienes el control, pero en el fondo sabes que estás en una posición frágil.

Tembló bajo mi mirada, la gravedad de mis palabras empezaba a calar. No era una simple amenaza; era una promesa de que haría lo que fuera necesario para proteger a la mujer que amaba.

— Y no lo olvides: si le haces daño, cazaré a toda tu familia, uno por uno. No descansaré hasta que seas cenizas. Tu nombre y

todo lo que amas será borrado de la existencia. ¿Comprendes? La cárcel no es nada para un cobarde como tú. ¿Crees que mi esposa tiene miedo? Me entregó tu cabeza en bandeja, porque al igual que para mí, para ella no eres más que un gusano despreciable.

Para aclararme, le golpeé la cara contra la mesa, viendo cómo el líquido carmesí lo salpicaba todo. Su padre reaccionó por fin, gritando que lo había entendido todo. Mientras recuperaba el aliento y retrocedía, observé la escena en profundo silencio. Era deprimente ver cómo aquel bastardo podía ser peor de lo que yo hubiera imaginado. Un vago, un cobarde y sólo bueno para cambiar la voz con una mujer, porque su postura sumisa ante su padre sólo me hizo darme cuenta de que era una suerte que lo hubieran dejado plantado en el altar.

— "Mi hijo no volverá a molestar a su mujer, señor Darrell", me dijo el anciano, comprendiendo más rápidamente que su vástago el riesgo que corría.

Salieron de mi despacho llevando la carpeta, como si fuera la única copia de todo lo que tenía sobre ellos. Al verlo desaparecer de mi vista, una parte de mí deseaba que se evaporara, mientras que otra mayor esperaba a que hiciera el primer movimiento estúpido para poder deshacerme de él para siempre.

MISTERIO EN SEATTLE: ¿QUÉ FUE DE LOS TRES HERMANOS MULTIMILLONARIOS?

Por Miss J

Queridos lectores, la ciudad de Seattle está sumida en un frenesí de preguntas, y yo, la señorita J, estoy aquí para explorar qué podría estar ocurriendo con los tres hermanos multimillonarios que han sido el centro de atención en las últimas semanas: el Magnate Solitario, el Multimillonario Recluso y el Heredero Arrogante. ¿Qué podría haberles ocurrido?

En los últimos días, la ciudad parece haber enmudecido en torno a estos tres poderosos personajes. Tras una serie de escándalos y peleas que atrajeron la atención, todo se ha enfriado de repente. El Magnate Solitario, conocido por su vida reservada, ha desaparecido de la vista, mientras que el Multimillonario Reclusivo parece haberse escondido tras la tumultuosa pelea frente al Palacio Darrell. ¿Y el Arrogante Heredero? Parece que ha decidido tomarse un descanso de sus extravagancias y polémicas.

¿Qué puede estar pasando? ¿Están los hermanos multimillonarios intentando controlar la imagen de la familia tras el reciente lío? ¿O se están reuniendo en secreto para discutir planes de futuro y evitar nuevos escándalos? Lo que sí sabemos es que la ciudad está ávida de noticias y las especulaciones son moneda corriente.

Los círculos de la alta sociedad también están alborotados. Algunos afirman que podría estar en marcha una crisis familiar, mientras que otros hablan de una posible planificación estratégica para relanzar su imagen pública. Sea lo que sea, lo cierto es que esta repentina ausencia es digna de investigación.

Y no nos olvidemos de la enigmática pelirroja que se convirtió en el centro de atención en la pelea del recluso multimillonario. ¿Podría estar relacionada con la repentina tranquilidad de los hermanos? Puede que los corazones de los multimillonarios estén más entrelazados de lo que pensamos, ¡y la señorita J está decidida a averiguar todos los detalles!

Estad atentos, porque esta historia aún tiene mucho que desvelar. Seattle espera respuestas, ¡y yo estaré aquí para traerte todo lo que

necesites saber sobre el misterio que rodea a los tres hermanos

multimillonarios!

36

Flora Pellegrino

Capítulo 36

DÍAS DESPUÉS

Seattle amaneció preciosa, con el sol brillando en el cielo, aunque el día era frío y algunas nubes oscuras se dispersaban con el fuerte viento. Después de la difícil y lluviosa semana, el viernes se presentaba prometedor; no era un viernes cualquiera, era el día en que cumpliría 23 años.

Como de costumbre, Adrián no estaba a mi lado cuando me levanté. Tardé más de lo habitual entre la ducha y mi rutina matutina, cuidando mi piel con los últimos productos que por fin había conseguido encontrar en una farmacia cercana al piso. Elegí mi ropa meticulosamente, echando en falta algunos accesorios y mi

bota favorita, que seguía en Nueva York. Cuando mi vida alcanzara la normalidad, necesitaría recuperar mis pertenencias.

Pensar en casa me incomodaba. No quería admitir que me pasaría todo el día esperando ansiosamente recibir al menos una llamada de mis padres. Tal vez no debería haberlo esperado, pero era tonta y, desde niña, había albergado la estúpida esperanza de que me cuidarían como yo quisiera. Por otra parte, ahora tenía cuidados de verdad, más de los que había tenido en toda mi vida.

Para mi sorpresa, cuando llegué a la planta baja, allí estaba él. Adrian estaba perfecto aquella mañana. Su pelo, meticulosamente cortado, y su barba, bien recortada pero cuidada, realzaban su rostro. Sus ojos verdes, como dos esmeraldas, brillaban con intensidad y completaban su aspecto de chico malo.

El hombre era naturalmente hermoso, especialmente vestido sólo con unos vaqueros oscuros y una camisa blanca ajustada que modelaba sus músculos de una forma que yo conocía de memoria. Mi estúpido corazón se aceleró y tuve que reclinarme en el sofá para beber con calma la perfección que era mi hombre. Podía decir que era mío, ¿verdad? Siempre gruñía esa frase cuando entraba en mí. Incluso cuando amanecía y me sentía a años luz emocionalmente, Adrián estaba cavando un profundo agujero en mi corazón, dispuesto a hacer su hogar en mí.

— Feliz cumpleaños, preciosa —su voz era ronca, sensual, e hizo que se me calentara la cara.

Dejo que me estreche entre sus brazos, que me huela el cuello como si me olisqueara y que pase su lengua por mi piel desnuda, saboreando mi perfume.

— Perfumado.

Unos gruesos labios se estrellaron contra los míos y recibí mi beso de cumpleaños. Fue un beso agresivo, ardiente y lujurioso, tal y como me gustaba. Apenas había empezado el día y ya estaba en las nubes, suspirando y extremadamente cachonda.

— Pensé que estabas en el trabajo.

— ¿En tu cumpleaños? La verdad es que no. — La forma en que su mano sujetaba mi cara y sus ojos me miraban fijamente me dejó desconcertada. — Un día... quiero darte una verdadera razón para que brillen esos ojitos tuyos. Por ahora... te prometo hacerte pasar un buen día. Sé que todo este cambio en tu vida no puede ser fácil.

— Es toda una promesa, Sr. Darrell. Pero no te equivoques, aunque no quieras, haces que se me iluminen los ojos y se me acelere el corazón, sobre todo cuando me abrazas así.

Sus fuertes manos me rodearon la cintura y una de sus raras y sinceras sonrisas adornó su apuesto rostro, que parecía aún más hermoso sonriendo. Casi nunca le veía avergonzado, y este fue uno de los momentos en que me vi agraciada con una timidez que no sabía que tenía cuando Adrian carraspeó y me besó en la frente.

— ¿Vamos? Tenemos un día para disfrutar.

Sólo pedí un minuto para coger un abrigo y mi bolso. Bajé las escaleras con el móvil en la mano, contestando a algunos mensajes de mis hermanas y Mel. No había ni rastro de mis padres.

Si mi cara mostraba dolor, Adrián lo ignoró cuando entrelazó nuestros dedos y empezamos a caminar juntos hacia la salida. Mis manos hormigueaban en contacto con las suyas. Era la primera vez que caminábamos de la mano, y creo que Garrett se sorprendió tanto como yo cuando nos abrió la puerta trasera.

Me reí para mis adentros, escuchando a Tyler desearme feliz cumpleaños. El agente Perry no estaba hoy con nosotros. Adrian se sentó a mi lado después de intercambiar unas palabras en voz baja con su guardia de seguridad.

— ¿Adónde vamos? — pregunté, con curiosidad creciente.

— Sorpresa, pequeña.

Era viernes y la ciudad bullía de vida. Levanté mi chaqueta vaquera y me pregunté si el vestido floral plisado, que me llegaba

hasta las rodillas, haría juego con el lugar al que me llevaban. Bajé la mirada hacia mis zapatillas y me di cuenta de que estaba a miles de kilómetros de la elegancia que desprendía el hombre que tenía al lado. Incluso fuera de sus caros trajes a medida, la ropa que llevaba gritaba marca de lujo.

En las últimas semanas había conocido un poco la ciudad, tanto a través de Google como de rápidos paseos, y pronto reconocí el puerto cercano a Elliot Bay.

Me quedé callada mientras Garrett y Tyler hacían su trabajo, aunque estaba ansiosa por bajar. Me quedé mirando a Adrian, preguntándome qué estaría tramando. Cuando recibí una sonrisa traviesa, supe que me esperaba una sorpresa.

Tyler abrió mi puerta al mismo tiempo que Garrett abría la de Adrian.

— Disfruta del día, Flora. — Sonrió, usando mi nombre voluntariamente por primera vez, dándome un respiro de su seriedad.

— Estamos avanzando hacia una amistad sincera, Tyler. — bromeé, dándole un golpecito en el hombro, que hizo resonar su risa.

Garrett me dirigió la misma mirada casi cariñosa. Me despedí con la mano de los dos hombres, que al parecer no nos acompañarían, y acepté la mano tendida de Adrian.

Era real; me estaba llevando a su yate. Jadeé al leer "Elise" en el lateral y se me encogió el corazón al darme cuenta del

hermoso homenaje a su abuela.

— ¡Feliz cumpleaños, cuñada! — Me estremecí al entrar en la enorme sala y me sorprendieron los gritos de Aidan.

Por si su entusiasta presentación no fuera suficiente, descorchó champán, salpicando por todas partes y empapando el suelo de la cubierta. Contrariamente a lo que imaginaba, Adrian no estaba insultando a su hermano; parecía estar disfrutando.

¡Un día raro!

Acepté los cálidos abrazos y la copa, pensando que sólo seríamos tres, hasta que apareció en mi campo de visión el desaparecido hermano Darrell, acompañado de una despampanante morena.

— Feliz cumpleaños, Flora. — Recibí un sincero abrazo de Ethan. Nuestra relación se había ampliado mucho después de que me salvara.

Ethan me miró con cariño y dejó sitio a la mujer que tenía al lado.

— Esta es Olivia... Trabaja con nosotros y es casi como una hermana. — dijo Ethan mientras presentaba a la mujer.

— Definitivamente no es mi hermana. La habría ahogado cuando era niña.

— Cállate, grano en el culo. — replicó Olivia a Aidan, con expresión divertida.

Oops, atmósfera tensa detectada.

Me apartaron de los tres hermanos y me llevaron directamente a la parte delantera del yate. Estaba a punto de preguntar por su historia con Adrián cuando oí gritos excitados. Mis ojos incrédulos miraban fijamente a las dos mujeres que estaban a mi lado, rubias y tan hermosas, con casi dos metros de piernas y pecas parecidas a las mías.

Felicia y Fiona.

— ¡Dios mío!

Éramos tres mujeres histéricas abrazadas, y abracé a mis hermanas con tanta fuerza que parecía que hacía años que no las veía, aunque sólo habían pasado unas semanas.

Cuando aflojaron el agarre, volví la cara para buscar al hombre que sabía que era el responsable de que estuvieran allí.

Adrian se limitaba a observar desde lejos, con una sonrisa contenida, las manos en los bolsillos del pantalón. Aidan parecía estar molestándole con algo.

— ¡Estás radiante! — dijo Felicia mientras me tocaba el pelo y se ganaba mi atención. — Dios mío, realmente necesitabas hacer eso que empieza por S.

— No empieces. No puedo creer que estés aquí. Va a ser el mejor cumpleaños.

— Desde luego que lo será. Olivia y su hombre de oro han organizado que vengamos a complementar su día. — dijo Fiona, empujándome por los hombros.

Tras unas cuantas conversaciones animadas, me di cuenta de que Olivia y Ethan estaban ocupados en la cocina mientras el yate

zarpaba. Ignorando la segunda copa de champán que Aidan me empujó, cogí una cerveza de la nevera. Ethan estaba en una pequeña cocina, cortando suculentos trozos de carne roja. Pasé junto a él hasta acercarme a nuestro comandante.

— Gracias por ello, es el mejor regalo que podría recibir. — Pocas veces he tomado la iniciativa de expresar lo que sentía, pero la situación lo requería.

Adrian pareció sorprendido cuando le sujeté la cara y le besé los labios, que sabían dulcemente a champán.

— Mi regalo está en casa, pero me quedaré con el agradecimiento porque me ha gustado mucho. Quizá debería traer a tus hermanas más a menudo.

— Eres increíble, Adrian.

Algo me decía que no tenía ni idea de lo increíble que era, sobre todo cuando fruncía el ceño y miraba hacia otro lado. Conociéndole, no quise presionarle y volví con mis hermanas, que estaban recibiendo mucha atención de Aidan.

— ¿Tanto te molesta? — Olivia miraba fijamente la espalda del chico rubio mientras mis hermanas se reían de sus insinuaciones.

— ¡No vale un céntimo! Es el más joven y el peor de los tres. Casi me caigo de espaldas cuando oí hablar de ti. Pero créeme, si un día Aidan aparece saliendo en serio con alguien, me incineraré de la sorpresa.

Me reí de la explosividad de Olivia y sentí un poco de lástima por mi cuñado; realmente lo odiaba, pero ya sabes lo que dicen del odio y el amor, ¿no? Van de la mano.

— ¿Te has quedado?

— ¿Qué? ¡Nunca! Es un mocoso malcriado que ni siquiera ha dejado los pañales. Prefiero volver con el idiota de mi ex que quedarme con ese imbécil.

Dando golpecitos firmes con los pies, se marchó, un poco indignada por la forma en que lo trataban mis hermanas. Le adoraban. Aidan tenía una manera especial de hacer suspirar a cualquier mujer que estuviera a su lado. Era diferente de sus hermanos; no se trataba en absoluto de su aspecto, aunque era bastante diferente en ese aspecto. El chico tenía buen humor, era divertido, sexy y le encantaba charlar. Diría que no era en absoluto controlador ni estaba obsesionado con el trabajo como sus hermanos, además de ser el único rubio de ojos azules de la familia.

Sólo podía imaginar que se parecía a su madre, ya que Adrian y Ethan eran muy parecidos y me recordaban mucho a su abuela.

Volví con ellas cuando me di cuenta de que Olivia estaba ayudando a Ethan con la barbacoa. Estuve charlando durante horas con mis hermanas y Aidan, riéndome de cada tontería que decía, sobre todo cuando se metía con Olivia, pinchándola todo el rato.

Cuando Adrian ancló el yate en una isla tranquila, salió el sol y el viento sopló con más fuerza. Sentí que la chaqueta me cubría los hombros y me volví para sonreír al hombre que me miraba intensamente. Acepté la cerveza y el beso que me ofreció, encontrándome de un humor relajado mientras me unía y reía con las historias de mi hermano.

Pronto estuvimos todos sentados, comiendo y bebiendo juntos. Me di cuenta de que Felicia y Ethan conectaron rápidamente y me reí, sabiendo que él era su tipo. A mi hermana le encantaban los hombres con mala cara y una cuenta bancaria abultada, lo que encajaba con su condición de abogada criminalista. Fiona, en cambio, parecía resistirse a los avances de Aidan, haciéndose la dura, pero yo lo conocía lo suficiente como para saber que ella estaba interesada.

— Sabía que tenía que haber traído a alguien. — Olivia resopló a mi lado, lo bastante bajo como para que solo yo pudiera oírla.

— Fiona no va a besarle ahora; va a acurrucarse con él todo el día hasta que esté segura de que no puede encontrar a nadie

mejor —me reí mientras susurraba—. No puedo decir lo mismo de Felicia.

Olivia y yo miramos en su dirección, donde Aidan intentaba impresionar a Fiona, con su atención completamente puesta en ella.

Al otro lado estaban Ethan y Felicia, estaban guapísimos juntos, apoyados en la barandilla de la cubierta mientras se besaban.

— Parece que las mujeres Pellegrino son la criptonita de los hermanos Darrell. — comentó Aidan en tono de broma, burlándose de la morena que estaba a mi lado.

Mi hermana puso los ojos en blanco y dio un codazo a Aidan, defendiendo a Olivia. Para mi sorpresa, no se dejó intimidar; levantó el dedo corazón, haciendo reír a carcajadas a Adrian.

El día fue maravilloso. Disfruté de cada momento con mis hermanas y de cada gesto cariñoso del guapo que no me quitaba los ojos de encima. Conocer a Olivia me dio la esperanza de encontrar por fin una amiga en la ciudad. Intercambiamos números de teléfono y me pidió mi Instagram, pero le dije que no lo usaba. Adrián me miró con curiosidad al oírlo, pero guardó silencio.

Cuando desembarcamos en el puerto, estábamos alegres, fruto del alcohol y de una animada conversación. Todo el mundo hablaba al mismo tiempo, intentando hacerse oír, y la cacofonía hacía imposible mantener el tema durante mucho tiempo.

Me reí cuando Felicia aceptó quedar con Ethan en algún sitio. Adrian la miró tan serio que la conversación se interrumpió de inmediato. Era obvio que tramaban algo más tarde, y la reacción de mi impenetrable hombre no dejó lugar a dudas.

Al despedirme de Olivia, la abracé con fuerza. Intercambió una sonrisa cómplice con Fiona, mientras Adrian pedía a uno de los guardias de seguridad que la acompañara a casa. Ella cedió a regañadientes; era difícil decirle que no.

Nos fuimos en coches separados, pero al mismo destino, ya que los hermanos Darrell estaban decididos a no perder de vista a mis hermanas. Tyler se rió al verme sonreír, diciendo que estaba teniendo un día increíble, mientras Garrett se limitaba a mover la cabeza negativamente, mirando a Adrian. Adrian levantó las manos, como para eximirse de culpa. Si tenía más de dos botellas de cerveza, era mucho.

Apoyé la cabeza en el hombro de Adrian, demasiado alta para mantener la distancia, pero lo bastante cerca para no querer

alejarme. Le dirigí una mirada apasionada, deseando que desapareciera todo el miedo de sus ojos.

Capítulo 37

Llevé a mi chica borracha escaleras arriba, dejando a los dos idiotas farfullantes a los que llamaba hermanos a cargo de acomodar a las hermanas de Flora.

— Estoy bien, ya te lo he dicho", intentó engañarme una vez más.

Puse los ojos en blanco mientras abría la ducha caliente. A pesar de las miradas de asco, ella se limitó a desabrocharse las zapatillas y a quitarse la ropa.

— Sólo entraré si vienes...

Una sonrisa sádica, que solía brotar en mí, iluminó el bello rostro de mi chica, y no pude evitar reírme mientras accedía. La

ayudé a entrar en la ducha y, a cambio, me convertí en su espectador, observando cada uno de sus movimientos mientras se desnudaba pieza a pieza, lentamente, como si quisiera prolongar el momento. Su mirada admirativa y sedienta me aceleró el corazón y la tensión entre nosotros fue en aumento.

Flora aún iba a matarme; su inocencia se disipaba, dando paso a una ninfa sensual que me volvía loco. En cuanto ocupé el mismo espacio que ella, fui inmediatamente atacado por sus labios ávidos. Eran besos ardientes, llenos de deseo, de alguien que sabía exactamente lo que quería. La química entre nosotros era innegable, y cada roce suyo me consumía más, haciéndome desear profundizar aquel momento.

Aún no habíamos tenido sexo en la ducha; íbamos dando pasos lentos, explorando cada momento como si fuera un territorio

nuevo. Su determinación por tenerme allí me desestabilizó por completo. Sus pequeñas manos rodearon mi dura polla con una firmeza que demostraba su confianza, un tacto que envió ondas de electricidad por todo mi cuerpo. Un gemido ronco escapó de mi garganta mientras apretaba su cuerpo contra la pared helada de la cabina de ducha, la fría temperatura contrastaba con el calor que latía entre nosotros.

— Quiero mi regalo especial de cumpleaños... — Ronroneó, su voz cargada de malicia, haciendo que mi deseo ardiera aún más fuerte e intenso.

Estábamos jugando con fuego, cada movimiento nos llevaba a un nivel más profundo de intimidad y, sin embargo, todo parecía suceder lentamente. Con habilidad instintiva, gemía en mis labios, sus dedos se enredaban en mis cortos mechones, tirando de ellos

con un deseo casi desesperado. Se estaba volviendo loca, frotando su cuello contra mi cara, gimiendo de placer al sentir los arañazos de mi barba sobre su delicada y suave piel.

Me estaba dejando crecer la barba a petición suya, un gesto sencillo que en cierto modo me asustaba profundamente; nunca antes había hecho algo así por nadie. Cada momento a su lado me hacía cuestionarme qué estaba dispuesto a ofrecer, y la respuesta era clara: todo. Esa nueva faceta suya, más atrevida e intrépida, me atraía aún más, haciendo que mi corazón se acelerara con cada roce, con cada susurro.

— Me estás volviendo loco. Si sigues moviéndote así, te voy a joder aquí mismo.

— Quiero...

Todavía había timidez en su voz, pero el brillo de sus ojos era intenso. Incapaz de resistirme, me dejé hundir dentro de ella. Gritamos juntos ante la indescriptible sensación: húmeda, caliente, muy apretada y loca encima de mí. Flora me besó con fuerza, suplicándome que me moviera.

Cada segundo de este baile me llevaba a un lugar en el que nunca había estado. Ella gritaba, gemía, me arañaba la espalda y me pedía más. Nuestra intimidad subió de nivel, haciendo nuestra relación más agradable y nuestro sexo fenomenal.

Al sentir que sus paredes me apretaban, supe exactamente que se acercaba. Flora gritó mi nombre tan fuerte que supe que nuestros visitantes nos habían oído. Incapaz de continuar, me aparté rápidamente y me corrí con fuerza contra su culo, derramando parte de mi deseo sobre la pared.

— ¿Por qué te lo has quitado? — Parecía muy molesta por preguntarme eso.

Tirándome al suelo, mi pelirroja me miró furiosa.

— Angel... Estaba sin condón. Lo siento... — Como si algo pasara por su mente, se sonrojó.

— Yo... no me di cuenta. Lo siento mucho.

— No, preciosa, no te preocupes. Estoy limpio, aún así fue culpa mía. No volverá a ocurrir.

Nos sentamos en silencio, y aunque intenté apartar mis pensamientos, surgió la idea de tener un hijo con ella. Mierda, nunca había querido tener hijos; me aterraba, aunque fuera con ella...

Al darme cuenta de que soy demasiado cabrón, intenté darle una ducha y disfruté de nuestro silencio. Cuando Flora salió del baño

delante de mí, solté un suspiro pesado. Estábamos más tranquilos, lidiando con la calentura que se había apoderado de nosotros, hasta el punto de que disfrutar era más importante que protegernos.

— El lunes iré al médico. Es hora de hablar con alguien sobre métodos anticonceptivos —oí su voz un poco distante.

Envuelto en una toalla, salí del cuarto de baño para verla salir del armario con unas bragas rosas y una de mis camisas.

— No tienes que hacerlo si no te apetece...

— Quiero... — Su bonita cara se puso roja y Flora se mordió el labio inferior. — Me gustaba sin condón...

La confesión me hizo palpitar la polla.

Sonreí de lado, atrayéndola hacia mí y besando su cuello de dulce aroma.

— Fue la mejor sensación que he sentido en mi vida, el amor. Y es una vida muy larga en términos de experiencias...

— "No quiero oír hablar de tus experiencias, Darrell", gruñó, en tono malhumorado.

Me reí cuando se subió a la cama y me llamó.

— Vamos a dormir un poco antes de que me sorprendas de nuevo. ¿Crees que no me he dado cuenta de que llevas días sin dormir bien? Esta vez voy a vigilarte y no me iré a dormir hasta que lo hagas.

La voz severa no me alarmó, pero la mirada furiosa de sus ojos me produjo aprensión; era la misma mirada que solía dirigirme mi abuelo cuando hacíamos algo mal.

Obedientemente, me tumbé a su lado y sentí el cálido beso en mi frente. Su pequeña mano acarició mi cara. Cerré los ojos, sintiendo la cálida caricia que bajaba hasta mi nuca. Era relajante.

— Eres muy especial, Adrian. Espero que lo sepas. Eres increíble, amor.

Era imposible no temblar por dentro. Evité abrir los ojos para no clavar la mirada en la intensidad de los suyos, pero tenía el cuerpo entumecido y el corazón acelerado. Casi nunca utilizaba los motes que yo solía usar, pero siempre que lo hacía me sentía como un adolescente enamorado. Y realmente lo estaba.

———

Despertarme fue sorprendente. Cuando abrí los ojos, me di cuenta de que Flora ya no estaba a mi lado y me golpeó una

fracción del vacío que sentía cuando yo no estaba. Miré el reloj de la mesilla de noche: eran poco más de las siete. Mierda, si me quedaba en la cama, llegaría tarde.

Su perfume me envolvió incluso antes de verla, y cuando mi pretendiente apareció ante mí, me quedé boquiabierta. Llevaba un vestido de satén rojo hasta la rodilla con una abertura que dejaba ver la suave carne de sus muslos. El escote era de infarto, y su larga melena caía en suaves rizos por encima de los hombros, complementada por un maquillaje impecable. Estaba absolutamente increíble, una visión de la belleza y la sensualidad.

— "No vas a salir así, ángel", dijo, con preocupación mezclada con deseo.

— ¿Por qué es malo? ¿Es malo? — La tensión en su voz me hizo sentir como un idiota por estar celoso.

Sí, era un cabrón celoso, pero no podía evitarlo.

— No está mal; eres demasiado guapa, y ese es el problema. No quiero que alguien muera esta noche.

Puso los ojos en blanco y me dio una palmada en el hombro, riéndose.

— Cállate y prepárate. Tu hermano me dijo la hora de mi próxima sorpresa, y mi hermana me regaló este vestido. Me encanta, ¡sobre todo con los zapatos Saint Laurent que me regaló Aidan!

Sólo entonces me fijé en los tacones de sus pies... Era la encarnación de la sensualidad. Me llevé la mano al pecho, fingiendo

un infarto, mientras ella se reía y se alejaba.

Tras una ducha rápida, me sorprendió ver mi ropa organizada sobre la cama. Su mirada decidida me dejó claro que tenía que ponerme lo que ella había elegido o estaría jodida. Flora seguía paseándose por la habitación, aplicándose más perfume y retocándose el carmín de los labios. Mi atuendo encajaba perfectamente con el estilo fatal que ella había adoptado esa noche: una camisa de vestir de satén negro, unos pantalones italianos de corte impecable y los zapatos de cuero que había elegido.

Mientras me ponía la americana y buscaba el reloj, la cartera, el móvil y las llaves del coche, se me ocurrió una idea. Me dirigí al fondo del armario, abrí la caja fuerte y saqué el regalo que le había preparado.

— ¿Qué es eso? — preguntó, curiosa.

— Ábrela... — Dijo, empujando la caja de terciopelo en sus manos.

Nada podía compararse a su reacción cuando vio el juego de pendientes, collar y pulseras de oro blanco, engastados con pequeños diamantes en forma de corazón.

— Es precioso... — Dijo, tocando las piezas con un brillo de encanto en los ojos.

Ver su reacción me calentó el corazón. Nunca había sentido la necesidad de complacer a nadie, ni siquiera a mis hermanos. Mi abuela era la única que se le acercaba, pero nunca fui capaz de expresar mi afecto como debía. Con Flora era diferente; mi deseo de

hacerla feliz era intenso, casi irracional. Cuando me di cuenta, ya lo había hecho, sin arrepentirme de nada.

La ayudé a ponerse el collar y la pulsera. Sonriendo, vi cómo terminaba con los pendientes y le pregunté qué tal le quedaban. La única respuesta posible fue "¡Perfecto!".

En cuanto bajamos, nuestros hermanos la piropearon y ella se sonrojó, sobre todo cuando Aidan hizo sus típicas bromas. Ethan me sorprendió regalándole un par de pendientes de perlas con diamantes colgando de los extremos, diciéndole inseguro que podía cambiárselos si no le gustaban. Flora estaba encantada y declaró que le encantaban.

Fiona también le había regalado un bolso que, al parecer, le apetecía mucho, y me sentí un poco mal por no saberlo. Al mismo

tiempo, algo dentro de mí me susurraba que no podía controlarlo todo. Quería cumplir todos sus deseos, y verla tan feliz con el bolso me conmovió de una manera que no me gustó.

Cuando llegamos al Palacio Darrell, Flora sonrió al darse cuenta de que íbamos a cenar en la Torre 2 y de que mis abuelos nos estaban esperando. Mi abuela la recibió con un caluroso abrazo y, para mi sorpresa, mi abuelo también la abrazó.

La cena transcurrió sin problemas hasta que llegó Olivia, acompañada de otra persona. No conocía a aquel hombre, pero enseguida atrajo la atención de los cuatro comensales, sobre todo de Aidan, que parecía irritado y no le quitó los ojos de encima en toda la cena, ni siquiera cuando Fiona intentó entablar conversación.

Flora recibió más regalos de Olivia y de mis abuelos. Estaba radiante, sobre todo cuando llegó la tarta y llamó a su amiga Melanie, que le cantó el "Cumpleaños feliz" por videollamada.

— Espero que lo pases muy bien este fin de semana —dijo mi abuela con una sonrisa cómplice, mirándome.

Nos despedimos de mis abuelos con la promesa de volver a vernos pronto. A Elise le encantaban las hermanas de Flora y se preguntaba si a mis hermanos también les gustarían las rubias, que no se parecían en nada a mi pelirroja.

Nos dirigimos a la última celebración en grupo del día. Yo era reacia a terminar la velada en una discoteca, pero Olivia se había ganado a dos aliados que organizaban el día de Flora. Sugerí llevar a sus hermanas a la ciudad, y Olivia negoció los billetes y los planes.

Sujetando a Flora por la cintura, encontramos un camino que nos alejaba de los paparazzi y entramos por la parte de atrás. El Grupo Darrell era socio del club nocturno, y mis hermanos y yo teníamos un palco privado.

La música a todo volumen, el mar de gente y el aire impregnado de perfumes y cigarrillos me golpearon mientras protegía el cuerpo de mi mujer, pensando en cómo acabaría nuestra velada.

Capítulo 38

La risa siempre ha sido la mejor terapia, pero reír en compañía de las personas que quieres es aún más revitalizante. Frente a un enorme espejo, nos retocamos el carmín y nos deleitamos con la exasperación de Adrian. Parecía a punto de explotar, mientras su hermano pequeño disfrutaba de cada momento, burlándose de la situación. Todo parecía contribuir a su frustración: la música alta, las miradas curiosas que nos dirigían, el corte de mi vestido y, por supuesto, la cantidad de bebida que estaba consumiendo.

Los ojos verdes de Adrián me siguieron por todo el reservado camarote. Podía ver claramente su mirada evaluando cada uno de mis movimientos, especialmente cuando bailaba con Olivia al son del *reggaeton*. Realmente necesitaba algo de tiempo para respirar, de lo contrario acabaría perdiendo la cabeza.

— ¡Nunca lo había visto tan inquieto! — comentó Olivia mientras se retocaba el pintalabios rojo y se ajustaba el escote del maravilloso vestido que llevaba. El provocativo corte acentuaba sus curvas, casi haciendo que sus pechos se salieran de la tela. — ¿Había mencionado alguna vez la palabra "salir"?

— No, ¡y no me preocupa! — respondí sin vacilar. En aquel momento, mi única preocupación era disfrutar de cada instante que me ofrecía.

— Ethan es muy... ¡intenso! ¿Por qué un hombre como él sigue soltero? — dijo Felicia, cambiando de tema con una sonrisa maliciosa.

Los tres nos reímos a carcajadas, sobre todo al ver la expresión divertida de mi hermana.

Fiona no se quedó atrás; finalmente cedió a los avances de Aidan, pero no parecía tan implicada. La palabra "compromiso" no salió de su boca cuando expresó sus intenciones: sólo una aventura, y nada más.

— Ese niñato no es el hombre adecuado para meterse en esto, sería demasiado quebradero de cabeza", murmuró refiriéndose a su hermano pequeño.

— Te mereces un premio sólo por aguantarle, enhorabuena — comentó Olivia antes de marcharse.

Felicia corrió tras ella, ansiosa por volver con su *Darrell*, mientras mi hermana mediana me sujetaba del brazo, asegurándose de que estuviéramos solas.

— Di la verdad, ya han tenido sexo, ¿no? — me preguntó.

— ¿Olivia y Aidan? No lo creo. Ella realmente lo odia. ¿Por qué lo odia?

— No soy celoso e incluso estaría abierto a compartirlo, pero me molesta la forma en que mira a la mujer. Su novio también se ha dado cuenta.

Tosí un poco, ignorando la idea de que Aidan fuera compartido, y miré fijamente a los ojos preocupados de mi hermana.

No sería hipócrita si dijera que no me había dado cuenta de nada; allí pasaba algo, aunque quizá ninguno de los dos lo supiera. Aidan sentía una atracción casi infantil por Olivia, le encantaba tomarle el pelo y los dos se peleaban todo el tiempo como niños mimados.

— Quizá deberías darle algo para que mire. Bajemos, pidamos una copa en el bar y disfrutemos de la pista de baile. Si Aidan se parece en algo a su hermano, le molestará al menos un poco que le echen un par de miradas a su increíble cuerpo.

Mis hermanas no estaban acostumbradas a compartir el protagonismo; eran maduras y seguras de sí mismas, pero tenían personalidades fuertes. Fiona castraba a Aidan si, al final de la noche, no había hecho exactamente lo que ella quería.

— Si no me presta la atención que quiero, saldré a buscar a un querido amigo en la ciudad. — *Querido* fue dicho en un tono lleno de malicia.

— No sabía que tenías *amigos* en Seattle.

— Tengo amigos en muchos lugares, Flora, querida. Ahora vámonos.

Con una sonrisita traviesa, mi hermana me cogió de las manos y me sacó del cuarto de baño. Me recibió una mirada suspicaz de Adrian, mientras Fiona fingía susurrarme algo al oído y saludaba a los hermanos. Mi impenetrable hombre trató de alcanzarme, pero Fiona fue más rápida y tiró de mí para que bajara los escalones delante de ella.

— No dejes que te asfixie así. Tienes que demostrarle que tú mandas. No importa su cuenta bancaria o si es dueño de media ciudad.

Seguí el consejo de Fiona y pronto fuimos engullidos por el mar de gente. Oí algunos cánticos baratos, silbidos y hombres graciosos que intentaban arrastrarnos. Fuimos más rápidas y conseguimos llegar al bar.

— ¡Whisky con coca—cola y un *cosmopolitan*! — gritó Fiona, entregando su tarjeta.

Desde donde estábamos, no se veía nuestro palco; la pista de baile estaba a oscuras, iluminada de vez en cuando por un espectáculo de luces, y había una nube de humo con un olor

nauseabundo. Bebimos en silencio, conscientes de que ellos no eran visibles, pero de que podían vernos perfectamente.

Fiona me sacó a bailar y no tardamos en balancearnos al ritmo de una contagiosa música pop. Un poco mareada por la bebida, me reí y me dejé llevar por el ritmo, casi flotando. Me di cuenta de que no estábamos bailando solas; dos hombres se acercaron a nosotras, nos rodearon con sonrisas furtivas e intentaron entablar conversación, pero la música estaba demasiado alta.

Mi hermana accedió a bailar junto a uno de ellos, que parecía simpático, sonriendo cada vez que las luces verdes iluminaban su rostro. Yo, en cambio, mantuve las distancias con el hombre que tenía detrás y empecé a contar mentalmente.

Uno, dos, tres, cuatro...

— ¿Qué crees que estás haciendo? — preguntó una voz familiar.

Me tiraron bruscamente de la cintura, haciéndome perder el equilibrio. No me caí porque unas manos firmes me sujetaron contra un cuerpo irresistible. La luz fluorescente iluminó el rostro de Adrian, revelando la ira en sus ojos. Vaya, ¡eso no ha durado ni diez segundos!

— Bailando, nena... — respondí, intentando sonar seductora. La furia de su mirada se suavizó y su agarre posesivo se relajó lo suficiente para que pudiera valerme por mí misma.

— Has bebido demasiado. Nos vamos a casa.

— ¡No seas aburrido! Quiero quedarme... — Hice un mohín.

Miré a mi alrededor buscando a Fiona y la encontré besando a Aidan. Me reí para mis adentros, sabiendo que los hermanos Darrell eran realmente predecibles.

De vuelta en el palco, me obligaron a sentarme y beber una botella de agua y un refresco. Adrián era reacio a dejarme bailar de nuevo antes de que comiera algo.

La velada fue increíble. Bailé con el caballero enfadado, intercambiamos besos efusivos y apasionados, hasta el punto de que oí a sus hermanos gritar que buscásemos una habitación. Mis hermanas se aferraban a los hermanos Darrell y, en algún momento, Olivia se despidió de nosotros y se marchó con su novio. El cielo estaba despejado cuando llegamos al piso, dormí casi todo el camino y me llevaron en brazos. Unas voces llegaron a mis oídos, ni siquiera pude identificarlas.

Oí unas cuantas órdenes de Adrian antes de desplomarme sobre el mullido colchón.

Capítulo 39

La suerte quiso que el final de octubre trajera sol y, para la sorpresa del cumpleaños de Flora, decidí que un fin de semana en la playa sería ideal. Así que vinimos a Hampton.

Tumbada en una tumbona, disfruto de mi bebida fría mientras veo a las tres hermanas mojarse los pies en el mar. Aunque había salido el sol, el viento era fuerte y el tiempo empezaba a refrescar. El invierno pronto traería lluvia y nieve.

Aidan estaba sentado a mi lado, quejándose de dolor de cabeza, recuperándose de la borrachera de la noche anterior. Para mi sorpresa, Ethan había venido con nosotros y estaba fuera del

trabajo. Era divertido ver a mi hermano disfrutando de un buen rato, sentado en su longboard, mirando al horizonte.

— ¿Qué te ha parecido Fiona? — preguntó Aidan, con voz grave y un tono de mal humor que casi resonaba en la arena.

— Es muy guapa, pero como es la hermana de Flora, será mejor que tengas cuidado. No quiero que arruines mi relación con ella. — Intenté ser serio, sabiendo que la conexión entre los dos podría complicarlo todo.

— ¿Significa eso que seguirá en tu vida? — insistió Aidan, con la pregunta flotando en el aire como una gota de agua a punto de caer.

Giré la cabeza hacia él, tratando de entender qué quería realmente de la pelirroja que sonreía animadamente a sus

hermanas, su risa ligera contrastaba con la intensidad de la conversación.

— Sabes que no nací para el matrimonio y todo lo que le sigue —respondí, tratando de no profundizar demasiado.

— ¿Lo sabe ella? — La insistencia de Aidan me hizo dudar, pero la ignoré. No debía darle ese tipo de respuesta.

— No lo estropees, hermano. Vi lo obsesionado que estabas en la discoteca, como una mosca en un donut. Tienes algo valioso entre manos, más de lo que yo y ese idiota del mar tendremos jamás —dijo, comprimiendo los labios, y sus palabras resonaron en mí como un eco incómodo.

Odiaba que mis hermanos pensaran tan poco de sí mismos; en parte, me hacía sentir culpable. Había crecido siendo el reflejo de

ambos, y ahora me daba cuenta de que cada uno tenía sus propias inseguridades. Aidan y Ethan eran más parecidos a mí de lo que me gustaría admitir, pero seguía luchando contra eso.

Sonreí a Aidan, intentando demostrarle que todo iba bien, y le di un golpecito en el hombro mientras me levantaba, murmurando que debíamos almorzar y dejar las cosas serias para más tarde.

Llamé a Flora, y su sonrisa al acercarse iluminó la habitación, haciéndolo todo más ligero. Me di cuenta de que Felicia seguía de pie, absorta, mirando a Ethan, que flotaba sobre las olas como si estuviera en su propio mundo.

Pronto, mi pelirroja estaba en mis brazos, su sonrisa inocente me tranquilizaba de una forma que no había esperado. Era tan

hermosa; cuando sonreía así, parecía que nada en el mundo era tan importante como estar a su lado.

Aidan, más alegre ahora, abrazó a Fiona y tiró de ella hacia el interior de la casa, riendo y olvidando su mal humor. Mi hermano era un ligón nato, a diferencia de Ethan y de mí; siempre se le ocurría una novia nueva cada tres meses, y se las presentaba a nuestros abuelos como si fueran el amor de su vida. Nunca le tomamos en serio, pero siempre decía que algún día encontraría a la adecuada, casi como un mantra.

Parpadeé, tratando de imaginar qué estaría haciendo si mi fugitiva prometida no hubiera aparecido. Aquel día había cerrado un contrato y me disponía a salir de caza, pero desde que la vi todo se me había olvidado. Ni siquiera se me pasó por la cabeza la idea de hacerle una proposición inapropiada; en apenas unos días a su lado,

me di cuenta de que no era el tipo de mujer que se doblegaría a mis oscuros deseos ni a una relación basada en fríos contratos e intereses económicos.

El almuerzo estaba listo y servido, y sonreí a Lidia, nuestra ama de llaves, que siempre hacía todo lo posible por mantener la casa de Hampton acogedora. Mi hermano pequeño era un visitante asiduo, pero Ethan y yo apenas teníamos tiempo para disfrutar de estos sencillos momentos.

— ¡Dios mío! ¡*Paella*! — exclamó Flora, con los ojos brillantes al ver la mesa llena de platos tentadores.

Rápidamente descubrí que le encantaba la cocina española, y sus hermanas me contaron detalles sobre Flora que yo desconocía, cada revelación me hizo apreciarla aún más. Con mi mente

rebosante de nueva información, sentí como si estuviera conociendo a una persona completamente distinta.

Mientras la observaba, con cada sonrisa, mi corazón se agitaba con sentimientos sofocantes. Flora jugaba con sus hermanas y mis hermanos, y pronto fuimos una gran familia en la mesa, comiendo y charlando animadamente, riendo y compartiendo historias.

Me regalaba momentos que no había tenido en años. No recordaba la última vez que había comido con mis hermanos sin la presión de los abuelos o las discusiones sobre el trabajo. El ambiente ligero y relajado era un soplo de aire fresco.

— Para romper con la borrachera de ayer, ¿qué tal si cenamos esta noche en la terraza de *House*? — sugirió Felicia, y su contagiosa

alegría arrancó un suspiro a Flora, que parecía considerar la idea con entusiasmo.

Pronto el tema giró en torno a nuestros planes para la noche, y la expectación flotaba en el aire. Comí poco, sintiéndome ligeramente ansiosa, con los dedos crispados mientras prestaba atención a lo que decían, pero sin exponer demasiado mi opinión.

De postre, llevé a la mesa una magdalena de vainilla con glaseado de nata montada rosa y una vela. Todos notaron la expresión de sorpresa de Flora, pero sólo yo me di cuenta cuando sus ojos se llenaron de lágrimas al aceptar la magdalena. Cerró los ojos, pidió un deseo y apagó la vela.

Para mi sorpresa, se arrojó a mis brazos y me besó con avidez, con el dulce sabor de la nata montada aún en los labios.

— Es difícil no enamorarse de ti, Adrian Darrell —susurró entre nuestros labios, haciendo que se me helara el estómago.

— No lo hagas, preciosa. Te mereces a alguien mejor. — Mi voz salió más afectada de lo que había pretendido, y odié la expresión de confusión en su rostro. La tensión entre nosotros era palpable, y una mezcla de emociones empezó a burbujear.

Un poco avergonzada, Flora volvió a su asiento, forzando una sonrisa justo cuando mi teléfono móvil empezó a vibrar en mi bolsillo.

— Oh no, estás fuera de servicio, hermanito —se quejó Aidan cuando le pedí que me excusara, con la voz llena de protesta.

Oí risas de fondo mientras Flora permanecía en silencio, terminándose su nata montada. Alejándome de la mesa con el

corazón en la mano, intenté ignorar la confusión que había generado aquel beso.

———

— Un regalo para tus pensamientos. — La insistente voz de Isabelle Brennan llegó hasta mí antes de que pudiera darme la vuelta.

Sentí una oleada de frustración al escucharla, y el impulso de patear la arena en lugar de enfrentarme a ella era fuerte. Allí estaba, como una sombra inoportuna, con esa sonrisa cínica y su perro a cuestas, tan a gusto. Lo que resultaba aún más molesto mientras intentaba concentrarme en una llamada de trabajo que me había dejado ansioso, lidiando con números y plazos. Era el último lugar en el que quería estar.

— No me gustan los dulces —respondí, intentando mantener un tono neutro.

— Ah, siempre dices lo mismo, como si fuera una novedad. — Invadió mi espacio personal, inclinándose para saludarme con un rápido beso en la mejilla. Una invasión que me hizo retroceder involuntariamente, buscando la seguridad de la mirada de Flora, que estaba sentada en el balcón, observando la escena con un semblante que mezclaba curiosidad e incomodidad.

— ¿Qué haces aquí, Isabelle? — pregunté, con una voz más fría de lo que pretendía.

— Tengo una casa justo al lado de la tuya, ¿recuerdas? Hacía un día precioso y decidí aprovecharlo. Pensé que podríamos dar un paseo.

En ese momento, la idea de caminar a su lado me resultaba repulsiva. ¿Cómo podía no darse cuenta de lo mucho que me disgustaba? Mi desaprobación estaba escrita en toda mi cara, un libro abierto que nunca ocultaba. No se me daba bien disimular las emociones; cada sentimiento quedaba al descubierto, y la irritación que sentía hacia ella se hacía cada vez más insoportable.

— No, gracias. Flora me está esperando", dije, tratando de ser firme y directo.

Isabelle arqueó una ceja, con una expresión de desafío en la mirada.

— ¿Así que seguís juntos? Eso es... encantador.

Era hora de poner fin a esta situación. Las insinuaciones de la mujer, que antes eran una molestia, ahora parecían haberse

convertido en un juego peligroso, sobre todo porque Flora, que me esperaba en el balcón, irrumpió con determinación.

— ¿Qué quieres de mí? Dilo claramente, entonces podremos saltarnos esta página de una vez por todas.

— ¿Por qué me tratas así?

— Porque tiendes a hacerme la vida muy difícil.

Se atragantó, su furia empezaba a manifestarse.

— Me preocupo. Nos conocemos desde hace años, así que sé que la mujer que llevas dentro no está a tu altura. No parece estar preparada para nuestro mundo.

El desprecio en su voz era como veneno.

— No entiendes nada de si lo hicieras, sabrías que la mujer que llevo dentro es perfecta y encaja en mi vida de una forma que

tú nunca podrías.

— ¿Crees que es mejor que yo? — La ofensa se cernía sobre cada una de sus palabras.

— Deja que te aclare una cosa: te tolero sólo porque nuestras familias están unidas. Si pudiera retroceder en el tiempo, habría evitado involucrarme contigo. Ahora, por favor, déjame en paz, deja de rodearme y de hacer un papel lamentable cada vez que nos vemos. Extiende la misma cortesía a mi novia. Déjala en paz. Nunca quise nada contigo, ni siquiera hacerte daño. Por el bien de la amistad entre nuestras familias, aléjate de mí.

Las lágrimas brotaron de los ojos oscuros de Isabelle y supe que no era por tristeza, había herido su orgullo. El resentimiento brillaba mientras ella intentaba recuperar su dignidad. Casi

arrepentido, me di la vuelta. Una oleada de alivio me envolvió por haber dicho por fin lo que mi educación nunca me había permitido.

Esperaba que fuera la última vez que me rodeaba.

Fuera de la casa, me esperaba con cara de pocos amigos.

— Odio que forme parte de tu pasado, porque yo también empiezo a odiarla. Sé que no tenemos nada, después de todo, aunque todo el mundo piensa que estamos saliendo, nunca hablamos de ello. Aún así, si terminas en la cama de Isabelle, podría cometer una locura que incluya que te corten el pene.

— Entendido, ángel.

Flora torció el labio y pataleó tan enfadada que ni siquiera me di cuenta de que teníamos público. Nuestros hermanos estaban

abrazados, viendo una película en el televisor del salón y me miraron disimulando la risa.

— Hombre, estás jodido. Está loca. — Aidan se echó a reír.

Por loco que fuera, me excitaba su muestra de celos. No pude ocultar mi sonrisa sádica mientras la seguía a nuestro dormitorio. Dicen que el sexo de reconciliación es el mejor, y yo estaba a punto de demostrarlo.

Capítulo 40

SEMANAS DESPUÉS

Entre probadores, elegí por fin el vestido perfecto. La angustia y la desesperación de no encontrarlo en la víspera del baile benéfico anual del Instituto Darrell casi me consumen. El nerviosismo se reflejaba en cada latido de mi corazón mientras parpadeaba con los ojos llorosos, mirando fijamente mi imagen en el espejo. Era imposible no recordar cada momento de mi vida hasta entonces. ¿Cuántas veces había deseado sentirme así? Con las manos temblorosas, sudando de ansiedad y el corazón acelerado, apenas podía creer que me enfrentaba a algo tan especial. Mi garganta seca y mis ojos ardiendo de emoción eran la prueba de

que por fin podía ver, reflejada allí, la felicidad que había estado esperando.

Cuando era adolescente y soñaba con el matrimonio, éstas eran las emociones que esperaba sentir. Pero no me daba cuenta de que un miedo terrible me asaltaría a cada segundo, como una sombra inoportuna. ¿Y si me deja? La pregunta martilleaba incesantemente en el fondo de mi mente, sobre todo en las noches en que me acostaba junto a él. Observar lo hermoso que era, recibir una de sus sonrisas contenidas, tan raras y sinceras. Era un doloroso contraste entre la felicidad del momento y el miedo al futuro.

Mi relación con Adrian Darrell iba, sorprendentemente, bien. La fluidez de nuestros días era como un soplo de aire fresco en mi vida, incluso con las innumerables cosas que quedaban por decir y las etiquetas que nunca se mencionaban. Había una suavidad en

nuestro día a día que me hacía sentir que formar parte de su vida era algo natural. Me encontré inmersa en una rutina que nunca pensé que tendría: compañía, conexión y risas compartidas. Cuando pensé en el matrimonio, no me di cuenta de que los matices que vendrían después serían tan intensos.

Adrian me estaba haciendo madurar de una forma palpable. Después de aquel fin de semana en Hampton, cuando mis hermanas me estrecharon en largos y cálidos abrazos, me di cuenta de que realmente había cambiado. Lo decían con un brillo en los ojos, y yo sentía la misma verdad resonando en mi interior. No era una vida de cuento de hadas, aunque me viera con aquel vestido deslumbrante, pareciendo una princesa de una película de Disney. Sin embargo, sabía que la realidad era mucho más atractiva. En mis cuentos de hadas, no esperaba experimentar un sexo devastador, una intimidad

aterradora y una pasión que lo consumiera todo. Adrián solía decir que yo era como una hoguera cuando me ponía nerviosa; poco sabía él de que me prendía fuego constantemente.

— Oye, ¡sal y déjame verla! — la voz ansiosa de Olivia entró por la puerta del probador, acompañada de golpes impacientes. Sonreí internamente, con el corazón latiéndome de alegría. Todo parecía perfecto y la expectativa de que pudiera ser aún mejor era electrizante.

Olivia estaba casi eufórica fuera. Le agradecí mentalmente la creciente amistad entre los dos y su paciencia al acompañarme en estos momentos. Para ella parecía una gran celebración, sobre todo porque Adrian me había entregado por la mañana una tarjeta de crédito con órdenes claras de comprar todo lo que quisiera. Era como un regalo de un mundo que apenas conocía.

— Dios mío, ¡estás preciosa! — exclamó Olivia, con sus ojos castaños brillando al verme. Me levantó el dedo índice y me ayudó a darme la vuelta. Sonreí, un poco avergonzada, mientras sus aplausos resonaban en el reducido espacio del probador. La dependienta que estaba detrás de ella asintió y mi corazón dio un salto de alegría.

Era un vestido de precio desorbitado, y me esforcé por no mirar la etiqueta mientras me lo probaba. Sin embargo, era imposible ignorar que costaba más que mi sueldo mensual, y la realidad de llevar una prenda tan cara me intimidaba un poco.

— Sólo hay que ajustar el dobladillo, ¡pero está perfecto! — La vendedora, siempre atenta, sonrió exultante. El éxito de aquella venta la hacía estar radiante, y yo no podía evitar sonreír junto con ella.

Dejé que la joven ajustara el dobladillo, mientras mis ojos se desviaban hacia el vestido dorado que llevaba Olivia. Estaba guapísima, y si no hubiera sido tan simpática, me habría puesto celoso de su cercanía a Adrian. Pero estaba claro que sólo eran buenos amigos, casi hermanos.

— ¡El verde hace juego con tus ojos! — dijo Olivia, con los ojos bailándole de emoción. — ¡Tendremos que buscar unos zapatos de tacón para terminar!

Parecía tan emocionada que no pude evitar reírme. El vestido que había elegido era sólo el quinto que me probaba, e incluso después de encontrarlo, seguí probándome tres más, sólo para asegurarme de que era realmente el elegido. La tela de satén *duchesse* se amoldaba perfectamente a mi cuerpo, acentuando mi figura, con una provocativa abertura en el lado derecho. No tenía

tirantes, pero la dependienta me dijo que podía añadir unos tirantes finos, lo que me entusiasmó aún más.

— Puedo usar el San Laurent que me regaló Aidan — comenté, y la mención del nombre hizo que Olivia se encogiera de hombros, un gesto que no pasó desapercibido.

Tratando de forzar la situación para averiguar el origen del problema entre ellos, Olivia se limitó a decir que no valía un dólar y que sometía a nuestros abuelos a un gran estrés con su comportamiento rebelde. La indignación en su voz era clara, y parecía haber un profundo resentimiento tras sus palabras.

— ¡Nada de repetir zapatos! Es tu primera vez en el baile benéfico y tienes que saber que los invitados no son tan simpáticos como nosotros. Piensa en un montón de gente tacaña hasta el

último pelo, ¡fingiendo ser buena gente haciendo obras de caridad! El baile es una demostración del poder de la flor y nata de Seattle. Probablemente se batieron a muerte para comprar los objetos de la subasta.

La subasta. La mención de este acontecimiento me puso nerviosa, recordando que hacía dos noches Adrián había llegado a casa de un humor terrible, diciendo que si pudiera se evaporaría de la Tierra. Entonces me soltó un dato que no hizo más que aumentar mi ansiedad: tendría que ayudarle con la subasta haciendo desfilar una de las joyas que se subastarían.

— No me estás ayudando. — Dije, tratando de contener mi preocupación.

— ¡Sí, estoy ayudando! Sólo tienes miedo. Ahora cámbiate y vamos a buscar zapatos y cualquier otra cosa que encontremos por el camino. — respondió entusiasmada.

Me reí de su entusiasta forma de comprar y, tras quitarme el vestido con la ayuda de la dependienta, volví a vestirme rápidamente. Mientras Olivia me explicaba más cosas sobre la subasta, las atracciones y el mencionado desfile de moda, mi alivio aumentó cuando supe que ella también participaría. Lo hizo todo un poco más llevadero.

— Parece que estamos a punto de llegar y nos llevarán a la sala de seguridad, donde están los objetos. El asegurador separará nuestras joyas y las guardaremos hasta el final del baile —explicó Olivia—.

— Espero que no me den nada demasiado caro", murmuré, poniendo los ojos en blanco, viéndola disfrutar de mi nerviosismo.

Continuamos nuestra saga. Aunque estaba agotada, me probé todo lo que Olivia me había preparado y, cuando elegí unos tacones plateados que costaban casi el doble que el vestido, no me lo podía creer. Casi me desmayo cuando vi el bolso a juego, igual de caro, un diminuto clutch con una pequeña tira de piedras en el que apenas cabrían mi móvil y mis documentos.

Era la primera vez en mi vida que me daba cuenta del mundo en el que vivía Adrian Darrell. Por primera vez, sentí una inmensa distancia de todo aquello. No era una chica que se volviera loca por las cosas caras; nunca pensé que tendría esa realidad. Caminar junto a un hombre como él, ir a los lugares que frecuentaba, me hacía sentir inadecuada, como si necesitara un baño de tienda antes

de introducirme en su mundo. Incluso con los artículos nuevos, me sentía como una falsa.

Olivia parecía estar en el paraíso, disfrutando de una copa de champán bien frío mientras se probaba zapatos. Insistió en que me llevara más cosas, pero me sentí fatal por comprar algo que no fuera absolutamente necesario.

— ¡Tienes que parar esto! Sé que es aburrido, pero Adrián tiene un montón de citas importantes y tú vas a acompañarle a todas ellas. Déjate mimar, ya que te harás el favor de aguantar terribles horas en aburridas reuniones sociales —dijo, con la voz llena de convicción.

Me quedé pensando en lo que decía, sintiendo que se me revolvía el estómago de ansiedad. Todo el mundo nos veía como una

pareja que duraría, pero era como si un reloj hiciera tictac en mi cerebro, a punto de pitar y advertirme de que un día los cuentos de hadas se acabarían, como había ocurrido con Cenicienta. Pero al final estaban juntos —me susurró una vocecita traidora, y aparté la esperanza al fondo de mi mente.

Tras pagar y recibir sonrisas de despedida y deseos de "vuelva pronto", caminamos juntos, cargados con nuestras bolsas. El otoño había llegado con toda su fuerza, amarilleando las hojas de los árboles y decorando la ciudad con una vibrante paleta de hojas y flores en cada rincón cercano a los parques arbolados.

Decidimos parar a tomar un café de camino a la sede del Grupo Darrell. Olivia me había invitado a ver su obra, y mentiría si dijera que no me hacía ilusión conocer el lugar donde él era el rey.

Estábamos en un pequeño y encantador café bistró, decorado para la llegada del otoño. El olor a café recién hecho me cautivó, y sonreí entusiasmada cuando nuestra camarera nos trajo el menú, tomando nuestros pedidos con una sonrisa de bienvenida.

— ¿Vendrán las chicas al baile? — pregunté, curioso.

— Felicia sí, parece que Ethan insistió mucho. Fiona no podrá venir, tiene una vista importante el día antes, así que ni hablar — respondió Olivia, poniendo los ojos en blanco.

— ¿Es en serio lo de Fê y el multimillonario solitario? — bromeé, riéndome de la referencia.

Los dos nos reímos del apodo, sabiendo que la prensa estaba encima de Ethan después de que Aidan publicara una foto en sus

historias de Instagram, en la que Felicia y Ethan aparecían abrazados al fondo.

— No lo creo. Ambas sabemos que los hombres Darrell son un poco reacios a las relaciones, y mi hermana no es alguien que vaya a casarse algún día —comentó Olivia, con aire pensativo.

— ¿Hay alguna historia detrás de esto? — Arqueando las cejas, traté de entender más.

Llegaron nuestras bebidas calientes, y el chocolate humeante que pedí era justo lo que necesitaba. Aunque era muy dulce, no pude resistirme a pedir un trozo de tarta de terciopelo rojo con chocolate blanco para acompañarlo.

— No lo sé. No estábamos muy unidas hasta que empecé una relación con mi ex. Mis hermanas nunca salían con nadie y siempre

parecían demasiado autosuficientes —confesé mirándome las manos —.

— Las mujeres fuertes son difíciles de amar porque son muy exigentes. Es una cualidad —replicó Olivia, y yo permanecí en silencio, meditando sus palabras.

Era como mis hermanas: tenía una carrera de éxito, no necesitaba un hombre a su lado y parecía vivir plenamente. ¿Por qué yo no podía ser como ellas?

— Eh, ¿qué pasa? — preguntó Olivia al darse cuenta de mi silencio.

— No es nada —respondí rápidamente, apartando las lágrimas que amenazaban con aparecer. Forcé una sonrisa y cogí mi chocolate caliente.

— Eres muy fuerte, Flora. Estás reconstruyendo tu vida lejos de la comodidad de tu hogar, lejos de tu familia. Dejaste una iglesia abarrotada y te alejaste, negándote a vivir en un matrimonio infeliz. Dios sabe que necesitas mucho coraje para hacer eso. Encima de todo, te enfrentas a la bomba de relojería que es Adrian. "Sé que no es fácil", dijo Olivia, con voz suave.

Parecía leerme con facilidad. Su sonrisa condescendiente y la forma en que me cogió la mano por debajo de la mesa me reconfortaron un poco.

— No es tan malo", bromeé, tratando de aligerar el ambiente.

— No se lo digas, pero ese hombre me ha asustado desde el día en que lo conocí. Era un mocoso, pero su actitud era altiva, como si fuera el dueño del mundo. Tardé más de un año en mirarle

a los ojos sin sentir un escalofrío en el estómago —confesó Olivia, riendo—.

— Vaya, ahora estoy sorprendida. Estás tan cerca", respondí, asombrado.

— Hoy sí, pero créeme, no estamos cerca. Todo lo que sé de su vida personal es lo que leo en los titulares. Mi cercanía a su familia me hace estar al tanto de las cosas que pasan entre bastidores. Lise me adoptó como su nieta después de que Nathan me llevara a la primera fiesta en su casa. Los tres Darrell llevan profundas cicatrices, pero tú estás logrando lo imposible —explicó Olivia, con una mirada alentadora—.

— Nunca me habla de su pasado — respiré hondo, sintiéndome un poco mal por compartir esto.

— ¿Cómo estás de enamorada, Flora? — Su pregunta me cogió por sorpresa.

Me reí para mis adentros, reflexionando sobre lo enamorada que estaba. Era casi patético cómo aquel hombre me tenía envuelta en su meñique sin mucho esfuerzo.

— Como diría Adrian: por el amor de Dios", respondí riendo.

Olivia se echó a reír, conocedora de mi aversión a decir palabrotas y de cómo me estaba convirtiendo en una vaga viviendo con Adrian y, sobre todo, con Aidan. De cada diez palabras que decía, siete eran palabrotas y el resto argot dudoso.

— Así que ten paciencia. Haz que se sienta amado, Flora. Quiérele y espérale. Cuando llegue el momento, Adrian se abrirá", le aconsejó Olivia con una cálida sonrisa.

Capítulo 41

Recibí unas fotos de Olivia, en las que se apreciaban claramente los rasgos dubitativos de Flora, tomadas en una tienda que estaban explorando. Los mensajes que acompañaban a las imágenes eran directos: "No la estás mimando como es debido". Dispuesta a preguntar qué significaba aquello, no tardé en preguntar dónde estaban. Para mi sorpresa, estaban aquí, en la sede de mi oficina.

Fue un torbellino de descontrol emocional que me consumió, como si fuera un adolescente en la pubertad, y en cuestión de segundos me encontré moviéndome rápidamente en su busca. Heitor se quedó confuso cuando pasé a su lado como un huracán.

En cuanto tuve tiempo de escuchar sus demandas, grité para que detuvieran el ascensor. Annica, mi ayudante, parecía a punto de estallar, pero se limitó a asentir cuando entré. Pulsé el botón del departamento financiero y golpeé los pies con ansiedad mientras el ascensor subía. Cuando las puertas se abrieron en la planta de Annica, se despidió con un rápido gesto de la mano, con una expresión de alivio mezclada con preocupación. Sonreír fue mi único consuelo, un placer sádico que no pude contener.

Mi siguiente parada fue la planta de Olivia. Como de costumbre, el departamento estaba lleno; la gente corría de un lado a otro y algunas risitas llenaban el aire. Entre ellos, vi a Flora charlando con el *pequeño pavo* real de Olivia: uno de los nuevos contratados de finanzas, que me había aburrido en una agotadora reunión semanas atrás. Apreté los puños, una mezcla de fastidio y

ansiedad hirviendo en mi interior al notar cómo el chico tocaba los hombros de Flora cada vez que hablaba. El simple acto me inquietaba.

— Mira quién está aquí. — Olivia fue la primera en fijarse en mí y su radiante sonrisa iluminó la habitación.

Me recibieron con sonrisas emocionadas tanto el chico como Olivia, pero la sonrisa de Flora era tímida y contenida, una expresión que me estrujó el corazón. Actuando como el idiota que sabía que era, tiré de ella hacia mí cuando estuve lo suficientemente cerca. Flora jadeó contra mí, pero devolvió el cálido beso que deposité en sus labios, una conexión que siempre me tranquilizaba.

— Te he echado de menos, ángel.

— Buenas tardes, señor Darrell. — La voz del chico interrumpió nuestra pequeña interacción, y el impulso de darle un puñetazo surgió como un instinto primitivo.

Extendió la mano, ansioso de reconocimiento, y yo se la estreché con firmeza, haciendo ademán de apretarle los dedos hasta que la incomodidad se le reflejó en la cara. El chico se puso pálido y retrocedió dos pasos en cuanto lo solté, mientras Olivia contenía la risa, observando la situación con diversión. El mensaje era claro: mantén las manos alejadas de mi mujer.

— Vamos a enseñarle el salón a Flora. Se muere por un café. — Olivia dijo.

Flora me miró un poco confusa, pero no dijo nada mientras nos dirigíamos al salón.

Cada sector disponía de una enorme sala de descanso equipada con cómodos sofás, mesas de comedor y máquinas expendedoras de bebidas. También había amplios aseos con duchas para casos de emergencia. Me senté a la mesa, observando en silencio la interacción de las dos mujeres mientras entablaban una animada conversación.

Mientras los observaba, me invadió una oleada de reflexión. Era la primera vez que algunos empleados me veían con una mujer, y más aún, era la primera vez que una mujer con la que mantenía una relación visitaba mi trabajo. Definitivamente, Flora me estaba haciendo vivir muchas "primeras veces", y esta experiencia era tan emocionante como aterradora.

———

Con un vaso de whisky entre los dedos, eché un vistazo a la peculiar interacción en el balcón de mi salón. Mi abuela se volvería loca al saber que Ethan y Felicia seguían en contacto; sería una gran victoria para ella que dos de sus tres nietos tuvieran relaciones. Felicia se rió de algo que dijo Ethan, y él la acompañó con una risa despreocupada, una escena que parecía sacada directamente de una película bizarra, ya que mi hermano rara vez aparecía en compañía. Estaba extrañamente tranquilo y relajado en presencia de la hermana mayor de Flora, como si la tensión habitual se hubiera disipado.

Miré hacia las escaleras cuando vi bajar a Flora, como un novio ansioso esperando a su novia. Su imagen era la de un ángel invadiendo mi vida, vestida de blanco, y no pude evitar recordar

cómo se había convertido en la persona a la que no podía dejar escapar.

— Vaya, no sé si merezco estar acompañado por una mujer tan hermosa. Estás increíble, amor.

Flora parecía una princesa salida de un cuento de hadas, y su rostro se sonrojó ligeramente ante el cumplido, algo que ni siquiera su maquillaje pudo ocultar. Estaba perfecta. El precioso vestido se amoldaba a su cuerpo y su cabello caía en suaves rizos sobre sus hombros, dejando al descubierto su delicado cuello. Su piel casi translúcida era una invitación, una parte de su ser que me encantaba explorar con besos y caricias.

— Usted tampoco está tan mal, señor Darrell —replicó mi tímida chica, sonriendo de lado mientras me arreglaba la pajarita y

sellaba nuestros labios con un ligero beso.

Me agarré con fuerza a su cintura, desesperado por tener más contacto. Exhalaba un perfume que me mareaba, y era tan hermosa que aplaudir sus cualidades no me parecía suficiente ante el torbellino de sentimientos que afloraba cada vez que me perdía en sus ojos claros.

— Ah, estás preciosa, Flora.

El cumplido de Felicia nos sacó bruscamente de nuestra burbuja y pronto nos vimos inmersos en una conversación fluida. Las chicas tomaron la iniciativa hablando de zapatos y bolsos, mientras Ethan permanecía a mi lado cuando salíamos del piso. Una sonrisa casi feliz bailó en su rostro cuando entramos en el ascensor,

lo que me hizo preguntarme si así se sentía la gente normal al salir en grupo.

Era la noche del baile anual del Instituto Darrell, un evento destinado a recaudar fondos que se distribuirían entre varias ONG especializadas en la investigación y el desarrollo de vacunas para enfermedades raras. Cuando llegamos, era imposible ignorar el ajetreo de los periodistas y los flashes. Durante todo el tiempo que estuvimos juntos, evitamos que nos fotografiaran, a pesar de que los rumores sobre una posible novia habían surgido durante nuestra estancia en los Hamptons. No estaba seguro de si Flora se imaginaba lo que estaba por venir, pero la expresión de la cara de Felicia dejaba claro que sabía muy bien lo que le esperaba cuando bajáramos del coche.

El pánico se desbordó de los ojos verdes de Flora mientras yo le cogía la mano fría y le besaba suavemente el dorso, tratando de transmitirle seguridad. Ella salió del coche con recelo y yo me incliné sobre su cuerpo, besándole la frente.

— Sonríe, amor. Si van a hablar de nosotros, que sea por buenas razones.

Odiaba el circo que rodeaba estos acontecimientos. Cuando se inauguró la Torre 2, me salté la alfombra roja, pero hoy se trataba de la institución que fundé y cuido con tanto celo. No podía ignorar sin más la posibilidad de que los medios de comunicación valoraran positivamente el proyecto, aunque algunos se comportaran como buitres en busca de carroña.

— Será rápido. Sonríe, no contestes nada y posa para unas fotos con tu hermana. Todo irá bien.

Pronto nos encontramos en la alfombra roja, perdidos entre los flashes. Antes de que pudiera prestar atención a la prensa, me coloqué para unas cuantas fotos junto a Flora, que temblaba en mis brazos, con una sonrisa congelada en el rostro. Compartí algunas fotos junto a mi hermano, y los cuatro posamos juntos, intentando parecer relajados.

Cuando me pareció suficiente, le pedí a Ethan que se llevara a Flora lejos de los flashes y el alboroto. Allí destacaba un pequeño escenario ornamentado, y me detuve en mi posición para permitir que una reportera, con su ostentoso micrófono, le hiciera preguntas.

No intenté esbozar una sonrisa, pues sabía que sólo saldría una mueca. En lugar de eso, seguí el consejo de mi asesor, adoptando una cortesía casi exagerada, esforzándome por ser más amable de lo que realmente soy.

— Sr. Darrell, buenas noches. Soy Emilly Carter del Canal 15. ¡Buenas noches! ¿Cuáles son sus expectativas para el baile de este año?

Finjo un interés que casi me cansa mientras la miro fijamente.

— Buenas noches, Emilly. Las expectativas son altas. Tengo la esperanza de que podamos recaudar grandes donaciones para los proyectos que apoyamos. El Instituto Darrell, en colaboración con laboratorios de investigación como Medicine in Progress, está a

punto de conseguir importantes logros que beneficiarán a toda la sociedad.

— Esta es la quinta edición del baile. El tema de este año es "Baile de Gala". ¿Podemos esperar un momento tan grandioso como la fiesta de inauguración de la Torre 2?

— Hacemos todo lo posible por ofrecer un evento increíble a nuestros invitados. De hecho, este año utilizaremos el espacio recién inaugurado en la ampliación.

— Grandes personalidades fueron invitadas al acto. Sin embargo, usted llegó acompañado de una joven que no forma parte de la plana mayor de Seattle. ¿Cuánto tiempo lleváis saliendo?

Era buena, eso era innegable. La sonrisa de Emilly transmitía que no se rendiría tan fácilmente. Canal 15 vendía cotilleos de

famosos, y aunque yo no lo era, mi hermano pequeño siempre nos ponía en el punto de mira, con sus noches de juerga reflejándose más que nuestros negocios.

Daba igual la respuesta que diera; sabía que Flora estaba jugando a este juego conmigo y me sentía como un cabrón por exponerme. Así que decidí limitarme a esbozar una sonrisa pretenciosa y saludar con la mano a los demás periodistas que intentaban acercarse.

— Tengo que entrar ahora, Emilly. Hasta luego, Emilly.

Garrett y Tyler me pisaban los talones cuando me di la vuelta, esquivando los flashes, y me dirigí hacia las puertas dobles que conducían a la Torre 2.

Capítulo 42

Fue fácil encontrar a Olivia cuando Ethan nos acompañó al hotel. La Torre 2 era preciosa, y la decoración en oro y rosa combinaba a la perfección. El lugar ya estaba lleno, y pronto Felicia y yo fuimos arrastradas por Olivia a una de las habitaciones.

— Estoy muy nerviosa", confesé mientras cerraba la puerta tras nosotros.

La sala estaba llena de gente, con charlas, risas excitadas y algunas miradas serias dirigidas a nosotros.

— ¡Flora ha llegado! — anunció Olivia, como si formara parte de un séquito.

Algunas personas miraban con curiosidad, mientras que otras parecían desconfiadas.

— ¡Dios mío, Catherine Dexter está aquí! — El comentario de mi hermana no fue tan sutil como imaginaba.

Contuve una carcajada cuando un joven nos presentó rápidamente, y Catherine se sintió un poco avergonzada por la excitación de mi hermana. Resultó que solo era una de las modelos mejor pagadas de Estados Unidos, con más de 50 millones de seguidores en las redes sociales, y mi hermana era claramente fanática de ella.

Uno de los chicos que probablemente lo controlaban todo murmuró algo a una mujer mayor que estaba en la habitación, y vi cuando me miraron.

— Heitor, ¿qué vamos a usar? — Olivia estaba acalambrada, saltando de emoción.

Heitor, que se presentó como ayudante de Adrian, demostró tenerlo todo bajo control, sobre todo a medida que la sala se vaciaba y el número de mujeres disminuía gradualmente, quedando sólo mi hermana, Olivia, Catherine y yo, además del equipo que allí trabajaba.

Olivia se quedó con un par de hermosos pendientes, todos engastados con grandes y ostentosos diamantes, que colgaban de anillos de plata. Parecían pesar mucho.

Felicia se quedó con un juego de pendientes y pulseras de oro tachonados con cientos de destellos que brillaban con cada rayo de luz.

— Ahora te toca a ti. Este collar es muy valioso; se rumorea que fue un regalo de la reina Victoria a una prima, pero en realidad perteneció a una de las familias más ricas de Seattle y fue donado para subasta.

Un poco temblorosa, permanecí en absoluto silencio mientras la aseguradora de joyas me colocaba el collar alrededor del cuello. Gemí un poco al sentir la fría pieza sobre mi piel, mis dedos tantearon casi automáticamente.

Miré mi reflejo en el espejo. Era deslumbrante, pesado, con brillantes piedras verdes en el centro de cada anillo y diamantes alrededor.

— Son zafiros y diamantes —murmuró Heitor mientras me entregaba los pendientes que formaban parte del conjunto.

— ¡Es tan hermoso! ¿Cómo puede alguien poner algo así en subasta?

pregunté, aún aturdida. Olivia coincidió conmigo, y Felicia parecía demasiado enamorada para hablar.

— Alguien que sin duda tiene más dinero del que puede gastar en toda su vida", dijo Catherine, señalándome con el dedo.

Parecía un poco resentida, sobre todo cuando arrugó la nariz y se volvió hacia el espejo, arreglándose la tiara de perlas que iba a ponerse.

Apenas me di cuenta de mi aprensión cuando Adrian apareció en mi campo de visión en cuanto volvimos a la fiesta.

La gente ocupaba mesas, otros estaban en la pista de baile o alrededor de la barra, envueltos en sus burbujas sociales.

Risas, champán, flashes y miradas curiosas nos acompañaron mientras nos dirigíamos hacia los hermanos Darrell.

— ¿Te has perdido, cariño? — Me saludó con una sonrisa pícara y un beso persistente en la mejilla.

Adrian me parecía alguien aún desconocido. Todo en él destilaba poder, y verlo en su hábitat, actuando como el magnate millonario que era, me hacía sentir cohibida.

— Todo es increíble aquí. Va a ser una buena fiesta.

Me mordí el labio inferior al oír la tradicionalmente infame risita de Aidan Darrell. El rubio puso los ojos en blanco al ver a sus hermanos. Ambos sostenían a sus chicas pegadas a la cintura, pero lo que vi en los ojos azules de mi cuñado fue como una sombra oscura cuando Olivia saludó a su novio.

— Jodido gilipollas. — El comentario no pasó desapercibido para ninguno de nosotros mientras Olivia caminaba exultante hacia su cita. Aidan se limitó a gruñir que aquel hombre era el mayor gilipollas que había conocido.

Al parecer, el menor de los Darrell sabía algo del novio de Olivia, pero no entró en detalles. Nos sentamos en silencio, viéndole alejarse, visiblemente molesto.

Felicia y yo intercambiamos una mirada, y fue imposible no recordar el enfado de Fiona cuando se dio cuenta del tenso ambiente que había entre nosotras dos, sobre todo porque aquella noche el chico no podía apartar los ojos del bonito culo de la mujer que se estaba convirtiendo en mi amiga.

— No importa, se tomará una copa y estará bien. — Determinó Ethan, luego felicitó a Felicia por algo.

Me reí para mis adentros; ellos dos no etiquetaron la relación, pero yo sabía que esa noche traería etiquetas para los cuatro.

— Es un collar precioso. Te queda genial, le va bien a tus ojos.

Toqué la prenda, sintiendo cómo se me calentaba la cara mientras Adrián deslizaba una de sus manos en el bolsillo del impecable pantalón de smoking que llevaba. El hombre era la viva imagen de la perfección, con su afeitado apurado, el pelo pulcramente peinado y unos seductores ojos verdes que me hacían temblar las piernas.

— A mí también me encantó, es muy bonito. Nunca pensé que me pondría algo así. — bromeé, alisándome el collar.

La mirada de mi compañero se desvió hacia un punto distante durante unos segundos, pero luego volvió a mí, y vi su hermosa sonrisa, una de esas raras.

Adrian no sabe lo guapo que está sonriendo, o tal vez sí. Estoy bastante seguro de que es muy consciente de todo su poder.

— Te mereces el mundo, ángel... Haré lo que sea para dártelo.

— Hey, nuestra abuela está aquí.

Interrumpiendo nuestra momentánea burbuja, le agradecí mentalmente que me impidiera contestar. Ethan nos señaló en

dirección a donde estaban sus abuelos, e inmediatamente se me escapó una brillante sonrisa.

Elise estaba impecable con un vestido azul y un chal del mismo color cubriéndole los brazos. Observé cómo la pareja saludaba a los conocidos que se encontraban por el camino, y avanzamos hacia ellos.

Me presentaron a varias personas, algunas de las cuales se mostraron más íntimas con Adrian, mientras que otras fueron cordiales, a veces incluso serias.

Durante la cena, Elise se aseguró de que Felicia y yo nos sentáramos a su lado y nos hizo un montón de preguntas sobre cómo iban nuestras vidas. La mujer no podía ocultar su felicidad al

ver a Ethan involucrado con mi hermana, y los dos congeniaron casi al instante.

Nuestros padres acabaron en la agenda durante el postre. Elise preguntó más de una vez cuándo iba a conocerlos, y a mí me dio un poco de vergüenza preguntarme si ese momento llegaría algún día.

Adrian me invitó a bailar después del postre, y dejé que mi hermana tuviera su momento a solas con Elise.

— Eres el centro de atención. Ya he recibido innumerables elogios sobre tu belleza y tu personalidad.

— Sospecho... Apenas he intercambiado más de dos palabras con tus colegas. Aunque me gustaba la novia del último que me presentaste. ¿Cómo se llama?

— Dominic Connigham.

— Sí, es verdad. La pobre parecía tan fuera de lugar como yo, aparte de ser guapísima. ¿Ya la conocías?

Adrian soltó una carcajada y me hizo girar sobre la pista de baile.

— No, Dominic no era alguien con quien estaba saliendo cuando nos conocimos hace unos años. Fue una sorpresa...

— ¿Qué os pasa a los hombres ricos y *sin amor*, eh?

Nuestros cuerpos se apretaron en la pista de baile y me sentí atraída hacia ellos. Adrian me besó en la frente y nos balanceamos al son de una vieja y lenta canción.

— ¿Inseguridad excesiva y traumas infantiles? — bromeó.

— Lo digo en serio. ¿Fue una elección o... te hirieron?

Se hizo un silencio incómodo entre nosotros. Dejando de bailar sin previo aviso, me guiaron a una parte vacía de la sala. Adrian se apoyó contra una pared, mirando a su alrededor antes de fijar sus ojos en los míos.

— Nunca te lo pregunté. Fui demasiado arrogante para asumir que querías. Nunca te di la oportunidad de decir que no.

— ¿De qué estás hablando?

— El hecho de que nunca te pregunté si querías salir conmigo. Una parte de mí nunca quiso que fuera un compromiso etiquetado. Si no estuvieras condicionada a quedarte, quizá cuando decidieras irte no dolería tanto.

— Ah, Adrian... — Le llevé la mano a la cara, intentando acariciarle y consolarle. Tenía esos ojos desolados, y se apresuró a

detenerme.

Nunca me permitía acariciarle, siempre interrumpía el gesto, y yo no entendía por qué le costaba tanto sentirse cuidado por alguien. Ahora, con sus heridas saliendo a la superficie, veía cómo sus demonios luchaban por mantenerse sumergidos.

— ¿Quieres hacerlo? — Con sus dedos enredados en mi muñeca y sus ojos fijos en mí, tan serios, era imposible esquivar la pregunta.

Dos meses. Ese es el tiempo que estuvimos juntos en una locura desenfrenada. Dos meses en los que mi vida dio un vuelco...

Dos meses... Y antes de eso, ya sabía que estaba perdidamente enamorada de Adrian Darrell, a pesar de todos sus

miedos, inseguridades y temores. Incluso cuando me apartó y me encerró, haciendo más difícil cruzar la barrera que nos separaba.

Era prácticamente imposible luchar contra la sensación que me embargaba; cuando menos lo esperaba, el hombre que tenía delante ocupaba todo el espacio de mi interior, llenando cada célula con su imponente presencia, haciéndome experimentar lo que nunca había experimentado, sacándome de mi zona de confort.

— Sí que quiero. Antes de ti, pensaba que nunca querría. Claro que quiero salir contigo, amor.

No esperaba la voluptuosidad que sentí cuando sus labios se encontraron con los míos en un beso intenso. Le rodeé el cuello con los dedos, deslizándome por su pelo corto, y tiré de él para acercarlo más.

Nuestros labios lucharon en un beso abrumador que me dejó sediento y con ganas de más.

— Si no tuviéramos que estar presentes en este estúpido baile... — Oí su gruñido cuando nuestras frentes se tocaron.

Adrián estaba en el mismo estado de desesperación que yo. Como si supiera exactamente nuestro estado físico, el anfitrión de la velada anunció que la subasta comenzaría en breve.

Le arreglé el pelo, escuchando sus refunfuños, y le prometí que haríamos nuestras necesidades en casa.

A casa... Tal vez debería hablar de mudarme de nuevo. Edward no había aparecido, ni me había seguido. Adrian parecía más relajado al respecto. Mi vida no podía detenerse por culpa del idiota

de mi ex, y un espacio entre casas podría ser mejor para que ambos sobreviviéramos a esta relación. Una oportunidad para un futuro...

Pensar en un futuro con Adrian hizo que la casamentera que llevaba dentro fluyera, pidiendo paso con urgencia. Respiré hondo y lo reprimí siguiendo el camino que Olivia me mostraba desde la distancia. Todas las chicas estaban colocadas. Primero se subastarían las joyas de nuestros cuerpos.

Me senté allí, esperando mi turno y escuchando los divertidos comentarios sobre cómo pagaban pequeñas fortunas por las piezas. Cuando le llegó el turno a Felicia, Ethan se enzarzó en un pequeño duelo y ganó las piezas, llevándose a Felicia con él.

— ¡Va a ser una noche calurosa! — oí los comentarios mientras volvía a la antesala detrás del escenario.

— ¡Tu turno! — me gruñó Heitor.

No sé si fue deliberado, pero me dejaron el último. Con el corazón en la boca, escuché al presentador describir el objeto que se iba a subastar, comenzando la puja en una pequeña fortuna de —créanlo o no— medio millón de dólares.

Un foco iluminaba el camino marcado por una alfombra roja cuando hice mi aparición. Desde arriba, desde mi atalaya, podía ver a la flor y nata de Seattle, ataviada con sus millones de dólares, compitiendo por un collar que supuestamente perteneció a la reina Victoria.

No me sorprendió que Adrian entrara en la carrera por la pieza. Forcé una sonrisa tímida, casi avergonzada, cuando Nathanael Darrell también hizo una oferta. Ya estábamos en un millón

doscientos cuando Adrian levantó el cartel. Al fondo, se quedó con una mano en el bolsillo del pantalón y me miró directamente antes de hablar.

— Dos millones.

— ¿Alguien quiere dos millones? — instó el extasiado presentador. — Te doy uno, te doy dos, ¡te doy tres! ¡El collar de la reina Victoria vendido por dos millones de dólares a Adrian Darrell!

En la sala estallaron risas, aplausos e incluso algunos elogios para Adrian. Esta pequeña demostración de poder hizo que mi corazón se disparara.

Felicia y Olivia seguían esperándome cuando volví a la antesala.

— Adrian todavía va a matarla, está pálida como el papel.

Me ayudaron a sentarme, tocándome el collar que llevaba al cuello, ¡un collar que Adrian había comprado por dos millones de dólares! ¡Qué locura!

— No te asustes. ¿Has visto cuánto cuestan las joyas de la corona? El auténtico collar de la reina Victoria cuesta más de 12.000 millones, gatita. Búscalo en Google y lo verás. — murmuró Felicia, trayendo un vaso de agua.

Pronto dejamos de estar solos. Ostentosamente, Adrian abrió las puertas acompañado de Aidan, con una sonrisa radiante iluminándole el rostro.

— Enhorabuena, cuñada, has conseguido que Isabelle Brennan se desmayara de envidia en mitad de la fiesta. — Aidan levantó la mano infantilmente y chocamos los cinco.

— ¿Qué le ha pasado?

— Está conmocionada por tu pequeña demostración de poder. — Olivia puso los ojos en blanco. — No te preocupes, el año pasado hizo un cheque de cinco millones a la organización benéfica y le regalaron una ridícula estatua de caballo por haber hecho la mayor contribución.

— Dijiste que no la mimaba lo suficiente. — replicó Adrian.

Compartí una mirada tensa entre las dos; Olivia se encogió de hombros, algo culpable, y yo resoplé ante la exagerada muestra de afecto.

— Hablaremos en casa. — Gruñí, avergonzado.

Adrián mantuvo una postura impasible, congelando una sonrisa forzada en su rostro, encarnando al multimillonario CEO que

es, y dijo sin palabras: "deal with it".

Me callé, sobre todo porque Olivia y Aidan empezaron a hacer lo que mejor se les daba: pelearse. Esta vez por la osadía de Aidan de comprar las joyas y regalárselas a ella. Cuando salí de la habitación, lo último que oí decir a Olivia fue que debería enviárselo a Fiona.

— Espero que no te haya molestado.

— ¡Dos millones! — Miré con mi ojo crítico.

Por desgracia, estábamos de nuevo en el salón de baile y, aprovechando que no podía reprenderle por el gesto, Adrián se limitó a agarrarme de la cintura, bastante orgulloso, y me sacó a bailar.

EL MAGNATE SOLITARIO Y LA

PELIRROJA MISTERIOSA:

¡ROMANCE EN UN BAILE DE GALA!

Por Miss J

Mis queridos lectores, ¡preparaos para una primicia que hará vibrar a Seattle! El Magnate Solitario fue sorprendido en un momento de pura pasión durante una subasta benéfica organizada por su propia familia, ¡y todo ello en un deslumbrante baile de gala en el lujoso Darrell Palace!

El ambiente era electrizante anoche, con los más poderosos de la ciudad reunidos para apoyar una noble causa. Pero en lugar de centrarse únicamente en los artículos en venta, todas las miradas estaban puestas en el magnate y su nueva musa: la enigmática pelirroja que, hasta entonces, sólo había sido una sombra en las historias de la ciudad.

En un momento de audacia, el magnate se hizo con un deslumbrante collar por la friolera de ¡dos millones de dólares! La joya, tachonada de brillantes diamantes, atrajo sin duda las miradas de todos los presentes. Pero la gran pregunta que queda en el aire es: ¿piensa regalar a la misteriosa pelirroja esta magnífica joya?

La escena estaba llena de glamour y sofisticación, pero el verdadero espectáculo era la conexión visible entre ellos. ¿Qué podría haber dicho o hecho esta mujer para capturar el corazón del magnate, que

siempre ha sido tan impenetrable? Ahora, con el collar en sus manos, tiene la oportunidad de hacer una impresionante declaración de amor.

¿Cómo reaccionará la familia del magnate ante esta nueva relación? ¿Apoyarán esta nueva pasión o intentarán intervenir, como suelen hacer en todos los aspectos de su vida? ¿Y qué pasará con el multimillonario solitario y el heredero arrogante? Seguro que siguen con gran interés este giro de los acontecimientos.

La señorita J está en pleno apogeo, decidida a descubrir todos los secretos que se esconden tras este inesperado romance.

Permanezcan atentos, queridos lectores, porque esta historia está lejos de terminar, ¡y cada nueva revelación promete ser más emocionante que la anterior! Seattle nunca ha sido tan vibrante, ¡y yo estoy aquí para contárselo todo!

Capítulo 43

SEMANAS DESPUÉS

Hoy es sábado.

Eso no significa mucho cuando eres un adicto al trabajo, pero tener un hermano fiestero como el mío hace que te lo pienses dos veces antes de compartir techo mientras intentas trabajar.

Sigo a Aidan con la mirada, fijándome en lo relajado que está, desplomado en el sofá con un mando de videojuegos en la mano. Quizá yo debería parecerme más a él, pero en vez de eso estoy preocupada por cerrar un trato importante y ampliar Darrell en los Emiratos Árabes Unidos.

— No hagas ruido", te pido por cuarta vez.

Está completamente concentrado en el partido y parece que éste es el almuerzo más largo de su vida. Son más de las tres de la tarde y no hay señales de que se haya servido el almuerzo.

— Chico, bájala.

Echo la cabeza hacia atrás y veo venir a mi abuelo. Cada día parece más cansado, camina hacia nosotros con pantalones cortos azul oscuro y un polo. Su gorra de la suerte deja claro que ha salido a jugar otra partida de golf. Este ha sido su deporte favorito durante su jubilación, como a él le gusta decir.

Cansada de preguntar, simplemente me levanto y doy unas largas zancadas hacia el televisor. Aidan parece darse cuenta de lo que estoy a punto de hacer, pero es demasiado tarde: desconecto el videojuego.

— ¡Adrian!

Si cierro los ojos, recuerdo vívidamente cuando yo tenía 16 años y él 6. El niño se negaba a hacer los deberes y se pasaba el día jugando a los videojuegos. Un día, después de enfadarme lo suficiente, lo apagué y le dije que hiciera los deberes.

Aidan me mira igual que hace años.

— Tenía el volumen bajo.

Pongo los ojos en blanco, molesta, pero apenas tengo tiempo de escuchar sus quejas. Como parece adivinar que estamos a punto de pelearnos, mi abuela aparece para decir que el almuerzo está en la mesa.

— No cambiará", se lamenta mi abuelo.

Casi podría culparle, pero no lo hago. Se suponía que no era su responsabilidad cuidar de tres niños después de que ya había criado a su propio hijo, pero como el destino lo quiso.

— Algún día aprenderá.

— "Sí, lo hará", dice mi abuelo, poniéndome la mano en el hombro y tirando de mí hacia el comedor. — ¿Cómo van las negociaciones con los árabes?

Y luego todo vuelve a ser trabajo, mi zona de confort.

Cuando nos sentamos, mi abuelo ya está al tanto de mis próximos pasos para construir una asociación ventajosa en Dubai.

— Parece un gran negocio. La ciudad es conocida por sus deslumbrantes rascacielos. ¿Sería una inversión arriesgada?

Seguro que en su frente aparece esa arruga de preocupación, la expresión que pone cuando algo le molesta, pero no sé si se trata de asuntos de Darrell.

— Todo estaba meticulosamente calculado. Por cierto, no puedo dejar de reconocer el mérito de Ethan; su actuación en la reunión de Dubai nos cambió el panorama.

— Como si fuera un gran sacrificio trabajar en Dubai", se burla Aidan.

No debería sorprenderme. Es un gran provocador; su mayor objetivo en la vida parece ser desafiarnos hasta el límite.

La abuela está sentada a su lado, sirviéndole el plato como si fuera un niño.

— Imagino que entonces me encantaría estar en su pellejo.

— He oído que la reunión tuvo lugar en un casino y que hubo mucha bebida, mujeres e incluso...

— Aidan. — Nathanael advierte.

Sea lo que sea lo que mi hermano iba a decir, se lo traga con una sonrisa traviesa en los labios.

Cansador.

— Ethan tiene suerte de haberse quedado en el trabajo. — Yo se lo digo.

— Por supuesto, son unos malditos adictos al trabajo.

— Quizá tú también lo entenderías si lo probaras.

— El acuerdo era que me tomaría unas vacaciones después de la universidad...

— Vacaciones que parecen eternas", digo, haciendo reír a Aidan.

En general nos llevamos bien, sobre todo cuando no intenta ser intencionadamente insufrible. Parece que cuando está con mis abuelos, tiende a mantener su peor personalidad infantil, lo que me causa una profunda irritación.

— ¿Por qué no vamos al tema principal esta tarde? ¿Qué has hecho con mi pobre cuñada? ¿La has alejado lo suficiente con tu mal humor?

Flora... Es imposible no recordar los ojos verdes que me miraban confusos esta mañana, como lo han hecho durante los últimos días.

No parece la misma; esta constatación me pone enferma, como si me pusiera enferma.

Miro a Aidan con los ojos en blanco, intentando no desanimarme por su pregunta, pero mi mente se pregunta automáticamente qué puede ir mal.

— Está trabajando. Parece que Isabelle se ha torcido el tobillo y Flora se encargará de la clase de los sábados.

— Tengo previsto volar a Nueva York el próximo fin de semana; Fiona me ha invitado a un festival de música electrónica. Parece que Ethan también irá.

Y entonces se restableció el ambiente agradable entre mi familia.

Las hermanas Pellegrino están a la orden del día durante el almuerzo, y nuestra abuela quiere saber hasta qué punto es profunda la relación de Aidan con Fiona, lo que da lugar a un interminable almuerzo de preguntas casamenteras que, al final, vuelven todas a mí.

— Por el amor de Dios, Elise, sé que les metería un anillo en el dedo a esos tres si pudiera, pero tranquilicémonos —mi abuela resopla en respuesta a mi abuelo y vuelve a preguntarme por los planes de boda.

Esa es otra pregunta del millón.

Sería un hipócrita si no admitiera que la mujer cambió el juego para mí. Era yo, que vivía las relaciones en términos contractuales, siendo práctico a la hora de compartir la cama y los

momentos íntimos con una mujer... Estaba saliendo con alguien por primera vez y necesitaba respetar mis propios límites.

Me reí internamente; aunque no quisiera ser hipócrita, lo estaba siendo... Compartíamos la misma casa y Flora parecía cada vez más a gusto, moviendo las cosas de sitio y llenando el armario con su ropa, bolsos y otros artículos tan femeninos que me producían sensaciones adversas al entrar en la habitación.

Sus pertenencias eran lo de menos; la casa tenía ahora un olor específico, algo parecido a las flores del campo, un aroma dulce que estaba por todas partes cuando llegaba a casa del trabajo y abría la puerta del piso. Un olor característico que me traía un recuerdo casi agridulce de haber vivido en un lugar similar años atrás.

Su ex había servido casi de excusa para que volviera, y aunque se hubiera descartado el riesgo de acoso, seguía sin imaginarse verla alejarse.

Llevábamos juntos casi cinco meses, meses intensos que me habían llevado a reflexionar sobre mi forma de enfocar la vida. A veces, antes de cerrar los ojos y dormirme, observaba la expresión serena de Flora, envuelta en su profundo sueño. Su mano siempre sostenía alguna parte de mi cuerpo, acariciándome. Dormía desnuda después de haber hecho el amor varias veces, agotada de darlo y recibirlo todo de mí. En esos momentos, me preguntaba si ella también me veía así.

Mis pesadillas habían mejorado mucho; quizá su insistencia en cuidarme había disipado mi intenso miedo a quedarme atrás. Sé

que debería hablarle de mi infancia y de la profunda huella que dejó en mí, pero aún no puedo. Creo que nunca podré.

Pareciendo entender cómo me sentía, antes de irse mi abuela me cogió fuerte de la mano y me dijo que se alegraba de verme sonreír tanto. El mérito es de mi pelirroja.

Antes de que se diera cuenta, estaba aparcado fuera del estudio a la hora acordada. Sabía que Garrett estaba en el coche de atrás y Tyler a su lado. Con la amenaza de secuestro de Aidan descartada y el ex de Flora bajo control, nos daba un día de privacidad.

Salí del coche para saludarla en cuanto apareció la pequeña imagen de su cuerpo visiblemente más delgado. Sonreía como una muñeca con su traje de bailarina.

— Hola, preciosa, te he echado de menos.

Paz, por fin siento paz cuando la tengo en mis brazos y oigo su risa feliz. Todo lo que quiero es mantener esa sonrisa en su cara.

— Yo también lo sentí. ¿Cómo están tus abuelos?

— Todos están bien y te han enviado su cariño. ¿Te encuentras mejor? — Mientras pregunto, abro la puerta y la ayudo con el cinturón de seguridad. Flora me da las gracias con un beso rápido.

De vuelta al coche, el equipo de música está encendido y mi DJ está eligiendo canciones para nuestro viaje de vuelta a casa.

— Me encuentro mejor. Estar con mis alumnos me hace bien; por supuesto, hoy también he evitado el chile y los refrescos.

Flora tenía una crisis gástrica. Aunque insistió en que fuéramos al médico, nos prometió que se pondría bien y realmente mejoraba cada vez que tomaba un antiácido.

Hemos estado en una fase de comidas picantes y en los últimos días hemos suprimido todo lo ácido o graso. Parecía mucho mejor después del cambio de dieta.

— ¿Qué quieres hacer hoy?

— ¿Quedarme despierto toda la noche contigo y ver una película?

Con una sonrisa supo que tendría exactamente lo que quería, esta mujer tendría cualquier cosa de mí.

— No hay nada que quiera más que eso, nena.

Capítulo 44

En mi sueño, dormía en una hamaca frente a la playa, mientras un delicioso viento traía el olor del mar, haciéndome hundirme más y más. Incluso con los rayos del sol reflejándose en mi cara, era lo suficientemente confortable como para seguir durmiendo. Esto sólo duró un rato antes de que el ruido infernal del timbre de un teléfono móvil invadiera mi entorno perfecto, devolviéndome a una irritante realidad.

— ¡Tu móvil está sonando! — En mi mente, estas palabras fueron pronunciadas con claridad, pero tal vez no fueran más que un balbuceo, porque la voz distante de Adrián me preguntó qué había pasado.

— Amor, es el tuyo el que suena.

Molesta por el ruido, me giré hacia el otro lado y me hundí en la almohada, cubriéndome la cara con el cálido edredón. Sólo quería seguir durmiendo. Eso es todo lo que he hecho en las últimas semanas, en las que no me he sentido mal por la molesta acidez y el ardor que me impedían comer; un sueño profundo me ha dado la bienvenida, y he dormido casi todo el día, antes o después del trabajo.

No sé qué pasó, pero el ruido cesó, devolviéndonos el paisaje de la hermosa playa.

— Lo siento, mi belleza, tienes que despertar.

— ¡No quiero!

¿Por qué era tan desagradable? Gruñí unas palabras inconexas, sin molestarme en descargar mi odio contra él. Lo único que quería era irme a dormir, pero Adrian insistía en que tenía que levantarme.

Avergonzada, abrí los ojos y me di cuenta de que ya había amanecido. La luz se filtraba por las rendijas de la cortina, iluminando parcialmente la habitación. Parpadeé varias veces para adaptarme y gruñí al darme cuenta de que tenía los ojos llenos de arena.

— ¿Qué pasó? — Odiaba ser una perra rabiosa con él.

Claramente disgustado, Adrian se encogió de hombros y respiró hondo antes de empezar a hablar.

— Contesté a su móvil porque era muy temprano y Felicia no se iba a rendir. Ángel, parece que tu padre tuvo una mala noche...

No pude oír el resto. Con el corazón acelerado y la mente despierta, me levanté tan deprisa que arranqué el móvil de la mano de Adrián, casi tropezando y cayéndome. Imitando mis movimientos, me apoyó antes de encender la luz del dormitorio, ayudándome a incorporarme.

Felicia contestó al segundo timbrazo.

— ¿Qué le ha pasado a papá?

Me invadió rápidamente una especie de sentimiento de culpa y arrepentimiento. Había sido yo quien les había defraudado, pero no me había disculpado. Mis padres decidieron tratarme con frialdad y, por primera vez en mi vida, decidí corresponderles.

— Mantén la calma. Está bien. Se desmayó anoche y fue llevado al hospital por mamá. Estaba teniendo un ataque al corazón, pero gracias a Dios fue revertido a tiempo.

— ¡Dios mío! ¿Vas a Nueva York?

— Sí, Fiona está aquí conmigo. Nos embarcaremos en un rato. ¿Te vas?

— Por supuesto. Te veré en unas horas. Por favor envíame un mensaje si algo cambia.

El miedo me abrumaba. Adrián me estrechó entre sus brazos cuando colgué, susurrándome dulces palabras de consuelo. Me aferré con fuerza a él, mi refugio durante los últimos meses.

Por primera vez en mi vida, vivía como una adulta. Aunque Adrian me mimaba, seguía teniendo un trabajo que me encantaba,

un hombre guapo esperándome en casa y una vida sexual muy activa. No me daba cuenta de que había conseguido que mi nueva vida fuera mejor que la anterior y de que mis padres no habían sido invitados a ver mi nueva versión.

— ¿Qué debo hacer? Hace meses que no los veo y...

— No, no pienses así. Te quieren; seguro que están esperando a que aparezcas. Ve a empacar tus cosas; yo me encargaré de nuestro viaje.

— ¿Vendrás conmigo?

Una emoción inesperada se derrumbó en gruesas lágrimas, calentándome la cara, sobre todo cuando Adrián dijo que nunca me dejaría sola.

He sido un charco de emociones contradictorias: cuando no he llorado, me he muerto de risa por algo, y otras veces he sentido pura rabia.

Vi cómo se marchaba con su teléfono móvil y metí nuestras cosas en una pequeña maleta lo más rápido que pude. Por fin me di cuenta de que mis padres iban a conocer a mi novio, además de ver a su hija después de meses de ruptura.

———

— Chocolate frío", murmuró en voz baja mientras me ofrecía un termo.

Sonreí ante su atención; él sabía que las bebidas calientes eran un desencadenante de mi gastritis y el café estaba muy lejos de mi lista de opciones para el desayuno. Miré por la pequeña

ventanilla del avión, suspiré con fuerza y probé la bebida. Estaba deliciosa, casi fría. Me comí unos panecillos con crema de queso, sólo para forrarme el estómago y no ponerme enferma.

Si no comía, me dolía, y cuando comía, también me dolía; era un martirio. Sabía que tenía que ir al médico, pero odiaba los hospitales. Ir al ginecólogo y hacerme pruebas, así como empezar mi método anticonceptivo hace unos meses, fue un sacrificio. Lo hice porque Olivia se ofreció a acompañarme.

Una hora más tarde, la azafata nos dijo que estábamos aterrizando. Adrián se aseguró, como un padre preocupado, de que mi cinturón de seguridad estuviera bien abrochado. Casi me río de su nerviosismo. Era la primera vez que viajaba en el jet de la familia Darrell, utilizado para las necesidades de la empresa y los viajes familiares.

A veces me olvidaba de lo rico que era; ¡tenía su propio avión! Aunque parecía tan sencillo, nada en él era ordinario. Pareció darse cuenta de mi confusión, me estrechó la mano y sonreí en su dirección. Aquella mañana estaba guapísimo, con unos vaqueros oscuros y unas zapatillas blancas como las mías, un regalo que le había hecho. Se moría de la risa al imaginar que llevaríamos las mismas zapatillas, ya que me las había comprado para mí, además de una camisa gris de manga larga y una chaqueta que le hacían parecer un guapo chico malo millonario.

— "Ahora sí", le dijo, alborotándole el pelo.

Sus ojos verdes brillaron de confusión y se rió a carcajadas cuando dijo que ahora parecía un director general millonario de vacaciones con su novia.

— Tú no existes, chica.

Cuando desembarcamos, nos esperaba un coche. Empecé a sospechar que Garrett y Tyler no nos acompañaban cuando vi una fortaleza de guardias de seguridad. Nos dirigimos al hospital en silencio, mientras Adrian discutía con alguien por teléfono, probablemente enfadado por algo que se le había ido de las manos.

Le envié un mensaje a Felicia para avisarle de que iba a ir. Mi único consuelo fue que Adrian estuvo a mi lado todo el tiempo; me cogió de la mano cuando entramos en el hospital y solo me soltó cuando encontré a mi familia en una sala de espera para cuidadores.

Felicia me apretó fuerte y Fiona me devolvió el abrazo.

— Estás un poco pálido, ¿te encuentras bien? — susurró mi hermana mediana, preocupada.

Ni siquiera tuve tiempo de contestar, porque mamá estaba de pie detrás de ella, con los ojos hinchados y mirándome fijamente con una expresión indescifrable.

— Hola, mamá.

Un poco vacilante, me acerqué a ella y me sorprendí cuando sus brazos me rodearon los hombros y se echó a llorar.

— Viniste...

— He venido, mamá. ¿Cómo está papá?

— Había que operarle de urgencia", empezó Felicia.

Entré en pánico cuando me enteré de que papá necesitaba un bypass. Mi madre parecía tan desolada como mis hermanas. Tardamos un rato en recomponernos y mi novio, muy amablemente, nos trajo agua y café.

— ¿Es Adrian? Su hermana hablaba mucho de él, aparte de su guapo hermano.

— Esta es mi mamá, amor", le dije.

El hombre, que ya estaba serio, parecía muy tímido cuando mi madre le estrechó la mano y murmuró su nombre.

— Siento que nos hayamos conocido en estas circunstancias, Lilian. Sé por Flora que tu marido es un hombre fuerte y que estará bien.

— Gracias, especialmente por cuidar de mi niña.

Vaya. Aquello había superado mis expectativas.

Las siguientes horas parecieron casi eternas hasta que apareció un médico con noticias. La operación había sido un éxito; papá estaría en observación en la UCI, pero de momento respondía

bien. Todos respiramos aliviados. Mi dulce novio nos advirtió de que teníamos que llenarnos el estómago de comida, sobre todo yo, que ya sentía un ardor horrible desde el esófago hasta el estómago.

Por el camino, recibí un mensaje de Mel, mi mejor amiga, diciéndome que ya sabía lo que le había pasado a mi padre y deseándole lo mejor. Estaba a punto de dar a luz a su bebé, un precioso niño llamado Lucas. Prometí visitarla antes de volver a casa.

En casa. Seattle ya era mi hogar, junto a Adrian, que sonreía y me cogía suavemente de la mano. En ese momento me di cuenta de que, estuviera donde estuviera, yo estaba en casa.

Capítulo 45

DÍAS DESPUÉS

Era extraño estar en la habitación de Flora, sobre todo viviendo con una familia charlatana. Estaba acostumbrada a una abuela sumisa, un abuelo serio, un hermano mediano introspectivo y un hermano pequeño que se parecía mucho a Flora. Al lado de sus hermanas y su madre, se había convertido en una chica diferente.

Visité su habitación y me preocupó la inmensidad de libros románticos. La ayudé a empaquetar algunas cosas de su armario, así como un montón de libros. Estaba ansiosa por llenar mi biblioteca con sus novelas. Parecía un hogar feliz, con una familia que se

quería. Me pregunté si así se crecía con una madre y un padre que te cuidaban.

George Pellegrino, el padre de Flora, era un hombre tranquilo. Le habían dado el alta hacía dos días, apenas hablaba y estaba irritable por sus restricciones dietéticas. A pesar de ello, mi pelirroja pasaba la mayor parte del tiempo pegada a sus padres. Estaba igual que siempre, si no hubiera sido por el malestar en el estómago. No se quejaba mucho al despertarse, ni se enfadaba porque yo prefiriera dormir en el Palace, aquí en Nueva York, con la mentira de que me ocuparía de Ethan...

Hablando de Ethan, era el más alto nivel aceptable de yerno. Mi hermano, casi mudo y serio como una puerta, consiguió encandilar y conquistar a Lilian, la madre de Flora. Aunque había llegado la noche anterior debido a sus responsabilidades en el hotel

y en la empresa, recuperó el tiempo perdido con facilidad y se puso a la cabeza en cuanto a carisma y apoyo de la familia política.

Un gran indicio de que Felíthan —como le llamaban Fiona y Flora— era real fue que el hombre que nunca se tomaba tiempo libre abandonó el hotel por orden de sus empleados para disfrutar del fin de semana en Nueva York.

— Están tan guapos juntos. Creo que va a ser una boda", murmuró Flora, medio soñando, mirando a nuestros hermanos.

— ¿Sigue siendo tu sueño?

Evité pensar que aún se hacía ilusiones románticas sobre el matrimonio, y me fue imposible no recordar su imagen vestida de novia. Se había visto absolutamente hermosa el día que la conocí.

De repente, la idea de verla vestida de novia y caminando hacia el altar no me parecía tan absurda como siempre había pensado.

Con el ceño fruncido y pareciendo un poco avergonzada, mi chica no contestó. En cambio, cambió de tema y preguntó por Aidan. Esa era una de mis preocupaciones en ese momento.

— Fiona parece un poco molesta por su ausencia.

No sabía lo que había pasado, sólo recibí un mensaje por la mañana diciendo que venir a Nueva York no sería bueno para él. Como siempre, mi mimado hermano se había hartado de jugar a los novios.

— No es él, algo salió mal en su trabajo", explicó Flora.

Ambas nos preparábamos para visitar a Melanie, su amiga.

— ¿Volverás a tiempo para la cena?

— Sí, mamá. No tardaré.

Vi cómo besaba la mejilla de su madre y me sonreía. Desde la distancia, intercambié una mirada con mi hermano, y la suya parecía un poco preocupada. Hice una nota mental para preguntarle cuando volviéramos.

Nueva York era como siempre, un sábado casi soleado, un día fresco y calles polvorientas. Melanie vivía en un barrio tranquilo y de fácil acceso. Mi chica no parecía contenerse después de tantos meses alejada de su amiga, y cuando abrió la puerta del piso, ambas se abrazaron un poco torpemente debido a la enorme barriga de Melanie.

— ¡Dios mío! ¡Estás preciosa! — gritó Flora, acariciándole la barriga y besándola.

— Tú también. ¡Te estás tomando el gimnasio en serio!

Se echaron a reír, dando por fin paso a las presentaciones. Melanie era agradable, llena de bromas y risas sueltas. Su marido, David, también era divertido y amable.

Hubo un momento de tensión cuando se mencionó a Edward Graham. El marido de Melanie dijo que ese cabrón había contado a unos conocidos que Flora le había engañado y que por eso se había escapado de la boda. Maldito gilipollas.

Estuve un rato a solas con David, así que tuve tiempo de preguntarle si ese saco de mierda había mencionado algo más serio, algún tipo de amenaza, y descubrí que estaba saliendo con alguien.

No sé de qué hablaron Flora y Melanie en el dormitorio, pero cuando volvieron al salón, Flora estaba pálida y había perdido toda

su vitalidad. Aunque había forzado una sonrisa y se había despedido prometiendo que volveríamos pronto, no parecía la misma de antes.

— ¿Le pasó algo a Mel?

— ¿Cómo?

Estaba distraída mirando por la ventanilla del coche, se volvió hacia mí y lo negó.

— ¿Qué ha pasado?

— Estoy cansada, he dormido muy poco. — Se hizo un silencio entre nosotros antes de que ella volviera a hablar. — ¿Vas a seguir fingiendo que trabajas en el hotel o te vas a quedar conmigo esta noche? Te echo de menos.

Sabía que sólo estaba distrayéndose para cambiar de tema, pero me encantó su declaración y me incliné para besarla. Yo

también la echaba de menos; era extraño dormir en una cama que no era la mía, más extraño aún no tenerla a mi lado.

— Me he acostumbrado a poner mis piernas entre las tuyas, Darrell. No sé si volvería a acostumbrarme a dormir sola... Ha sido una semana larga, a pesar de tener a dos hermanas metidas en mi cama.

— Pronto estaremos en casa, preciosa. ¿Qué tal si recibes a tu familia en Seattle en cuanto tu padre se recupere? Seguro que querrán saber dónde vives.

— Nunca hablamos de ello.

Adoptando una postura distante, Flora miró por la ventana y volvió a mirarme.

— Nunca sé cuánto tiempo podré quedarme. Después de todo, Edward ha vuelto a Nueva York y Tyler parece tres veces más tranquilo; creo que el peligro ha pasado.

No me gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación. Solté dos mocos y me sentí aliviada cuando nos detuvimos frente a la casa de sus padres.

— Quiero que se quede. Sin plazos. Sólo quédate conmigo.

La sonrisa que me dedicó calmó mi corazón por el momento. Su casa olía delicioso; algo en la cocina decía que su madre estaba preparando una buena comida. Corrió a ver qué era y me encontré con mi hermano sentado en el sillón, viendo el partido de fútbol en repetición.

— ¿Va todo bien?

— ¿Y tú? — susurró Ethan.

— No tiene buena pinta.

Ambos nos quedamos en silencio porque Fiona bajaba los escalones que conducían directamente al salón. Se nos quedó mirando como si supiera que estábamos intercambiando secretos y soltó una carcajada, dirigiéndose a la cocina.

— Es muy raro. No sé, creo que nunca me adaptaré a salir con alguien y ser parte de algo así.

Sabía exactamente de lo que estaba hablando... La familia. Nuestra infancia no fue como la de otros niños; éramos huérfanos, nuestro abuelo apenas se quedaba en casa y nuestra abuela parecía demasiado perdida en su dolor. Aunque recibimos todo el amor que

ella pudo darnos, nada pudo traernos la vida que podríamos haber tenido como familia.

— ¿Te gusta? — No sabía qué respuesta daría Ethan, pero su expresión de incredulidad, casi de pánico, decía mucho.

— Joder... No hablemos de amor aquí. No es posible para mí.

Me reí de lado, apretándole el hombro.

— Eso fue posible para mí, hermano. Ten fe.

Y en una confesión sin pretensiones, le dije a mi hermano que amaba a Flora Pellegrino. Sus ojos verdes se le salieron de las órbitas y la sonrisa casi de felicidad que me dedicó me dijo que él ya lo sabía. Parecía que nadie tenía dudas. Como siempre, todo eran certezas, aunque a mí me dieran miedo. Yo la quería. Ahora ella sólo tenía que saberlo.

Capítulo 46

Recorriendo las estanterías, casi como si estuviera muerta, llené mi cesta de la compra de antiácidos, cremas faciales, vitamina C y busqué analgésicos para el dolor de cabeza cuando me detuve frente a la sección de higiene íntima. Junto a los jabones líquidos estaba la estantería de compresas con varios modelos y, justo al lado, las temidas pruebas de embarazo.

Contuve las lágrimas, me temblaban los dedos mientras contaba los días. Estúpida de mí. Seguí todas las instrucciones de mi médico, tomé la píldora anticonceptiva todos los días a la misma hora, y aun así, cuando se acabó el envase, durante la pausa para la menstruación, no pasó nada. Seguí el protocolo y volví a tomar la píldora, aunque me sentía fatal. Le dije a mi médico que algo iba

mal, así que me cambió la medicación y, bueno... según la conversación que tuve con Mel hace una semana, con este cambio de medicación, puede que me haya quedado embarazada.

Mi amigo se dio cuenta antes que yo. Como si cada pequeña pieza fuera encajando poco a poco, era como si cada brote psicótico cobrara sentido. Todo mi sueño, el maldito ardor de estómago que persistía y ahora la hinchazón y la sensibilidad en mis pechos me hicieron gritar cuando Adrian me los tocó la noche anterior. Por mucho que intentara ignorarlo, la duda me carcomía al cerrar los ojos y la ansiedad me destrozaba el día al despertar.

Extendí la mano y saqué tres cajas de diferentes marcas. Miré a mi alrededor, buscando a alguien cercano que pudiera delatarme, y automáticamente pensé en Adrian. ¿Cómo reaccionaría si el resultado era positivo? No lo había planeado y, desde luego, ninguno

de los dos estábamos preparados para ser padres. Nuestra relación era muy nueva y, en cierto modo, estaba muerta de miedo de que todo se viniera abajo.

No te quiere", intentó sabotearme una vocecita molesta, y los ojos se me llenaron de lágrimas. Me incorporé a la cola de la caja, apretando los dedos en el asa de la cesta, y por mi mente pasaron mil pensamientos diferentes. ¿Y si piensa que lo he hecho a propósito? Cinco meses no es tiempo suficiente para conocer a alguien; aun así, aquel hombre me había acogido en su casa desde el día en que me conoció, pero nada de eso era indicio de que quisiera ser padre. El hombre que nunca tuvo citas, que nunca dijo que me amaba, que ni siquiera planeó esta vida conmigo.

Cuando hube pagado, volví al coche. Tyler me miró con suspicacia por el retrovisor, pero no dijo absolutamente nada. Era

evidente para todos que me pasaba algo. El trayecto de vuelta al piso fue rápido y silencioso; no me despedí de Tyler con el entusiasmo y la insinuación habituales, simplemente subí al ascensor, tan ansiosa como si tuviera un reloj de cuenta atrás martilleando en mi mente.

Saludé a medias al personal que organizaba la casa dos veces por semana y subí corriendo los escalones, empujando la bolsa con mis pertenencias sobre la cama y sacando una cajita con una prueba. Era el momento de la verdad. Todo el proceso fue muy rápido; aunque me temblaban las manos y el corazón se me aceleraba, mantuve los ojos fijos en el test, de esos tan modernos con las indicaciones de las semanas. El paquete decía que tardaría unos tres minutos y fue el más largo de mi vida.

Me estaba lavando las manos cuando en la pantalla apareció la respuesta; quizás no me di cuenta del tiempo que había estado paralizada mirando lo que ponía, quizás el agua fría me había despertado lo suficiente como para que no me diera un síncope encerrada en el baño. Madre mía. En los libros románticos que he leído, las chicas tenían reacciones adversas cuando se enteraban de que estaban embarazadas; cada una actuaba de una manera y normalmente muchas actuaban de la misma manera. Todas estaban conmocionadas; después de la conmoción, parecían extremadamente felices o asustadas y, al final, todas se convertían en peligrosos felinos para proteger a sus bebés...

La ficción nunca pareció tan lejana cuando las lágrimas mojaban mi cara. No. No. En absoluto. Esto está mal. No puedo estar embarazada. No es así como lo había planeado, no es así como

quería traer un hijo al mundo. Con esta negación me hice las dos pruebas restantes, que arrojaron el mismo resultado: Embarazada de 3 semanas o más.

Apenas me di cuenta cuando cogí el móvil con tanta prisa y marqué el único número que podía responder a mis preguntas en ese momento.

— ¿Qué posibilidades hay de equivocarse?

— ¿Por qué gritas? ¿Qué pasa, Flora?

¿Estaba gritando?

— ¿Cuál es la probabilidad de un falso positivo en la prueba de embarazo, Mel?

Quizá estaba gritando. Una gota de sudor frío me recorrió la frente y me senté en el borde de la cama porque estaba segura de

que en cualquier momento podría desmayarme, en parte por el nerviosismo y en parte porque no podía beber un vaso de agua sin sentirme terriblemente mal.

El silencio de Melanie sólo decía una cosa: de imposible a improbable. Estaba embarazada. Dios mío, estaba embarazada. Estaba embarazada.

— ¿Estás solo? Necesitas calmarte; sé que debes estar entrando en pánico, después de todo, algo ha salido mal, pero confía en mí: estarás bien, amigo. Respira hondo.

— Nada va a estar bien, Mel. Dios mío, Mel. Qué irresponsable de mi parte... Debería haberme dejado puesto el condón...

— En absoluto, Flora; no entremos en eso. Respira, estoy contigo incluso desde lejos.

Todo empezaba a mejorar en mi vida; había hecho las paces con mis padres, mi relación con mis hermanas era estupenda y Mel y David me habían invitado a apadrinar a su bebé cuando estaba en su casa. Además, mi relación con Adrian estaba siendo la experiencia más desafiante e increíble de mi vida. Todo era perfecto; ¿cómo podía ocurrir esto?

Como si adivinara que algo me pasaba, hubo una llamada en espera y el nombre de Adrián parpadeó en mi pantalla. Lo único que pude hacer en ese momento fue hablar con él; fui ajena incluso a las reconfortantes palabras de Mel, que intentaba tranquilizarme diciéndome que todo iría bien y que, una vez pasado el susto, podría tener otra perspectiva del embarazo.

Y Adrian siguió llamando.

— Tengo que irme, Mel; me está llamando.

No sé lo que me dijo porque en cuanto colgué, cogí su llamada.

— Hola, siento la insistencia. Olvidé un documento importante en la oficina y realmente lo necesito; tengo una reunión en unos minutos. ¿Podrías hacerme unas fotos? Está en el tercer cajón...

La orden se dio directamente y yo actué robóticamente, aclarándome la garganta y respirando hondo en mi mejor intento de disimular mi llanto.

Corrí a la oficina, aún escuchando las explicaciones sobre lo que debía fotografiar. Adrian me dio las gracias profusamente antes de colgar y yo empecé a fotografiar.

Aún me temblaban mucho las manos y era difícil enfocar una imagen nítida, pero lo conseguí y se la envié a través de la aplicación de mensajería. Debía decirle que teníamos que tener una conversación seria cuando volviera, pero sabía que solo le pondría nervioso y el hombre tenía derecho a trabajar en paz. Era como aquel dicho: el silencio precede al caos.

Con ese pensamiento, dispuesta a devolver el documento a su sitio, tropecé con una pesada caja de madera en el fondo del cajón etiquetada con la palabra *Seleccionado*. Algo me dijo que lo ignorara y siguiera adelante: aquí no has perdido nada, Flora. Ojalá lo hubiera hecho, pero me lo pensé dos veces y decidí sacarlo.

Me sentí como si hubiera abierto la caja de Pandora y fue lo primero en lo que pensé cuando unas carpetas negras etiquetadas con nombres de mujeres llenaron mi campo de visión. Podría

haberlo ignorado todo si mi nombre no hubiera estado en una de esas carpetas.

¿Qué demonios es esto? La pregunta cruzó mi mente mientras recogía el fajo de papeles.

Acuerdo de confidencialidad. Las primeras líneas delinean claramente los límites entre el contratista y el contratado, además de demostrar claramente, aunque sea en términos legales, lo mierda que es una relación remunerada. Seguí leyendo, y con cada línea se me revolvía un poco más el estómago.

¿Quién es Adrian Darrell y qué tipo de vida llevaba antes de conocerme? ¿Qué significaba yo en la vida de este hombre?

Mis preguntas se convirtieron en un doloroso examen cuando abrí las otras carpetas, siete en total. Todas firmadas, con diferentes

nombres, con diferentes duraciones. Todas esas mujeres que se acostaban con Adrian por dinero y tenían encuentros en hoteles puramente físicos, consentidos y confidenciales. La última de ellas había rescindido su contrato el mismo día que nos conocimos.

El destino parecía ser demasiado cruel; sabía que el hombre tenía un pasado oscuro, después de todo, el sufrimiento se ocultaba tras muchas capas de dinero, ropa cara, coches de lujo y una familia aparentemente perfecta. He aquí una de las facetas de Adrian, algo que me repugnaba automáticamente. Cuando lo vi por primera vez, lo puse en el papel de un villano simpático, como en los libros que había leído. Adrian Darrell, el hombre medio frío, herido e introspectivo, no era en absoluto el príncipe azul... Aun así, me cuidaba, me hacía sitio en su cama y me dejaba abrazarle cuando parecía atormentado por todas sus pesadillas.

¿Es eso lo que quería de mí? ¿Una relación fría y distante basada en la recompensa económica y los sentimientos físicos?

Secándome las lágrimas, volví a meter las carpetas en la caja y dejé la mía fuera, lo guardé todo y salí del despacho.

Todo había cambiado en una fracción de segundo, me abracé el estómago, pensando en lo irónico que parecía... De repente, mi único pensamiento se convirtió en este bebé y en el hecho de que nunca dejaría que el hombre al que amaba desesperadamente le rompiera el corazón.

Capítulo 47

Flora no contestó a mis mensajes. Tal vez esto hubiera pasado casi desapercibido si Tyler no me hubiera dicho que ella no había ido a trabajar. Sólo salió de casa por la mañana para ir a la farmacia.

— ¿Por qué esa cara? — A mi lado, Ethan me sirvió otra copa de champán para el quinto brindis en menos de media hora.

Forcé una sonrisa, fingiendo estar totalmente inmersa en el momento. Habíamos firmado un contrato con un principado árabe y la construcción de uno de nuestros hoteles pronto estaría en pleno apogeo. Mi hermano estaba encantado con los resultados de las

intensas negociaciones del último mes y deseoso de viajar para ver el inicio de las obras.

Los árabes eran hombres de negocios; sólo aceptaron nuestra propuesta cuando era igualmente rentable para ambos. El país crecería con la empresa y ellos participarían activamente. El nuevo jeque y gobernante era joven, abierto a aceptar el cambio y a abrir su país al turismo, sabiendo que esto haría girar las ruedas del sistema. Con la entrada de dinero, el país sería aún más próspero. A pesar de su juventud, el hombre tenía un puño fuerte durante las negociaciones y había que preservar los valores, los principios y el honor en nuestro hotel; yo estaba absolutamente de acuerdo con eso. Ambos teníamos un nombre que mantener y yo siempre había cuidado del de mi familia.

Prometí que sólo haría una hora en la reunión de celebración, que se convirtió en una fiesta para casi cincuenta invitados en uno de los comedores privados de Darrell Palace. Ethan estaba radiante, comunicativo y riéndose con nuestros nuevos socios; fue un momento muy poco habitual en mi hermano.

Envié otro mensaje a Flora, preguntándole si todo iba bien. Le hice saber que llegaría un poco más tarde debido a la celebración de la nueva sede de Darrell en los Emiratos Árabes Unidos, pero no volví a tener noticias suyas tras mi llamada alrededor de la hora de comer.

— Creo que me iré a casa.

Ethan estaba casi preocupado, pero no dijo nada. Nuestro nuevo compañero parecía decepcionado cuando me despedí; sólo

cambió de semblante cuando le dije que mi prometida estaba sola en casa y enferma.

Lo de "prometido" no le pasó desapercibido a mi hermano, pero ese hombre de pensamiento arcaico prácticamente me fulminó con la mirada cuando le dije antes que mi novia me enviaría las fotos de nuestro contrato. Automáticamente me preguntó si tenía planes de casarme; parece que en su país no se toma en serio a los hombres solteros.

Conseguí marcharme después de haber brindado por sexta vez; ellos con cócteles sin alcohol y nosotros con champán. Al despedirme, me encontré con Garrett a la salida.

— ¿Conseguiste hablar con ella?

— Se quedó en el piso; le dijo a Tyler que estaba bien.

Asentí a Garrett, preguntándome qué podía estar pasando.

El primer piso estaba vacío, silencioso y olía como siempre: al nuevo aroma que me recordaba a ella. Descubrí que un frasco automático de esencia floral rociaba de vez en cuando; cuando le pregunté dónde lo había escondido, sólo recibí una risa misteriosa.

Me tiré de la corbata mientras subía de dos en dos, ansioso por verla y darme cuenta de que el nudo que tenía en la garganta era sólo producto de mi mente paranoica.

— ¿Amor?

La habitación estaba vacía y la puerta del baño cerrada. A punto de llamarla por su nombre, me paralicé al ver la carpeta negra etiquetada con el nombre de Flora debajo de la cama; un millón de

pensamientos cruzaron mi mente. Aun así, no estaba preparado para enfrentarme a la fría mirada que me lanzó cuando salió del baño.

Joder...

Una mezcla de vergüenza y desesperación se apoderó de mí mientras buscaba palabras para explicar lo que significaba aquello. Si había encontrado la carpeta con su nombre, era señal de que había encontrado todas las demás.

Si tocas mierda enterrada, tienes que lidiar con el olor que desprende.

Flora no dijo ni una palabra, como si estuviera atenta a lo que saldría de mi boca.

¿Qué dirías? "¿No es nada de lo que piensas?" "Hay una explicación." "¿Por qué rebuscaste entre mis cosas?" "Eso no es

asunto tuyo."

¿Con qué puto argumento intentaría deshacer la nauseabunda forma en que me miraba?

Envuelta en una bata blanca, con el pelo en una toalla y el rostro impasible, Flora dejó claro con su actitud distante que no estaba dispuesta a ponerme nada fácil.

Una especie de desesperación que nunca había experimentado me invadió como el pánico; intenté abrir la boca para decir algo, pero sería mentira y no quería ser yo quien le mintiera a ella. Nunca quería ser yo quien le mintiera.

— No era alguien que pudiera gustarme antes de ti, ni sé si era un hombre que pudiera *gustarle* a alguien.

— ¿Aún pretendías hacerme firmar esto aquí? — Asco fue el primer sentimiento que detecté en su pregunta.

— No. Si hubiera sido un poco más inteligente, nunca habría redactado el documento. Aunque diga que fue antes de todo lo que pasó entre nosotros, sé que ahora no significará nada.

Acurrucada en la cama con las piernas levantadas, Flora me miró profundamente y soltó un suspiro como si estuviera agotada. No hubo arrebatos, ni gritos, ni lágrimas. Nada apasionado; tal vez se había pasado todo el día pensando en este momento, ensayando cada frase y cada expresión facial.

No se apartó cuando me senté a su lado; tampoco me miró.

— ¿Quién eres, Adrian Darrell? — me preguntó con una voz casi muda, llena de sentimiento.

— Un hombre con muchos defectos y un poco idiota, que un día conoció a una hermosa mujer vestida de novia y se enamoró.

— ¡No mientas!

— Mírame; siento que lo hayas leído todo sin oírlo de mí primero. Cuando nos conocimos, te dije que yo no era un hombre que salía con nadie porque realmente no lo era. Nunca creí que podría tener a alguien y no acabar jodido. Nunca creí que podría tener a alguien y no acabar jodido.

— ¿Esto es sólo la punta del iceberg? ¿Pagaste a chicas para tener sexo contigo y pensaste que yo podría ser como ellas? Sin juzgar, pero sabías desde el principio que yo era alguien que soñaba con casarse y tener una familia. ¿Cómo pudiste pensar que yo encajaría con eso?

La desesperación aumentó con su tono resentido, sobre todo cuando Flora se levantó y se alejó. Se detuvo al otro lado de la habitación, se apoyó en la pared y me miró.

— Si hubiera pensado que encajaría, te lo habría propuesto. Te quería, sólo que no quería la carga de la relación.

— No me mientas, ni a ti mismo. ¡Fuiste tú quien se empeñó en tenerme aquí, incluso después de que todo estuviera bien! ¡Así que asume que querías la relación!

— No supe que lo quería hasta que lo tuve, hasta que lo viví. Tienes que entenderme; nunca mentí sobre quién era. Un hombre práctico, metódico, racional. Nunca he estado enamorado, Flora. Nunca he amado a una mujer y siempre pensé que no necesitaba nada de eso hasta que te conocí. Ya lo sabes.

El silencio entre nosotros se hizo tan pesado que podía oír los latidos irregulares de mi corazón.

— Al final, nada de eso importa. Esa mierda no importa. — Señaló la carpeta negra. — Estoy embarazada, Adrian. He pasado todo el día...

No pude oír lo que vino después de la revelación; intenté controlar la expresión de mi cara al ver cómo se movía la boca de Flora, pero no pude oír ningún sonido.

— ¿Adrian? ¿Adrian?

Cerca de mi cara, me abrazó. Sus manos estaban frías, pero era como si todo mi cuerpo ardiera. Se me nubló la vista; cerré los ojos, aspirando aire, y el sonido volvió parcialmente.

— Dios mío, estás pálido. ¿Qué sientes? ¡Adrian, respóndeme!

Embarazada. *¿Ha dicho embarazada*?

Me di cuenta de que estaba llorando cuando Flora me pasó los dedos por la cara, secándome las lágrimas que fluían sin control. ¿Qué coño ha sido eso?

No podía ser padre; Dios sabe que no podía. Había tenido la peor experiencia que un niño puede tener con un padre. Estaba jodido en capas y capas que me asfixiaban; nada en mí era normal, mi vida no era normal.

Estaba aceptando que podía amar, que podía tener citas y, demonios, aquella tarde incluso pensé que podría casarme. Ser padre nunca tuvo nada que ver.

— Cuánto... ¿Cuánto hace que lo sabes?

Flora, aparentemente aliviada por mi reacción, suspiró y se llevó la mano al pecho.

— Lo descubrí hoy temprano, antes de que me llamaras... Antes de encontrar tus contratos íntimos.

Sí, tenía razón; ya no importaba. El hecho de cómo me relacionaba con ella antes parecía muy pequeño comparado con la gravedad de lo que se me revelaba.

Mi mente recorrió un millón de posibilidades para esta ecuación, pero cuando miré su cara llena de expectativas, sus ojos hinchados de probablemente haber llorado demasiado... La forma en que me miraba, esperando mi reacción, tan... tan vulnerable. ¿Cómo pude romperle el corazón así?

Moriría por ella, sería cualquier cosa por ella, haría cualquier cosa por ella... pero ser padre...

— Ven aquí. Todo irá bien.

Aun así, me tragué mi miedo y mi desesperación en algún rincón remoto de mi interior; un día prometí que la protegería. Prometí que velaría por sus necesidades. Dios, la mujer que amo, mi esposa, esperaba un hijo, nuestro hijo...

¿Cómo pude pensar en ponerle fin? ¿Cómo se me pudo pasar por la cabeza deshacerme del bebé?

Mientras la estrechaba entre mis brazos, oí sus gritos desesperados y las palabras de que no lo decía en serio.

— No es culpa tuya. — dije, acariciándole el pelo y besándole la frente. — Yo también tengo miedo... I... No voy a ser un buen

padre, Flora.

Capítulo 48

Adrian me estrechó tan fuerte en su abrazo que la sensación de vulnerabilidad fue barrida por la intensidad de su tacto. Estaba temblando, tan conmocionado como yo. Estábamos desconcertados, y ambos disimulábamos lo diferente que nos había afectado la noticia. Cuando Adrian asimiló lo que le había dicho, se quedó petrificado, apenas respiraba, se puso pálido... Me dejó en otro nivel de desesperación, no había esperado esa reacción. Quizás unos gritos o que saliera corriendo o sugiriera cosas peores.

Sin embargo, aquí estábamos. Me cuidó, me calmó y me llevó a beber agua mientras me preguntaba si había comido. Su expresión fue severa cuando moví la cabeza con una negativa avergonzada. Me quedé callada, escuchando su murmullo de que necesitaba

alimentarme. Adrian se dirigió a la cocina, preparó rápidamente un sándwich y me sirvió un vaso de zumo de naranja.

— Necesito una ducha y tú necesitas comer. Luego podemos hablar de mi pasado.

Tan serio, después de besarme en la frente, me dejó a solas con el bocadillo. Lo miré fijamente, sintiendo que se me revolvía el estómago y automáticamente pensé en el bebé... todavía un feto que me necesitaba. Avergonzada, di el primer bocado, sólo para descubrir que tenía hambre. Devoré el bocadillo, me bebí todo el zumo y organicé el desorden en la cocina preguntándome si debía subir o darle un respiro. Dios sabía que los dos necesitábamos un descanso.

Casi por impulso, cogí un vaso de vino, pero la palabra "embarazo" se iluminó en mi mente como un foco de neón. Quizá lo único que necesitaba era un remedio para el dolor de cabeza y dormir un poco. El agotamiento emocional me estaba consumiendo. Sabiendo que ninguno de los dos podía permitirse el lujo de tener tiempo y espacio, subí las escaleras.

Adrian seguía encerrado en el baño, así que busqué mi pijama más cómodo y me peiné. Cuando salí del armario, él ya estaba vestido y olía de maravilla. Odiaba cómo mis emociones se habían vuelto tan conflictivas; mi único deseo era agarrarme a aquel hombre y volver al día anterior, cuando estábamos a gusto el uno con el otro.

— ¿Te lo has comido todo?

— Sí. — Recibí una mirada suspicaz y resoplé. — Realmente me lo comí todo, ¿debería haber hecho una foto?

— Si empiezas a descuidar tu dieta, tendrás que hacer fotos.

— ¿Por qué eres tan mandona?

— Porque puedo. Siéntate aquí, hablemos.

Órdenes y órdenes; eso resumía al arrogante Sr. Darrell.

— Cuando asumí la presidencia de la empresa, sabía que mi vida estaría en el punto de mira. Desde entonces, mis abogados me han aconsejado mantener mi vida privada en la más estricta intimidad. Cualquier comportamiento controvertido influye en la vida empresarial.

— ¿Es así como empezaste a hacer contratos?

— No. Eso fue mucho más tarde; fue la manera que encontré de ser práctico. Cuando me di cuenta de que nada cambiaría para mí. Siempre supe que no era como la gente normal. Hace años, salí con Isabelle y ella no pudo superarlo. Como estaba muy unida a la familia, trató de pegármela y me di cuenta de que para conseguir lo que quería, de la forma en que lo quería, tendría que hacer las cosas como siempre. — Adrian apartó la mirada y suspiró. — Nunca quise que fueran negocios contigo, preciosa.

— Creo en ti...

— Me alegro de que me creas, porque no sé qué haría si no estuvieras en mi vida. Eso nos lleva a... Bueno, nunca pensé en tener hijos; sé que eso debe asustarte..., pero un día soñaste con ello.

— Y nunca soñaste...

— No — tomó aire y me miró fijamente antes de volver a hablar. — Reflexioné mucho en la ducha. Durante muchos años he dejado que mi pasado marcara mi futuro y sólo ahora me he dado cuenta de que he dejado pasar muchas oportunidades porque tenía miedo de acercarme a la gente. No quiero perderte nunca. Te quiero, Flora. No sé si seré un buen padre, pero quiero intentarlo.

— Adrian...

No podía soportar nuestra distancia, sabía exactamente lo que ambos necesitábamos. Mis labios se encontraron con los suyos antes de que pudiera darme cuenta, sintiendo el torbellino de pensamientos y sentimientos que inundaba mi corazón.

¡Adrian Darrell me quiere! Nada me preparó para ver el amor, la devoción y la entrega en los ojos verdes de este hombre. Nuestras ropas se perdieron de camino a la cama, conscientes de que necesitábamos contacto. Siempre fue así entre nosotros; nos entendíamos cuando ninguna palabra podía superar la forma en que hacíamos el amor. Todas nuestras inseguridades y miedos se quedaron fuera de la cama.

— Te quiero, Adrian. Te quiero a ti. Te quiero a ti.

repetí, débilmente, mientras besaba sus labios, dejándole tomar de mí lo que necesitaba. Su ronco gemido agradeció mi sumisión mientras sus labios recorrían mi cuello, lamían mi piel desnuda y arrastraban un reguero de deliciosos besos hasta mis sensibles e hinchados pechos. Me besó con cuidado, gimiendo,

disfrutando de cada sensación mientras el hombre me chupaba, mordisqueaba y succionaba, desesperado por más.

Adrián me tocaba por todas partes, arrastrando su rastro de besos por mi vientre. De repente, sus ojos se cruzaron con los míos y una sonrisa inocente llenó su rostro. Pude ver cómo su rostro torturado se transformaba en algo que no había visto antes en él... No pude descifrar lo que había en su rostro, pero un escalofrío me recorrió el estómago cuando depositó un cálido beso en mi vientre y continuó su sinuoso recorrido por mis piernas.

Estaba desesperada y Adrian me dio exactamente lo que necesitaba. En sus labios, tuve una experiencia casi esotérica, con un orgasmo que nos llevó a otro nivel de intimidad.

Esta vez fue diferente. La forma en que Adrian me penetraba, el modo en que sus ojos no se apartaban de los míos, la lentitud de sus movimientos, la precisión y la intensidad necesarias para llevarme al delirio.

Oí sus murmullos de amor, sus interminables promesas, sus apasionadas declaraciones... Un hombre hermoso, vulnerable, entregado. *Mío.*

— No me dejes, por favor, no me dejes nunca... — Torturado, suplicó antes de derrumbarse en mi éxtasis.

Alcanzamos la gloria juntos mientras yo le prometía que no había otro lugar en el mundo en el que quisiera estar que aquí, con él.

———

El espacio que había a mi lado en la cama estaba vacío y frío. Cuando encendí la pantalla de mi teléfono móvil, me di cuenta de que ya eran más de las dos de la madrugada y de que Adrian me había dejado hacía mucho tiempo. Iluminé la habitación con mi linterna, buscando mi bata para bajar las escaleras. El aire acondicionado central estaba encendido y la casa estaba demasiado fría para ser un día nublado.

Adrian estaba sentado en el sofá del salón, sólo la luz amarillenta del balcón iluminaba la habitación. En sus manos había un vaso de líquido ámbar y, por la botella medio vacía de Macallan 1926, supe que llevaba tiempo bebiéndoselo.

— ¿Qué pasa?

Sus ojos verdes se encontraron con los míos y una sonrisa triste llenó su rostro. Adrian parecía estar pensando muy lejos mientras me tendía la mano para que me acercara. Acepté, preguntándome si estaba perturbando su momento a solas, y me senté a su lado.

— ¿Quieres estar solo?

— No creo que volvamos a estar solos. Eso es lo que dicen cuando tienes hijos, ¿no?

Sonó una carcajada amarga y me encogí. Adrian, que parecía arrepentido, dejó de reírse y me miró fijamente.

— Lo siento. No quería que sonara así. No quería que sonara así. No quiero estar sola.

Sin saber qué decir, me quedé en silencio a su lado. El hombre parecía agotado, como si llevara el peso del mundo a sus espaldas.

— Era muy pequeña cuando murieron mis padres. — Adrian me cogió la mano y me la apretó.

Se le aguaron los ojos mientras bebía otro sorbo, el sorbo del coraje. Era la primera vez que hablaba de sus padres.

— Mis padres sólo se casaron porque mi madre estaba embarazada.

— ¿No se querían? — No quería decir que Isabelle ya lo había mencionado.

— No como nosotros. — Sonrió, besándome los nudillos. — Se peleaban mucho. Empecé a entender por qué se peleaban muy

pronto. Para entonces, ya habían nacido todos mis hermanos. Ethan tenía tres años y Aidan un mes. Fue la primera vez que vi a mi padre acusar a mi madre de traición.

— Siento hacerte revivirlo, amor.

— No es culpa tuya, no es culpa de nadie.

El silencio llenó la habitación durante unos segundos, y Adrián dejó su vaso sobre la mesita y se volvió hacia mí. No me soltó la mano y siguió mirándome a los ojos todo el rato.

— A partir de los cinco años, recuerdo muchas peleas. Mis abuelos intervenían mucho, así que mi padre decidió marcharse de su casa. A partir de entonces todo empeoró. Le gritaba y le pegaba por cualquier cosa, delante de nosotros...

— Amor, si no quieres contarlo...

— No, creo que necesitas saberlo. Mereces saberlo. — Estaba dolorido. Quería abrazarlo, pero no sabía cómo reaccionaría a mi tacto. — La noche que murieron, me desperté gritando. Compartía habitación con Ethan; él también se despertó, pero le ordené que no saliera de la habitación cuando nuestros padres se peleaban. Estaba desesperada, aún recuerdo lo fuerte que me latía el corazón. Bajé corriendo las escaleras y la escena que vi en el salón nunca se me fue de la cabeza. Mi madre estaba de rodillas, llorando desesperada y mi padre parecía alucinado. Ambos me miraban fijamente.

— Adrian...

— Tenía una pistola apuntándole a la cabeza. Los gritos, el llanto... El dolor, todo estaba fijado en mi mente. La forma en que ella le rogaba que no apretara el gatillo. Todo en vano. Mi padre mató a mi madre fríamente. Me miró antes de disparar. Yo no podía

moverme... I... Estaba paralizada, tenía tanto miedo... Mi madre cayó al suelo, con los ojos abiertos, medio jadeante, y me tendió la mano. No pude ayudarla, Flora.

Dios mío. Su corazón estaba roto. Adrian estaba roto en docenas de pedazos.

¿Cómo puede un padre hacerle algo así a su propio hijo?

— Lo siento, mi amor. No podías hacer nada. Eras una niña. No era tu deber proteger a tu madre.

— Ahora lo sé. — Lloriqueando, me contestó. — Aún no ha terminado, amor.

Volví a callar sin soltar su mano, acariciándola, pensando en el infierno que fue su infancia y comprendiendo todos sus traumas, miedos y pesadillas.

— Mi madre había muerto. Mi padre me miró a los ojos, se rió de forma enfermiza y me dijo que eso es lo que pasaría si me casaba, que la gente miente, engaña y abandona. Dijo que todo era culpa de mi madre. Luego me apuntó con la pistola, pensé que iba a dispararme, pero entonces se pegó un tiro en la cabeza y se suicidó delante de mí.

Dios mío.

— Y tú le creíste...

Adrian respiró entrecortadamente, avergonzado por su suposición.

— Mintió. Eres la prueba viviente de que la gente no engaña, miente y abandona. Nunca me hiciste eso a mí ni a nuestro bebé, aunque su existencia te aterrorice.

— Soy el hijo de ese hombre, Flora, la fruta nunca cae lejos del árbol.

— Eso no existe. Nunca serás así. Aunque escondas tu buen corazón bajo esa máscara de seriedad, todos sabemos que eres un buen hombre. Nunca tuve dudas, Adrian. Nadie me ha querido nunca como tú.

Me miró lleno de dudas, con el pecho sangrando de dolor.

— Antes pensaba que no había solución para mí. Tú lo cambiaste todo, Flora. Cuando tuve que ser fuerte, cuando tuve que proteger a mis hermanos para que no vieran a nuestros padres muertos... Pensé que nunca volvería a ser una persona normal. ¿Cómo puede alguien marcado por algo así sonreír y vivir como si

nada hubiera pasado? Creo que tenía veinte años menos cuando te conocí.

— Los dos vamos a rejuvenecer. Tengo muchos planes en mente para nosotros. Quiero estar a tu lado todo el tiempo que quieras.

— No hay fecha límite, ángel. Estamos juntos. ¿En qué mundo crees que te dejaría ir? Es un poco egoísta pensar así, porque sé que mereces un hombre mejor.

— Te merezco, el mejor hombre que podría conocer y amar.

Con esa frase, nos abrazamos, aliviada por conocerle un poco mejor y prometiéndome a mí misma que ayudaría a este hombre tan guapo a reencontrarse a sí mismo y a ser feliz. Sólo quería apartar

de su mente el horror que le rodeaba cada vez que cerraba los ojos y pensaba en su familia.

Capítulo 49

SEMANAS DESPUÉS

Contarle a Flora mi pasado nos unió de un modo inesperado. Mi temor a que me odiara resultó infundado. Nuestras conversaciones fluyeron con más naturalidad y encontramos otro tipo de intimidad.

Nunca imaginé que sería capaz de desnudarme emocionalmente en presencia de una mujer. Compartir detalles de mi inseguridad parecía imposible, pero Flora nunca me vio como una carga. Me elogiaba como a un novio, un hermano y un nieto. Escuchaba atentamente cuando le contaba cómo sacaba a mis hermanos pequeños de casa, vendando los ojos a Ethan para que no pudiera ver y llevando a Aidan dormido en brazos.

No teníamos vecinos cerca, y mis abuelos tardaron casi una hora en llegar, llegando después que la policía. Nos sentamos frente a la propiedad, observando a la multitud hasta que nuestros abuelos nos abrazaron y nos llevaron a casa.

No vi cuando se llevaron los cuerpos de mis padres. Mi abuelo se encargó de que todo se silenciara y, públicamente, murieron en un accidente de coche. Recuerdo la cara de horror de mi abuela cuando le dije que su hijo había matado a mi madre. Si no hubieran presenciado tantas peleas, no me habrían creído, pero mis abuelos sabían que el final estaba cerca y aun así no intervinieron.

Desde que me enteré de que iba a ser padre, había estado aterrorizado, pendiente de todas las necesidades de Flora. Pensaba que cualquier descuido podría convertirme en mi padre. Anoche, mientras le sujetaba el pelo mientras vomitaba, su rostro pálido se

volvió hacia mí. Forzó una sonrisa y dijo que yo ya era un gran padre. No sé cómo me sentí exactamente, pero no fue como me imaginaba. Me sentía feliz y esperanzado.

Ha estado intentando convencerme de que busque ayuda profesional. Le prometí que me lo pensaría. No me gusta la idea de que alguien conozca mis debilidades, pero si eso me hiciera mejor persona para ella y para nuestros hijos, lo haría.

Estamos en nuestra primera cita prenatal. A Flora le han hecho varias pruebas y su primera ecografía. El obstetra nos ha dicho que estamos de unas diez semanas y que nuestro bebé tiene el tamaño de una ciruela pasa.

— ¿Estás preparada? — No entendí la pregunta, pero por la sonrisa de Flora, me limité a asentir.

Nada me preparó para ese momento. El sonido acelerado del corazón del bebé fue aterrador. Mis ojos se encontraron con los suyos, llenos de lágrimas.

Era real. Había un bebé creciendo. Pronto íbamos a ser padres.

— 175 lpm, excelente. Hay un bebé sano creciendo dentro de ti, mamá.

— ¡Qué rápido! — murmuró Flora, encantada. — ¿Cuándo sabremos el sexo?

Sonreí ante su ansiedad. Estaba siendo valiente. En la última semana, la acidez se tomó un respiro, pero las náuseas llegaron con toda su fuerza. Según el obstetra, el alivio llegaría con el final del primer semestre.

— Puedes hacerte una prueba de sexo fetal o esperar hasta la semana 13. Depende de los deseos del bebé. Depende de los deseos del bebé; algunos lo ocultan a sus padres durante mucho tiempo.

— Hagamos la prueba", dije, provocando la risa de ambos.

Lo estaba llevando mejor de lo esperado y la expresión de sorpresa de Flora demostraba que desconfiaba de mí. No quería que dudara, así que sonreí y le estreché la mano.

De camino a casa, después de muchas recomendaciones y con la fecha fijada para la próxima cita, decidí que debíamos parar en un centro comercial. Flora, un poco sorprendida, aceptó sin discutir.

Caminábamos de la mano como una pareja normal, aunque Garrett y Tyler fingían que no nos seguían.

En una tienda de bebés, compramos el primer conjunto de nuestro hijo. Una vez más, Flora lloró de emoción. Las dependientas parecían encantadas con nuestras sonrisas, nuestra emoción y nuestra compenetración.

La observé mientras sugería comprar algo de ropa para sorprender a nuestra familia. Hasta entonces, estábamos disfrutando de nuestra propia burbuja, aprendiendo a lidiar con la novedad y haciéndonos a la idea de que íbamos a ser padres. No habíamos planeado cuándo se lo contaríamos a nuestra familia.

A medida que pasaban los días, nuestra pequeña familia se unía más. Nuestros lazos se estrecharon y nuestras conexiones se

intensificaron. Me convertí en un padre obsesionado con los cuidados; Flora se volvía loca cada vez que la llamaba más de dos veces para ver si todo iba bien durante su horario de trabajo.

En las reuniones con mis abuelos, no pasamos desapercibidos ante la atenta mirada de mi abuela. Por suerte, Felicia y Ethan estaban juntos y eran el centro de atención.

Mel era la única que conocía nuestro secreto. Visitamos a su pequeño el fin de semana pasado. Lucas, aunque sólo tenía unas semanas, miraba atentamente a su alrededor y prestaba atención al sonido de nuestras voces. Al cogerlo en brazos, nos invadió una mezcla de sentimientos y nos dimos cuenta de que pronto tendríamos un bebé en casa.

Cuando volvimos de Nueva York, me alegré de que todo el mundo estuviera bien, sobre todo el padre de Flora, que parecía haberse recuperado por completo. Pero me pasaban muchas cosas por la cabeza.

Estaba ansioso por una razón: me preocupaba lo que pensaría Flora. Después de contarle que mi padre se casó con mi madre por un embarazo, no quería que pensara lo mismo de nosotros dos.

Tenía que tener más fe en ella y un poco más en mí misma. Estaba trabajando en ello, sobre todo cuando por fin concerté una cita con un terapeuta.

Después de comer, decidí terminar pronto mi jornada laboral. Al salir, volví a preguntar a mi ayudante si me había reservado

tiempo en la joyería. Con un movimiento de cabeza, me lo confirmó.

Garrett me miró con una sonrisa libertina mientras me dejaba delante de una joyería Tiffany's. Cuando volví al coche con lo que necesitaba, casi se echó a reír.

— ¿Te felicito ahora o cuando acepte? — preguntó entre risas.

— Cuando ella acepte.

Nunca he sido religioso, pero rezaba para que Flora dijera que sí.

En casa, encontré a mi preciosa niña durmiendo. Aprovechando su cambio de horario, me di una ducha rápida, ansioso por reunirme con ella y disfrutar de nuestro tiempo juntos.

Tumbado a su lado, lo único que hice fue mirarla dormir. Su rostro estaba sereno, con los labios fruncidos en un pucherito de lo

más mono y una de sus manos apoyada bajo la mejilla.

Flora representaba la imagen perfecta de la paz, como siempre me había sentido a su lado. Nunca fui de los que dormían plácidamente toda la noche, ni siquiera de niño. Tal vez mis traumas infantiles habían arraigado antes de conocerla, y la primera vez que dormí toda la noche a su lado, me desperté con la extraña sensación de que eso era posible.

— ¿Cuánto tiempo quieres fingir que estás dormido? — bromeé, notando que sus párpados se agitaban y su respiración se hacía más consciente.

— Me preguntaba cuánto tiempo me mirarías así. ¿Va todo bien?

— Todo siempre te sale bien, preciosa.

Recibí la sonrisa soñolienta más bonita del mundo. Flora bostezó antes de abrir sus ojos verdes y mirarme con curiosidad. Sus pestañas de muñeca aletearon dos veces, aumentando su nivel de consciencia.

— Hueles tan bien y te ves tan misteriosa. ¿Qué me estás ocultando, Darrell?

— Cásate conmigo. Puede que nunca haya una forma suficientemente romántica de pedir eso. He planeado muchas cosas para esta noche, pero este momento de intimidad, a solas, es todo lo que quiero contigo para siempre. Nunca he estado seguro de muchas cosas en la vida, pero tú me has traído la felicidad. Te quiero, ángel. Cásate conmigo y sé mi familia.

No esperaba lágrimas; quizá debería haber tenido en cuenta su estado emocional. La cara de mi pelirroja se sonrojó varios tonos de rojo. Flora jadeó, suspiró y se sentó, casi alarmada.

— No hablas en serio. No mates a la embarazada. — La oí resoplar con voz temblorosa y me senté detrás de ella.

— Tal vez soné arrogante... Lo siento, te mereces algo mejor, sólo...

— Silencio. ¡Dios, Adrian! ¿Hablas en serio?

— Sí.

Al sacar la cajita del bolsillo del pijama, no pude contener la risa nerviosa al ver el brillo de sus ojos. Flora no me quitó los ojos de encima mientras le enseñaba el solitario con un diamante en el centro y otras piedras cruzando el borde.

— ¿Me harías el honor de ser mi esposa, Flora Pellegrino?

— Te quiero, ¡así que sí! ¡Mil veces sí!

Todo lo que necesitaba estaba entre mis brazos, sin fuegos artificiales, bebidas caras ni público. En mis brazos, la mujer de mi vida me declaraba su amor y me colmaba de besos.

No sé cuándo me hice digno de ella, pero me hice una promesa: honrarla para siempre. Haría todo lo que estuviera en mi mano para no defraudarla nunca.

———

Algún tiempo después

— ¿Voy a ser bisabuela?

Mi abuela abrió el grifo y, a partir de ese momento, empezaron a brotar las lágrimas. Flora sonrió y, mientras asentía,

compartimos una mirada cómplice. Cuando llegó el final del primer trimestre, ambas nos sentimos aliviadas de poder contar el secreto que habíamos estado ocultando a nuestra familia. Además, Mel había recibido por correo electrónico el resultado de la prueba del sexo del feto y estaba planeando algo llamado "té de revelación" para el próximo fin de semana.

Estaba muy ansiosa. Me pasé días intentando chantajear a Mel, incluso le ofrecí toneladas de dinero para que me dijera el sexo del bebé en secreto. Lo único que conseguí fueron risas, y una de nuestras conversaciones fue enviada a Flora, que me sermoneó durante más de media hora sobre la lealtad entre una pareja.

— ¡Nosotros también nos casamos! — anunció Flora, tras recibir calurosos abrazos de la familia.

Felicia y Fiona habían llegado la noche anterior, alojadas con sus respectivos novios. Se debatían entre la felicidad y la rabia por no haber sido avisadas con antelación.

— Caray, es por eso que está lloviendo. ¡Increíble que te vayas a casar!

— Cuidado con lo que dices, chico. — Mi abuelo le dio una palmada en la cabeza a Aidan, que gimió de dolor.

Puse los ojos en blanco ante mi hermano, a quien no le pasó desapercibida la reprimenda de Fiona. Aquella mujer era casi como un general.

Celebramos el cambio en nuestras vidas, recibiendo las felicitaciones de mi abuelo y mis hermanos mientras Flora nos contaba cada detalle de su embarazo y sus planes de boda. Jesús,

¡la mujer era increíble! En cuanto le pedí que se casara conmigo, no paró de hablar de las ganas que tenía de la ceremonia y dijo que había tomado la mejor decisión al huir de su matrimonio fracasado. Me sorprendió cuando apareció con un plan y empezó a hacerme docenas de preguntas sobre flores, colores, comida y fechas.

Las fechas. Esa era la única parte en la que estábamos de acuerdo; queríamos una boda rápida. Sabía que Flora no soñaba con casarse con una evidente barriga de embarazada, y yo estaba listo para formar mi familia.

— ¿Cuándo recibirán nuestros padres la gran noticia? — Felicia me miró fijamente mientras preguntaba, como si quisiera ver mi reacción.

Flora se mordió el labio inferior, dudando sobre su respuesta.

— Se lo dijimos antes de venir. Su madre parecía decepcionada y su padre sorprendido. Pero acogieron con satisfacción la noticia de la boda y quieren que se celebre tan pronto como nosotros.

— Algo de haber dado bastante pena huyendo de una boda —añadió Flora.

— Eres mi orgullo, chica. Creaste tu propio destino, todo al revés, ¡como lo haría yo!

Aidan se atragantó y Fiona lo miró con expresión asesina. Mi hermano prácticamente gritó que no estaba ni cerca de ser padre, y mucho menos de casarse, todo con su mirada desesperada.

— No te engañes, Aidan. No eres el hombre adecuado para casarte.

Todos nos reímos y el ambiente se animó.

Vi cómo mi prometida se ponía de acuerdo con sus hermanas sobre los vestidos y la decoración. Sonrió con picardía cuando Felicia le preguntó por el presupuesto de la boda y murmuró orgullosa que no tenía porque yo la había tranquilizado con los precios. Aquello sonó como el sueño de una casamentera de tarjeta, sobre todo cuando las tres se animaron y yo me asusté de verdad.

— ¿Va todo bien con estos cambios? — Ethan se unió a mí, me acarició el hombro y me miró preocupado.

— Estoy bien y muy contenta. No sé nada sobre ser padre, pero Flora encontró un curso para padres primerizos y nos inscribió. Ya he comprado cinco libros sobre la paternidad.

— Me alegro mucho por los tres. Sabiendo que nunca seré padre, estaré feliz de ser el tío cariñoso.

Si algo he aprendido de la vida es que nos sorprende. Mi hermano, algo incrédulo, quizá no quería nada de esto, pero sólo el futuro podía decir lo que realmente ocurriría.

Capítulo 50

Con los adornos de "té revelación" en rosa, lila, amarillo y azul, podía imaginar cómo quedaría el jardín de la casa de los abuelos de Adrian para nuestra boda dentro de unos meses. Cuando Elise me preguntó si me gustaría celebrar la boda en su casa, aprovechando la vegetación y el precioso espacio, dije inmediatamente que sí. La casamentera que hay en mí ya había buscado varias opciones, pero me di cuenta de que una boda extravagante no nos convenía. A Adrian le aterrorizaba la exposición, así que la elección del lugar era perfecta.

Quería una boda íntima, sólo con la familia y los amigos, a última hora de la tarde, con la puesta de sol brillando sobre nosotros. Estudié varias bodas, recorté fotos de revistas y páginas

web de decoración y se lo envié todo a mi organizadora de bodas, con la esperanza de que me ayudara con la planificación. Con la decoración del té, tenía una pequeña idea de cómo sería mi boda. Incluso con los globos de colores y las mesas decoradas de forma infantil, todo era precioso. Si una despedida de soltera puede ser impresionante, ¡imagínate cómo sería una boda!

Con mi pequeño bien educado en brazos, miré a Lucas y casi lloro. Era un bebé precioso, muy tranquilo, y no se quejaba cuando lo cogía en brazos. Mel ladraba a David, Adrian y Ethan, que trabajaban con pánico para ultimar la decoración de la mesa.

— Tu amigo me ha asustado —dijo Olivia, apareciendo a mi lado con un paquete estampado de ositos de peluche—. — Own, ¡es tan mono!

— Es mi ahijado, Lucas. Su madre está nerviosa, pero es una persona encantadora.

— Lo siento por su marido.

Nos reímos y le indiqué dónde podía dejar el regalo. Después de darle las gracias, caminamos hacia las chicas, que habían terminado de poner lazos azules a los recuerdos.

— ¡Me toca sujetar! — Felicia estaba prácticamente compitiendo por mi atención con Lucas.

Dejé que mi hermana ganara y deslicé a mi ahijado dormido en sus brazos. Los ojos brillantes de Felicia me despertaron la curiosidad. Me reí cuando me dijo que se mudaría a Seattle cuando naciera mi bebé, porque no soportaría estar lejos.

— Me acordaré de esto cuando crezca y tenga que dejarlo con alguien para que descanse.

— Estaré disponible, ¡lo prometo!

Ethan y Adrian se llevaban bien cuando mi hermana hablaba de cambiar de opinión sobre la maternidad. El ceño fruncido de Adrian demostraba que no pensaba lo mismo.

Me encogí de hombros, intentando disimular el incómodo silencio que se produjo, pero pronto Mel volvió, casi gritando que el trabajo no había terminado.

Mientras me preparaba, me miré la barriga en el espejo y sonreí al ver que el pequeño huevo empezaba a sobresalir. Me moría de ganas de tener una barriga enorme y sentir cada movimiento de mi hijo. Era extraño saber que iba a ser mamá; un torbellino de

sentimientos me consumía. Lloraba y reía a partes iguales, convirtiendo la vida de Adrián en un pequeño infierno y, al mismo tiempo, en momentos paradisíacos.

— ¿Estás preparado?

Adrian tenía el don de ser guapo incluso con un saco de patatas. No sabía si era posible quererle aún más, pero él me lo demostró. Con unos pantalones caqui blancos y una camisa rosa bebé, dejó claro lo que prefería.

— ¿Señorita? — murmuré, curiosa.

Los dos no hablamos de lo que pensábamos que era. Las dos noches anteriores habíamos planeado algunos nombres, pero ahora tenía sentido que solo hubiera sugerido nombres femeninos.

— Mi intuición.

— ¿Tu intuición o tu deseo, papá?

— Intuición con una pizca de deseo, mamá. En cualquier caso, ya quiero a mi pequeño aguacate.

Con el corazón acelerado, estaba en las nubes cuando me acarició el vientre por encima del vestido blanco y me besó.

— Te queremos, papá.

Mano a mano, fuimos recibidos por nuestros invitados. Mel decidió que, en primer lugar, los padres se enterarían de si esperaban una niña o un niño, y luego disfrutarían del resto de la fiesta, siguiendo su plan al pie de la letra. A veces pensaba que debería haberla elegido a ella como ceremonialista; si no hubiera sido por Lucas y la distancia, se habría ofrecido. Parecía cosa del destino que por fin me casara y tuviera a mi mejor amiga como

dama de honor. Era como una señal de que esta vez tenía que ser así.

No solté la mano de mi hermoso prometido ni un segundo mientras empezaba la cuenta atrás. Empezaría en diez y, cuando llegara a cero, no tenía ni idea de lo que pasaría.

Adrian y yo nos miramos mientras la cuenta se acercaba a cinco, dirigiéndonos a la cima hacia donde apuntaba Mel. Al llegar a cero, una nube de humo y globos de gas se elevó sobre nuestras cabezas.

Los gritos me despertaron de mi éxtasis cuando Adrian me levantó del suelo y me hizo girar en sus brazos, estrechándome en un emocionante abrazo.

— ¡Una niña pequeña! — Lloré, abrumada. — Gracias, mi amor.

— ¡Estoy tan feliz! ¡Vamos a tener una hija!

A partir de ese momento, supimos que nunca volveríamos a estar solos. Mis temores se disiparon cuando vi la emoción en los ojos de Adrian, y pronto nos vimos rodeados de abrazos emocionados de nuestros familiares y amigos.

¡BOMBA! ¡EL MAGNATE SOLITARIO VA A SER PAPÁ!

Por Miss J

¡Prepárate, Seattle, porque el cotilleo del siglo acaba de estallar! El Magnate Solitario, Adrian Darrell, ¡va a ser padre! Y no sólo eso, sino que por fin se ha desvelado la identidad de la enigmática pelirroja que ha conquistado su corazón: se llama Flora Pellegrino, una encantadora neoyorquina y profesora de ballet en la renombrada Academia de Danza Rebecca Brennan.

Toda la ciudad está entusiasmada con esta revelación. Tras meses de misterio y especulaciones, sabemos que Adrian y Flora no sólo se

han enamorado, sino que además están a punto de ser padres de una niña. Así es, mis queridos lectores: una nueva vida está en camino, y la noticia promete agitar aún más el ya efervescente mundo de los multimillonarios de Seattle.

Ahora, la gran pregunta que flota en el aire es: ¿se acerca una boda? Adrian, siempre tan reservado en asuntos del corazón, podría estar dispuesto a dar un paso audaz junto a Flora. Con la llegada del bebé, la presión para formalizar la relación puede aumentar, y todas las miradas están puestas en la pareja. ¿Cómo reaccionará la familia Darrell ante esta nueva dinámica? ¿Permitirá la tradición familiar que florezca un amor tan verdadero?

Flora, con su carisma y talento, ha aportado sin duda nueva energía a la vida del magnate. Mientras Seattle se pregunta cómo será la

futura madre y qué papel desempeñará en la vida de Adrian, los rumores de un posible matrimonio corren como la pólvora.

Miss J está buscando más detalles sobre esta historia de amor y la futura familia Darrell. Estad atentos, porque esta narración está lejos de terminar, ¡y cada nueva revelación promete ser más emocionante que la anterior! Seattle nunca ha estado tan emocionada, ¡y yo estaré aquí para contároslo todo!

Capítulo 51

DOS MESES DESPUÉS

FIESTA DEL SOLTERO

"Conoces las reglas. Rómpelas y ni siquiera tendrás que aparecer en la boda". La amenaza de Flora resonó en mi mente. Mi encantadora prometida estaba en el colmo de la furia, como una hoguera que quemaba todo a su alrededor.

Antes de embarcarme en la locura de mi hermano, dejé a Flora a salvo en casa de mis abuelos, junto con sus hermanas y Melanie. El pequeño Lucas se encargó de protegerlas en nuestra ausencia. El pequeño sonreía, aunque no entendía nada de lo que le decía.

Las reglas eran en realidad amenazas fruto de unos celos que nunca le había visto tener: "¡no te emborraches, vuelve pronto y que no se te acerquen mujeres!". Tuve que contener la risa, aunque la situación no tenía gracia. Estaba preciosa, con las mejillas tan rojas como su pelo.

David, el marido de Melanie, dudaba si venir conmigo, pero una mirada alentadora de su mujer —totalmente contraria a la mía— le dio finalmente la paz que necesitaba para ir. Mientras conducía a toda prisa, pensé que cuanto antes llegara, antes podría volver a casa con mis dos hijas. La barriguita de Flora sobresalía, de casi cinco meses, y eso me trajo la paz. El mejor momento del día fue cuando llegué a casa, besé a mi mujer y hablé con mi hija.

— ¿Tuviste una despedida de soltero? — pregunté, entablando conversación para matar el tiempo. Flora me ha

convertido en una persona más sociable, o al menos casi.

David soltó una carcajada y negó, lo que me hizo reír a mí también.

— ¿Tanto te aterroriza?

— No tienes ni idea. Seguro que Flora era un ángel antes de quedarse embarazada, y ahora estamos a un día de su "sí".

El recuerdo era dulce; sabía que tenía la prometida más comprensiva del mundo, aunque en los últimos meses oscilara entre pensamientos homicidas y románticos. La boda la estaba volviendo loca y, aunque yo intentara ayudarla, cualquier interferencia parecía irritarla aún más.

La dirección que me dio Aidan nos llevaba a uno de los clubes nocturnos de su amigo Dominic Connigham. Era típico de mi

hermano pensar que yo disfrutaría de una despedida de soltero en un club nocturno. Le di las gracias mentalmente, porque podría haber sido en algún sitio peor, como Vicentino, la discoteca que pondría los pelos de punta a cualquier padre moralista. Pronto yo sería uno de ellos.

— Tu hermano sabe cómo organizar una fiesta", comentó David, mientras pasábamos la barrera de seguridad.

Afortunadamente, nos alojaríamos en una zona privada. Pensar en ello me hizo darme cuenta de que quizá me estaba haciendo viejo. El ascensor nos llevó al palco y la discoteca estaba abarrotada. No esperaba encontrarme con tantas caras conocidas esa noche. Colegas del colegio, de la universidad e incluso algunos del trabajo estaban en la lista de invitados de mi hermano.

Mientras caminaba hacia mis amigos más cercanos, recibí abrazos y saludos. Odiaba entablar conversación con gente a la que hacía años que no veía, y a algunos ni siquiera los conocía bien. La voz de Aidan resonaba en mi cabeza: "No tienes amigos". Hace tres días, se quejaba de que era difícil invitar a la gente a la "pequeña fiesta" que estaba planeando. Flora se volvía loca con los mensajes que enviaba sobre bebidas e invitados.

— ¡Ha llegado el novio! — gritó Ethan, abriendo los brazos para darme un corto abrazo. Luego me lanzó hacia Dominic.

— El hombre afortunado.

Se había casado hacía poco. Fui a la boda por educación y por un poco de insistencia de Flora. Desde lejos, parecía un teatro, pero ¿quién soy yo para juzgar la vida de los demás?

— Ya que has cruzado la línea primero, dime, ¿qué me encuentro al otro lado? — pregunté tras nuestro saludo.

Dom se rió, levantó los brazos y me miró con una seriedad casi aterradora.

— Estoy seguro de que nuestros bandos serán diferentes. Disfruta del camino", dijo misteriosamente.

El ambiente tenso se disipó cuando empezaron a servir las bebidas. Aidan se ocupó de todos los detalles, sirviendo a los invitados y charlando como una persona normal y feliz. Yo sólo me permití un trago de whisky y luego me quedé en el agua. La velada se volvió casi divertida a medida que algunos amigos se emborrachaban y la conversación fluía con más naturalidad, incluso con las voces arrastradas y la música alta.

Me apoyé en el parapeto del palco, observando la pista de baile que había debajo. Desvié mi atención hacia la pequeña fiesta de Aidan, porque mi hermano y, extrañamente, Ethan se estaban divirtiendo más que yo.

En cierto momento de la velada, aparecieron unas bailarinas que volvieron locos a los hombres. Incluso David cedió, susurrando algo a los demás y metiendo notas por los escotes de las bailarinas. Actuaron otras bailarinas, pero en ese momento lo único que yo quería era irme a casa. Me di cuenta de que había cumplido todos los requisitos de un hombre a punto de casarse y que por fin podía decir "sí" a Flora.

No habría necesitado nada de eso; darme cuenta me hizo reír. Nunca necesité esas distracciones, pero ahora más que nunca sabía

que casarme con Flora era lo correcto. La quería más que a nada y no había dudas ni temores.

Con un último vistazo a la locura de la fiesta privada de Aidan, estuve a punto de preocuparme por si Ethan bailaba con una de las bailarinas que antes había estado haciendo pole dance. Desistí de comprobarlo, porque conocía bien a mi hermano; todo estaba bajo control. Sabía medir cada paso que daba, simplemente disfrutando de su juventud.

Antes de irme, le dije a David que Tyler le llevaría a la mansión de mis abuelos. El hombre parecía indiferente, divertido con sus nuevos amigos.

Nadie se dio cuenta cuando abandoné el lugar, dispuesto a descansar, sabiendo que a la tarde del día siguiente sería un hombre

casado. Por fin.

———

Se suponía que el día siguiente iba a ser perfecto, pero Melanie apenas me miró durante el desayuno y no trajo ninguna noticia sobre Flora. La única respuesta que me dio fue que la vería en el altar. Extrañamente, la mesa de café se vació rápidamente. Felicia parecía enfurruñada, Fiona ni siquiera apareció y mis abuelos decidieron no darme ninguna luz al final del túnel.

Durante el día, me asignaron, junto con Melanie y Sarah —nuestra ceremonialista—, la tarea de asegurarme de que todo saliera bien. La boda, prevista para las cinco de la tarde, parecía acercarse rápidamente. El peluquero contratado llegó a tiempo, pero David

parecía un desastre, Aidan no se había quitado las gafas de sol y Ethan no había aparecido. El único que parecía normal era Garrett, pero incluso él tenía una arruga en la frente. El hombre no se relajaba ni en su día libre. Era uno de mis padrinos, y no podría haber elegido a nadie más; era lo más parecido a un amigo que tenía, aparte de la familia.

A medida que pasaban las horas, empecé a preocuparme por mi hermano. Melanie, Felicia y Olivia se turnaban para preguntarme dónde estaba. Tyler ya había comprobado si Aidan estaba en su piso o en el hotel, y en ambos sitios la respuesta era negativa.

A las cuatro de la tarde, ya vestida y con el móvil en la mano, intenté llamar a Ethan. El teléfono estaba apagado y hacía más de una hora que no recibía mis mensajes. En un impulso, pensé en llamar a la policía, intentando convencer a mi prometida y a sus

amigos de que todo estaba bajo control. En ese momento, vi llegar a Ethan, con la ropa de la noche anterior, resacoso y con los ojos rojos.

No pude preguntárselo porque Felicia ya había pasado por delante de mí, y aunque sabía que debía dar un poco de intimidad a la pareja, la forma en que la rubia cambiaba sus preguntas me hizo mirar desde lejos.

Por un momento, aparté la mirada de la pareja que discutía y vi a Aidan, que observaba la escena con la misma atención. Pero había algo en sus ojos que me recordaba a nuestra infancia. Culpa. Era la misma mirada que ponía cuando me regañaban. Si ese idiota tiene algo que ver, tiene los días contados.

Capítulo 52

DÍA DE LA BODA

— ¿Por qué está Felicia discutiendo con Ethan el día de mi boda? — El hilo de autocontrol que aún me quedaba había desaparecido por completo.

A través de la ventana, veo la expresión enfurecida de mi hermana y el cuerpo encogido de Ethan. No sé qué ha pasado, pero definitivamente esto no está en el itinerario que todos recibieron de mi ceremonialista.

— ¿Por qué Ethan no está vestido todavía? Tiene una barba enorme, el pelo revuelto y ese traje no es el que le envié la semana pasada.

Nadie me responde. Sarah parece tan sorprendida como yo, pero se recupera rápidamente y dice que lo arreglará todo. No sé si lo hará, porque desde donde estoy veo que Ethan dice algo que hace callar a Felicia para siempre.

— ¡Que venga Felicia ya! — pregunto antes de que el nudo en la garganta me impida hablar. Mi *peluquero*, hasta entonces silencioso, me tiende el móvil. Todos me prohibieron hablar con Adrian, alegando que la boda necesitaba la ansiedad de la anticipación, pero cuando todo parece desmoronarse, lo último que quiero es seguir esa estúpida norma.

— Lo he arreglado todo. Todo va a salir bien", dice Adrian con voz insegura.

— Quiero hablar con Ethan.

— El amor...

— ¡Ahora!

El silencio al otro lado marca el momento de la transferencia. Ethan parece bastante avergonzado cuando dice "Hola".

— ¿Qué demonios crees que estás haciendo? ¡Me caso en menos de una hora y no estás listo!

— Lo siento, Flora. Te prometo que estaré como dijiste antes de la hora prevista. De verdad que lo siento.

— Debería sentirlo de verdad. — Lo decidí. — ¿Por qué lloraba mi hermana?

No sé si realmente lo era, pero su expresión indicaba que sí.

— Lo siento, Flora", repite Ethan, y la línea se queda en silencio.

Respiro hondo, sabiendo que insultarle sólo empeoraría las cosas.

— No me importa lo que haya pasado, es mi boda y quiero ver a todo el mundo con una sonrisa en la cara. ¡Pasa el aviso!

Cuando apago, Felicia entra en la habitación. Su rostro está furioso y ahora borroso.

¿Por qué pasa esto hoy? Es como el karma; Edward debe haberme maldecido diez veces para que esta ceremonia sea un completo desastre.

— ¿Qué demonios ha pasado, Felicia? — pregunta Olivia antes que yo, como si supiera que no estoy en condiciones de hablar.

— Rompimos. Ese bastardo mentiroso y tramposo...

Le lanzan maldiciones, maldiciones y maldiciones. Mi hermana va de un lado a otro y, conociéndola, sé que no parará hasta desahogarse. Habla de seguir sus instintos y de que tenía motivos para estar soltera hasta hoy.

— Lo siento, pero tienes que calmarte", le dice Fiona, consolándola.

Con el pelo arreglado, por fin me levanto.

— ¿Quieres darle el gusto de verte tan vulnerable y herida? — Pregunto. — Me traicionaron y huí de la boda. ¿Qué vas a hacer?

Parece que, al oír esto, Felicia se seca las lágrimas y asiente.

— Tienes razón, siento causar escenas en tu día. Es tu boda y mereces ser feliz. No quiero tener que entrar junto a él, ¿está bien?

— Por supuesto que no. Puedes ir con Garrett, ¿qué te parece?

— Vaca afortunada, cambiarás un bombón por otro —bromea Fiona, aligerando el ambiente.

Nos reímos y abrazo a mi hermana. Era la primera vez que la veía llorar por un hombre, y me daba miedo verla así de vulnerable.

Mamá entró en la habitación media hora después, parecía saber exactamente lo que había pasado. La vi abrazar a mi hermana como nunca me había abrazado a mí, y me dio un poco de envidia.

Fingí no darme cuenta de que no me había ayudado con el vestido de novia, pero no me importó mientras Elise me abrochaba los botones y me decía lo guapa que estaba. Tenía todo lo que una novia necesita: personas que se preocupan y aman las tradiciones,

como mi futura abuela, que me regaló unas sandalias de tacón medio para simbolizar mi algo nuevo. También me prestó su tiara, la que ella llevó en su boda, representando algo prestado. Mel me regaló un liguero azul, simbolizando el algo azul, y mi madre me regaló los pendientes de mi difunta abuela, simbolizando mi algo viejo. A diferencia de mi primera boda, ahora tenía todas las piezas para atraer la buena suerte.

Cuando mi padre apareció para recogerme, yo estaba tranquila, un poco ansiosa, pero ni mucho menos nerviosa. Dentro de mi corazón llevaba un inmenso amor por Adrian Darrell y, dentro de mi vientre, la prueba de que éramos reales.

Me ha encantado ver, participar y organizar bodas toda mi vida, pero caminar por el césped cubierto de flores hacia mi prometido fue la sensación más increíble que he experimentado

nunca. Cada paso que daba, agarrada al brazo de mi padre, me llevaba hacia un futuro feliz.

Adrian se debatía entre la sonrisa y el llanto. Yo, que siempre había observado a los novios durante las ceremonias, vi en mi prometido lo que siempre había deseado: pasión, devoción, amor. Un compromiso con el que había soñado toda mi vida y que supe que había encontrado cuando le conocí.

— Me has cambiado la vida", le digo, consciente de que nunca volveré a estar sola.

Todo en mí brilla con una felicidad que parece a punto de estallar. Mi amor se desborda mientras escucho al cura comenzar su sermón. Mirándole, sé que hice lo correcto al huir. Yo era suya; sólo podía vivir este momento con él.

Nuestros "síes" se dijeron con seguridad, y yo no estaba preparada para los votos matrimoniales de Adrian.

— Desde niña pensaba que el amor y la confianza no existían. Creía que el mundo y la gente eran demasiado crueles para amar. Cuando una noche una novia a la fuga se cruzó en mi camino, todos mis instintos me dijeron que huyera. Me enfrentaba a una atracción que nunca había sentido y no sabía cómo afrontarla. Aunque lo intenté, todo me llevaba de vuelta a ti, amor. Quería protegerte y, aún sin saberlo, amarte. Me mostraste una luz que no sabía que existía. Día tras día, me mostraste que era posible. Me quisiste incluso cuando creía que no lo merecía. Sabes que no hago promesas interminables, pero quiero que sepas que siempre daré mi vida por la tuya. Te protegeré incluso de mí mismo. Te cuidaré y amaré a nuestra familia con todo lo que soy. Nunca te abandonaré ni

te faltaré al respeto. Eres mi vida, mi mundo, Flora. Te quiero más de lo que jamás creí posible.

Al final de sus palabras, se me saltan las lágrimas. No dejo de moquear cuando me pone el anillo y me besa los dedos.

— ¿Cómo puedo decir algo después de que me haya dejado así, Sr. Darrell?

Nuestros invitados se ríen, haciéndome reír a mí también. El cura me da un pañuelo, como si hubiera estado esperando este momento todo el tiempo.

— Eres tan increíble, amor. Pasaré el resto de nuestros días diciéndote lo increíble que eres. Siempre lo has sido. Tengo tanta suerte de que me quieras, de que me hayas dejado llegar y tocar donde nadie más lo ha hecho. Eres una persona rara. En medio de

tanta gente pretenciosa y poco sincera, eres incapaz de herir intencionadamente. Eres el hombre más honesto y recto que he conocido. Nuestra hija será una niña privilegiada por tener al mejor padre del mundo. No sé cómo es posible quererte más que ayer, pero cada día me demuestras que es posible con tus infinitos gestos de cariño. Honraré nuestro amor, nuestro matrimonio, nuestros sueños y nuestra familia. Siempre estaré a tu lado. Será un placer pasar el resto de mi vida contigo.

Como si comprendiera que no podíamos esperar más, mientras me ponía el anillo en el dedo, el cura nos bendijo, decretando nuestra unión. Nos besamos entre los aplausos de los invitados.

LA BODA DEL AÑO: ¡DETALLES EXCLUSIVOS DE LA BODA ÍNTIMA ENTRE EL MAGNATE SOLITARIO Y SU PELIRROJA!

Por Miss J

¡Atención, Seattle! Por fin ha tenido lugar el acontecimiento que todo el mundo esperaba: ¡el Magnate Solitario, Adrian Darrell, se ha casado con su despampanante pelirroja, Flora Pellegrino, en una ceremonia íntima que promete ser recordada como la boda del año!

La fiesta tuvo lugar en la majestuosa mansión de los abuelos de Adrian, un entorno encantador que aportó un toque de tradición y elegancia al momento. Con un telón de fondo de exuberantes jardines y una decoración exquisita, el ambiente estaba lleno de amor y sofisticación, reflejando a la perfección la esencia de la pareja.

Los invitados fueron cuidadosamente seleccionados, incluyendo amigos cercanos y familiares, todos reunidos para celebrar la unión de esta pareja que ha encantado a la ciudad. La ceremonia estuvo marcada por las emociones, las sonrisas y algunas lágrimas de alegría, con Adrian y Flora intercambiando unos votos sinceros que llegaron al corazón de todos los presentes.

Flora, radiante con un vestido de novia de alta costura, derrochaba gracia y belleza, mientras que Adrián, elegante con su traje clásico,

no podía contener su felicidad al lado de su amada. El amor entre ambos era evidente, y no cabía duda de que estaban preparados para comenzar esta nueva etapa juntos.

Mientras Seattle se emociona con los detalles de la fiesta, la pregunta que todos se hacen es: ¿cómo será la vida de la pareja ahora que están oficialmente casados? Con la llegada de su bebé ya anunciada, seguro que les espera un futuro lleno de nuevos retos y alegrías.

¿Y la familia Darrell? ¿Cómo han recibido esta unión? La boda, aunque íntima, simboliza una nueva era para la familia, y todo el mundo tiene curiosidad por ver cómo se desarrollará esta nueva dinámica en los próximos meses.

Miss J promete contarte todos los detalles de la fiesta y de la nueva vida de la pareja. Estad atentos, porque esta historia no ha hecho

más que empezar, ¡y cada nueva revelación promete ser más emocionante que la anterior! Seattle nunca ha estado tan encantada, ¡y yo estaré aquí para contártelo todo!

Capítulo 53

El ardiente sol bañaba la piel translúcida de mi esposa. Flora estaba preciosa con un diminuto bikini rosa bebé que le rozaba los pechos y le hacía el culo delicioso.

Me quedé hipnotizado mirando a mi sirena durante una de sus inmersiones. Cada vez que se sumergía, me miraba, sonreía como una niña traviesa y volvía a sumergirse.

La escena que se suponía inocente estaba haciendo que me doliera la polla.

Agradecí la elección de una isla privada, no quería compartirla con miradas indiscretas justo en nuestra luna de miel. Verla a gusto, sin miedo a pasearse en ropa corta y besarme con gusto en

cualquier lugar me dejaba en un estado de excitación las 24 horas del día.

Sonrojada y bronceada, salió del mar casi corriendo hacia mí. Su barriguita asomando junto a mi hijo me puso aún más ansioso. Era mi mujer y era mía.

— Hola papá, el agua está deliciosa. — Se detuvo a mi lado, me robó un sabroso beso y cogió la botella de agua de la mesa que había junto a mi tumbona.

Detrás de mis gafas de sol sequé su cuerpo y me fijé en sus pechos, eran mucho más grandes y se habían puesto muy duros en su indecente bikini.

— Déjame ver cuánto, ven aquí, mamá.

Tirando de ella de la mano, mi mujer se acercó voluntariamente y se sentó en mi regazo, frente a mí. El pequeño cuerpo frío no me impactó, mi cuerpo estaba ardiendo. Lo suficientemente caliente como para calentarnos a los dos.

Lamí el hueco de sus pechos, saboreando el agua salada, y la oí gemir en agradecimiento.

— *Hmmm...* Tienes razón, amor, está frío. Déjame probar un poco más.

De buena gana se inclinó lo suficiente como para que yo tomara sus labios. Teníamos que aprovechar la posición mientras fuera posible.

— Estamos fuera... — Me advirtió, con la cara roja de excitación.

— Sólo un beso, preciosa...

Sujetándole la nuca, profundicé nuestro beso. Nuestras lenguas se disputaban el control y el sabor salado se mezclaba con la dulzura de nuestra saliva. Flora besaba deliciosamente bien y hacía que mi polla se crispara con fuerza dentro del bañador.

Sabiendo exactamente cómo provocarme, comenzó una danza dolorosa, frotándose el pequeño bikini, subiendo y bajando, consciente de su calor y excitación. Estaba al borde del abismo y quería llevarme con ella.

— Eso es tan delicioso, marido... — Gimió, burlándose de mí.

— Podría mejorar, esposa.

La deseaba y cuando la miraba a los ojos, su deseo era el mismo.

Llevábamos unos días de sexo increíbles, ya habíamos probado la cocina, el balcón y todos los baños de la casa. Pero la playa seguía intacta.

Desesperado por ella, loco por sentirla, sonreí de lado mientras apartaba la cortina y mostraba su pezón rosado e hinchado. Me lo llevé a la boca y al mismo tiempo llevé mis dedos a su raja. Flora estaba deliciosa, húmeda y receptiva. Gimió y cabalgó sobre mis dedos, deseosa de más.

El embarazo nos llevó a otro nivel de sexo. Era fuerte y urgente, no le daba importancia a los preliminares y siempre estaba mojada y preparada.

Cansada de las bromas y sabiendo exactamente lo que quería, se levantó lo suficiente como para sacar mi miembro rígido

del bañador. La sonrisa traviesa en sus labios me dijo lo que vendría después.

— Quiero ser tuya ahora.

La orden era expresiva y autoritaria, y hace poco descubrí que me encantaba cuando se ponía así de mandona.

— Móntame, preciosa. Móntame la polla. Te deseo.

En el momento en que mi polla se deslizó dentro de ella, sintiendo cómo sus paredes se tensaban, húmedas, receptivas y tan mías, la tiré de la nuca y besé su deliciosa boca. Mordí sus labios, chupé su lengua, apreté su cintura y dejé que ella dictara el ritmo de mis embestidas.

Todo entre nosotros era increíble y esta posición me estaba volviendo loco. Flora sabía exactamente cómo me gustaba y lo hacía

sólo para volverme loco. Su coño húmedo se deslizaba por mi polla y ella trepaba sobre ella con ansia, sedienta de más.

— Tan hermosa, tan mía. — Soplé en sus labios, ayudándola a moverse.

— Es tan bueno, amor. — Ella gimió en respuesta.

Sus gemidos me llevaron a un éxtasis que desconocía, sus palabras me condujeron por caminos oscuros.

Le apreté el culo, dictando el ritmo, enloquecido por el placer que me daba.

— ¡Dios mío! — Gritó, mordiéndome el hombro con fuerza. — Tan bueno, tan bueno... No puedo soportarlo...

— Entonces ven por mí, mi amor. Ven conmigo.

Como si eso fuera todo lo que necesitaba oír, Flora me sostuvo la cara con su expresión retorcida de placer, sus ojos brillantes, su rostro transfigurado justo cuando aumentaban sus gemidos. Sus paredes se tensaron, apretándome y haciendo que nuestra fricción fuera indescriptible.

— Voy a correrme otra vez. — Me advirtió cuando me llevé sus pechos a la boca, chupándolos con avidez.

Flora parecía no tener suficiente y nos llevó a un nivel de pasión desbordante. Gemí mientras mi polla palpitaba, rugió como un animal y se aferró a su cuerpo, empujando con más fuerza.

Un goce intenso, fuerte y abrumador me invadió, dejándome sin aliento. Flora se desplomó en mis brazos, recitando débilmente algún juramento de amor. No la entendí muy bien, pero sonreí

pensando en lo mucho que me completaba y me volvía loco a partes iguales.

Nos cubrí con una toalla, dejándola descansar.

— Eres mi vida, preciosa. Te quiero.

Tenerla abrazada a mí era todo lo que necesitaba. Siempre.

Capítulo 54

Todo lo que Adrian intentaba hacer para calmarme me enfurecía aún más. La tensión latía en mi interior, cada contracción era una nueva oleada de dolor, y lo último que necesitaba era su cámara captando mi sufrimiento.

— Aléjalo de mí. — ladré, mi voz salió como el gruñido de un perro rabioso.

Adrian se encogió de hombros, confuso, como si la cámara fuera un monstruo invisible al que yo ordenaba que se mantuviera alejado. Pero él no sabía que yo no estaba enfadada con él por filmar; estaba enfadada con la situación, el dolor y la sensación de estar completamente fuera de control.

Nueve largas horas de parto. Cada momento parecía alargarse, un verdadero infierno personal. Las contracciones llamaban a la puerta de mi conciencia, un dolor insoportable, y la doctora, con su tono suave, decía que ya casi estaba. Quería gritar que esta tortura no tenía fin. Sin embargo, opté por un parto humanizado: ducha, pelota de ejercicios, masaje en los pies, luz tenue y música relajante. Pero después de la tercera hora, todo se volvió insoportable. Cuando mi doula empezó a cantar un mantra, perdí la paciencia y le dije que saliera de la habitación.

Sólo Adrián resistió mi feroz humor. Siempre estaba a mi lado, trayéndome agua, ayudándome a ir al baño, escuchando mis gemidos de frustración y dolor. Cuando por fin me administraron la analgesia, aliviando el intenso dolor, pude respirar más tranquila e

incluso le sonreí, una pequeña señal de que tal vez las cosas iban mejorando.

El hombre, aliviado, empezó a filmar de nuevo, ahora con más cautela. Dirigió unas palabras a la cámara, intentando transmitir a nuestra niña lo mucho que la querían y la esperaban. Fuera, nuestra familia esperaba ansiosa, sobre todo los padrinos, Ethan y Felicia. La tensión entre ambos era palpable; apenas se miraban. Tenía la esperanza de que, con el tiempo y las revelaciones sobre lo que Aidan había hecho —algo que casi había destruido el matrimonio de Mel y arruinado definitivamente la relación de mi hermana—, encontrarían una forma de reconciliarse. Me equivocaba.

Finalmente nos llevaron al centro obstétrico cuando mi bolsa se rompió. La adrenalina se apoderó de mí, mezclada con un miedo primitivo. Nunca imaginé que traer una vida al mundo dolería tanto,

pero en el momento en que tuve a mi hija en brazos, una oleada de amor tan intensa me envolvió que supe en ese mismo instante que no podía esperar a vivirlo todo de nuevo.

— Es tan hermosa, amor. Es igualita a ti. — murmuré emocionada, con lágrimas corriéndome por la cara.

Nuestra pequeña nació con los pulmones completamente funcionales, y un grito estridente anunció su llegada al mundo. El pediatra la elogió, y yo me sentí como toda madre: orgullosa y completamente babeante. Adrián, con lágrimas en los ojos, me besó agradecido, como si le hubiera hecho el mayor regalo del universo.

Nuestra primera foto como familia salió preciosa. Los dos con la cara bañada en lágrimas, nuestro pequeño bebé probando su

primera toma torpe. Fue un momento perfecto, un instante congelado en el tiempo que quería conservar para siempre.

— Bienvenida al mundo, mi preciosa Aurora. No te preocupes por nada, tu papá siempre estará a tu lado. — Dijo, desbordando amor en su voz.

Después de muchas discusiones, por fin habíamos elegido un nombre que nos gustaba a los dos. A Adrián le pareció perfecto, y no podía ser de otra manera; la niña que acababa de nacer ya era su princesita.

Sobrecogida por la emoción, cogí las manos de mi marido, con la certeza de que sería un gran padre iluminando mi corazón. El amor que sentíamos por aquel niño era una fuerza indescriptible.

Por fin, una vez instalados en una cómoda habitación y duchados, nuestra familia pudo entrar a visitarnos. Ethan y Felicia aparecieron juntos, todavía discutiendo, pero la tensión en el aire parecía diferente, casi eléctrica. En cuanto mi hermana vio mi magdalena envuelta en una manta rosa, se le saltaron las lágrimas y, en un impulso, se disculpó antes de salir corriendo de la habitación.

Mi cuñado observaba la escena con cara de asombro, con las manos metidas en los bolsillos, y cuando vio a su sobrina, pareció comprender por fin la emoción que nos envolvía a todos, una mezcla de alegría y fragilidad que sólo la llegada de una nueva vida puede provocar.

Al escuchar el eco de sus pasos alejándose, reflexioné sobre cómo los momentos de felicidad y dolor se entrelazan en la vida. Y

allí, rodeada de amor y esperanza, supe que, a pesar de todos los retos, nuestra familia acababa de hacerse un poco más fuerte.

LA PEQUEÑA HEREDERA HA LLEGADO: ¡HA NACIDO AURORA DARRELL CON NOMBRE DE PRINCESA!

Por Miss J

Mis queridos lectores, ¡preparaos para otra revelación que derretirá los corazones en Seattle! La pequeña heredera del ya no tan solitario magnate Adrian Darrell ha llegado al mundo y ya está causando sensación. La pequeña ha sido bautizada con un nombre que evoca los cuentos de hadas: Aurora Darrell.

La noticia de la llegada de Aurora no pudo ser más encantadora. Nacida en un día soleado, la pequeña ya es la nueva sensación de la ciudad y la alegría de la familia Darrell. Adrián y su esposa, Flora Pellegrino, están encantados con la llegada de su hija, ¡y no es para menos! El nombre "Aurora" no sólo hace referencia a la belleza y la gracia, sino que también simboliza un nuevo comienzo, una verdadera luz que ilumina la vida de la pareja.

Deseamos salud y felicidad al pequeño. Enhorabuena a los papás del año.

Dulces besos, Srta. J.

Epílogo

AÑOS DESPUÉS

— ¡Aurora, vas a caer!

Esa niña me ha hecho envejecer unos cuantos años. Cada vez que su madre y yo nos descuidamos, se sube a lo primero que alcanza. Alguien me había dicho que las niñas eran más fáciles, pero desde luego esa persona no conocía a mi hija. Determinada y obstinada, éstas eran algunas de sus características más llamativas. Fue cuando Flora se dio cuenta de lo pimentosa que era Aurora cuando decidió que no podía dejarla sola después de su baja por maternidad. Me sentí aliviada, no podía negarlo.

A los dos meses, Aurora consiguió darse la vuelta en la cama y casi se cae, dejándonos aterrorizados. Los primeros meses fueron difíciles; incluso con la ayuda de amigos y familiares, nadie estaba preparado para las noches en vela y la angustia de ver salir su primer diente. Aurora lloraba, llena de dolor, fiebre y náuseas durante sus estirones.

A pesar de todo, me encantaba su independencia. Cuando Flora decidió que estaba lista para volver al trabajo y abrir su propio estudio de danza, nos sorprendió de nuevo. Embarazada. Justo cuando nuestra hija por fin dormía toda la noche y ya no invadía nuestro dormitorio tan a menudo. Al principio nos desesperamos, pero sólo duró tres horas. Luego sonreímos, seguros de que podríamos afrontar el reto.

Me encantaba mi vida. La familia que construí me sorprendía cada día, y no me daba cuenta de que podía ser quien soy hoy. Siempre pensé que sería imposible, pero cada día me sorprendía.

Aurora acababa de cumplir cuatro años cuando nació Blake, mi pequeño. Su hermana era pura alegría para él. Descubrí que había algo más en ella que su aspecto; era amable y siempre estaba dispuesta a ayudar. Velaba por el sueño de Blake y se emocionaba con cada nuevo descubrimiento de su hermano.

Ayer, cuando mi hijo dio sus primeros pasos, Aurora fue la que más se animó. Nuestra pequeña pelirroja era dulce, con una sonrisa que arrancaba suspiros e iluminaba mi vida.

Y de repente, ¡se cayó! El llanto que siguió era previsible. A pesar de su dulzura, era una niña mimada y aprovechaba cualquier

oportunidad para que la cogieran en brazos. Flora siempre me regañaba por mimarla demasiado, pero yo no podía evitarlo.

— ¿Qué te dije? Vamos a ver si estás herida. — Digo, levantándola en mis brazos.

Flora vino corriendo, dispuesta a investigar. Hablaba de mí, pero cuando nuestra hija lloraba, salía disparada como un cohete, ansiosa por secar la primera lágrima antes de que cayera.

— ¿Qué ha pasado ahora? — Con las manos en las caderas, miró a su alrededor, buscando cualquier cosa que pudiera haber derribado a nuestra hija, y se detuvo en el columpio. — Te dije que te columpiaras sentada y te pusiste de pie, ¿no?

¿Cómo lo consiguió? Nunca podíamos mentir a Flora; siempre se enteraba de todo. Recordé el día en que dejé que Aurora probara

refrescos por primera vez. Cuando mi mujer volvió de la peluquería, nos miró con una expresión que lo decía todo y nos preguntó si nuestra hija bebía demasiado azúcar.

— Me caí, mamá. — Con el mohín más adorable del mundo, Aurora explicó.

— Por supuesto, tu padre dijo que necesitábamos una casa para que jugaras. ¡Como si ya no me volvieras loca en un piso!

Contuve la risa. Estaba enfadada, pero seguía siendo guapa. Cogió a nuestra hija en su regazo, asegurándose de que no se hiciera daño, y yo la seguí. A Flora le encantaba nuestro nuevo hogar; con la llegada de Blake, nos era imposible quedarnos en el piso. Era justo que Aurora tuviera una infancia libre, y las caídas formaban parte de la vida, incluso las que daban miedo.

— Tenemos que prepararnos para el cumpleaños del abuelo. — nos recordó Flora, que nos condujo hacia el dormitorio y redactó sus instrucciones sobre cómo comportarnos en la fiesta de cumpleaños de mi abuelo. Cumplía 84 años y, a diferencia de años anteriores, decidió que quería una gran celebración en el salón de baile de un hotel.

— Voy a arreglar lo de Blake. — Dije, siguiéndola.

Asintió mientras entraba en la habitación de Aurora, mientras yo me quedaba allí unos minutos, pensando en cómo había cambiado Flora. Se había convertido en una mujer tan fuerte, capaz de afrontar cualquier situación y luchar por su familia con determinación. Todos los días me despertaba junto a esta mujer increíble y me preguntaba qué había hecho yo para que Dios fuera tan bueno conmigo.

Volví mi atención hacia Blake, imaginando la imagen de mi hijo con una sonrisa iluminando su rostro. Mi pequeño, todo lo contrario a su hermana, estaba tumbado en su cuna, tranquilo después de la siesta. No nos daba ni la mitad de problemas que Aurora. Apenas lloraba, sonreía todo el tiempo y le encantaba estar en el regazo de cualquiera.

— ¡Hola, muchachote! ¿Nos damos un baño?

— ¡Papá!

Echaba de menos "papapa"; ahora sabía decir papá muy bien. El timbre de su voz era fuerte y siempre nos sorprendía cuando se enfadaba diciendo un "no" en serio.

La ducha fue la fiesta de siempre. Prepararse para cualquier evento siempre era un lío, así que empezábamos con horas de

antelación. Una niña no quería salir de la bañera y la otra, una vez vestida, desordenaba la casa hasta el punto de que teníamos que ordenarla por segunda vez. Y aun así, seguía pensando en tener uno más...

Flora suspiró, casi arrepintiéndose de haber aceptado ir a la fiesta de cumpleaños, mientras ponía a nuestros dos bebés en sus sillas de coche.

— ¿Dime por qué vamos? — preguntó cansada.

Nuestra niñera estaba enferma y la segunda simplemente renunció de la noche a la mañana.

— Porque es el cumpleaños del abuelo y le queremos mucho. Prometo que no tardaremos, volveremos pronto.

El hotel estaba lleno. Mi abuelo no mintió cuando dijo que quería una gran fiesta. Encontramos fácilmente a nuestros parientes en una enorme mesa reservada para nosotros.

Ethan fue el primero en saludar, parecía tan cansado como Flora y yo.

— ¡Dindo!

¡Y ahí iba mi corredor! Deseoso de correr también, Blake se impulsó y Flora lo soltó. Dio dos pasos y se cayó, riendo y llamando la atención sobre nosotros.

Aidan apareció poco después en nuestro campo de visión, con una sonrisa juguetona en la cara, atendiendo a algunas personas.

— ¡Aléjate de mí! — gritó Ethan cuando mi hermano le ofreció un vaso de whisky, y estallamos en carcajadas.

Nunca lo olvidaría.

Felicia, sentada a unas sillas de distancia, puso los ojos en blanco; ella tampoco lo olvidaría.

De los cuatro, siempre pensé que Aidan sería el que lo arruinaría todo, pero lo veo cada vez más cerca de Fiona. Mientras tanto, Felicia no soportaba estar en el mismo ambiente que Ethan, y mi hermano también parecía completamente incómodo. Lo comprendía; era una situación complicada.

Dejamos que Aidan hiciera de tío canguro, sobre todo con Olivia, a quien le encantaba mimar a nuestros hijos. Comimos, bebimos y descansamos un rato. Miré a mi alrededor, viendo a nuestra unida familia, a nuestros felices abuelos y a nuestros

preciosos hijos. La increíble mujer que estaba a mi lado charlaba y reía; no podía ser un tipo más afortunado.

Tenía todo lo que quería: una hermosa esposa e hijos sanos. A veces pensaba que nada podía ser más perfecto que eso. Nada más importaba.

— Te quiero. — dijo Flora, distrayéndome de mis pensamientos. — Bailemos antes de que intenten devolvernos a nuestros hijos.

Me reí de su desesperación y la besé.

— Bailemos, esposa. Necesito que todos vean lo afortunado que soy.

Se rió como a mí me gustaba y puso los ojos en blanco. Apreté nuestros cuerpos en la pista de baile y besé sus labios.

Ahora era perfecto.

HOLA, SEATTLE, ¡BUENOS DÍAS!

¡LLEGA UNA NUEVA TEMPORADA DE COTILLEOS!

Por Miss J

¡Buenos días, mis amantes de Seattle! Ya estoy aquí, llena de energía y con una sensación inconfundible: una nueva y emocionante temporada de cotilleos y revelaciones está a punto de comenzar, ¡y yo, Miss J, estoy más que preparada para traéroslo todo bien fresquito!

Tras un periodo repleto de bodas, nacimientos y florecimiento del amor, la ciudad parece prepararse para una nueva oleada de drama y giros. ¿Qué traman nuestros queridos multimillonarios? ¿Están listos el Magnate Solitario y Flora para aventurarse en la vida familiar? ¿Y qué pasa con el Multimillonario Recluido y el Heredero Arrogante? Las cartas están sobre la mesa, ¡y yo estoy aquí para averiguarlo!

Las redes sociales se llenan de rumores y yo ya estoy atenta a todas las pistas. ¿Habrá nuevos romances? ¿Un nuevo escándalo? ¿O tal vez una sorpresa que dejará a Seattle en estado de shock? Lo que sí sabemos es que la ciudad nunca se aburre, y que los secretos están esperando a ser desvelados.

Mi misión, como siempre, es llevarles la verdad y la diversión que sólo un buen cotilleo puede proporcionar. Estad atentos, queridos

lectores, porque esta nueva temporada promete ser electrizante y llena de sorpresas. Estaré aquí, lista para capturar cada momento y traeros todo lo que queráis saber.

Emprendamos juntos este emocionante viaje lleno de glamour, amor y, por supuesto, ¡mucho drama! La ciudad de Seattle está a punto de vivir capítulos inolvidables, ¡y yo, Miss J, estaré a tu lado para contarte cada detalle!

Escena extra 1

FLORA DARRELL

LA NAVIDAD DE LA FAMILIA DARRELL

Esta Navidad, la casa estaba adornada con luces brillantes que titilaban en armonía con la suave melodía de los villancicos. El olor a pan de jengibre y chocolate caliente llenaba el aire, creando una atmósfera mágica. Observé con una sonrisa cómo Aurora y Blake disfrutaban entre los coloridos adornos.

Aurora, que ahora tenía ocho años, llevaba un vestido rojo que giraba mientras bailaba alrededor del árbol. Su pelo rojo brillaba

bajo la suave luz y su sonrisa iluminaba la habitación. Con la confianza propia de su edad, ayudaba a colgar los adornos, comentando cada uno de ellos con la emoción de una artista en su galería.

Blake, a sus cuatro años, seguía a su hermana como un pequeño explorador, con sus grandes ojos llenos de admiración mientras intentaba imitar sus gestos.

Adrián, mi amor, estaba sentado en el sofá, observando la escena con una mirada que reflejaba un amor inconmensurable. Se había convertido en un padre increíble, siempre presente, siempre dispuesto a jugar y a participar en cada momento. Cuando Aurora se acercó, tirando de su brazo con un brillo en los ojos, él sonrió, la levantó en el aire y la hizo girar, haciéndola reír como una estrellita. El brillo de sus ojos era inigualable.

— Mira, papá, ¡estoy volando! — gritó Aurora, con una alegría que desbordaba su corazón.

Blake, encantado, la miró con admiración. Adrian, siempre atento, se volvió entonces hacia él y le tendió la mano.

— Y tú, pequeña, ¿también quieres volar? — preguntó Adrián, con una risa suave que me enterneció el corazón.

Blake negó con la cabeza, vacilante, pero pronto se dejó llevar por su entusiasmo y se subió a los brazos de su padre. Ver esa escena me llenó de amor y gratitud.

Mientras se divertían, aproveché para preparar unos aperitivos en la cocina. El olor de las galletas al hornearse era un dulce recuerdo de las Navidades de mi infancia, y quería transmitir esta tradición a mis hijos. Mientras trabajaba, no podía evitar

perderme en pensamientos sobre lo mucho que habían cambiado nuestras vidas. La familia que habíamos construido juntos era todo lo que siempre había soñado, llena de amor, risas y, por supuesto, un poco de caos.

Cuando por fin volví al salón, Adrián estaba sentado en el suelo con los niños, rodeado de regalos. Tenía una forma especial de conectar con ellos, siempre haciendo bromas y contando historias divertidas. Aurora prestaba atención, con los ojos brillantes de expectación, mientras Blake se contoneaba impaciente, apenas capaz de contener su ansiedad.

— ¡Vamos a abrir los regalos, niños! — anunció Adrián, con la voz vibrando de emoción.

Aurora saltó de alegría y Blake empezó a balbucear imitando a su hermana. El momento en que empezamos a desenvolver los regalos fue mágico para ellos. Cada trozo de papel desgarrado revelaba una nueva sorpresa, y sus risas y gritos de alegría llenaban la casa. Recordé cómo Adrian y yo, años atrás, nunca soñamos con formar una familia, y allí estábamos, viviendo ese sueño a cada momento.

Después de abrir los regalos, la habitación estaba llena de juguetes, papel de regalo y sonrisas. Adrian se volvió hacia mí, con los ojos brillantes de amor y satisfacción.

— Mira lo que hemos creado juntos, ángel. Son perfectos.

— Y cada día me siento más agradecida por tenerte a mi lado.

Adrian me acercó y me dio un suave beso, mientras los pequeños seguían jugando a nuestro alrededor. Sabía que, trajera lo que trajera el futuro, siempre nos tendríamos el uno al otro y a nuestra hermosa familia.

Aquella noche, cuando por fin nos acomodamos juntos en el sofá, con los niños ya dormidos, miré a Adrian y sonreí. Era más que un marido, era mi mejor amigo, mi compañero para toda la vida. La felicidad que sentí aquella Navidad fue indescriptible, y supe que, con él a mi lado, la magia de nuestra vida juntos nunca se desvanecería.

Escena extra 2

ADRIAN DARRELL

LA GRAN EPIDEMIA DE VARICELA

La casa estaba alborotada. Blake, con su carita de ángel, mostraba manchas rojas por toda la piel, como si le hubieran atacado con un puñado de canicas. La varicela había llegado y, como un huracán, nos había infectado a todos.

— Mira, ¡el monstruito! — dije mirándolo a él, que estaba sentado en el sofá, rascándose la espalda con una sonrisita traviesa. La escena era tan divertida que no pude contener la risa.

Flora entró en la habitación con una bandeja de galletas, pero cuando vio que Blake se rascaba, se detuvo y sacudió la cabeza,

intentando no reírse.

— ¿Estás intentando hacer arte nuevo, Blake? — bromeó Flora, poniéndose la mano en la cintura. — ¿Alguna inspiración para un nuevo cuadro?

La miró con una expresión de inocencia, que no hizo sino aumentar su risa.

— ¡Sólo quería ser un dinosaurio, mamá!

— ¿Un dinosaurio? — pregunté, agachándome a su lado. — Sabes que los dinosaurios no se rascan, ¿verdad? Tienen escamas.

— ¡Pero yo quiero ser el dinosaurio con varicela! — respondió riendo y rascándose la barbilla.

Flora y yo intercambiamos miradas divertidas, recordando nuestras propias infancias y el picor que habíamos sentido en la piel.

Ese recuerdo nos hizo reír aún más.

— ¿Te acuerdas de cuando tuve varicela? — preguntó Flora, sentándose a mi lado. — Mi madre se volvió loca intentando distraerme.

— ¡Ah, sí! Y llevabas esos pañuelos tan graciosos en la cabeza, ¡como si fueras un pirata! — bromeé, llevándome la mano a la boca para contener la risa. Inventando la historia para entretener a nuestro hijo y distraerlo de su picor.

Blake, curioso, nos miró con los ojos muy abiertos.

— ¿Qué es un pirata? ¿También tienen varicela?

— No, mi amor, ¡pero tienen tesoros! — respondió Flora, guiñándole un ojo. — ¡Tal vez encuentres un tesoro entre esas chucherías!

— ¡Un tesoro de varicela! — gritó Blake, haciendo gestos exagerados como si estuviera cavando en la arena.

— Entonces, ¡esa es tu misión! — declaré, poniéndome en pie de forma dramática. — ¡Encontremos el tesoro de la varicela!

Flora cogió la cámara y empezó a grabar la escena, mientras Blake saltaba del sofá, jugando a ser un explorador. La casa estaba llena de risas y de un espíritu ligero que sólo momentos como éste podían aportar.

— ¡Cuidado, Blake! — gritó Flora, riendo—. — ¡Que no se escapen las chucherías!

— ¡Son mis amigos! — replicó Blake, intentando "capturar" una de las bolas invisibles con las manos.

Las risas resonaban por toda la casa y, aun con la varicela sacando lo mejor de nosotros, no había mejor lugar en el que estar. Fue una época ligera y divertida, y en el fondo sabíamos que, como todo, pasaría. Y cuando lo hiciera, tendríamos más historias que contar sobre el "gran brote de varicela de la familia Darrell".

Escena extra 3

ADRIAN DARRELL

LOS NIÑOS CRECEN

Era una tarde soleada y tranquila en nuestra casa, pero había una ligera tensión en el aire. Flora y yo estábamos sentadas en el salón, observando a nuestros hijos. Aurora, que ahora tiene trece años, estaba en un momento de transición, y eso nos producía una mezcla de alegría y preocupación.

— Está creciendo muy deprisa", comenté, observando a Aurora, que se movía con la seguridad de una adolescente. Blake, de

nueve años, estaba en su propio mundo de curiosidad, pero pronto él también empezaría a querer más libertad.

Flora suspiró, con la mirada fija en nuestra hija.

— Sé que tenemos que dejarla ir, pero ¿y si pasa algo?

Nuestra conversación surgió gracias a la petición de Aurora de ir a la fiesta de cumpleaños de una de sus amigas del colegio. Si yo era sobreprotector con su madre, no se comparaba con la forma en que sobreprotegía a mi hija.

— Lo comprendo —respondió mi mujer—. — Pero tenemos que confiar en ella. La adolescencia consiste en descubrir, y si no le damos espacio, puede sentirse asfixiada.

Flora parecía dividida, su preocupación era evidente.

— ¿Y si no sabe tomar las decisiones correctas?

— Adrian, ¿recuerdas cómo éramos? Tuvimos nuestras aventuras también. Es nuestro trabajo prepararla, no sobreprotegerla. Tenemos que darle el beneficio de la duda.

Respiró hondo, pero sigo luchando contra la incertidumbre.

— Tienes razón, pero ¿cómo podemos garantizar que esté listo?

— ¿Qué tal si hablamos con ella? — sugirió, pensando en cómo podría ayudar un diálogo. — Podemos establecer límites y expectativas. Así sentirá que apoyamos sus decisiones.

Flora me dirigió una mirada apreciativa, esperando poder convencerme.

— Eso suena bien, pero sigo preocupado.

— La recogeremos y la dejaremos, sólo tenemos que acordar una hora con ella. Así tendrá libertad, pero nosotros tendremos el control. Tu hija nunca te pide demasiado, así que no seas un padre tan estricto.

Me sentí culpable.

— No lo estoy.

— Yo también estoy preocupado por ella, mi amor.

Me sentí aliviada de no ser la única preocupada.

— Hablemos y podemos explicarle que confiamos en ella, pero queremos garantizar su seguridad. — Le sugerí.

— Exacto. — sonrió Flora, suavizando su semblante—. — Y si todo va bien, con el tiempo podremos aumentar esa confianza.

Mientras hablábamos, volví a observar a Aurora y Blake. Se reían y se divertían, y esa imagen me reconfortó. Su crecimiento les traería retos, pero también muchas oportunidades.

— Preparémonos para esta conversación —dijo Flora, poniéndose en pie—. — Y si necesitas ayuda, aquí estaré para apoyarte.

Seguí sus movimientos, sintiendo una oleada de gratitud por tener esta pareja. Sabía que, a pesar de las dificultades propias de la adolescencia, estábamos preparados para afrontar juntos este nuevo capítulo.

— Y, si es necesario, hasta podemos pedir pizza para que sea más fácil negociar con Aurora", bromeé, tratando de aliviar la tensión.

Escena extra 4

ADRIAN DARRELL

NO QUIERO NOVIOS CERCA DE MI CHICA

Era una tarde tranquila, y la suave luz del salón iluminaba los rostros de Flora y Blake mientras disfrutaban de un juego de mesa. Aurora estaba en el dormitorio, y pensar en su crecimiento me inquietaba. Era uno de esos momentos en los que te das cuenta de que el mundo de tu padrecito está a punto de cambiar.

Sobre todo porque Settimo Fiorentinni, un gran amigo, estaba en mi casa con su mujer y sus hijos, el mayor de los cuales, Filippo,

sólo tiene dos años más que Aurora. Y se quedaban a escondidas en el jardín durante horas.

Mientras Flora y Blake reían y discutían estrategias en el juego, no pude evitar pensar en las conversaciones que Aurora podría estar teniendo con el hijo de Settimo.

— ¿Crees que ya es hora de que empecemos a hablar de novios? — pregunté, intentando mantener un tono desenfadado mientras Blake salía de la habitación, pero la tensión en mi voz era evidente.

Flora me miró divertida.

— Adrian, sólo tiene catorce años. ¡Cálmate!

— ¿Que me calme? — repliqué, incapaz de contener mi tono defensivo. — ¡No lo entiendes! ¡Mi niña está creciendo y pronto

querrá salir con chicos! ¡No puedo ignorarlo!

Se rió, sabiendo que la preocupación que yo sentía era auténtica, pero también algo exagerada.

— ¿Recuerdas cuando me dijiste que perdiste la virginidad a los quince años?

— ¿Por qué me lo recuerdas?

— Porque tu hija es una santa comparada con el tipo de adolescente que fuiste tú. Tómatelo con calma con ella, no seas el padre regañón. No quieres ser el padre asfixiante, ¿verdad?

— No, ¡pero tampoco quiero ser el padre que la deja sola con un chico en el sofá! — exclamé, intentando convencerme de que estaba siendo razonable. — ¿Y si no es lo bastante bueno?

Flora sonrió, como si le divirtieran mis celos paternos.

— Amor, necesitas relajarte. Aurora es inteligente y sabe tomar decisiones. Y además, ya le has enseñado a ser precavida.

— Lo sé, pero... —Respiré hondo, intentando calmar la tormenta que se avecinaba en mi mente—. — No quiero que se haga daño. ¡Los chicos a esta edad sólo piensan en una cosa!

— ¿En qué estabas pensando? — se burló Flora con una sonrisa maliciosa.

Le devolví la sonrisa, pero la preocupación no desaparecía.

— Sólo quiero que sea feliz, pero no quiero que su felicidad implique un novio, al menos no todavía.

— Sigue siendo tu niña —dijo mi mujer acariciándome la mano—. — Y siempre serás su padre. Si te comportas como un ogro, no querrá hablar contigo de estos asuntos.

La idea de que Aurora se alejara de mí por celos hizo que se me estrujara el corazón.

— ¿Y si se enamora de un chico que no es el adecuado para ella?

Flora volvió a sonreír, esta vez con una mirada de comprensión.

— Entonces estarás allí para guiarla. Así es como funciona. Y créeme, ella valora tu opinión más de lo que crees.

No estaba seguro de estar preparado para esta conversación. Mi papel como padre estaba cambiando y me costaba aceptarlo.

— ¿De verdad crees que puedo soportarlo?

— Por supuesto. Lo único que tienes que hacer es estar abierto y escuchar. Si te muestras disponible, ella querrá compartir

contigo.

Al oír esto, me di cuenta de que, aunque quería protegerla de todo, había que encontrar un equilibrio. No podía asfixiarla, pero tampoco podía dejar de ser su padre.

— Vale, quizá pueda intentar ser más abierta", concedí, pensando en cómo podría hacerlo. — Pero si aparece un chico con flores, ¡lo mando a correr!

Fue agradable poder compartir este momento de luz, aunque la idea de que Aurora saliera con alguien aún me ponía nerviosa.

— Y si haces eso, acabarás alejándola.

— Entonces, ¿qué sugieres? ¿Un acuerdo? — pregunté, sintiéndome más ligera. — ¿Y si la llevo al cine con mis amigos? Así podré conocerlos y ver cómo se comportan con mi hijita.

— Quieres que se asuste, ¿no? — La risa de mi mujer me hizo estremecer. — Buena suerte con esa idea, pero no parezcas un ogro, por favor.

Su tontería me hizo reír, suavizando el ambiente.

Escena extra 5

ADRIAN DARRELL

UN MOMENTO PROPIO

En la casa reinaba un silencio acogedor, una rareza que sólo ocurría cuando los niños estaban en casa de sus tíos. Flora y yo nos miramos, las sonrisas se forman espontáneamente, como si supiéramos que ese era nuestro momento.

— ¿Qué quieres hacer ahora? — pregunté, recostándome en el sofá mientras la suave luz de la tarde se filtraba por la ventana.

Mi mujer se acomodó a mi lado, su cuerpo encajaba perfectamente en el mío.

— "No lo sé, pero creo que debemos aprovechar esta libertad", dijo, su mirada brillando con una mezcla de malicia y amor.

— ¿Qué tal una película? — sugerí, aunque el corazón me latía más deprisa al pensar que, en realidad, lo que quería era algo más que eso.

Se rió, un sonido que siempre me calienta el pecho.

— ¿Una película? Eso suena tan... normal.

— Bien, hagamos algo diferente. ¿Qué tal si preparamos juntos la cena? — dije levantando una ceja.

Flora asintió, y la idea se convirtió rápidamente en un plan. Fuimos a la cocina, donde empezamos a cortar verduras y a

preparar los ingredientes. El olor a ajo y cebolla empezó a apoderarse de la habitación mientras intercambiábamos miradas y risas cómplices.

— Siempre has sido una gran cocinera —me felicitó pasándome la mano por el brazo mientras removía la sartén. Aquel simple contacto hizo que se me encendiera el corazón.

— Pero tú eres la razón de todo esto. Haces que la cocina sea más divertida", repliqué, admirando la facilidad y la gracia con que se movía.

Tras una cena sencilla pero deliciosa, nos sentamos a la mesa, donde la conversación fluyó con naturalidad. Hablamos de todo y de nada, recordando momentos divertidos con los niños y lo afortunados que éramos de estar juntos.

— Quiero estar aquí contigo", le confesé, estrechándola entre mis brazos. — Los dos solos, sin distracciones.

Sonrió y se acurrucó más cerca, mientras yo le acariciaba el pelo. El calor de su cuerpo contra el mío era todo lo que necesitaba. En ese momento, el mundo exterior desapareció.

— Sabes, a veces me preocupa el tiempo que pasamos lejos el uno del otro, con los niños y el trabajo...

— Yo también. Pero estos momentos juntos son importantes. Nos recuerdan lo que hemos construido", repliqué, mirándole a los ojos, donde veía mi razón de existir.

Mi mujer era mi mundo y mi máxima prioridad.

Se acercó y, en un gesto dulce, me besó. El beso fue suave pero lleno de pasión, y yo la atraje más hacia mí. Cada roce, cada

caricia, era un recordatorio de lo que éramos el uno para el otro.

— Te quiero, ángel. Y siempre te querré", murmuré entre besos.

— Yo también te quiero, Adrian. Incluso con todas las locuras de la vida, estar aquí contigo es todo lo que siempre he querido", respondió, con la mirada fija en la mía.

El tiempo se detuvo, y lo único que importaba éramos nosotros dos, juntos, en nuestro refugio, amando cada segundo de ese momento.

Escena extra 6

FLORA DARRELL

EL PRIMER AMOR DE AURORA

La suave luz de la tarde se filtraba por la ventana de la habitación de Aurora. Estaba organizando algo de ropa cuando oí que la puerta se abría lentamente. Aurora entró con un brillo en los ojos y una sonrisa nerviosa en los labios.

— Mamá, ¿puedo hablar contigo? — dijo, mirando al suelo pero sin poder ocultar su nerviosismo.

Percibiendo la seriedad en el tono de mi hija, le contesté con la misma urgencia: — ¡Por supuesto, cariño! ¿Qué es lo que pasa?

Aurora se sentó en el borde de la cama, pasándose nerviosamente las manos por el pelo.

— Me... me gusta alguien.

Casi se me para el corazón. "Por fin", pensé. Como madre que conoce a su hija lo mejor posible, ya sabía que estaba enamorada. Los ojos brillantes y todas las sonrisas al móvil eran un gran indicio.

Como quería animarla a hablar, me hice el tonto. Lo entendería cuando tuviera sus propios hijos en el futuro.

— ¿De verdad? Cuéntamelo todo.

Aurora me miró dubitativa antes de hablar: — Es Filippo. El hijo de un amigo de papá, ¿sabes? Nos conocimos en la fiesta de

cumpleaños del tío Aidan... Después de pasar mucho tiempo separados, se mudó a Italia.

La confirmación fue lo que me sorprendió. Adrián se moriría cuando se enterase, porque desde que era pequeña, sus amigas habían estado bromeando sobre la apasionada mirada de Filippo hacia mi pequeña. Aurora siempre había sido tímida delante de su padre, pero yo sabía que su personalidad era terrible, igual que la de él.

A pesar de ello, sabía que Filippo siempre había sido un chico simpático y atento, y pensaba que hacían buena pareja.

— ¿Y qué le gusta?

Aurora deja escapar un profundo suspiro, con el rostro teñido de rosa.

— Es muy amable y siempre me hace reír. Quería hacerme un regalo, pero sabía que volvería loco a papá. Es tan...

El "tan" fue dicho de forma soñadora.

— Quiere llevarme al baile. — Y sus ojos volvieron a iluminarse cuando me hizo una confidencia.

Cogiendo a mi hija de la mano, le di el apoyo que necesitaba.

— Eso es especial, Aurora. ¿Y cómo te sientes al respecto?

— No sé... — respondió Aurora, mirando hacia la ventana. — Es extraño. Nunca me había sentido así. ¿Y si él no siente lo mismo?

La acerqué más, envolviéndola en un abrazo.

— No puedes controlar los sentimientos de los demás, pero puedes ser sincera con los tuyos. Y si es tan increíble como dices, lo más probable es que tú también le gustes.

— ¿De verdad lo crees, mamá?

— ¡Claro que sí! Eres maravillosa, querida. Él también debe verlo.

— Mamá, ¿alguna vez has querido a alguien así? — preguntó Aurora, curiosa. — A papá no, por supuesto.

Estuve de acuerdo. No quería que mi hija pensara que no podía querer a nadie más si Filippo la decepcionaba.

— Sí, y es una de las mejores cosas del mundo. Puede dar miedo, pero también es mágico.

— ¿Y si sale mal? — murmuró Aurora, sintiendo de nuevo inseguridad.

— Eso forma parte de la vida. Aprenderás de cada experiencia. Lo importante es ser tú mismo y seguir a tu corazón.

— Gracias, mamá. Siempre sabes qué decir.

Me llenó de emoción. Nunca supe si sería una buena madre, pero estos momentos con mi hija me demostraron que iba por buen camino. Pasamos por tantas fases... y yo quería ser todo lo que no había recibido de mi madre.

— Ahora tienes que contarme todo sobre Filippo. ¡Vamos a hacer una lista de las mejores cosas que te gustan de él!

La conversación fluyó, llena de risas y confesiones, mientras él la ayudaba a reconocer sus sentimientos. Por un segundo su mirada se perdió, luego una enorme sonrisa llenó su rostro.

— ¿Qué ocurre?

— Pensé en mi padre. No creo que se enfade conmigo. Es mi mejor amigo. No puedo decir lo mismo de Filippo, pobre tipo...

Y fue entonces cuando me di cuenta de que Adrián, a pesar de lo asustado que estaba cuando se enteró de que iba a ser padre, estaba cumpliendo su papel con excelencia. Y prometiéndole a mi hija que controlaría a su padre, volvió a hablar apasionadamente de su primer amor.

El libro de Ethan — próximamente.

Aquí hay un pequeño *spoiler*:

ETHAN DARRELL

En algún lugar, una campana debe estar sonando ahora mismo. No puedo aceptar que el martilleo de mi cabeza sea sólo un dolor físico o que el eco resonante que siento no esté presente de algún modo en la realidad. Los párpados me pesan tanto que parecen pegados y tardo un rato en abrir los ojos. Pasan unos largos

segundos hasta que una avalancha de información, antes oscurecida por la confusión del despertar, invade mi mente.

¿Qué hora es?

Esta mañana podría haber sido una mañana cualquiera, una típica mañana de resaca, pero cualquiera al fin y al cabo. Sin embargo, el esbelto cuerpo que tengo a mi lado en la cama dispara una alerta en mi cerebro, golpeando directamente mis tripas. *Vaya, ¡es realmente guapa!* Esta constatación podría haber pasado desapercibida si no hubiera sido completamente inconsciente de la identidad de la mujer que duerme a mi lado y de por qué estoy junto a ella el día de la boda de mi hermano.

Adrian estará furioso.

A pesar de mis prisas y del ruido que hago al buscar mi ropa y mi móvil, la mujer que está tumbada no se mueve. Me preocuparía si no oyera el suave sonido de su respiración.

¿Quién es ella?

Sólo puedo fijarme en su espalda lisa, de color crema, y en el pelo oscuro y ondulado que cae sobre la almohada, que le da un aspecto impresionante. Casi me dan ganas de apartar la sábana para descubrir lo que esconde, pero me detengo.

¿Cómo he acabado aquí?

Siento un momentáneo alivio al darme cuenta de que al menos estoy en casa. No en mi casa, sino en mi habitación exclusiva del hotel de mi familia.

Felicia...

Mi mente traicionera me recuerda a mi novia. ¿Cómo podría involucrarme en una situación así? El honor y la integridad siempre han sido principios fundamentales para mi familia. Nunca he sido un santo, pero siempre he intentado ser al menos honesto con quienes han pasado por mi vida. Felicia fue una de esas personas que me sorprendieron; tal vez se mantuvo cerca porque era la hermana de mi cuñada Flora, o tal vez me cautivó de otra manera.

Siempre he sido un hombre práctico, metódico y dispuesto a hacer cualquier cosa —siempre que sea legal— para conseguir lo que quiero. El romance y la pasión nunca formaron parte de mi vida hasta que conocí a Felicia. Ella me demostró que podía ser agradable estar a su lado; compartíamos gustos en casi todo, y la satisfactoria intimidad compensaba lo que faltaba.

Ahora, sin embargo, aquí estoy... engañando a mi primera novia por *primera* vez en mi vida.

Busco en mi mente el momento en que conocí a la mujer con bele tumbada en mi cama. ¿Cuándo decidí traerla aquí, entrando en un espacio que ni siquiera mi novia había conocido? Mi piso exclusivo del Palace es mi santuario, mi lugar de tranquilidad. Me gusta venir aquí solo para trabajar, descansar o simplemente pasar el rato sin que nadie me moleste. ¿En qué momento decidí anoche que merecía la pena comprometer mi espacio personal con ella?

Lo más inquietante es no poder recordar. Cierro los ojos en busca de algún recuerdo de la noche anterior, pero no aparece nada. Estábamos juntos, eso está claro. Los dos estamos desnudos y, extrañamente, aparte del dolor de cabeza que siento, estoy satisfecho.

En medio de la búsqueda de mi cartera, encuentro el vestidito negro con mangas blancas que llevaba la mujer. Un destello de memoria aparece en mi mente; parpadeo al recordar a las bailarinas que servían copas en mis últimos recuerdos de la velada, todas con el mismo atuendo. ¿Realmente pagué por la compañía?

La pregunta me inquieta. Nunca he sido alguien que haya tenido que comprar compañía, pero eso podría ayudarme a entender la situación. Mientras busco mi cartera, encuentro mi móvil, sólo para darme cuenta de que se ha quedado sin batería. Tengo que ir a casa de mis abuelos, pero antes... ¿qué pasa con la mujer? Duerme tan profundamente que sería incómodo despertarla.

Encuentro unos papeles y un bolígrafo en el escritorio y escribo una nota rápida. Saco unos cientos de billetes de la cartera y lo dejo todo en la mesilla de noche.

Tengo que irme ya, pero antes de irme, me enfrento a ella por última vez. Lo arruiné todo con Felicia y ni siquiera recuerdo cómo fue pasar la noche con esta extraña en mi cama.

Me gustaría poder decir que no sé lo que me espera, pero mientras camino por el jardín decorado para la boda y me encuentro con los ojos furiosos de Felicia, sé que los próximos momentos definirán irrevocablemente el lugar de esta mujer en mi vida.

— ¿Dónde has estado? ¡Todo el mundo te persigue! ¡Tu abuelo incluso contactó con el FBI! Por favor, dime que no estabas cayendo borracho en alguna parte.

— ¿Podemos hablar más tarde? — Pregunta absurda, lo sé, porque la mujer está a punto de explotar.

Detrás de Felicia, veo la expresión preocupada de mi hermano, indeciso de acercarse. Cerca está Aidan, mi hermano pequeño. Ambos me observan tan de cerca que siento una incomodidad palpable. No me gusta ser el centro de atención, pero parece que hoy seré el foco de muchas miradas.

— Debes estar bromeando. ¿Qué ha pasado?

— Yo... creo que tuve un desmayo, algo así, y...

— Estás mintiendo. Dios mío, ¿en serio? Mirándote, veo a uno de mis clientes deshonestos, de esos que intentan engañarme pero acaban confesando cuando se dan cuenta de que no hay otra salida. Soy un abogado muy competente, Ethan, así que no me engañes. ¿Qué ha pasado realmente?

— Lo siento, Felicia. No quería que pasara eso. No quiero poner excusas. ¿Podemos hablar después de la boda?

— ¿Después? Exijo saber ahora qué pasó. Estás exudando alcohol y perfume barato. ¿Dónde estabas que nadie te encontraba? — Hace una pausa, es como ver una película a cámara lenta. Sé que ha llegado a una conclusión cuando su rostro palidece y da un paso atrás. — ¿Estabas con alguien más?

¿Qué puedo decir? ¿Que bebí lo suficiente para no recordar el error que cometí? ¿Que fui un tonto y un traidor, causante del sufrimiento que ahora veo en tus ojos? Inevitablemente, esta situación me trae vagos recuerdos de mi infancia. Los acusadores ojos marrones de Felicia me causan un profundo malestar. He visto esa mirada antes y siempre me hizo sentir ansioso por lo que vendría después.

— Lo siento, Felicia. Sé que es difícil de creer, pero la noche anterior se ha convertido en un oscuro vacío en mi mente. Me acabo de despertar en mi habitación de hotel con una mujer a mi lado.

Por unos segundos, creo que se va a rendir. Me mira con cara de sorpresa, y el asombro desaparece lentamente a medida que la sangre inunda su cara, tiñéndola de rojo.

— ¿Cómo puedes decir eso con tanta indiferencia? ¡Me has traicionado! ¿Por qué lo confiesas tan mecánicamente, sin mostrar una pizca de arrepentimiento?

Su dedo me señala, su voz temblorosa expresa un cuerpo a la defensiva. Nunca la había visto así; siempre la he considerado la mujer más fuerte del mundo, pero incluso las personas más fuertes tienen sus debilidades. Tiene razón en sus acusaciones. Lo siento, pero no por las razones correctas. Odiaba que ocurriera algo fuera

de mi control; nunca dejé que el alcohol tomara las riendas. Siempre me gustó estar a cargo de cada situación en mi vida. Lamento haberla engañado, porque mancha mi carácter, pero ¿no debería ser el verdadero problema que la amo y, por lo tanto, el arrepentimiento debería estar arraigado en todo mi cuerpo?

Ante mi falta de respuesta, Felicia decide que no tiene sentido seguir esperando. Me mira con tanto desprecio antes de darse la vuelta y prácticamente huir de mí.

Automáticamente aparece la imagen de mi hermano mayor, su rostro serio denota la preocupación que siente.

— ¿Qué tipo de situación era esa? — Antes de que pueda responder, suena su teléfono móvil.

Adrian descuelga e intenta calmar a alguien al otro lado de la línea. En un instante, me doy cuenta de quién está al otro lado de la línea: Flora. Me apunta con el móvil y contengo la respiración.

Sólo un poco más y este día habrá terminado.

— ¿Qué haces? ¡Me caso en menos de una hora y no estás preparado!

— Lo siento, Flora. Te prometo que estaré listo como me pediste antes de la hora prevista. Lo siento, Flora.

— Debería sentirlo de verdad. ¿Por qué lloraba mi hermana?

Nunca pensé que podría sentirme tan avergonzada como ahora. El peso de la culpa me envuelve y el tiempo parece alargarse a medida que la verdad sale a la luz.

El libro de Aidan — próximamente.

Aquí hay un pequeño *spoiler*:

AIDAN DARRELL

A los 18 años

— Eres tan guapo, lleno de tatuajes... — Oí el susurro desde abajo. Era el momento en que ella preguntaba por el significado de cada uno, como si todos necesitaran una historia detrás. Odiaba esta pregunta, porque algunos tatuajes no tienen significado y otros son demasiado personales para explicarlos en una velada informal.

— ¿Quién es Rose? — preguntó, recorriendo con el dedo la elegante caligrafía bajo mi pecho.

Instintivamente, miré el lugar que estaba tocando y me di cuenta de que necesitaba un retoque. Ese fue mi primer tatuaje, hecho a escondidas por mis abuelos cuando solo tenía dieciséis años. Pasé meses vistiendo camisetas de manga larga y evitando la piscina, pero durante las vacaciones de verano de aquel año, mi hermano mayor me pilló.

No era uno de mis recuerdos favoritos, así que evité hablar del significado de mis tatuajes. Junté los dedos con nerviosismo y miré fijamente a la mujer que estaba a mi lado. ¿Susie? ¿Sunny? Ah, se llamara como se llamara, su desparpajo dejaba claro que aquel sería nuestro primer y último encuentro.

— ¿Y Liv? — sonrió, sacando los dedos y señalando el nombre dibujado en mi caja torácica. Fruncí el ceño, un poco molesto, pero lo bastante amable como para apartarla de mi regazo y sentarme.

Si no quería hablar de Rose, definitivamente no hablaría de Liv. Ese era mi tatuaje más reciente y aún me dejaba dividida entre el arrepentimiento y la tristeza cada vez que miraba el apodo marcado en mi piel.

— Haces muchas preguntas.

— Y no contestas a ninguna. — Se rió, imitando mis movimientos y levantándose para señalar la frase de mi cuello. — Ama. Lucha. Gana. Esa me gusta.

— No lo hice para complacer a nadie.

— Siento si he sido indiscreta, pero me encantan los tatuajes y los tuyos me fascinan. ¿Te vas?

Debería haberme ido hace tiempo. Suelo quedarme hasta la mañana y a veces repito, pero algo en su mirada me incomodó cuando hizo una pregunta casi burlona sobre los nombres femeninos de mi piel. ¿En qué estaría pensando? Nadie se tatúa el nombre de alguien que no es importante, a quien no quiere para siempre. Así lo veo yo.

Asentí, porque no quería ser desagradable. Me dio una noche de placer normal, pero no puedo negar que se empeñó en que nuestro momento fuera especial.

— ¿Vas a llamarme?

Hago un gesto afirmativo con la cabeza, tratando de evitar que el momento se vuelva más incómodo de lo que ya era. Me ato los cordones de las zapatillas, me pongo la camisa de cualquier manera y busco el móvil, la cartera y las llaves del coche.

— Me encantó nuestra velada. Tienes mi teléfono y sabes dónde vivo; puedes venir cuando quieras.

— Muchas gracias. A mí también me gusta.

Me acompaña hasta la puerta, sin dejar de hablar de lo bien que nos llevamos y de otras cosas que ignoro por el camino. Cuando abre la puerta, se apoya en mi pecho y me da un beso húmedo. Dios, no me suelta.

— Tengo que irme.

— Hasta pronto.

No espero a que cierre la puerta. Ignoro el ascensor y subo las escaleras, ansioso por perderla de vista. Al bajar, saco el móvil del bolsillo y bloqueo su número. Suelo esperar unos días para hacerlo, pero hoy estoy seguro de que no quiero volver a verla.

Fuera, puedo volver a respirar. Me sentía como si me estuvieran presionando, interrogándome, cuando en realidad era sólo una mujer que no podía contener su curiosidad. Abrazando mi caja torácica, pienso en ella... Mi Liv.

Aquella noche tenía muchas ganas de verla, y quizá por eso acabé en la cama con la primera mujer que me recordó a ella. Cuando vi el espeso pelo negro, la boca llena y los ojos pequeños tan parecidos a los de Olivia, no pude resistirme. Pero su personalidad entrometida no tenía nada que ver con la de ella. En

varios momentos, sólo quería que la mujer se callara unos minutos y me dejara soñar en paz.

Fui un tonto, lo sabía muy bien, pero hace años aprendí que es la única manera de tener a Olivia, porque de alguna manera conseguí que me odiara.

Cansado de la incesante búsqueda de alguien o algo que me haga olvidar, renuncio a vagar por la noche y decido volver a casa. Mañana me inventaré alguna excusa para ir a casa de Darrell, sólo para verla. En mi interior, el deseo de tener su hermoso rostro a la vista crecía a cada momento, al igual que la certeza de que nunca habría un sustituto en mi corazón para Olivia Shelby.

Gracias

Me gustaría expresar mi más profunda gratitud a mi familia, que siempre ha estado a mi lado con amor incondicional y apoyo constante. Habéis sido mis cimientos y mi mayor fuente de inspiración. También me gustaría dar las gracias a mis lectores, cuyas palabras de aliento y entusiasmo iluminan mi camino como escritora. Cada uno de vosotros hace que este viaje tenga más sentido, y espero que esta historia resuene en vuestros corazones. Gracias por formar parte de esta aventura.

Sobre el autor

Catiele Oliveira es originaria de Río de Janeiro, donde vive actualmente con su familia y una extensa colección de libros. Desde niña, escribir ha sido su gran pasión, sirviéndole como una forma de terapia que la ayuda a sobrellevar los días difíciles.

Con el aliento de profesores y familiares, Catiele empezó a redactar relatos cuando era adolescente y nunca dejó de hacerlo. En 2021 celebró la publicación de su primer libro y desde entonces ha publicado más de 20 obras.

Siga al autor en las redes sociales:

https://www.instagram.com/catieleautora/